Francisco Narla

Caja Negra

Lectulandia

Imagínese que está a punto de tomar un avión, sus vacaciones han comenzado o quizá es un viaje de negocios… ¿la visita a un pariente…? El tráfico, el aparcamiento, las colas de facturación, la espera para el embarque… El despegue. Algo de turbulencia, la sonrisa de una azafata displicente. ¿Se lo puede imaginar? Con esos colores impersonales, estrechos asientos, esa atmósfera seca. ¿Puede verlo…?

Pues, ahora, imagine que su piloto es un asesino en serie… Una leyenda celta olvidada, un pozo sagrado, una familia maldita y un investigador de lo paranormal que obtiene unas extravagantes psicofonías. Voces de ultratumba que lo conducen a revolver un pasado inquietante. Los secretos más inesperados se descubren, recorriendo maldiciones, aojamientos, asesinatos en manos de inocentes… Dos historias inconexas y, sin aparente relación, que chocan como dos trenes de alta velocidad en la misma vía dándole al lector un final sorprendente…

Lectulandia

Francisco Narla

Caja negra

ePub r1.0
Titivillus 18.07.15

Título original: *Caja negra*
Francisco Narla, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta novela tiene que dedicarse, por fuerza, por compromiso, porque lo exige el honor y porque de bien nacido es ser agradecido. Y tiene que dedicarse a todos y cada uno de los que me apoyaron cuando mi primer libro de narrativa salió a la luz; esposa, familia, amigos, editores, distribuidores, libreros, periodistas, escritores…

Para todos y cada uno, espero no defraudar. Gracias por la confianza y los esfuerzos realizados. He contraído deudas impagables. Gracias.

2009

Uno ya estaba muerto, tentaba con empezar a pudrirse sobre el asfalto. En la entrepierna del tosco uniforme, la humedad dibujaba un cerco oscuro desde el que empezaba a surgir un leve olor a excrementos y amoníaco.

El otro, que todavía respiraba, no supo que iba a morir.

Una noche sin luna y un horizonte con nubes cenicientas hacían de la escena un cuadro tenebrista.

El asesino se distinguía al lado de la puerta abierta del deportivo negro. Lucía pulcro e impecable, afilado… Calzaba lustrados zapatos de anca de potro cosidos a mano. Vestía un traje de costosa lana inglesa del mismo tono que la pizarra húmeda, los ojales vivos de los puños delataban un trabajo de sastrería. Los gemelos, piezas únicas de platino mate, combinaban elegantemente con la corbata de seda plateada, los brillos contrastaban con el algodón egipcio teñido de negro de la camisa. Y, como si se tratase del delicado complemento elegido por una adinerada viuda para el vestido largo de una recepción oficial, la Walther de 7,65 milímetros hacía juego con su brillo pavonado. La serena sobriedad la rompían los fríos ojos azules y un mechón de pelo negro azabache, que caía sobre la frente emulando la forma de una coma.

Había sido un tiro perfecto, ejecutado con gracia. Un amplio arco del brazo derecho, ágil y natural. Y había roto el fingido silencio nocturno.

El compañero del recién muerto, estupefacto y aún dentro del coche patrulla, trataba de digerir lo sucedido mientras su cerebro se peleaba con su mano izquierda, que, cruzada sobre un pecho blando y grasoso, trataba de encontrar el tirador de la puerta. La derecha tanteaba la vieja Star semiautomática que le colgada del cinto, pero no acertaba a localizar la empuñadura de plástico marrón. Intentaba recobrar la compostura mientras buscaba redaños para enfrentarse a lo que acababa de ver.

—¿Y este qué coño hace? —había preguntado el ya fiambre al ver como, entre la humareda del brusco frenazo, el llamativo descapotable negro se detenía en el arcén, a solo unos metros por delante del coche patrulla estacionado.

Al que todavía respiraba no le había dado tiempo a responder. Porque mientras observaba una figura estilizada abandonar el deportivo, Torrón, así se apellidaba su compañero y así lo llamaban, se calaba la gorra y salía a su vez. Fue un juego de espejos en el que el traje oscuro se opuso al uniforme verde; el atlético desconocido, al vientre prominente; el rápido movimiento del brazo, al dudar incrédulo en la pistolera, y el vibrante sonido del disparo, al silencio forzado de una advertencia muerta en los labios.

Torrón, durante la caída que terminó por dejar su cuerpo desmadejado sobre el asfalto, había girado sobre sí mismo para mostrarle sorpresa en una mueca póstuma. Solo había tenido tiempo para reaccionar de un modo: relajando sus esfínteres.

El otro agente, en lo poco que le restaba de vida, no pudo dejar de lado el recuerdo de la ceja derecha deformada por el impacto de la bala. Estuvo seguro de que se llevaría al infierno el siguiente fotograma de aquel flojear de brazos y piernas. Había tenido el cuestionable lujo de disfrutar del socavón que la bala explosiva había dejado en la nuca de su compañero. Una flor sanguinolenta con pétalos de cuero cabelludo desgarrado, astillas de cráneo y masa encefálica titilando en la extravagante humedad azul que respondía a las luces del coche patrulla. Solo tras el sordo ruido acuoso que terminó por asentar el cuerpo de su camarada se permitió una exigua reacción. Giró de nuevo la cabeza y observó como el desconocido del descapotable bajaba lentamente el brazo a un costado, desde una postura de tiro lateral que su mente pudo, gracias a los recuerdos de la academia, relacionar con la técnica rusa. «Compleja pero eficiente.» Algo así había dicho su instructor diez años antes.

Torrón estaba muerto.

Muerto.

Y ni siquiera supo darse cuenta de que él también lo estaría en breve.

Empezaba a pudrirse.

Y se acordó de los rechonchos y felices hijos del muerto.

Fue capaz de distinguir una tez clara bajo un pelo oscuro brillante, enmarcando unos ojos que, a esa distancia, parecían no tener iris.

La mandíbula apretada y los labios finos señalaban un rostro cuadrado que no reflejaba emociones. Era como una estatua. La respiración suave, el pulso marcado a metrónomo. Los ojos impasibles del asesino miraban atentos al palurdo que dudaba en el asiento del coche patrulla.

La noche se había roto con el fogonazo de la cámara de un radar de control de velocidad; ese había sido el detonante. Media hora antes de que a Torrón se le escapasen para siempre las ideas. Un incómodo destello blanco había delatado la fotografía tomada al negro deportivo alemán, que surcaba la autopista a velocidades muy superiores al límite permitido. Y su conductor, tras parpadear y antes de recuperar el hilo de la segunda sinfonía de Beethoven, apretó los dientes y sintió la incomodidad del sumarísimo juicio en el que acababa de ser declarado culpable, sin poder siquiera apelar a la decencia del fiscal o a la competencia del juez.

Un odio encendido había surgido tras el azul gélido de aquellos ojos impasibles y, en cuanto el coche patrulla quedó a un costado, los frenos sisearon y el hombre tras el volante se alegró de la coincidencia. La brusca maniobra no descontroló al deportivo gracias a un rápido y hábil gesto de volante.

Bajó del descapotable. Era una oportunidad tan buena como cualquier otra para resarcirse. Avanzó con parsimonia, no porque necesitase acortar la distancia para asegurar el disparo, ni para distinguir con más nitidez los espasmódicos gestos de la

pareja de agentes. Lo hacía porque quería ver la caras de idiota de aquellos desgraciados. Sentía que indeseables así no eran quienes para juzgarle, para determinar si su velocidad era o no adecuada. Además, le apetecía matar. Y lo hizo.

Y ahora se preparaba para disparar de nuevo.

El agente que aún vivía intentó salir del coche, pero sus pies no le obedecían como esperaba. Trastabilló mientras lograba sacar su propia arma de la pistolera.

El brazo del uno terminó por colocarse paralelo al suelo.

La mano izquierda del otro buscó la corredera para cargar el primero de los cartuchos.

El hombre del traje inmaculado inspiró profundamente mientras asentaba los pies en las verticales de sus hombros.

El hombre del uniforme, acompasando el chasquido metálico del arma, se incorporó lo justo para que su frente sobresaliese por encima del marco de la puerta del coche patrulla. No tuvo tiempo de decir nada, y menos aún de intentar abrir fuego.

Fue un disparo limpio, casi simétrico al que había recibido Torrón. Y el segundo agente se derrumbó sin gracia sobre el quitamiedos, abriéndose una brecha en la sien que apenas sangró porque su corazón ya no bombeaba. El golpe fue suficiente como para regar con decenas de minúsculas gotas carmesí la maleza de más allá del arcén.

No era necesario, pero el asesino siguió avanzando hacia el anodino coche, un barato modelo francés con puertas blancas y faldones verdes. Se sentía como si hubiese tratado de explicar ecuaciones diferenciales a un pez dorado, incomprendido. Pero satisfecho por la venganza.

Descerrajó dos tiros más, de nuevo en la cabeza, *coupes de grâce*. Fue solo un gesto de rabia imposible de contener ante la tela burda de los uniformes, la revista de desnudos femeninos que descansaba en el salpicadero y la cajetilla arrugada de tabaco negro que vio en el pedestal. Eran seres mundanos y vulgares, ridículos. Para el asesino no merecían otra cosa que la muerte que él mismo les proporcionaba con gusto.

Caminó por el lateral del vulgar coche, abrió la portezuela del depósito de combustible, retiró el tapón y, tras pensarlo un momento, desanduvo parte del trayecto para recoger las vainas de los dos cartuchos disparados en último lugar y arrancarle la manga a la basta camisa de uno de los uniformes.

Era diesel, y eso evitaría una bonita explosión que decorase la noche. Pero ardería igualmente. Regresó a su vehículo y solo se detuvo para recoger las otras dos vainas que habían quedado a mitad de camino. Los proyectiles no le preocupaban, eran balas de punta hueca que él mismo rellenaba con mercurio; si algún fragmento llegaba al laboratorio de balística, serían afortunados con solo averiguar el calibre.

Tras abrir la puerta guardó la pistola en el estuche que descansaba en el asiento del copiloto. Había sacado el cartucho de la recámara y retirado el cargador, luego la había limpiado con un paño untado ligeramente en aceite para armas. De una pequeña

bolsa de viaje del maletero delantero sacó gasolina para encendedor y empapó la manga del uniforme, tras prenderla junto al depósito, se tomó un segundo para encender un húmedo y flexible Partagás y disfrutar de la primera calada.

La muerte recogía la correspondencia.

Desapareció en la noche, tragándose la oscuridad a más de doscientos kilómetros por hora. Salió de la autovía en la primera bifurcación que apareció y decidió pasar la noche en la ciudad que encontrase.

No estaba cansado, pero así evitaría que pudiesen seguirle; además, podría cenar algo decente, si es que había algún restaurante aún abierto y digno de mención allá donde apareciese.

Incluso conseguir compañía con la que pasar un rato agradable. Eso estaría bien. Se le antojó beber algún *chardonnay* espumoso y seco derramado entre los pechos de una mujer de largas piernas, quizá después de cenar algo de *foie* con un *coulies* de ciruelas y un añejado tempranillo.

Todavía le sobraban un par de días antes de tener que regresar a Madrid para salir desde Barajas. Había tiempo para procurarse algo de entretenimiento hasta el siguiente vuelo.

A Ezeiza, si no recordaba mal. Ya comprobaría los detalles.

Una cena ligera, una mujer empalagosa y algo de vino viejo y champán seco tenían ahora el turno.

1977

«El infierno empieza aquí.»

Había otras igualmente inquietantes… «Yo sigo enterrada.»

Pero aquella, probablemente por su mención del averno, había sido la más impactante para él, la que había dado lugar a una nueva obsesión.

Aquella… ¿Frase?… Le había causado una enorme impresión.

Y por eso estaba ahora allí. Con ánimos renovados tras releer un artículo acerca del descubrimiento de los huesos. Porque, si en los pocos años transcurridos había llegado a dudar en algún momento, los restos de aquellos niños habían servido para disipar toda incertidumbre. Aquellos huesos habían sido el espolonazo que le había permitido seguir adelante cuando había estado a punto de abandonar, habían renovando su fe y confianza. Tenía que haber algo más allá de la frontera que significaba la muerte, tenía que ser cierto.

«El infierno empieza aquí.»

Había sido el comienzo. Y por eso estaba allí. Para obtener algo similar.

Era una pequeña capilla, con el suelo de tierra pisada y una simple arcada de medio punto y sin rosetón que franqueaba la entrada. Con una sola nave, sin retablo, sin vidrieras, y una única y diminuta campana de bronce resquebrajado que colgaba de un sencillo arco de piedra que se alzaba en el encuentro de las dos pendientes de la modesta techumbre de pizarra negra. El pobre remate de un frontón que, como única decoración, solo podía presumir de los múltiples líquenes de colores terrosos que el paso del tiempo había dejado en los pequeños sillares de granito.

Se escondía perezosa en un escuálido claro de robledal, rodeada de árboles centenarios y una parcela descuidada, sustituyendo las gárgolas de sus mayores por las alimañas del bosque. Parecía dormir al arrullo del riachuelo de aguas transparentes que corría a unos metros al sur, delimitando la suave pendiente del otero en el que había sido construida. Había sido el capricho de potentado del último de los herederos de la familia terrateniente que poseía aquel valle escondido entre las verdes montañas del interior del antiguo reino de Galicia.

Quedaba disimulada entre las sombras de una de las erosionadas sierras que cruzaban el noroeste de la península ibérica. Rodeada de laberintos formados por mil ríos, bosques milenarios y serpenteantes caminos que llevaban a pueblos que las nieves invernales dejaban incomunicados.

Era la locura de un jovenzuelo tísico que, de tanto fervor religioso, llegó a creer que necesitaba la ayuda de la providencia divina para tener alguna esperanza de

sanar, por lo que dispuso un altar en el que recibir comunión diaria. Y comulgó en aquella capilla todos los días que necesitó la tuberculosis para devorarle los pulmones, que fueron solo unos pocos más de los que necesitó el gobierno militar estadounidense que terminó por regentar Cuba, en los primeros años de la independencia de la antigua colonia, para apropiarse de la inversión en ingenios azucareros que aquel iluso había hecho. Los norteamericanos, aprovechándose de su recién estrenada influencia en las esferas del poder, se habían dedicado a barrer para su patio privado y cedieron, a precios irrisorios, gran parte de las factorías y fábricas que los españoles habían instaurado en la isla a firmas y empresas compatriotas. Así, el caso del tuberculoso señorito no fue sino una más de entre tantas tropelías que se sucedieron en un tira y afloja político que no terminaría hasta 1913, cuando los cubanos recuperaron por fin el gobierno de su isla.

Aquel iluso había perdido toda su fortuna en las tornas del siglo, al soñar con lo que llegaron a llamar oro blanco, en el momento histórico más inoportuno que la isla había vivido desde la colonización. Una desdicha más que terminó por amargar los pocos días de existencia que le quedaban a Diego Rafael Xián de Villafins e Castro. Él puso la última de las cuentas a un rosario que había empezado con su propio contagio, tras beber leche de una vaca tuberculosa, que había seguido por las estrambóticas muertes de sus padres, y que había anunciado su final con la terrible desaparición de su querida hermana menor.

Con el dinero perdido y el tísico enterrado, el enorme caserón de la importante y renombrada familia quedó vacío e inútil, las tierras y propiedades, inmersas en eternos enfrentamientos entre supuestos parientes lejanos, y la pequeña capilla, olvidada, a merced del bosque y los relatos de los lugareños.

Olvidada, pero con una historia por recordar y contar; por eso estaba él allí, porque de los rumores y habladurías que le habían atraído inicialmente resultaron ser ciertos en algunos aspectos, como le habían demostrado los archivos municipales y las consultas en el obispado. Era una historia con profundas raíces en el pasado, si es que sus sospechas se confirmaban. Era una buena historia, especialmente si aquellos detalles más fantásticos que parecía esconder llegaban a revelarse. La primera en hablarle del lugar había sido su vieja tía Paulina, una viuda medio ciega y con el puño más cerrado que el propio Sinesio, a la que este visitaba como poco un par de veces al mes, principalmente por el atavismo implícito en su deber como pariente. Normalmente tomaban achicoria aguada con pastas rancias de la caja de dulces que el propio Sinesio le había regalado en las navidades anteriores. Ella, vestida de un luto riguroso que la cubría desde los tobillos al cuello, solía hablarle a Sinesio de su juventud y sus tiempos de casada, recordando cómo su marido había empezado construyendo una pequeña casita, en su pueblo natal de Dúbriga, y había terminado cayéndose de un andamio desde uno de los bloques de pisos más altos que la capital de provincia había conocido.

Sinesio se había detenido al borde del camino que marcaba el irregular asfalto y

miraba desconcertado la silueta del pazo señorial. Mientras, giraba la llave en el contacto para apagar el renqueante motor del viejo Citroën DS, una antigua ambulancia comprada de tercera mano que, en su tacañería compulsiva, mantenía en el límite entre mero cacharro y objeto de desguace. El viejo murallón a medio derruir mostraba su silueta, desdibujada en la helada nocturna, visible únicamente gracias al resplandor de la luna. La distancia hasta la capilla había sido el germen inicial de su curiosidad, no tenía sentido que la hubieran construido allí, tan lejos, y eso había azuzado su memoria, recordándole algunos rumores que había escuchado tiempo atrás. Estaba seguro de que, si una fracción de lo que se imaginaba era cierto, podría conseguir un salto a los medios nacionales, quizás incluso un libro; sus expectativas eran tantas que, por momentos, sentía el estómago lleno de mariposas, como un adolescente enamorado. Aunque, si hubiera conocido ya lo que pretendía averiguar, su ansiedad se habría parecido más a la de un reo esperando que le aten a la silla.

De sus sueños y elucubraciones le sacó el reverberar de la radio, la voz rasposa de José Alés hablando de los últimos indicios de ritos satánicos en Madrid. Alimentando, como cada madrugada, los miedos de los oyentes de todo un país con los relatos de misterio, fantasmas, ovnis y oscurantismo de su programa *Medianoche*. Estaba siendo una edición muy interesante y lamentaría perderse lo que restaba de transmisión. Poco antes de llegar a su destino había escuchado emocionado cómo el locutor anunciaba a bombo y platillo que el doctor Germán de Argumosa había recibido el Premio de la Sociedad Suiza de Parapsicología por su labor en la investigación de los misteriosos rostros, teleplastias los llamaban los expertos, que habían aparecido al principio de la década de los setenta en el pequeño pueblo de la montaña jienense de Bélmez de la Moraleda, al sur de España. Era una gran noticia, pues para Sinesio eso cerraba un círculo. Justificaba su presencia en la capilla y el valor de sus investigaciones; además de plantearle una meta aún mayor que la publicación de un libro exitoso o convertirse en colaborador de aquel mismo programa de radio. Quizá también él podría llegar a recibir un galardón semejante.

Se llamaba Sinesio Amorós, era un funcionario gris y apático que había llevado una vida rutinaria y aburrida hasta que cinco años antes había leído en el periódico *Pueblo* un asombroso titular que rezaba: «Las caras hablan». Enjuto, delgado y de hombros caídos, con cara afilada de pómulos altos y un opaco pelo castaño, lacio y descuidado. Tenía unos hundidos ojos de color avellana que parecían ser lo único vivo en un hombre sedentario de movimientos pausados. «Tienes menos sangre que los bigotes de un grillo», solía gritarle su madre cuando, en su abúlica apatía, Sinesio dejaba sin hacer las tareas que se le habían encomendado. Siempre vestía con los apagados colores de la ropa vieja y apolillada que, en la medida posible, aprovechaba entresacando el gastado vestuario que había heredado de su padre.

Sinesio Amorós llevaba cuarenta años haciendo lo que se le suponía; tarde, mal y a rastro, pero haciéndolo. Sin sueños o ilusiones, siguiendo los pasos marcados por su estricto padre. Vivía solo, con la única compañía de un gato negro y escuálido que

tenía por costumbre arañarle cuando le cambiaba el cuenco del agua, en un estrecho apartamento de tacaño compulsivo en el que, en invierno, solía dejar latas de alubias precocinadas en conserva encima del radiador del salón, el único que dejaba encendido, para que, al llegar tras las horas de trabajo en el ayuntamiento, estuviesen a punto para cenar sin necesidad de encender los fuegos de la cocina de gas.

No había tenido pasiones hasta que, unos pocos años antes, el misterio había surgido en el número 5 de la calle Rodríguez Acosta de Bélmez. Las tiradas, algunos días triplicadas, del diario *Pueblo* auparon la expectación de todo un país por el fenómeno paranormal que llegaría a convertirse, según muchos de los más considerados parapsicólogos del mundo, en el más notable y documentado de la historia.

Y la vida de Sinesio cambió por completo.

La guinda había sido el artículo sobre las psicofonías que el recién premiado Germán de Argumosa había conseguido grabar en la humilde casa de aquel pueblecito olivarero de la sierra Mágina de Jaén cinco años atrás, un enclave olvidado y perdido del sur español.

Todo había empezado con un conjunto de difusas líneas oscuras que escorzaba un inquietante rostro hinchado sobre el cemento del suelo de la cocina de la modesta vivienda de una familia jornalera, una más de entre los apenas dos mil habitantes del pueblecito. Un tosco, casi ingenuo retrato de aires bizantinos, carente de perspectiva y que hacía pensar de inmediato en una argucia, en un timo cualquiera. Una imagen de lóbregas líneas borrosas que, probablemente por miedo, fue picada y eliminada con una nueva capa de cemento para que, pocos días después, otra muy similar la sustituyese.

Causando mayor asombro y ahondando en la consternación que aquella familia, que todo el pueblo, sentía.

A aquel primer retrato lúgubre y macabro, al que parecía manarle abundante sangre de ambas fosas nasales, le siguieron más y más de aquellos rostros esbozados por un autor invisible. Torsos, incluso cuerpos enteros, aparecían y desaparecían. Variaban la intensidad de sus trazos, se transformaban, se desplazaban… Y niños, muchos niños, incluso fetos.

Muchas de esas figuras estaban desproporcionadas, con garras amenazantes, con rostros compungidos, con miembros imposibles.

Un dantesco espectáculo que se convirtió en cebo para masas ansiosas de revelaciones. La iglesia se metió de por medio, el obispo presionaba al alcalde, miles de personas acudían a Bélmez; un famoso torero quiso comprar la humilde casita. Y finalmente, como era de esperar, el representante del gobierno totalitario de la España de los setenta, el austero gobernador civil José de Gortoa, se cansó de tanto circo y llamó al reconocido filósofo y parapsicólogo, don Germán de Argumosa, esperando que si un experto de reconocimiento mundial desmentía lo paranormal de los hechos se pudiera dar, por fin, carpetazo al asunto. Pero las expectativas de las autoridades

no se cumplieron. Don Germán y otros expertos a los que él mismo llamó no encontraron rastro alguno de fraude, y entre los consultados figuraba el prestigioso psicólogo alemán Vemder, profesor del Instituto de Parapsicología de Friburgo. Uno de los primeros investigadores destacados del mundo de lo desconocido que, como solía indicar Sinesio para cimentar sus propias creencias en lo paranormal, había colaborado con el Instituto Max Planck de Múnich.

En una ocasión, y ante notario, tras solar con una nueva capa de cemento el suelo recién picado de la humilde cocina, precintaron por dos meses y medio la casa. El mortero incólume que fotografió el notario justo antes de precintar la estancia apareció repleto de macabras escenas: mujeres con manos engarfiadas, fetos de cráneos desproporcionados, rostros cadavéricos. Debieron plegarse a la evidencia de que allí, con trazos de gris oscuro, había aparecido lo que bien podría haber salido de la imaginación del Bosco en la peor pesadilla de sus noches de insomne.

Las investigaciones se siguieron y, a pesar de que las autoridades intentaron silenciarlo cuando su movimiento de origen académico falló, nuevos e inquietantes descubrimientos se sucedieron. Uno de los más notables fue el de los huesos, que había servido de acicate a Sinesio. A instancias del sacerdote del pueblo, el alcalde había encargado a un albañil que desmantelase el suelo y se pusiera a excavar. Apenas a tres metros de profundidad habían hallado restos humanos, especialmente lo que parecían huesos de niños, aunque jamás se encontró cráneo alguno. Más aún, otras líneas de investigación encontraron pruebas de que el solar de la vivienda había sido un lugar de enterramiento siglo y medio antes. Un cementerio con tradición de muerte y horror desde la época de la ocupación árabe del sur español.

Sin embargo, para Sinesio, lo más asombroso de todo habían sido las psicofonías, las voces del más allá, los sonidos guturales que con doce magnetófonos UHER el propio profesor Germán de Argumosa había grabado en la casita de Bélmez.

«El infierno empieza aquí.»

«Yo sigo enterrada.»

Y por eso estaba allí. Abriendo el maletero del desconchado Citroën y sacando su propio magnetofón UHER Reporter 4000L, igual que el que había visto en las fotos en blanco y negro de *Pueblo*. Comprobó las baterías y echó un vistazo al resto del equipo, pulcramente dispuesto. Se hizo con una de las linternas y, tras encenderla, caminó hasta la pequeña capilla, mojándose las perneras de los pantalones con la humedad fría que perlaba la hierba.

«El infierno empieza aquí…

Le bastaron un par de empujones para que los restos de la puerta cediesen y poder así franquear la entrada. Algún animalillo se escurrió por la oscuridad que lamía el círculo de luz que proyectaba la linterna. Solo había vacío, un húmedo olor a melancolía cubría las paredes. No sabía si alguna vez tuvo algo de mobiliario, pero solo quedaban los restos rotos de un modesto altar, tallado en un granito similar al de las paredes. De las vigas vistas del techo pendían miles de telarañas polvorientas.

Dejó la linterna apoyada en el suelo para tener algo de luz en el interior y regresó al coche. Le pareció el escenario perfecto.

Hasta ese momento nunca había conseguido nada, solo ruido de fondo y el murmullo del motor del propio magnetófono. Todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos. Pero tenía fe. Ese día, en la capilla, lo conseguiría. Estaba convencido de que el problema habían sido los lugares elegidos con anterioridad. Lo había intentado en un cementerio, también en un viejo monasterio que se caía a pedazos. Persiguiendo aquellas voces, aquellos mensajes crípticos, robándole horas al sueño. Gastando, por primera vez, su sueldo en caprichos. Comprándose cables, conectores, un par de micrófonos y libros, lo poco publicado que pudo encontrar en el escaso mercado español de aquel entonces, controlado y censurado por los estamentos del régimen absolutista gobernante. El año anterior incluso se había atrevido a perder sus vacaciones con un viaje a Francia, cruzando los Pirineos en busca de aquellos textos que no estaban a su alcance en España. Allí había conseguido el libro que Konstantin Raudive había publicado en 1968, con el que se adjuntaba un disco de vinilo con inclusiones psicofónicas en varios idiomas. Era una de sus posesiones más preciadas. Y también, entre otros muchos, una edición original de *Überleben wir den tod?* que, pacientemente, traducía sobando un viejo diccionario de alemán heredado de su padre.

Tenía todas sus expectativas puestas en aquella escondida capilla, estaba seguro de que allí lo conseguiría. Se sentía emocionado e inquieto, algo que, podría decirse, resultaba novedoso y extraño para él.

Trastabillando, con las manos ocupadas intentando agarrar a un tiempo todos los cachivaches, necesitó de tres viajes para llevar todo el equipo hasta el interior del pequeño templo. Para orientarse, sujetaba entre los dientes una segunda linterna. En sus idas y venidas tropezaba con las zarzas y las ramas bajas de la descuidada vegetación que llenaba el trecho entre la carretera comarcal y el portón carcomido de la capilla.

Necesitó de poco más de media hora para instalarlo todo, asegurándose en esta ocasión de que el magnetófono quedara lo suficientemente lejos del micrófono, tanto como para evitar que captase el ruido del motor del grabador.

Tras recogerla, apagó la mayor de las linternas, la que había dejado sobre el suelo anteriormente, y se acomodó en la silla plegable que había traído. Se quedó en una de las esquinas más cercanas a la entrada. Aunque no había sido su idea inicial, había desistido de seguir con el plan original al sentirse extrañamente incómodo cuando intentó colocarse en las que correspondían a la zona del altar, donde había dejado el magnetófono. Así, grabador, micrófono y silla eran tres puntos de una de las diagonales de la planta rectangular de la capilla.

Preparó su libreta de notas y esperó. Lleno de ilusión y optimismo, esperó. Apoyando el cuaderno sobre una carpetilla de barato cartoncillo marrón en la que almacenaba un montón de sus papelorios y anotaciones previas.

2009

Era una habitación cualquiera; en un hotel cualquiera; en una ciudad cualquiera.

Buenos Aires probablemente, al menos le parecía distinguir la sombra del Obelisco por entre los destellos incongruentes de las luces en las cortinas. Aunque el lugar concreto no tenía la menor importancia, era simple vacío. El vacío en los sueños de un niño maltratado, un chiquillo que mira incrédulo la sangre que se le derrama por los muslos, desde el ano hasta el suelo de la sacristía.

Su infancia no había sido así, aunque… le hubiese gustado tener esa excusa perfecta, un leitmotiv idóneo que buscar en el fondo de una botella.

Era una habitación cualquiera; en un hotel cualquiera; en una ciudad cualquiera.

El ruidoso tráfico de la Nueve de Julio parecía confirmarlo. Buenos Aires, casi con toda seguridad, el Crowne Plaza y una habitación de los pisos altos.

Suelo de madera, ambiente impersonal y las luces apagadas, a excepción de la lámpara de diseño neutro de la mesilla de noche.

Dos putas de piernas largas y moral corta, rubia y morena, dormitaban por entre las sábanas revueltas, escondiendo el olor a sexo con caros perfumes que no llegaban a comprar la elegancia que ansiaban.

En una esquina, la pequeña nevera del bar, a su lado, una figura encorvada que, apoyando la espalda en la pared, espía por entre las sombras los inexistentes fantasmas de un pasado no tan romántico y sí tan normal.

Abierto a su lado, tirado sobre el parqué, un manoseado ejemplar de *Love is a dog from hell* con el lomo vencido y las tapas abiertas. El marcapáginas que asomaba por un costado era una imagen plastificada del *Buey desollado* de Rembrandt.

Sus ojos cayeron sobre la portada del libro y envidió al viejo Bukowski, quiso su vida y sus desgracias, quiso sus ansias y sus esperanzas, pero no porque supusiese una excusa. Las excusas importaban solo lo justo, no; lo que quería eran esas historias de borracho peleándose por ser recordadas, las noches en la cárcel, los sueños en los hogares de acogida, los poemas en todo su cinismo, lo amarillo de su sarcasmo.

Bebió un trago de la única de las botellas en miniatura que todavía tenía algo que ofrecer. Quería emborracharse porque eso era lo que habría quedado bien en uno de los poemas de aquel libro ajado, o en una película de cine negro de los cincuenta. Bebía para escapar de unos remordimientos que habría querido sentir. Sin embargo, el arrepentimiento no llegaba.

Y no llegaría nunca.

Nunca.

En la gigantesca avenida se oyó el alarido de una ambulancia.

Sí, era Buenos Aires. Ahora lo recordaba, había ido a por las chicas al local que estaba en la esquina del cementerio. Solo en Baires podía conjugarse una antítesis tan convenientemente romántica. En los garitos con aire de grandeza que rodeaban el cementerio de Recoleta era donde más le gustaba encontrar chicas.

Sí, Buenos Aires estaba bien; además, en Buenos Aires había empezado todo.

Había sido fácil, a fin de cuentas eran millones viviendo en la pobreza más incongruente. El país estaba en una de sus múltiples crisis y había sido fácil pensar que no habría modo de conectarle con el cadáver. Para los que buscaban por entre la basura de las calles, la cartera que se llevó para no dejar identificación alguna habría sido el verdadero descubrimiento; sin embargo, solo les dejó pintorescos trozos de seso adornando una esquina sanguinolenta y macabra.

No habría sido capaz de reconocérselo a sí mismo, pero esas ideas no dejaban de ser pretextos, remiendos de la conciencia; todo razonamiento había venido después de la sangre. Había sido la primera vez, no hubo nada racional, solo furia liberada. No había dedicado tiempo al asesinato y sí al encubrimiento.

Cierto era que más o menos aparecía por allí alrededor de una vez por mes, pero quién podría imaginar algo semejante.

Una de las chicas se movió en su sueño y le hizo levantar la vista del gollete de la botella.

Ambas tenían unas piernas fantásticas, caras, pero maravillosas. Sonrió…

«… y yo no podía dejar de ver aquellas largas, delgadas, celestiales piernas…»

¿No iba así el verso del viejo Bukowski?, le sonrió al libro de medio lado, como si fuese el propio autor.

Se incorporó y su piel sudada reflejó las sombras de las curvas de una musculatura bien definida, sus ojos azules se desviaron vanidosos al espejo que culminaba la impersonal mesa de la habitación de hotel y luego volvieron a enfocar el culo de la rubia. Ya lo habían hecho un par de veces; ellas habían querido irse, solo el dinero las retuvo.

Poco importaba, no eran más que mujeres de moral flexible si se pretendía ser amable, y le apetecía montárselo otra vez. Las tetas de la morena eran de (plástico) escándalo. Se le ocurrió que esta vez sería mejor que la rubia se lo hiciese con la mano hasta correrse en aquellas grandiosas tetas de la morena, pero primero les daría por el culo a las dos. Probablemente tendría que pagarles más, eso no había entrado en el trato. Pero eran lo que eran, el dinero mandaba, siempre mandaba.

Solo hacía falta echar otro trago.

Era una lástima que los de recepción supiesen que las dos señoritas de insinuantes vestidos demasiado cortos estaban en la habitación. La voluptuosidad ardiente de la morena se merecía un tratamiento más explícito, aquellos pezones de chocolate podían incluso formar parte de su colección.

Todavía le quedaba algo de bórax con el que curtir la piel…

La morena murmuró algo en sueños, disolviendo toda necesidad o pensamiento. Ahora iba a pasárselo bien escondiéndose entre lo sinuoso de aquellos dos cuidados traseros, sobrevalorados por costosos tratamientos anticelulíticos.

Las dejaría marchar y, si quedaba alguna otra necesidad por satisfacer, se encargaría de ella a la noche siguiente, porque siempre había algún mendigo durmiendo entre cartones por las calles en penumbra del avejentado San Telmo.

O esperaría al siguiente vuelo, en San José era aún más fácil que en Buenos Aires; quizá no tan romántico, no tan cínicamente urbano, pero mucho más fácil. Bastaba con acercarse a la selva. De todos modos, Baires siempre resultaba especial, a fin de cuentas, todo había empezado en Buenos Aires.

En Buenos Aires, justamente un par de años antes, también en noviembre, lo recordaba con precisión y no por la importancia de los hechos, sino porque mientras en su casa, en la montaña, la nieve iba y venía según los días, en el hemisferio sur comenzaba la primavera.

En Buenos aires, un par de años antes, Thomas Rye había descubierto el placer de matar.

La necesidad de quitar vidas.

2007

En la primavera del hemisferio sur, Ezeiza, el aeropuerto internacional de la capital argentina, empezaba a tener problemas de visibilidad reducida por culpa de las densas nieblas debidas a la cercanía del río.

Y, precisamente en aquellos días de dos años atrás, fecha de tan memorable vuelo a Buenos Aires (en el que todo había empezado), el río de la Plata se había dedicado a jugar con la atmósfera, cargándola de un vapor de agua fácilmente condensable y complicando las operaciones aéreas. Thomas lo había supuesto incluso antes de llegar a Barajas. Había sido el primero en entrar a las oficinas recién estrenadas que la compañía dedicaba a la preparación del vuelo en las instalaciones del aeropuerto madrileño, y los informes y pronósticos meteorológicos que le había facilitado el despachador de vuelo, junto con el resto de documentación pertinente, no habían hecho más que confirmarlo. El único problema era que el exaltado intelecto orgulloso del comandante de aquel vuelo tan especial había decidido que no era tan grave.

Cierto que necesitar un curso de braille para aterrizar en Ezeiza no era un problema demasiado grave si se planificaba de forma adecuada el combustible necesario. Había que considerar la posibilidad de proceder a un aeropuerto de destino alternativo y estimar el consumo aparejado. Por desgracia, las cercanas pistas de Montevideo tampoco resultaban una opción en ese vuelo, como en la mayoría de las ocasiones. Si la niebla cubría Ezeiza, lo mismo sucedía con el aeropuerto de la capital uruguaya en la práctica totalidad de las mañanas porteñas. Por lo que, para una aeronave del tamaño del Airbus A340, aterrizando con alrededor de ciento noventa toneladas de masa, solo quedaba Córdoba como aeropuerto con suficiente longitud de pista como para detener semejante armatoste. Sin embargo, el trayecto suponía más de una hora de vuelo, y seis toneladas más de combustible a añadir al necesario para el viaje y posibles contingencias. Además, en el charco iban a encontrarse con tormentas, incluso con un huracán que se había perdido el pico de la temporada y navegaba por el Atlántico con el retraso de un crucero de segunda. Sería necesario desviarse de la ruta prevista en más de una ocasión.

Concluyendo, tenían que cargar más combustible, y así lo había sugerido con toda la humildad posible al comandante, pero aquel orangután con cerebro reducido solo sabía pensar en cómo colgarse una medalla con la dirección de operaciones de vuelo de la joven compañía al ahorrarse el incremento de consumo que habría supuesto transportar el combustible adicional. Más aún, como el vuelo tenía una duración estimada de prácticamente trece horas, la normativa obligaba a reforzar la tripulación

con un tercer piloto, y Thomas, tras la negativa del comandante, había mirado a los ojos del copiloto adicional con un gesto que pretendía buscar apoyos. De nada sirvió; aquel inútil prefirió hacerse el interesante y quedar bien con el comandante en lugar de llevarle la contraria apoyando a Thomas. Finalmente, aquellos dos especímenes decidieron cargar el combustible justo, como si la previsión meteorológica augurase sol radiante y moscas revoloteando.

Ya había supuesto que tendría problemas en cuanto los había visto aparecer. El comandante había llegado con la chaqueta al hombro, el uniforme arrugado y la tarjeta de identificación de la compañía colgada del cuello con una cinta del Real Madrid; el otro copiloto, arrastrando los pies con andares toscos y los zapatos sucios, empujando una maleta llena de arañazos y restos de pegatinas de seguridad. Recordaban a una pareja cómica del cine mudo: el comandante, un corpulento simio de calva incipiente, pequeños ojos porcinos y un horrible lobanillo en el puente de una nariz de anchas fosas; el copiloto, al menos dos palmos más bajo, de piel mucho más oscura, con el pecho hundido y un pelo negro y grasiento mal cortado a cepillo. Habían cruzado la puerta de la oficina de planificación tarde, hablando del comienzo de la liga de fútbol, mientras Thomas repasaba la información relativa al vuelo.

Había deseado darse de baja.

Los conocía a ambos y sabía a qué atenerse, así que, teniendo en cuenta lo justo del combustible, Thomas decidió ceder cortésmente los mandos del avión a sus dos compañeros, tanto en el trayecto de ida como en el de vuelta, aduciendo que, como en pocos días tenía programado un vuelo a Los Ángeles con escala en Miami, tanto a la ida como a la vuelta tendría la oportunidad de ponerse a los mandos en alguno de los saltos (mintió, su siguiente vuelo programado era a Quito). Anunció que se limitaría a hacer los relevos pertinentes en crucero para que sus compañeros pudieran descansar.

El avión, un A340 ni nuevo ni viejo que esperaba al sol de la enorme plataforma sur de Barajas, lucía su repintado de apenas seis meses con los colores blancos, verdes y azules de la librea de Ocean Skies. Y para llegar hasta él tuvieron que esperar pacientemente a que los de El Al terminasen con sus eternos protocolos de seguridad. El pequeño B737 de los israelíes estaba rodeado de los coches blanquiverdes de la seguridad aeroportuaria, que detenían el tráfico de las vías de circulación que pasaban cerca del Boeing de El Al; siempre temerosa de ser el objetivo de un atentado. Por ende, cuando por fin lograron embarcar, el otro copiloto, aquel gorrión sifilítico con sarna, y el comandante, aquel mono de brazos largos y calvicie incipiente; solo se habían sentado en los puestos de pilotaje tras haber perdido más de diez minutos congraciándose, entre falsas sonrisas y esperanzas banales de coito, con la correspondiente docena de azafatas, entorpeciendo el trabajo de estas mientras hacían el registro de seguridad pertinente y preparaban la cabina para la llegada del pasaje.

Finalmente; despegaron con retraso, y Thomas pareció ser el único preocupado por tal cuestión. Desde el rodaje hasta establecerse en crucero, y con las únicas

interrupciones estrictamente necesarias para llevar a cabo los protocolos mínimos que establecían los procedimientos operativos, los dos elementos habían seguido hablando de fútbol. Aunque desde el embarque habían incluido obscenidades malsonantes sobre las azafatas. Thomas se mantuvo al margen, sentado en el denominado asiento del observador, tras el pedestal central de la cabina de mando, con el comandante a la izquierda y el otro copiloto a la derecha. Y cuando ya no pudo soportar más comentarios soeces e infantiles Thomas se ofreció para hacer el primer turno de descanso.

Tras ese primer tramo de vuelo, y con ese fin se refuerzan las tripulaciones, lo habitual es que uno de los tres pilotos se tome un respiro, durante un tercio del trayecto, en uno de los camastros de la litera del cuartucho que se esconde tras la cabina de mando y justo antes de la cocina, *galley*, de primera clase. Así, repartidos en tres tandas, el refuerzo de la tripulación permite garantizar que los pilotos a los mandos en las distintas fases de vuelo estén lo más frescos posible.

Y ahora, de regreso en cabina de mando y sustituyendo al comandante en el puesto de la izquierda, cruzaban el océano a diez mil metros de altura y más de ochocientos kilómetros por hora. Thomas se maldecía al ver los números que brillaban en la pantalla de la computadora de vuelo. Las estimaciones de combustible sobre el destino que hacía el ordenador de a bordo le indicaban, con su parpadeo fosforescente, que estaban en un apuro. Se iban a ver forzados a tomar la decisión de proceder a Córdoba mientras cruzaban Brasil, ya que si continuaban hasta el río de la Plata el combustible no alcanzaría para regresar al aeropuerto alternativo con un margen razonable. Y eso coartaba la oportunidad de hacer esperas sobre Buenos Aires, intentando darle tiempo a la niebla para levantarse.

O se desviaban o el impresentable de las cuatro barras doradas en las bocamangas se dirigiría a Buenos Aires y se limitaría a efectuar un aterrizaje en condiciones de muy baja visibilidad. Tendrían que realizar una aproximación de precisión de categoría dos o tres. Un tipo de maniobra muy marginal que suponía aterrizar con visibilidades de menos de trescientos metros para, en el descenso final previo al aterrizaje, no tener referencias exteriores, como las luces o la señalización de la pista, hasta estar a menos de treinta metros del suelo. Incluso con tan solo siete metros para las de categoría tres. Y eso, con un avión de setenta metros de eslora.

Algo que, aun siendo perfectamente posible, suponía quebrantar la ley, pues aunque el modelo de avión estaba preparado para ello y cientos de aerolíneas en el mundo lo hacían normalmente, en ese caso ni él, ni ninguno de los dos copilotos, ni Ocean Skies tenían autorización para hacerlo. Y, como no era una operación permitida en su compañía, ni siquiera podía tener la seguridad de que las comprobaciones que el personal de mantenimiento debía realizar para garantizar la integridad de los sistemas de la aeronave en este tipo de aproximaciones estuviesen hechas.

Parecía que solo tenía una opción: alimentar la esperanza de que los pronósticos

que había leído unas horas antes en Barajas fueran exagerados.

Repasó una vez más las estimaciones del combustible y releyó, también una vez más, los últimos informes meteorológicos disponibles.

2007

Una mentirosa luna menguante sonreía a su camarilla de estrellas sobre el horizonte. Y aunque el otro copiloto, sentado a la derecha, leía aparatosamente el periódico deportivo que el orangután le había prestado, el simple hecho de que este se hubiera ido a dormir le permitía a Thomas intentar disfrutar de la belleza del vuelo. Sin embargo, no conseguía dejarse caer en la agradable rutina del trabajo calmado que supone un crucero nocturno por el Atlántico. Insistentemente, miraba los gráficos digitales que, en una de las pantallas centrales, representaban sinópticamente la distribución del combustible a bordo a través de la información que reunía el computador de vigilancia de sistemas del avión. El ordenador simplificaba la compleja instalación en un sencillo esquema y unos cuantos números, permitiéndole un acceso rápido a los datos de consumo y remanente. Sin embargo, aunque sumaba las cantidades de los distintos depósitos: del interior de las alas, del central bajo las bodegas y el del *empenaje* de cola; una y otra vez, el resultado era siempre el mismo. En cada ocasión que repasaba los cálculos llegaba, una y otra vez, a la misma conclusión; si no se desviaban a tiempo tendrían que aterrizar en Baires fuese cual fuese la visibilidad.

Y, para colmo, aquel día el servicio de control oceánico de Dakar no disponía del sistema de llamada selectiva, SELCAL lo que, aun siendo bastante habitual para el espacio aéreo controlado por los senegaleses, suponía una incómoda molestia más.

Como resultaba imposible que, sobrevolando el océano, alguna estación terrestre de radar tuviese alcance como para recibir el eco de su A340, o de cualquier otro avión. El único modo de asegurar que, en uno de los espacios aéreos con mayor tráfico del mundo, cada cual estaba donde le correspondía, era emitiendo eventuales informes de posición con estimaciones de tiempo y altitud. Lo que, además, implicaba la necesidad de usar frecuencias de radio que tuviesen un alcance mucho mayor que aquellas que podían usarse sobre tierra, en donde se utilizaba un rango muy similar al de las emisoras comerciales, el denominado VHF. Por lo tanto, para garantizar la recepción y emisión, se usaban frecuencias de un intervalo denominado HF, más bajas que aquellas utilizadas en los espacios aéreos controlados sobre tierra. Frecuencias que, si bien tenían mucho más alcance, también arrastraban el inconveniente de tener mucho más ruido de fondo, con transmisiones menos claras.

Así, para evitar ese fastidioso ruido de fondo de las frecuencias atlánticas, lo habitual en el océano era que las comunicaciones se limitasen a informes de posición preestablecidos, dejando, para el caso de ser necesario ponerse en contacto desde las

dependencias de control, el dichoso sistema de llamada selectiva. Este permitía, aunque los canales de radio estuviesen en espera y con los equipos de recepción sin volumen, recibir a bordo de la aeronave una señal, mezcla de pitidos y varios testigos luminosos, que advertía a la tripulación que debía comunicarse con los servicios control. Sin embargo, como el SELCAL de Dakar no funcionaba, a todos sus problemas había que añadir el molesto martilleo de la estática de la frecuencia HF, que debía mantener abierta y a la escucha.

Comenzaba a dolerle la cabeza.

Aquel maldito murmullo parecía palpitar aguijoneándole los tímpanos, royéndole el cerebro. Ya le había pedido al otro copiloto que bajase el volumen del equipo de su lado un par de veces.

Intentaba evadirse sin conseguirlo. Orión cazaba en el cielo, a su derecha, y recordó sus primeros vuelos sobre el desierto. Levantar del suelo un trasto de más de doscientas toneladas era algo para sentirse satisfecho; no obstante, añoraba la soledad de la pequeña cabina de un bimotor ajado, mientras transportaba cheques por confirmar sobre los verdes intensos de los bosques de coníferas de Oregón, con las titánicas Rocosas escoltándolo por estribor.

Le palpitaban las venas de las sienes.

No podía evitar odiarlos, eran la antítesis de todo lo que él alababa.

Especialmente el comandante, con aquella sonrisa torcida de labios gruesos y pálidos. No habría podido distinguir a Hegel de Kant ni apreciar la belleza de la geometría proyectiva. Era, obviamente, incapaz de hablar coherentemente del hollejo áspero de la garnacha. Y mucho menos distinguir entre los pasos de un bolero y los de un mambo. Aunque le prometiesen un par de entradas para una final de la copa de Europa en la que jugase su adorado Real Madrid. Ni aun así.

Le dolía la cabeza.

Era un ignorante prepotente. Era un cagajón flotando en la mierda de una letrina olvidada de un frente maldito de Normandía que se creía el Queen Mary en su singladura inaugural.

Y eso no podía soportarlo.

Le dolía mucho la cabeza.

Lo odiaba, y venía de lejos. Aquel orangután ya le había causado problemas en la compañía solo por el hecho de disfrutar de una posición mejor.

Cuando volvió a la realidad se dio cuenta de que había arrugado las hojas del plan de vuelo que había estado usando para hacer sus anotaciones.

Se acercaba el punto de notificación siguiente y no le quedó más remedio que abrir la boca para decirle al otro lumbrera que sería mejor hablar con el control de Dakar.

Se les adelantó el anguloso acento de un Lufthansa, que interrumpió el ronroneo estridente de la radio para hacer su correspondiente notificación. Estaba deseando salir del espacio aéreo de Dakar, los del control brasileño del sector atlántico no eran

mucho mejores, pero al menos podría librarse del molesto ruido de la radio. Y un poco más allá, cerca de la costa, regresar a las frecuencias más altas, de VHF, que se podían usar sobre tierra firme, dejando atrás, definitivamente, tanto barullo.

El cantamañanas tenía turno de descanso hasta llegar a la costa de Brasil, y eso le daba tiempo para solicitar al servicio de vigilancia de vuelos información meteorológica sobre Ezeiza, esperando que el reporte que este pudiera facilitarle estuviera más actualizado que aquellos que podía requerir a las bases de datos almacenadas para las solicitudes a través de los sistemas por satélite. Así, podría ir haciéndose una idea de cómo iban a desarrollarse las cosas antes de pedir a la sobrecargo que despertarse al mono para retornar a su sitio.

En todo caso, a la hora de aterrizar en Baires él no estaría en ninguno de los asientos de mando, sino en el del observador. Observando cómo, si todo iba de acuerdo a lo previsto, aquellos dos amiguitos, tan preocupados por el inicio de la liga, se metían en mierda hasta el cuello si el control argentino declaraba el aeropuerto bonaerense bajo mínimos para aproximaciones de precisión de primer nivel.

El otro copiloto consiguió hablar por fin con el control de Dakar para dar su posición y recitar el estandarizado informe. A continuación, tras eructar y sonreír como el tonto del pueblo en el baile de la fiesta del patrón, salió de cabina anunciando su intención de librarse de la cena lo más aparatosamente posible en el baño de primera.

Sonrió por obligación. Decirle lo que realmente pensaba no merecía la pena, además, también tenía su lado bueno: podría estar un rato a solas en cabina, disfrutando de la noche, del horizonte infinito y de la magia del vuelo.

Solo le molestaba el ruido de estática que desprendían los altavoces de la radio. Con tan pocos ciclos por segundo, la transmisión y recepción no solía ser ni la mitad de buena que en las frecuencias más altas y el sempiterno susurro cacofónico cuajaba en la señal como si esta procediese desde el interior de la freidora de una franquicia de comida rápida.

Era desagradable, pero al menos estaba solo.

Le tocó el turno a un empalagoso francés que venía justo detrás y notificaba sobre el mismo punto en el que ellos habían realizado su informe de posición unos minutos atrás.

Oyó de lejos la radio, mientras se concentraba en cambiar el rumbo a fin de evitar la mancha roja que la pantalla del radar meteorológico se empeñaba en dibujar sobre el trazado de su ruta.

El francés terminó de intercambiar las erres por ges y la radio volvió a su monótono crujido.

Sentía su cerebro pulsando. Por momentos solo veía dolor.

Y, aunque no llegó a saberlo jamás, en aquel momento todo cambió.

1977

En la primera hora de expectante vigilia el único ruido que desentonó sobre el rumor de fondo del bosque y el murmullo del magnetofón fue el del lápiz, garabateando en letra menuda, propia de un obsesivo compulsivo. Una caligrafía de trazos reducidos y comprimidos, más que apropiada para su pertinaz tacañería.

Sinesio, pendiente de su reloj y ayudándose de la linterna más pequeña, tomó referencia de los sonidos que la noche le trajo, anotando cuidadosamente la hora concreta y calculando los minutos transcurridos desde que había iniciado la grabación. No tuvo que apuntar demasiado, la noche parecía complacerse de su propia quietud, envolviéndose tímida en la suave neblina que arrastraba la helada hasta el húmedo interior de la capilla.

Lo más destacable, entre unas cuantas menudencias, fue el canto de una lechuza en algún lugar entre los viejos árboles retorcidos y unos minutos en los que, no pudiendo resistir la tentación, se había escurrido hacia el mundo de los sueños. Por eso, tras despertarse sobresaltado, decidió guardar registro de los posibles tiempos, para no malinterpretar sus propios ronquidos.

Aunque había leído que se habían obtenido psicofonías en cámaras anecoicas y con micrófonos encerrados en jaulas de Faraday, para Sinesio era un sueño casi inalcanzable aspirar a poseer semejante tipo de instrumental. Sin embargo, intentando ser lo más riguroso posible, al menos tenía en cuenta qué ruidos podían ser malinterpretados cuando escuchase las grabaciones; de ahí sus compulsivas anotaciones. Intentando dejar constancia, en las páginas amarillentas de su cuadernillo, de todo aquello que su umbral auditivo le permitía discernir.

Transcurrida la primera hora con la cinta siseando entre las bobinas del magnetófono, Sinesio se levantó. Y, tras dejar constancia en su libreta, detuvo la grabación. Se sirvió de los pocos pasos que necesitaba para cruzar la capilla y estirar su escaso y magro cuerpecillo, entumecido por haberse mantenido tanto tiempo en la misma posición en el frío nocturno. Habría podido rebobinar allí mismo la grabación y escuchar atentamente el fruto de su trabajo; no obstante, él prefería llegar a casa y calmar su impaciencia con una tila aguada antes de reproducir lo grabado. No se había levantado para poder escuchar, sino porque necesitaba preparar una nueva parte de aquella sesión de investigación.

Escuchó por un momento la noche, disfrutando del arrullo de la helada brisa y sintiendo el calor de la ansiedad royéndole la médula de las vértebras. Más allá del escaso halo de luz de la pequeña linterna, las tinieblas se hacían cargo de la situación

y, de cuando en cuando, algún animalillo se aprovechaba de la oscuridad para moverse a su antojo. Los hilos de las telarañas de la techumbre bailaban al compás de aquella suave brisa nocturna, lanzando tenues destellos plateados por entre los jirones de una bruma naciente. Los remolinos de aire se empeñaban en agazapar en su nariz un curioso olor mohoso y pútrido que se aferraba al interior de su frente, haciendo palpitar las venas allí escondidas, con una sensación similar a la de atragantarse con agua helada.

Estaba demasiado excitado como para dar cabida al miedo en su escuálido pecho, pero si hubiera sabido lo suficiente, el reptar de un escalofrío por su espinazo habría conseguido que su escroto se encogiese hasta causarle dolor. Era el vivo ejemplo de la felicidad del ignorante.

Disponía de otra hora de grabación. La cinta magnetofónica tenía un total de cuatro, pero las dos primeras ya las había empleado en un esfuerzo análogo, en una sesión similar que había llevado a cabo días antes en una de las escuelas rurales, ahora ya abandonadas, que abundaban por la zona. No había conseguido nada, pero prefería conservar todas y cada una de aquellas grabaciones, etiquetando las cintas con su nudosa caligrafía apretada.

Sin embargo, los continuos fracasos más que diezmar su curiosidad la acicateaban. Se instaba a sí mismo a buscar variantes que le permitiesen encontrar el camino a seguir para llegar a buen puerto. Por eso, para la hora en blanco de grabación que le restaba tenía preparado un cuestionario escrito y meditado ex profeso. Eran preguntas al aire para las que esperaba obtener respuestas aclaratorias y convincentes en alguna de aquellas voces rasgadas y temblorosas que tantas veces había escuchado en el disco de Raudive.

Tirando suavemente de los elásticos, abrió con parsimonia su carpetilla para escoger, de entre los papelorios que la preñaban, el pliego de papel en el que había escrito sus veinte preguntas. La idea consistía en plantear una cuestión aproximadamente cada tres minutos; todo estaba debidamente planificado y estudiado, o eso creía él.

Supuestamente, el intervalo entre cada pregunta daría tiempo a recoger la respuesta que pudiese ofrecerse, a registrar la posible (la esperada) inclusión psicofónica. Y era un método con más que buenas garantías de éxito, así lo anunciaban los expertos.

Se sentía inquieto, impaciente, deseando estar ya en casa para disfrutar de las voces… de los sonidos grabados que estaba seguro iba a conseguir. Pulsó una vez más el botón de grabación e, intentando calmarse a base de lentas inspiraciones, caminó despacio de regreso a su rincón, mirando de reojo la silla plegable y centrando su atención en la lista de preguntas. A punto estuvo de tropezar con el micrófono y mandarlo todo al traste.

Cuando se hubo sentado, intentó serenarse y se dispuso a hacer la primera pregunta. En lugar de su propia voz solo se escuchó un sibilante susurro que le obligó

a carraspear para aclararse la garganta. Un desagradable y frío impulso recorrió espasmódicamente sus nervios lumbares, erizándole el vello. Cuando probó de nuevo, su voz fue, por fin, capaz de articular palabras con sentido.

—Pri… primera: ¿Hay…? —hubo de toser de nuevo—. ¿Hay alguien ahí?

Y su corazón latió desbocado, mezclando el miedo y la excitación en una amarga píldora que se le pegaba al paladar.

—Segunda: ¿Están…? ¿Estáis escuchando?

Dejaba transcurrir el tiempo adecuado entre pregunta y pregunta, prestando toda su atención, como si pudiese oír las psicofonías que esperaba sin tener que reproducir la cinta tras rebobinarla. Mirando el reloj con desesperanza y aguzando el oído.

—Tercera: ¿Quién eres? ¿Quiénes sois?

La manecilla más larga de su barato reloj saltó bruscamente tres veces, como anunciando un ataque de epilepsia.

—Cuarta: ¿Estás muerto…? ¿Muertos?

Siguió empecinado en su extravagante ritual, ajustándose a los tiempos debidos y al orden preestablecido del interrogatorio. Notaba el sudor enfriarse en sus manos y su aliento condensarse frente a sus ojos. Olía los restos de comida que se pudrían entre sus dientes.

—Quinta: ¿Pueden…? ¿Podéis comunicaros?

Se oía el motor del magnetófono casi como si ronroneara, como de vez en cuando le daba por hacer a su mal encarado gato.

El bisbiseo rasposo de la cinta.

Algo de la estática del micrófono.

El rumor de la brisa.

El revolverse de las hojas de los árboles.

Los latidos apresurados de su corazón, ansioso y arrítmico.

Sintió frío.

Sintió mucho frío.

Se oía… Se oía el ritmo acompasado de una respiración profunda y quejumbrosa, áspera. Y cada vez hacía más frío, podía sentir el crujir casi helado de su propio aliento en cuanto salía de sus labios.

Ya solo oía aquella respiración. Miraba ansioso a los lados, sus manos se crisparon arrugando la absurda lista de preguntas. Giraba la linterna tan rápidamente que ni siquiera acompasaba los movimientos de su cabeza. Era como un viejo juguete de cuerda, descoordinado y de colores desvaídos, olvidado en el desván polvoriento de la casa apolillada que, tras la muerte de la abuela, ha quedado vacía; un payaso de hojalata con una macabra sonrisa, diluida entre los blancos cenicientos de unas mejillas ajadas y cuarteadas, una sonrisa torcida por los restos de pintura resquebrajados. En el ensortijado pelo verde, ya escaso, el vacío esqueleto de una araña muerta tiempo atrás se balancea en las suaves corrientes de aire cargadas de miasmas que revuelven los espacios abiertos en las vidrieras rotas.

Era como el crujir de la paja seca, el sonido de una lija gruesa arrastrándose por el rostro de un niño.

Algo gélido y pesado rozó su hombro.

Había bajado a la cabina telefónica de la esquina, él no tenía línea de teléfono en casa, suponía un dinero que no estaba dispuesto a gastar. Aunque aquel día se arrepintió por primera vez de semejante decisión. Cuando, tras varios intentos, consiguió hablar con quien correspondía, no necesitó fingir el tono de su voz para parecer indispuesto. Había dicho que se encontraba mal, que no podría ir a trabajar. Y fueron palabras que, en realidad, no estaban muy lejos de la realidad.

Todavía recordaba el desagradable tufo ácido y el secarse pegajoso de su orina en la tela húmeda del pantalón, rozándole los muslos cada vez que cambiaba de marcha. Había huido despavorido y solo la luz del día de las pocas horas pasadas había logrado convencerle de que no había sido más que una ilusión, sugestionado como debía de haber estado por la mera naturaleza de su investigación. Había reunido agallas, más que nada por no sentir vergüenza de sí mismo. Se abochornaba al pensar cómo se había encogido en posición fetal bajo la cama de su dormitorio, abrazándose a sí mismo, hiperventilando presa del pánico, mientras el gato lo miraba con indiferencia explícita grabada en sus ojos amarillos. Allí, escondido, había permanecido hasta que llegó la mañana. Mucho más de lo que necesitó el gato para, tras lamerse aplicadamente ambos costados, aburrirse lo suficiente como para buscar algo interesante que mirar desde el ventanuco de la pequeña cocina.

Y ahora estaba de nuevo allí.

Todo parecía estar como debiera. El magnetófono, en una esquina (la luz diurna cambiaba, y mucho, las vistas); el micrófono, con su soporte de largas patas, en el centro; la silla plegable, caída en la esquina opuesta, con la tijera de alambre barato que sostenía el asiento de burda tela estampada medio cerrada; sus papeles, esparcidos por el suelo; la carpeta de cartoncillo marrón, abierta sobre la tierra pisada; su cuaderno, un poco más lejos, y el absurdo listado, como un signo de puntuación, más allá, hecho a medias un gurruño por su repentino gesto de la noche anterior.

La grabación se había detenido al llegar al final de la cinta. Las baterías se habían agotado.

Recogió todo con una sonrisa cínica en los finos labios fruncidos, blanquecinos por el esfuerzo de mantenerse en el ademán. Se mintió a sí mismo compulsivamente e incluso se obligó a ser pulcro al recoger el equipo, colocándolo todo en el maletero según un riguroso orden y concierto preestablecido.

Condujo a casa con calma, no precisamente pensando en lo sucedido, pero tampoco negando la evidencia del miedo que le corroía las entrañas como un sugerente ácido amarillento que se estuviese escurriendo por sus vísceras.

No le costó demasiado, solo un par de tragos de licor barato, preparar el equipo para escuchar las dos últimas horas de grabación. Las de la noche anterior.

Cuando se sentó, alargando la mano para pulsar el botón de reproducción, gotas de sudor frío se agolpaban sobre sus cejas.

2007

Niebla.

La noche se acostaba sin los rumores del viento a la ribera del río y, en lugar de usar una colcha, se tapaba con la niebla espesa que desprendía el río de la Plata. Sus temores se confirmaban. Al escuchar por radio el servicio de información meteorológica del aeropuerto de Ezeiza, Thomas descubrió que los valores de visibilidad horizontal y la altura sobre el suelo de las nubes más densas eran marginales para una aproximación de precisión de clase uno. Con que una gota de agua más se condensase, ya solo podrían aterrizar aquellos aviones y tripulantes entrenados y autorizados para aproximaciones de categoría dos, lo que no era su caso.

Había escuchado el informe desde el asiento del observador, con aquellos dos elementos sentados a los mandos. Y ahora tenían el descaro de gesticular espasmódicamente mientras señalaban en la pantalla de cristal líquido de la consola central la cantidad de combustible remanente.

Le dolía la cabeza, y todos aquellos aspavientos y falsos gestos de sorpresa no le ayudaban a librarse de los remordimientos que sentía.

Pero las cosas habían seguido su curso y nada podía haber hecho por evitarlo a no ser, negándose a volar. Lo que, sin duda, habría podido conducirlo a un despido por algún motivo estúpido que no revelase la verdadera causa. Y aunque no le hacía falta el sueldo para salir adelante, una especie de pudor insano le obligaba a considerarse atado a su compañía y supeditado a las decisiones de su comandante. A fin de cuentas, por mucho que le doliese admitirlo, hasta el momento aquellos dos no habían hecho nada ilegal o inseguro, podría decirse que volaban con poca clase, pero, hasta que no diesen un paso más allá, no tenía una excusa formal para plasmar una queja fundamentada ante sus superiores.

Más que nada, era un tecnicismo (en cierto modo), antes o después la compañía obtendría el permiso necesario para realizar ese tipo de aproximaciones. Lo más probable es que en Nueva Zelanda algún avión estuviera haciendo lo mismo de manera legal. Era una cuestión de mucho papeleo, algo de burocracia, una sesión de simulador para los pilotos, un programa especial de mantenimiento, un… Era una insignificancia con delirios de grandeza, era una locura.

En esa aproximación, en aquella cabina, cuando la gangosa voz computarizada anunció los doscientos pies de radioaltímetro y las luces de la pista siguieron agazapadas bajo la niebla, no solo continuaron el descenso, sino que se sumergieron en la ilegalidad.

La pista estaba ahí, desde luego, no iba a moverse de sitio, tenía que estar ahí.

Deseaba haber gritado que iniciasen una frustrada, aunque sabía que con el combustible necesario para llevar los motores al máximo y ascender de nuevo el remedio podía ser peor que la enfermedad.

«*One hundred*», entonó la falsa voz enlatada.

Tenía que estar ahí. Thomas luchaba contra el odio y la desesperación, intentando sobreponerse a un dolor de cabeza que se acentuaba a medida que forzaba más y más sus ojos en busca de alguna referencia visual que le confirmara que estaban sobre la pista 11 de Ezeiza.

Y…

«Fifty.»

Sí, un par de luces blancas que indicaban el eje de pista.

Tenía que ser. No había motivo para que el guiado fallase aunque no estuviesen autorizados.

¿No?

«Forty.»

Sí, la niebla era una bruma fantasmal que dejaba ver aquí y allá halos luminosos.

«Thirty.»

La primera referencia visual llegó a algo así como quince metros sobre el suelo. Como para realizar aproximaciones de precisión de categoría tres.

Tomaron tierra, los pasajeros ni se enteraron. Y el bueno del controlador les había autorizado a realizar la aproximación anunciando que los intermitentes bancos de niebla fijaban unos mínimos legales que variaban alrededor de los valores necesarios para categoría uno, exactamente los que limitaban su operación (quizá pretendiendo hacer un favor).

Thomas no abrió la boca, se limitó a ir rellenando los papeles correspondientes mientras sonreía ante las bravuconadas del orangután. Sobre el dinero que se había ahorrado la compañía al no haberse desviado a un aeropuerto alternativo, sobre su capacidad para aterrizar con tan baja visibilidad aun sin haber recibido el entrenamiento correspondiente.

Le seguía doliendo la cabeza, le parecía seguir escuchando el molesto crepitar de la estática de la radio.

Sentía el odio crecer en su interior, hacia aquellos dos, hacia sí mismo.

Los pasajeros desembarcaron y aquel cavernícola se decidió a ponerse la corbata de pinza que usaba para simplificar su vida mientras, incorporándose, hablaba con el otro inconsciente sobre el último rumor de chica fácil que le había llegado de una de las azafatas.

La tripulación recogió su equipaje. Pasaron los controles de aduana. Salieron del aeropuerto. Se subieron a su transporte. Iniciaron el recorrido al hotel.

La rutina resultaba un bálsamo.

Se sentía sucio, falso. No había sido correcto. Las probabilidades de que algo

hubiese salido mal eran escasas, pero se seguía sintiendo mal. Había pecado de incompetencia.

Y mientras él sentía los remordimientos royéndole el cogote, aquel mono gritón discutía la alineación de la selección española con el otro payaso.

El odio resplandeció como el hierro ante el fuelle de la fragua. Era como haber tragado plomo derretido y rematar el combinado con un martini, de lejía, bien agitado, no revuelto.

Ni siquiera había sido parte de la tripulación activa en la aproximación y podía sentir cómo era el único de los tres que le concedía alguna importancia al hecho de que, por aquel tecnicismo, podrían quedarse todos sin licencia de vuelo y poner en serio peligro la continuidad del permiso de operador aéreo de la compañía. Eso sí que habría sido un ahorro, y no el desvío al aeropuerto alternativo. Por no pensar en las vidas de los trescientos pasajeros…

Era frustrante, rayaba la desesperación. Y algún diablillo, de esos que se esconden detrás de las orejas para hablar del escote de la azafata de la puerta 4R, se divirtió accionando el muelle de la fragua.

Incongruentemente, se sentía mal por algo de lo que era responsable tan solo tangencialmente, mientras que los auténticos culpables no sabían decidir si era o no el buen año del delantero entrado en años de su equipo de fútbol.

Si al menos hubiesen estado discutiendo las cualidades morales del mito de la caverna de Platón…

Necesitaba una ducha, un rato a solas y la escasa compañía del aroma acaramelado de la buena malta escocesa.

Un rato de lectura, el tacto de un traje de lana fría hecho a medida y un par de piernas en las que perderse en una aproximación en la que no importasen las condiciones meteorológicas.

—¿Estás bien?

Era alta, morena, con los ojos verdes y le sobraban al menos tres tallas.

Ensayó su mejor sonrisa, y bien la vanidad o bien la simple realidad le hicieron entender que ella se derritió.

—Sí… Solo, un poco cansado. Estoy deseando llegar al hotel y tumbarme.

Mentir era mucho más fácil, lo sabía desde niño.

—¡No!, venga —pretendió ser una sonrisa, pero ni siquiera Velázquez habría conseguido que el retrato tuviese encanto—, tienes que venirte a El Establo a cenar con todos. Ya hemos quedado.

Lo único importante para él de aquella frase era que ya sabía adónde no debía ir para estar a gusto.

—Lo siento —la sonrisa se ensanchó y los ojos azules se entornaron—, pero hoy no, de veras, estoy muy cansado.

Qué fácil era mentir.

—Oh… ¡Vamos, anímate! Luego podemos ir a tomar algo.

Se maldijo por haber sido amable, qué podía hacerle pensar a… Ni siquiera se acordaba del nombre (lo hubiese hecho si ella pesara diez kilos menos).

¿Era amabilidad o de verdad ella pensaba que él podría interesarse en semejante *partenaire*?

Otra cena balbuciendo estupideces, chismorreos sobre la compañía, las últimas noticias sobre algún programa incoherente de televisión…

No, había días, si las cosas iban bien, si entre la docena larga del resto de la tripulación había alguien interesante, física o intelectualmente, que podía soportarlo. Pero esa noche no.

—De veras, lo siento, pero estoy muy cansado.

Antes de recibir contestación, alguien lo salvó llamándola desde la parte trasera del microbús.

María. Cierto.

El nombre tampoco decía demasiado.

Recordó a Camus y se prometió releer *El extranjero* en cuanto volviese a España. Era una buena manera de luchar con lo intranscendental.

La ciudad se asomaba por entre la niebla y las luces de las grandes avenidas desfilaban por los cristales.

Estaba deseando llegar al hotel. Más que nada, y por encima de todo, para estar solo.

La soledad siempre resultaba acogedora.

Estaba inquieto, incómodo, intranquilo, in… Desde el comienzo del vuelo, allá en las oficinas de Barajas, las cosas habían ido de mal en peor.

Le seguía doliendo la cabeza.

El desasosiego había ido creciendo paulatinamente desde algún punto en la aerovía que los había guiado a través del océano.

El clímax había sido el regreso del comandante a cabina tras su descanso. Le había estado doliendo la cabeza, cosa rara en él, desde su paso por Dakar, sin duda debido el insistente bufido de la radio abierta en HF. Pero la solícita respuesta que le dio el servicio meteorológico del control de Brasilia, confirmándole que la visibilidad en Buenos Aires había caído de manera alarmante, acorde con los pronósticos, había sido el punto de esperanza para hacer entrar en razón al orangután.

Sin embargo, cuando intentó hacerle saber lo que había averiguado, aquel malnacido se limitó a rascarse la entrepierna bostezando, interrumpiéndole para preguntar si no les importaba que durmiese un rato más.

El dolor de cabeza se había intensificado al decidir que, una vez en Madrid, escribiría un informe al jefe de flota de Ocean Skies. Estaba dispuesto a solicitar que no le volviesen a programar un vuelo con semejante individuo despreciable.

Se debatió con la idea durante el resto del trayecto, sabía que aquella no era una

jugada limpia, propia de un hombre de honor, pero no sabía si podría soportar de nuevo un vuelo semejante.

Mientras, por su sien se había paseado un batallón de infantería cosaca marcando el paso. Las ideas parecían diluirse.

Casi habían llegado al hotel cuando por fin pudo admitir ante su propia conciencia que no escribiría semejante informe y que hablaría cara a cara con el orangután para recriminarle lo que había hecho.

Mientras se registraba se convenció de que su resolución era la mejor que podía tomar. No decir palabra sería indigno, y no hablar directamente con él, presentando un informe, lo deslizaría hacia un comportamiento impropio de un caballero.

Sabía que en cualquier caso, a menos que mantuviera la boca cerrada, lo único que encontraría en su camino serían problemas. Era una situación de la que se sabía perdedor hiciese lo que hiciese.

Necesitaba estar solo.

Quería pensar.

Nunca habría adivinado que sus problemas estaban a punto de resolverse de un modo inesperado.

2007

No había nada que mereciese el calificativo de decente, pero echó mano de una de las botellitas de whisky.

Al menos le ayudaría a combatir el persistente dolor de cabeza, siempre que se molestase en acompañarlo con alguna de sus hermanas del estante superior de la pequeña nevera.

No llevaba más que una toalla alrededor de la cintura y no se había secado por completo tras salir de la ducha.

Sirvió la bebida, se encendió un Davidoff corto y se miró al espejo.

Lo miraban unos ojos azules serenos y ausentes. Era la figura musculada de un hombre cuyo rostro anunciaba apenas treinta años entre rasgos angulosos y un cabello negro ligeramente encanecido.

Se vistió escuchando con atención las letras de los boleros más clásicos que pudo encontrar entre la memoria de su ordenador portátil. En la televisión, apenas audible, uno de los sempiternos noticiarios de la CNN bisbiseaba las desgracias del día. Imágenes de cuerpos descuartizados se alternaban con planos aéreos de un pesquero meciéndose en aguas añil oscuro. Por algún motivo, se fijaron en su retina.

Aquellos ojos impávidos volvieron a mirarle desde el espejo. Era un traje oscuro, casi negro, con camisa blanca y sin corbata; algo propio de Savile Row. No se había afeitado, y la sombra grisácea exageraba los rasgos. El pecho de la camisa se pegaba a los músculos del tórax.

Salió encendiéndose un cigarro y bajó por la escalera de servicio. Eran diez pisos, pero no importaba, así haría algo de ejercicio.

La botella de vodka que había seguido el itinerario marcado por el whisky parecía empezar a sosegar el dolor de cabeza.

En cuanto salió al lateral de la avenida Nueve de Julio, se encontró con el Obelisco y el tráfico lánguido de las doce de una noche de día entre semana.

Caminó, alejándose del hotel, para evitar esperar un taxi donde, por mala suerte, podría encontrarse con alguien de la tripulación.

Dobló una esquina y se dirigió al este por Lavalle, cuando llegó a Maipú, tomó un taxi para que lo llevase hasta Puerto Madero. Cenaría en alguno de los elegantes restaurantes del viejo puerto, en La Cabaña de las Lilas. Allí tenían una buena carta de vinos. Algo de carne poco hecha acompañada de una ensalada, una botella de *syrah*, o quizá *pinot noir*. Nada pesado.

Pidió al conductor que se detuviera en la confluencia de Corrientes con

Reconquista, lo que le dejaba un tramo para pasear.

Llevaba en la mano una novela de aventuras. Caminó un rato antes de entrar a cenar, deleitándose con el paseo junto al canal del puerto, observando los veleros y disfrutando de la noche.

Comió despacio mientras leía, degustando el vino, gozando de su soledad.

Reposó la comida deambulando de nuevo por las tranquilas calles de Buenos Aires. Al día siguiente visitaría el Jardín Japonés cercano a la Rosaleda y se dedicaría a dibujar alguno de los árboles, esa era siempre una agradable manera de pasar las mañanas en la ciudad porteña.

El taxi lo dejó en una de las esquinas del cementerio de Recoleta, frente al club. Le gustaba el Madajos, era un sitio relativamente elegante, con un palco acristalado sobre la zona de las bailarinas donde uno podía tomar las copas a gusto, sin que las chicas rebajadas molestasen.

Los camareros ya le conocían, o conocían sus propinas, y sabían que debían dejarle tranquilo. Llegado el momento, les pediría que le acercasen a alguna de las chicas.

Pidió Stolichnaya con zumo de naranja y encendió un cigarro mientras se acomodaba en una de las mesas que estaban pegadas a la cristalera de la entreplanta.

Era el puesto de vigilancia elevado de un francotirador, podía ver los espectáculos de baile y la mayoría del local, de modo que las chicas que paseaban por entre los clientes podían ser juzgadas con tranquilidad.

Le gustaba aquel lugar, sobre todo porque allí no había ido nunca con ninguno de los comandantes. Era, en cierto modo, un poco suyo, un sitio donde casi podía tener la seguridad de no encontrarse con nadie, a no ser una puta a la que ya se hubiese llevado al hotel.

No le preocupaba que le viesen allí, lo que le preocupaba era tener que entablar una conversación, tener que mostrarse amable, tener que ser condescendiente y aguantar a alguien que no soportaba solo por el hecho de que existía un compromiso social.

Le gustaba el local y las bailarinas, que eran caras pero deliciosamente bellas. Además, no eran de las que se iban con cualquiera, lo que le daba un cierto margen para el orgullo malentendido que pudiese suponer convencer a una puta de que le acompañase al hotel. El desgraciado incidente de unas horas antes empezaba a desvanecerse por entre los recovecos de la memoria, ahogado en vodka.

Sonó algo con cierta gracia, algo disco, de los ochenta, y Gabriela salió a bailar.

Era impresionante, una de esas mujeres que convierten herencias en pleitos interminables y dejan rastrojos con barba de lo que fueron en su día hombres adinerados con barco propio atracado en un pantalán de Cannes. Pero nunca repetía, esa era una regla sagrada. Hacía las cosas más fáciles, se evitaba coger cariño.

Le habían insistido muchas veces, tantas que alguna debía de ser sincera. Sin embargo, las reglas eran las reglas, y él era un hombre de principios… O lo había

sido hasta aquella tarde. Y algo tan banal tuvo la virtud de amargarle el resto del *destornillador*.

Se apresuró a pedir otro y preguntarle al camarero si había alguna chica nueva con la que pasar la noche; quería sacarse la jodida aproximación de la cabeza. Le respondieron que sí, que era espectacular, una uruguaya de pelo negro y ojos azules con una delantera mejor que la del Boca.

Le dijo que la trajese esforzándose por disimular el disgusto que le producían las uñas mordidas y los padrastros enrojecidos del camarero.

Que no podía ser, que aún no había bailado y que tenía que salir justo detrás de Gabriela…

—¡Que la traigas! ¡Cueste lo que cueste…! —le tendió un billete de cien pesos.

El muchacho lo miró compungido, asombrado por lo elevado de la propina.

—Tráela, si tiene idea de quién fue Monet hoy ni siquiera saldrá a bailar.

Pareció no entenderle.

Le dio otro billete de cien pesos y el camarero desapareció escaleras abajo.

Disfrutó de una calada del espléndido tabaco aromático y echó en falta que no hubiese un vodka realmente bueno con el que acompañar la velada.

Era joven. Veinte escasos y con unas piernas que desaparecían allá en lo alto, en el cielo de una cintura que más de uno habría cambiado por su pasaje a la Luna. Lo suficientemente voluptuosa como para no dejar de ser elegante y, por si fuera poco, sabía caminar.

Los pies se fueron colocando justo el uno delante del otro mientras se acercaba a la mesa, escuchando atenta lo que el camarero le susurraba al oído. Las caderas se movían haciendo que sus pechos se bambolearan al son, destacando la tensión de los tirantes de un ajustado vestido de crepé de algodón negro que, sin ser de calidad, no deslucía en demasía.

—Ha cambiado el turno con… —se calló cuando un nuevo billete de cien se alojó en la mano.

Se había levantado y le cedió un lugar a su lado, encargando una botella de champán al camarero que, mientras se alejaba, afirmó con un simple gesto con el rostro a medio volverse.

Era preciosa.

Se presentaron, hablaron de cosas poco importantes. Ella contó algo sobre estudiar economía. Thomas no la creyó, hizo las preguntas oportunas y se vio obligado a medio convencerse. Cuando discutieron sobre la curva de Philips y la relación de la inflación y el desempleo se convenció de que no mentía.

Pero…

No, que no podía ser. Que solo aceptaba tomar una copa, que gracias por el espumoso, que ella solo bailaba.

Era nueva.

Mejor aún.

Era un reto, y la trató como si en lugar de ser una bailarina aspirante inconsciente a puta se tratase de la mujer de su vida en una cita romántica al borde de los Cayos, tras haber cenado caviar acompañado de té helado y una mesurada ración de *steak tartare* suavizado por un afrutado *malbec*.

Había un precio, por supuesto, siempre lo había. No lo mencionó. Eso era un hecho, lo único importante era hacer que se relajase.

Sabía cómo hacerlo y no le costaría más que un poco de esfuerzo.

Era lo bueno de esa clase de mujeres, con un poco de encanto la garantía de éxito estaba siempre presente. Era como la inversión en oro: lo suficientemente emocionante como para que el juego fuese divertido y lo suficientemente segura como para no dudar demasiado.

Era preciosa.

Ya había llegado al punto en el que accedería a comer con él al día siguiente, estaba cerca.

Sus labios destacaban con el brillo del maquillaje y los ojos todavía conservaban candidez. Tenía algo especial, probablemente la simple novedad. Cada vez que cruzaba las piernas sesgando la costura del vestido, la entrepierna de Thomas latía ansiosa. Ya había accedido a que saliesen del local para tomar algo en algún otro lugar donde la música no estuviera tan alta.

No quedaba mucho camino por andar.

Se inclinó para darle fuego.

Era preciosa.

Era…

Era un imbécil.

No podía creerlo, allí estaba, con una camisa de cuadros, un vaquero arrugado y aquel estúpido peinado mal recortado para disimular la calva.

Ojalá hubiera algún club donde exigiesen traje.

Allí estaba, con su sonrisa bobalicona y su aire de suficiencia. En la barra, sin siquiera coger una mesa, con los pies abiertos y una copa barata volando en amplios círculos mientras le explicaba algo a una muchacha corta de talla y culona.

Era mediocre hasta para elegir una compañía de pago.

Allí estaba.

Allí.

Podía parecer una broma de mal gusto. Algo así como quemarle el perro al vecino por el Cuatro de Julio y decirle que no era más que una bulla, que simplemente le habías metido un par de petardos por el recto, de los que al explotar sueltan colorines.

No podía creerlo, el orangután.

Le estaba gritando algo al camarero de la barra. Gesticulando ampliamente.

Recordó la alianza que llevaba en la mano. Por supuesto, tampoco podía esperarse coherencia en ese sentido.

El odio resonó en sus tímpanos.

El dolor de cabeza reapareció.

Y, por la expresión de su rostro, descubrió que ella había pasado del asombro al miedo.

Había llegado a una encrucijada. Esperar, intentar salir sin ser visto. Dejarla allí, aun con la promesa de ser un polvo glorioso. Tenía que pensar. Aquel desgraciado se dedicaba, con cara de felicidad, a manosearle el trasero a la más barata y cutre de todo el local. Se creía Pizarro arrasando Perú para la corona.

Era indignante.

2007

Ella lo miraba desconcertada. Aquellos ojos dulces y tiernos se habían transformado en un instante en los que, en las vidrieras de las catedrales, le ponían al mismísimo diablo. Y a ella le había dado la sensación de que lo que ahora veía era la verdad insondable que escondía aquel azul profundo.

El cambio en la expresión de él hizo saltar algún interruptor en su subconsciente. Había oído desagradables relatos sobre encantadores clientes que pegaban a las chicas. En un instante cambió de opinión y se decidió a bailar únicamente, aquella historia del sexo con extraños no merecía la pena por muy bien pagado que estuviese.

Había algo raro en todo aquello. Para empezar, un hombre así no acudía a lugares como el Madajos, no lo necesitaba. Si ella había temido que aquella penetrante mirada la convencería de hacer algo más que bailar, a pesar de haberse prometido no hacerlo jamás, era evidente que aquel era un hombre que no necesitaba acudir a ese tipo de locales.

Siguió la dirección de su mirada y solo vio a la pobre Claudia intentando hacerse con un tipejo con pinta de guiri y un corte de pelo hortera. La desdichada acababa siempre con el mismo tipo de cliente, tres hijos le habían dejado la cadera como el aparcamiento de la bombonera y no era fácil llevarse al huerto a aquellos que podían tener algo más de pelo y algunos agujeros menos en la cartera. Por lo que le habían contado, en el poco tiempo que llevaba bailando en el Madajos, había meses en los que la colecta de las chicas iba por entero a parar a manos de Claudia.

Thomas pensaba, el dolor de cabeza se intensificaba.

Se va a pasar medio vuelo de regreso presumiendo de haberse acostado con la guapísima prima desconocida de Ava Gardner.

A ella, su sonrisa no le pareció tranquilizadora. No tanto por el gesto en los labios, sino por el brillo en los ojos que acompañó el ademán.

Él no fue consciente de ello más que superficialmente. Su atención permanecía fija en los gestos grandilocuentes del que había sido su comandante. No era capaz de dejar de mirar. No lograba asimilar lo que estaba viendo. Rayaba en el acoso.

Solo cuando ella, entre disculpas, se levantó, él logró reaccionar. Se incorporó, le cedió el paso y la despidió con una generosa propina.

Por el momento era mejor quedarse solo. Necesitaba pensar, la cabeza parecía a punto de estallarle y en ese instante perderse entre las piernas de la uruguaya había dejado de ser una prioridad.

Casi había decidido marcharse con la idea de conseguir unas aspirinas cuando se

le ocurrió que había una solución más adecuada para su problema, con suerte incluso para reivindicar una modesta venganza anónima que le ayudase a superar el mal trago del día.

El dolor de cabeza, tan fuerte que no recordaba haber sufrido una molestia semejante en su vida, le impedía pensar con claridad. Aun así, ya había trazado las líneas maestras del plan a seguir cuando llamó de nuevo al camarero tendiéndole otro billete de cien.

Para el correveidile de las bandejas estaba siendo una velada productiva. Lo había sabido al ver aparecer al tipo del traje, pero esa noche iba más allá de la media. Por suerte, no le pagaban para comprender los extraños caprichos de los clientes. Extravagancias, en un negocio como aquel, las había visto de casi todos los colores; ahora bien, el púrpura de los de cien era pretexto suficiente para mantener la boca cerrada y obedecer. Se limitó a hacer lo que le pedían mientras sentía el crujir de los billetes entre los dedos de su mano, encerrada en el bolsillo del pantalón.

Thomas tuvo el tiempo justo para tomarse la mitad de otro combinado hasta que aparecieron por la escalera las dos chicas y el orangután, tal y como le había pedido al camarero. Aquella con la que el mamarracho había estado bebiendo y una de características similares que pudiera encajar en los gustos de aquel.

Ensayó la mejor de sus sonrisas.

Alabó la coincidencia e insistió en pagar los tragos de ambos y en invitar a las muchachas a lo que quisieran. Fue amable hasta la saciedad, escuchó fanfarronadas y fue aún más amable, preguntó interesado por los pronósticos sobre el campeón de liga, afirmó con rotundidad ante los consejos que la directiva debería aceptar para mejorar la gestión de la aerolínea, escuchó con humildad las pretenciosas aseveraciones que hizo el orangután en cuanto a manejar situaciones de emergencia en los aviones. Incluso se asombró ante las burdas obscenidades que pretendían ser muestra de una indiscutible potencia sexual mientras las manos simiescas pellizcaban groseramente los muslos de las dos chicas.

Fue estoico.

Admirable incluso, si se hubiera tratado de un sincero intento.

Rastrero, si se consideraba la verdad.

El incesante suministro de billetes grandes mantuvo al camarero ocupado sirviéndoles una copa tras otra, a pesar de que las de Thomas se las llevaba a medio terminar.

Cuando aquel tipo se levantó entre bamboleos, retirándose en zigzag hacia el baño, aprovechó su oportunidad para hablar a solas con las chicas y explicarles su plan.

Quería humillarlo.

Claro que eso no fue lo que le dijo a las chicas.

A ellas se lo planteó como una broma a un viejo amigo, pagaría por adelantado y las propinas serían generosas. Probablemente no era la primera vez que se veían en

una situación semejante, y aceptaron sin demasiadas preguntas. Quizá se habrían negado de haber sabido que en cuanto hubieran dejado la maleta y resto de posesiones del orangután, especialmente el uniforme (había recalcado), en su habitación, la intención era deshacerse de ellos en el primer montón de basura que encontrase tras haber salido por la puerta de servicio del hotel. También consideró entregarle el uniforme a algún pobre desgraciado que encontrase por la calle, acompañado de suficiente propina como para que se pasase por el recibidor del hotel a la hora de salida de la tripulación para el vuelo de regreso, aunque tendría que insistir para que se colgase del cuello la tarjeta identificativa con aquella cinta del Real Madrid.

Había opciones para elegir, tenía muchas posibilidades, así que ya lo decidiría cuando tuviera en su poder las cosas del comandante.

Solo restaba convencerlo a él. Aunque no tenían una buena relación, suponía que si le permitía beber un poco más y seguía manteniendo la farsa de amistad el avanzado estado de embriaguez respondería que sí antes de que el limitado cerebro pudiera oponerse.

No resultó tan difícil. Solo hubo que dar un pequeño rodeo. Aquel indeseable tenía cierto reparo en ir al hotel con compañía femenina, y cuando lo hacía se iba a algún motel barato que cobrara por horas para no correr el riesgo de ser visto por alguien de la compañía. Sorprendentemente, atesoraba un montoncito de escrúpulos.

Finalmente lo convenció. Las chicas irían por su lado y ellos dos irían juntos.

Incluso se ofreció a recibir él mismo a las chicas para evitar imprevistos. Él solo se llevaría a una, adujo que no se veía con las mismas fuerzas y capacidad. Thomas tuvo que soportar más bromas soeces sobre su destreza sexual.

Sin mirar, escogió a una tercera en discordia entre las que pululaban sin compañía y les dio a las dos que peleaban por mantener las manos del otro lejos de sus entrepiernas las instrucciones pertinentes. Las tres chicas se irían en un taxi, cuyo coste pagaría Thomas, una media hora después de que ellos hubiesen salido. Al llegar a recepción preguntarían por su habitación y no por la del comandante. Él se encargaría del reparto, con discreción y sin escándalos.

Era humillante, propio de un pelota, quizás eso era lo que hacía más feliz al orangután. Si incluso las chicas estaban pagadas en celebración por la magnífica casualidad del encuentro.

Cuando todo estuvo arreglado, zanjó la cuenta y le ayudó a salir. Apenas podía dar dos pasos sin perder el rumbo.

Tampoco quiso coger un taxi en la puerta del club, supuestamente saldría más caro. Incluso se permitió el lujo de explicarle que era demasiado cándido al haber pretendido encontrar trasporte a la puerta del tugurio.

Thomas se resignó, aceptó la advertencia con rostro incrédulo y se limitó a empezar a andar prestándole un hombro como punto de apoyo.

Ninguno de los dos podía imaginarse lo que iba a ocurrir a continuación. La

violencia tenía la fea costumbre de enmascararse agazapada en algún rincón antes de surgir desde las profundidades del subconsciente.

Balbucía incoherencias.

Pasaban por una calle estrecha y vacía en uno de los laterales del local, buscando la siguiente avenida. Estaba oscuro, con el gris descuidado de una gran ciudad venida a menos. Pasó un coche destartalado dejando olor a gas mal quemado tras de sí. En el siguiente recodo, un callejón, un buen montón de basura revuelta por algún mendigo y la arcada en la esquina. Precediendo al vómito.

Una vaharada de acidez inundó el pecho de Thomas. Lo ridículo de la escena le inundó el cerebro. El palpitar de las venas de sus sienes retumbaba como un gong olvidado.

Eran los ruidos acuosos, las toses y las palabras cortadas de un borracho de manual.

Una nueva arcada.

Doblado sobre sí mismo, con la mano apoyada en la esquina, giró el rostro con un hilo de baba biliosa colgando de la comisura de los labios. Lo miró, con una sonrisa sin gracia que rompió una nueva arcada.

Fue una gota.

Una mancha amarillenta, un resto de comida mal digerido, palpitando a la altura del tobillo en la misma costura del vaquero arrugado.

Una gota.

El dolor pareció difuminarse cuando agarró la pata torneada de la silla.

El odio se hizo cargo. Algo cerval e íntimo, el retrato descarnado de un demente tragándose sus excrementos sanguinolentos desde unos intestinos eviscerados en un tajo teñido de algún óleo amontonado por las pinceladas nerviosas de un pintor esquizofrénico con la costumbre de masturbarse tras firmar cada lienzo.

Una sola gota. Odio.

Allí estaban, un par de bolsas rotas. Una compresa usada con sangre seca. Una lata de sardinas baratas, algunos papeles, una botella vacía de cerveza Quilmes… Algunas pelusas, una cajetilla arrugada de tabaco argentino, un cojín rajado… Una silla de madera con el respaldo roto, el asiento de mimbre desfondado y una pata medio suelta, sujeta solo por un travesaño.

Algo pestilente continuaba surgiendo con ansiedad desde las entrañas del orangután, produciendo los sonidos de una diarrea avanzada en la taza sucia de un bar de los barrios bajos de la Marsella de chulos de medio pelo y gordas con rodillas enrojecidas por mamarla en calles adoquinadas.

La mancha. Una gota.

El odio.

El palpitar en las sienes desvaneciéndose.

No reaccionó.

El primer golpe lo dejó inconsciente.

Nunca llegó a saber cuándo lo mató.

Simplemente golpeaba, una y otra vez. El cráneo crujía en cada ocasión. La sangre, escasa, volaba en arcos dispersos. En algún momento los primeros pedazos de seso se adhirieron a la pata de la silla con el mismo sonido de un beso entre tiernos adolescentes de movimientos nerviosos y eyaculación precoz.

Aterrizaron en medio de la calzada. Los aledaños no tardaron en reunirse.

Siguió golpeando, una y otra vez. Sus labios sonrieron, sus ojos brillaron, la cabeza se despejó.

Otro golpe.

Si no se hubiese roto, no habría parado.

La masa sanguinolenta encerrada entre astillas de hueso y madera parecía querer regurgitarse a sí misma.

No había demasiada sangre.

Lo primero que hizo fue agacharse y, aprovechándose de la incongruente postura en la que había quedado el cadáver, limpiar la maldita mancha con uno de los faldones de la camisa del maldito orangután.

Todo era calma ahora. Una fría sensación de tranquilidad. El lógico desahogo tras la descarga de adrenalina, la normal distensión tras el orgasmo, la instantánea del fotógrafo de agencia tras el terremoto que acaba de borrar de la faz de la tierra las chabolas de unos pobres desgraciados que miran desconsolados más allá del objetivo.

Las siguientes fueron las acciones de un autómata. En aquella primera ocasión no hubo gozo en el acto en sí, solo frialdad.

Le dio la vuelta. Registró los bolsillos y se hizo con un par de billetes arrugados, el pasaporte, una tarjeta de crédito, un móvil y la llave magnética de la habitación del hotel. No quedaba nada.

Arrancó un trozo de una de las bolsas de plástico. Le tapó el rostro y, tras hacerse con otra pata de la misma silla destartalada, empezó a golpear de nuevo hasta estar seguro de que había quedado completamente desfigurado.

Bajo el trozo de plástico solo se adivinaba una desconcertante figura, como el busto mal hecho por un preescolar con una bola de plastilina usada.

Ahora sí había sangre, pero no parecía haberse manchado.

Arrancó otro trozo de plástico. Guardó los restos de las dos patas de madera y, tras apagar el teléfono, hizo un apero con todos los objetos.

Salió caminando con tranquilidad a la avenida.

Un bulto informe en la derecha, su libro en la izquierda. En una esquina de la tapa, al pie de la imagen de un esqueleto de tiranosaurio difuminado, una gota de sangre que empezaba a secarse.

Una gota.

Tomó un taxi y lo mandó detenerse una manzana antes del hotel. Se detuvo en un *25 horas* que conocía y compró una botella de whisky y un par de refrescos. Pidió dos bolsas.

Llegó al hotel cuando las chicas estaban a punto de marcharse, soltó alguna excusa sobre la indisposición de su compañero y se las llevó a las tres a la habitación.

Bebieron el whisky. Tuvieron sexo. Se cansaron los unos de los otros.

Pagó lo que tuvo que pagar.

Durmió como un bebé.

A la mañana siguiente, su primer pensamiento fue el de regalarse un buen desayuno.

También se decidió por acercarse hasta esa librería especializada, aquella frente a la Facultad de Medicina de Santiago de Compostela, y comprar alguno de los tomos de anatomía que se usan en primer año de medicina. Esperaba descubrir algunos secretos sobre cirugía y disección.

Así había empezado todo.

Así había descubierto el regusto metálico y dulce que dejaba en su hipotálamo el quitar una vida.

1977

Aquel gato de mal carácter se llamaba *Gable*, por las enormes orejas. Aunque Sinesio lo pronunciaba incorrectamente, pronunciando todas y cada una de las letras como si fuera un nombre español.

Y para Sinesio fue la excusa perfecta para no tener que apretar el botón de reproducción. Se levantó, secándose el sudor frío que le bañaba la frente, y cacharreó un rato en la diminuta cocina, poniéndole comida fresca a *Gable* mientras el animal se paseaba ronroneando entre las piernas inquietas de su amo.

Merodeó de forma incoherente entre la silla frente al magnetófono y todas las esquinas del apartamento, pasando el dedo por el polvo acumulado en los libros, sirviéndose algún trago que otro y recogiendo una pelusa del suelo del pequeño cuarto de baño. Llenaba su cabeza con vacuas ocupaciones que intentaban alejar su conciencia de los pensamientos que reducían su pene a un diminuto revoltijo de piel amoratada y arrugada. Se sentía como la niña pequeña que, desoyendo el consejo de sus padres, ha aceptado el caramelo ofrecido por un desconocido. Pensaba en el lugar al que irá ese coche, conducido por ese extraño, cuando el dulzor del caramelo ha sido sustituido por la amargura de la incertidumbre.

Cuando por fin consiguió sentarse de nuevo no pudo evitar entretenerse mucho más de lo necesario estirando, una y otra vez, la hoja en la que había escrito el cuestionario. Mirando, una y otra vez, las preguntas con aire hipnotizado.

Primera: ¿Hay alguien ahí?

Segunda: ¿Está escuchando?

Tercera: ¿Quién es?

Cuarta: ¿Está muerto?

Quinta: ¿Puede comunicarse?

…

Y, como había encontrado otra excusa estúpida con la que entretenerse, se hizo con lápiz y papel para reescribir el cuestionario usando los verbos en plural y descartando el tratamiento formal. Cuando terminó se sintió ridículo. *Gable* lo miraba con esa indiferencia explícita de los felinos, como si en realidad le estuviese echando en cara su cobardía.

Tomó una nueva hoja de papel, afiló el lápiz y se acomodó en la silla.

Pulsó el maldito botón.

El siseo mecánico del motor de magnetófono se fundió con el ruido de fondo de la capilla.

Escuchó concentrado, apretando con tanta fuerza el lápiz que los nudillos se le pusieron blancos.

Gable decidió que el panorama era muy poco interesante y se dedicó al aseo personal, lamiéndose eficientemente el costado.

Se oía el viento, algún murmullo ininteligible, la noche… Se oían muchas cosas pero, ninguna psicofonía. Y Sinesio se fue relajando, sus músculos se destensaron, aunque su subconsciente se empeñaba en recordarle que aún debía llegar el cuestionario.

Gable pasó al otro costado tras un leve repaso al vientre. Finalmente se dejó caer y, tras estirarse con pereza enseñando sus uñas, se dispuso a dormir dejando su cabeza apoyada sobre las patas delanteras.

Nada resaltable, alguna rama revoltosa sobre las losas de pizarra de la cubierta de la capilla. Y, muy lejano, el roce de la ropa de algún cambio de postura del propio Sinesio. Finalmente se oyó una interrupción, un cuarto de segundo en blanco con el que la cinta había registrado el parón tras la primera hora. Y todos los tendones de Sinesio se convirtieron de nuevo en alambres de acero tensados hasta casi el punto de rotura.

Se oyó algo indescifrable, unas toses.

—Pri… Primera: ¿Hay…?

La punta del lápiz se rompió con un crujido. El corazón de Sinesio latía desbocado.

Un carraspeo.

Se veía ridículo, su propia voz le había asustado. Sintió el estómago revolverse y las tripas aflojarse. Se le escapó un largo y sulfuroso cuesco que recocía en su esencia las horas de ayuno y miedo.

—¿Hay alguien ahí?

Se reconvino a sí mismo y solo tras respirar profundamente un par de veces fue capaz de alargar la mano hacia el sacapuntas y deshacer el entuerto. Afilaba el lápiz, recordándose que su voz volvería a sonar unos tres minutos después, forzándose a mantener la calma y empezando a diluir el miedo que los recuerdos hacían aflorar, intentando que la razón se impusiese al instinto.

—Segunda: ¿Están…? ¿Estáis escuchando?

El rumor de un revoltijo de brisa.

Gable abrió los ojos de repente, mirando con gesto serio hacia su amo. Se incorporó levantando los cuartos traseros y manteniendo la cabeza baja. Sus enormes ojos amarillos delataban inquietud. Su lomo se arqueó y el pelo comenzó a erizarse. Bufó echando las orejas hacia atrás y enseñando los dientes. Echó a correr hincando las uñas en el linóleo barato.

Era una voz infantil. Una voz de niña. Acomodada al ruido de fondo.

Tardó unos segundos en reaccionar; era la primera vez que obtenía una inclusión psicofónica. Estaba intentando asimilarlo.

Era una voz adulta, rasposa. La voz de un fumador compulsivo.

—Tercera: ¿Quién eres? ¿Quiénes sois?

Su propia voz se había interpuesto. Tuvo que hacer un esfuerzo para serenarse y rebobinar. Y cuando volvió a escuchar, la incoherencia de la sorpresa le llevó a darle más importancia a que no hubieran respondido a sus preguntas que al hecho de haber conseguido grabar aquellas voces.

Detevo la reproducción y se levantó agitado para servirse otro trago.

Cuando volvió a sentarse fue capaz de coordinar sus movimientos para rebobinar y volver a escuchar. Manipulando el magnetofón con la izquierda y con la derecha preparada para anotar en un papel que, hasta ese momento, solo había registrado el trazo irregular que había dejado el lápiz al romperse bajo la presión inquieta del miedo.

Escuchó.

—Cuarta: ¿Estás muerto…? ¿Muertos?

Eran dos voces: una niña, pequeña. Una voz aflautada. Y un adulto, un hombre. Una voz sibilante.

Anotaba con una letra desmañada, garrapateando con unos trazos que le eran impropios. Eran las letras de un preescolar aprendiendo a escribir. Era preso de un incoherente nerviosismo en el que la excitación se mezclaba con la incertidumbre.

—Quinta: ¿Pueden…? ¿Podéis comunicaros?

Y aquella respiración pesada y crujiente.

Luego el barullo de su asustada huida. La banda sonora del terror que le había atenazado el hipotálamo, exprimiéndolo como una fruta madura.

El alejarse del coche y el retorno del rumor de la noche.

Y aquella respiración, que se diluía poco a poco hasta desaparecer.

Y unas palabras apenas discernibles.

Luego, nada. El sonido regular de la noche en aquella capilla encerrada en los bosques que los legionarios romanos temieron cruzar cuando las leyendas locales les hablaron del pasado.

Cuando la cinta llegó a su fin, Sinesio hubo de retreparse en su asiento. Pestañeando nervioso por el escozor que le provocaba una gota de sudor que se había escurrido por su ceja y había terminado por refugiarse en su ojo derecho.

Rebobinó la última hora y volvió a escuchar el primer tramo, aquellos primeros minutos en los que su nerviosa voz se intercalaba con las psicofonías. Repasando sus anotaciones y asombrándose por lo desmañado de sus letras.

Cuando volvió a escucharlo por tercera vez pasó a limpio lo escrito, recuperando su caligrafía menuda y tacaña. Había dividido el folio con un trazo vertical que le salió lo suficientemente torcido como para que ambas columnas resultasen desiguales. En la parte superior, como titulando cada una de las secciones había escrito:

«Voz infantil, niña», a la izquierda.

«Voz adulta, hombre», a la derecha.

Como eran las tres y ocho minutos de la madrugada cuando había empezado aquella segunda hora de grabación, echando cuentas de los tiempos con su barato reloj, pudo escribir bajo cada epígrafe una estimación del momento en que cada una de aquellas voces había dicho algo discernible.

Obviando sus propios sonidos al regresar a su asiento y comenzar el cuestionario. Finalmente, las columnas quedaron completas.

«
Voz infantil, niña Voz adulto, hombre
PRIMERA PREGUNTA ¿Hay…? ¿Hay alguien ahí?
SEGUNDA PREGUNTA ¿Están…? ¿Estáis escuchando?
Aprox. 03:16 «Silenciooo…»
Aprox. 03:17 «No, ca…» (INTERRUMPIDO)
TERCERA PREGUNTA ¿Quién eres? ¿Quiénes sois?
CUARTA PREGUNTA ¿Estás muerto…? ¿Muertos?
Aprox. 03:28 «… Miedo, frío…»
Aprox. 03:28 «Calla, vendrá»
Aprox. 03:29 «No, no, por favor»
Aprox. 03.29 «Vete, veeete»
QUINTA PREGUNTA ¿Pueden…? ¿Podéis comunicaros?
Aprox. 03:30 SONIDO RESPIRACIÓN (DEBILITÁNDOSE)
Aprox. 03:37 INCLUSIÓN POCO CLARA, QUIZÁ «No vuelvas» O «No veas» ¿?
SILENCIO HASTA FIN GRABACIÓN
»

Miraba una y otra vez lo escrito, añadiendo puntos aquí y allá, anotando en el encabezamiento la fecha y el lugar, aclarando alguna de sus pequeñas acotaciones. Luego copió la última versión en su cuaderno, esmerándose por dejar constancia de todos los detalles, y se echó hacia atrás en la silla rascándose su coronilla casposa.

Cuando lo releyó por cuarta vez tuvo la sensación de que quizá las voces formaban un diálogo, como si interactuasen la una con la otra. Dejó los papeles y salió corriendo a buscar sus libros; había tenido una idea. Había recordado algo que comentaba Raudive en uno de sus ensayos. Un montaje que quizá le ayudase a llegar un poco más allá.

El miedo había quedado atrás y la curiosidad ocupó su lugar. Tenía necesidad de saber, de entender. Intentó recordar, palabra por palabra, aquella primera conversación con su vieja tía, en la que, por primera vez, había oído la triste historia de la capilla. Sintió la obligación de repasar sus notas y razonó que debía visitar la biblioteca pública y revisar los periódicos viejos. Su cabeza se llenó de ilusiones y volvió a pensar en el Premio de la Sociedad Suiza de Parapsicología.

Gable permanecía escondido en el cesto de la ropa sucia, con el cuerpo encogido, babeando nervioso y con las orejas tiesas.

2009

Le gustaba pensar que era puta porque no le había quedado otro remedio, en el fondo sabía que se mentía.

Se llamaba Xyomara, aunque ya nadie la llamaba así.

Iolande.

Así se había presentado aquella camarera con pinta de golfa del *artisteo* de aquel coqueto restaurante cerca del Gran Teatro de Montecarlo.

Iolande.

Le había gustado el nombre en cuanto lo había leído en la pequeña placa de la solapa.

Iolande.

Así la llamaban los clientes, así la conocían en el club.

La inocencia había quedado muy atrás, escondida en las tinieblas de un armario en la habitación de un chiquillo con miedo a la oscuridad por culpa del monstruo que se escondía tras la puerta, afilando las garras y respirando como un enfermo de enfisema pulmonar. El nombre del monstruo era arrepentimiento.

Había renegado de su familia porque no tenían más que una choza en medio de la selva y no habían sabido buscarle otra salida que la suya propia, de cocalera.

Las risas de la niñita que corría por la plantación mientras su padre la perseguía con una sonrisa prendida en la boca se habían desvanecido en algún punto entre los primeros vestidos modestamente caros y las extravagantes cenas de lujo pagadas con tarjeta oro que vinieron después.

Entre las lágrimas que rodaban por la almohada las noches tristes, siempre había alguna excusa para no dejarse atrapar en el tópico expiatorio. Sin embargo, en algún rincón de su subconsciente, sabía que también en eso se mentía.

No estaba tan manida como la historia del bebé a los quince y el padre que reniega entre bofetada y bofetada, mientras el novio huye con alguna que no tiene la barriga como una pelota de playa. Pero estaba lo suficientemente usada como para ser una historia aburrida.

El culito respingón le había hecho gracia mientras ella no había resultado demasiado cara, mientras no había encontrado otro juguete por estrenar. Sin embargo, a la vuelta de aquel viaje por Europa (sobre el que presumía con las otras chicas del local), al patrón se le había puesto dura con alguna otra chiquilla de piernas larguiruchas que corría por alguna otra de las plantaciones de coca de los valles colombianos.

Se había quedado sola en Bogotá, en una de esas calles grises de complicada numeración, no lejos del mercadillo de Andresitos, con un vestido de Armani de dos mil dólares, un collar de brillantes y auténticos zafiros estrella de Sri Lanka, lencería de seda francesa y dos bultos de silicona del tamaño de balones de reglamento que habían sido el regalo del primer aniversario, durante un supuesto viaje romántico a Río de Janeiro, donde, según supo más tarde, además de haberse beneficiado a la mitad de las *garotas* disponibles en el club de moda correspondiente, el patrón había cerrado su primer trato superior al millón de dólares con unos rusos medio locos que le habían manoseado el culo tantas veces como pudieron.

Del aguardiente casero robado a hurtadillas había pasado al refinamiento del sabor a grosella espinosa del *sauvignon blanc*, acompañando las texturas fundentes de ostras frescas para terminar. Después, a tener que contentarse con una imperial, fría a ser posible, la cerveza costarricense nacional. La única opción económicamente viable para esas noches en las que salía del club de las afueras de San José con la garganta machacada por el humo del tabaco y el sabor agrio del lubricante de preservativo incrustado en el fondo de la lengua.

Ya no quería ni acordarse de cómo habían sido los últimos cinco años, tan largos que parecían, cada uno, una vida.

Había conocido los lujos más extravagantes imaginables, se había comido, bebido, puesto, conducido y navegado todos los excesos horteras que la sucia riqueza del tráfico de drogas podía comprar en medio mundo. Ahora, lo único a lo que podía aspirar era a tener la suerte de que algún cliente rico y soltero decidiese llevársela a su apartamento en Escazú, la zona más próspera de la ciudad. A veces, cuando eso sucedía, suspiraba esperando que el cliente se quedase dormido y así poder pasear, imaginando suyas las habitaciones minimalistas de las lujosas viviendas, decoradas con la sobria elegancia de moda entre los ejecutivos de la Hewlett Packard, o de alguna otra de las corporaciones estadounidenses que tenían base en San José y que generaban montones de nuevos ricos altaneros. Cuando lo hacía, le subía por el esófago un reflujo amargo de envidia amarillenta.

Tenía un cuerpo que en unos pocos años pasaría del escándalo a la compasión. Sabía, con una certeza que también tendía a esconderse vergonzosa en algún armario, que debía cambiar el estilo de vida, lo sabía. Pero no encontraba el modo. El dinero, más bien los caprichos malsanos a los que se había acostumbrado, se había permitido incitar una dependencia mayor que la del polvo blanco del patrón.

Los gastos de la peluquería, de los tratamientos anticelulíticos, de las rutinas en el gimnasio, de las sesiones de maquillaje, de la manicura francesa sobre falsos implantes de gel; todos ellos recibían en su mente la calificación de necesidad. Le gustaba pensar que era una manera de cuidar las herramientas de trabajo. A su pesar, a veces, las noches oscuras de los días de descanso se empeñaban en recordarle que vivía en un engaño. Lo necesitaba.

La ropa cara, el coche, el pequeño apartamento. Habría podido ahorrar y

plantearse un futuro lejos del club, pero, cómo desprenderse del moreno en la piel o del brillo en el pelo, o de la ocasional botella del vino francés importado del *delicatessen* de la esquina del Multiplaza.

Sus posibilidades de futuro no eran más que las especulaciones que los sueños le permitían. El vicio perezoso de consentir que cada día la vaguería dejase para el siguiente el planteamiento de una vía de escape que no la obligase a retirarse tristemente en unos pocos años. Hasta ahora siempre había sido capaz de encontrar trabajo en los mejores y más distinguidos antros, pero, acaso no se daba cuenta de que no duraría para siempre. Sí lo sabía; sin embargo, era mejor dejar los razonamientos para la mañana siguiente.

Algo dulce y empalagoso de Ricky Martin sonaba desde los altavoces de diseño que eran peana del reproductor *mp3*. Iolande paseaba por el apartamento con su cuidada piel aceitunada adornada solo con sensual ropa interior. Una copa de vino blanco descansaba en una mesita de la estancia principal, que hacía las veces de recibidor, comedor y sala de estar. En una repisa al lado de la cama, junto a un montón apilado de novelas de Danielle Steel, el humo de un Marlboro Light se elevaba en los brillos blancos de los halógenos de acero mate que adornaban el techo. Sobre la cama, una elegante bolsa de piel de cocodrilo que había comprado en Bogotá años atrás, poco después de empezar a recibir la asignación mensual del patrón.

Dobló el vaquero de Donna Karan con cuidado y lo asentó en la bolsa, al retirarse para ir a buscar un par de camisetas ligeras acompañó la música con el movimiento seductor de sus caderas.

No era muy alta, poco más de uno sesenta, y casi dos tercios eran piernas torneadas. En uno de los finos tobillos, un pequeño tatuaje, un carácter japonés para el que nunca supo el significado.

El rostro, mestizo, era llamativo, un tanto anguloso, con los ojos almendrados y el brillo de las lentillas verdes haciendo destacar las largas pestañas.

La piel tensa de los pechos operados relucía con unas gotitas de sudor que se relamían en su descenso por el provocativo canalillo que asomaba entre las copas del elegante sujetador raso de escasa tela. Hacía algo de calor, pero nunca abusaba del aire acondicionado, las facturas de la compañía eléctrica se disparaban y no era cuestión de despilfarrar.

Estaba de buen humor.

En lo que pudo aprovechar de la mañana, tras un tardío despertar, había estado cuidando de Carlota, la hija pequeña de Lis, su amiga y compañera de trabajo. La niña siempre parecía tener a mano la virtud de alegrarle el día.

Era miércoles y probablemente no habría demasiado follón en el club, con algo de suerte podría pasar una noche tranquila, bailar un par de veces, conseguir algunas propinas y no verse en la obligación de tener que soportar una rasposa lengua hinchada por el alcohol lamiéndole los pezones.

Cuando hubo preparado su ropa, dejando una caja de preservativos y un bote de

lubricante en la cima del montón, cerró la cremallera y fue a elegir el vestido ligero con el que desplazarse hasta el club, donde se lo cambiaría por el *uniforme*. Una elección entre la serie de combinaciones posibles de diminutos conjuntos de baño blancos, era la última locura de Pancho, el cubano exiliado que regentaba el local. Estaba obsesionado con los brillos fosforescentes de las telas blancas al contraste de las luces negras que había hecho instalar recientemente.

Eligió un vestido de gasa sutilmente estampada que había comprado porque le hizo recordar un diseño de Versace que había visto en un catálogo tiempo atrás. Se recogió el pelo y, tras apagar las luces y persignarse, salió de casa a buscar su coche.

Encendió a la primera, buscó algo de música romántica en las emisoras locales.

Se colocó el cabello mirándose en el retrovisor y se incorporó al tráfico accionando los limpiaparabrisas para conseguir ver por entre los gruesos goterones de las últimas tormentas de la temporada de lluvias. En el horizonte, al noroeste, fuera de los límites de la ciudad, entre la provincia de Alajuela y el parque nacional Braulio Carrillo, se distinguían enormes tormentas que descargaban sus rayos con intensidad, menguando la luz diurna.

En quince minutos llegaría al local, alrededor de una hora antes de que abriera sus puertas a los clientes. Tenía que prepararse y acordar los turnos de baile con las otras chicas, bromear un poco y asimilar, como cada día, que podía terminar la noche luchando por deshacerse del olor porcino a sudor rancio de la entrepierna de algún desgraciado con un fajo de dólares en el bolsillo.

Empezaba la jornada de trabajo.

Y, como cualquier otro día, ni siquiera llegó a plantearse la posibilidad de que fuese la última.

2009

No iba a ser un descenso fácil, y sería una aproximación aún más complicada. Aunque Thomas no se sentía incómodo por las dificultades del vuelo, sino por culpa de sus acompañantes. Especialmente por la manía de mascar chicle con la boca abierta que tenía el comandante.

—Tiene mala pinta —dijo aquel dejando entrever la goma de mascar entre sus dientes cascados—. Nos vamos a mover. —Y como ninguno de sus dos copilotos añadió nada, se atrevió a expresar sus temores—. Solo espero que no tengamos que acabar haciendo esa condenada aproximación en circuito…

Las tormentas habían hecho rolar el viento, convirtiendo la habitual brisa del este en un considerable viento racheado de poniente, algo bastante normal durante la temporada de lluvias costarricense. Y seguiría siéndolo hasta diciembre, el mes en el que comenzaba la estación seca, término que no dejaba de ser un eufemismo pretencioso. Al fin y al cabo, los alisios, cargados de la humedad que recogían en el Caribe, convertían a Costa Rica en un país en el que o bien llovía o bien diluviaba.

—No, no me apetece nada tener que hacer ese circuito —insistió de nuevo el comandante mientras echaba un vistazo a los ecos del radar y revolvía el chicle con la lengua.

En noviembre era frecuente que el valle del aeropuerto internacional Juan Santamaría se hallase plagado de enormes nubes tormentosas que descargaban con ansia toda el agua arrebatada al océano en su camino desde las Bahamas. Eran gigantescos cumulonimbos con forma de yunque que alcanzaban cotas impensables en latitudes no tropicales. Eran tormentas muy activas, con fortísimas corrientes ascendentes y descendentes. Tormentas que convertían la posibilidad de volar a través de ellas en el boleto ganador para una rifa premiada con granizos como huevos de paloma, increíbles rayos o turbulencias severas. No era extraño que, de cuando en cuando, algún fuselaje acabase lleno de abolladuras, que se friese la mitad de la electrónica o que se sufriesen importantes daños estructurales.

Thomas miraba alternativamente sus instrumentos y el horizonte oscurecido por las amenazadoras nubes. Comparando lo que veía afuera con la representación de las nubes que le ofrecía el radar meteorológico en una de las pantallas que tenía frente a él. En semejantes condiciones atmosféricas, alcanzar los puntos iniciales para comenzar la aproximación final a la pista se convertía en un zigzagueante recorrido, se hacía necesario virar el avión a uno u otro lado, buscando la ruta menos problemática. En ocasiones no había escapatoria y no quedaba más remedio que

atravesar alguna parte de la tormenta, o pasar demasiado cerca, o cruzar entre dos de ellas, buscando el lado de barlovento, que solía ser menos activo. Las decisiones se tomaban en función de los chispeantes colores que aparecían en la pantalla de cristal líquido y, si era de día, analizando en lo posible la forma y aspecto de las nubes. El radar representaba las tormentas en la pantalla en función a un código de colores que permitía interpretar la intensidad de cada una de ellas, algo que tenía en cuenta el retorno de la señal enviada por el transmisor del radar según la cantidad de agua presente en la nube. Un manchurrón verde sólido representaba un simple y tranquilo aguacero que podía atravesarse; sin embargo, si el eco se parecía más a una versión en magentas y rojos de las manchas del test de Roschard, se trataba de algo que era mejor evitar.

Thomas, sentado en el puesto de la derecha, era el piloto a los mandos, y el comandante, desde la izquierda, le asistía y se hacía cargo de las comunicaciones por radio. Lo habían echado a suertes en Madrid. El otro copiloto, presente como refuerzo de la tripulación dada la duración del vuelo, había sido el piloto a los mandos en el despegue de la capital española. El comandante sería el que volaría en el tramo de regreso, repartiéndose entre los dos copilotos las tareas de asistencia y comunicaciones: uno en el despegue en San José y otro en el aterrizaje en Barajas.

Con breves comentarios, y acordando la maniobra previamente con el comandante, Thomas giraba el pequeño pomo que seleccionaba los rumbos, buscando meticulosamente la trayectoria más apropiada para evitar en lo posible las tormentas. Con el piloto automático conectado el avión, dadas sus casi ciento setenta toneladas, obedecía perezoso sus órdenes. El comandante, en cada viraje, informaba al control de tráfico aéreo del nuevo rumbo seleccionado.

Thomas sentía desprecio por sus dos compañeros de cabina, un desprecio hondo y pestilente, como una fosa séptica desbordada. No le gustaba su competencia y ponía en duda su capacidad de trabajo. Se alegraba de ser el piloto a los mandos del avión en aquella aproximación. Estaba convencido de que él era el único de los tres capaz de realizar la maniobra con garantías.

El comandante era un viejo irlandés que había decidido dejar AerLingus para volar unos últimos años en España, mientras se arreglaba una preciosa casa de campo cerca de Xátiva, dónde pensaba irse a vivir en cuanto le fuera posible. Su sueño era morir desecándose al sol del Mediterráneo, intentando batir algún récord mundial de consumo de cerveza. Era un hombre alto y espigado con escaso pelo blanco, unos cansados ojos azul claro, pequeñas gafas siempre colgadas de la punta de la nariz y una pronunciada barriga que atestiguaba su afición a la *rubia*. Se llamaba James O'Dogherty y a pesar de sus más de veinte mil horas de vuelo seguía subiéndose a los aviones con la mayor de las ilusiones. Era un piloto experimentado y un hombre afable, listo para bromear en cuanto le era posible (lo que disgustaba a Thomas), y que solía decir que, si un día se le paraban los cuatro motores, se bajaría los pantalones, se dejaría los calzoncillos por las rodillas, y se introduciría la palanca de

control bien a fondo por el ano. Estaba seguro de que así, los investigadores de accidentes aéreos no serían capaces de explicar cuál habría sido la causa. «Hay que irse a lo grande», decía siempre con una socarrona sonrisa (lo que irritaba profundamente a Thomas porque además de soez le parecía un comentario muy poco profesional).

El otro copiloto era un tipo disciplinado, con un ansia eterna por ser ascendido a comandante, y una afición aún mayor a las mujeres que le había traído más de un quebradero de cabeza (lo que disgustaba a Thomas). Conocía el avión en profundidad, era diligente y en su anterior compañía, la desaparecida Sabena, había recibido una preparación envidiable. Le gustaba precisar que era flamenco y no valón, como a tantos otros belgas. Se llamaba Pierre Blavier. Tenía aspecto de barril y un corpachón que parecía escaparse de su escaso metro sesenta. Siempre estaba sonriendo (lo que también molestaba a Thomas), incluso cuando se refería al cierre de su antigua compañía, lo que, habiéndole dejado sin un trabajo mejor, le había obligado a mudarse a España para volar en los A340 de la joven Ocean Skies.

—Aquí siempre igual —había dicho Pierre con gesto de fastidio.

—Sí, siempre lloviendo. Cuando te quiten la licencia de vuelo por culpa del colesterol —replicó O'Dogherty hinchando los carrillos y abarcando con sus manos una ficticia barriga de enormes proporciones, burla implícita a la gordura del copiloto belga—, estoy seguro de que podrás ganarte el pan montando en Costa Rica una fábrica de paraguas.

La mezcla de nacionalidades les obligaba a hablar a todos en inglés. Como sucedía en muchas cabinas de compañías recientes de medio mundo, donde se mezclaban inexorablemente los más extraños acentos y pronunciaciones, en una jerga propia y única. Un macarrónico inglés plagado de términos técnicos y palabras adoptadas de idiomas de cualquier parte del globo terráqueo.

Thomas no dijo nada, pero le molestaron aquellas bromas. Tenía ganas de posar aquel pájaro y quedarse solo. Estaba harto de tener que soportar tanto buen ambiente y tanta broma bienintencionada. Empezaba a dolerle la cabeza.

A ratos, cuando lo permitían las nubes y las ráfagas de lluvia, se distinguía a lo lejos la negra franja de asfalto, la terminal y las blancas pinturas de algunos de los aviones estacionados en la plataforma. En los claros, la visibilidad era bastante buena.

Estaban apenas a treinta millas del aeropuerto y a poco más de diez mil pies sobre el nivel del mar, unos siete mil sobre el aeropuerto. Volaban a doscientos cincuenta nudos, cerca de la velocidad que los ingenieros de Airbus habían calculado que resultaba apropiada para soportar las turbulencias que, de vez en cuando, los zarandeaban violentamente a pesar de los esfuerzos de Thomas. Estaban empezando a decelerar para adecuarse a la aproximación. Intermitentemente, cuando la lluvia arreciaba, enormes gotas de agua golpeaban con furia los parabrisas gemelos del morro del A340.

Las cosas iban a seguir empeorando y los tres podían intuirlo. El comandante

O’Dogerthy taconeaba inquieto, subiendo y bajando su rodilla como el pistón de un motor revolucionado. Era un gesto inocente que, probablemente, implicaba la preocupación que sentía por la incomodidad de los pasajeros y no porque temiese que la aproximación pudiera complicarse más allá de sus límites como piloto. Sin embargo, el dolor de cabeza de Thomas empeoraba; de vez en cuando, miraba con denostado desprecio la rodilla de James. Por momentos deseó levantarse y, haciéndose con el hacha que para usos de emergencia y salvamento se llevaba en cabina, abrirle al irlandés la cabeza.

A su derecha, prendidas en un soporte en el marco de la ventanilla, las cartas aeronáuticas específicas de la maniobra permitían a Thomas reconocer las elevaciones de los picos circundantes y, con esa información, juzgar un régimen de descenso apropiado para cumplir con unos márgenes mínimos sobre el terreno, incluso cuando las nubes no le permitían distinguir el manto verde de la selva. Cada poco, y tras un rápido cálculo mental, en función de su velocidad, giraba el mando circular que le indicaba al piloto automático cuánto descender y en cuánto tiempo.

Thomas se complacía de la precisión de sus estimaciones, convirtiendo la relación entre su velocidad vertical y horizontal en un valor de pendiente y, de ahí, a un valor en grados que le permitía estimar el descenso. Se complacía imaginando que ninguno de los otros dos miembros de la tripulación podría realizar las mismas operaciones, limitándose a sustituir sus cálculos con la experiencia y escurridos vistazos a las indicaciones del gestor electrónico de vuelo.

Guiados por los vectores que le proporcionaba el control de aproximación costarricense se acercaban al punto que definía los últimos tramos de la maniobra. Thomas corrigió levemente el rumbo y ajustó el régimen de descenso, luego seleccionó una velocidad de doscientos nudos, unos trescientos ochenta kilómetros por hora, en un mando anexo a los dos anteriores, y pidió al comandante que consultara con el control de tráfico los últimos valores del viento.

—Ocean Skies 1251, el viento es del oeste, variable entre 240 y 290 grados, de veinte kilómetros por hora y con rachas de treinta.

Los altavoces del equipo de radio habían escupido la respuesta del controlador entre los tartamudeos de la estática que provocaba la tormenta.

Aun esperándolo, cayó sobre los ánimos de los tres pilotos como un jarro de agua fría. Los temores del comandante se confirmaban. Thomas, con una mezcla de orgullo insípido y venganza cálida, escuchó complacido el tono de disgusto en la contestación del comandante:

—Coco aproximación, Ocean Skies 1251, ¿me confirma entonces que estamos autorizados a aproximación ILS DME a la pista 07 con circuito a la 25?

—Es correcto, Ocean, tendrá que ser procedimiento visual Belén. Pasen ahora con el control de torre en frecuencia uno, uno, ocho, decimal, seis. Que tengan buena tarde.

—Copiado uno, uno, ocho, decimal, seis. Buen día, Coco aproximación, Ocean

Skies 1251, hasta otra.

Mientras el comandante trasteaba con la radio y se comunicaba con la torre de control del aeropuerto Thomas analizaba la maniobra que tendría que llevar a cabo.

La única pista del Juan Santamaría cruzaba el valle en un trazo que iba de este a oeste, definiendo dos orientaciones posibles para el aterrizaje. El problema aquel día era que aterrizar hacia el este con aquel ventarrón habría supuesto exceder los límites certificados como máximos para el A340. Y, además de ilegal, era peligroso. No quedaba más remedio que aterrizar en sentido contrario, cara al viento, hacia el oeste. Sin embargo, no podían aproximarse al aeropuerto encarados al oeste, las montañas circundantes estaban demasiado cerca de la cabecera de la pista, haciendo imposible descender de modo seguro, algo que tenían en cuenta los procedimientos publicados que les afectaban. En San José, con vientos tan importantes del oeste, era necesario aproximarse como si la intención fuera aterrizar hacia el este y, para completar la maniobra, había que detener el descenso hacia el aeropuerto a unos ochocientos pies sobre el terreno, alrededor de mil doscientos metros sobre el nivel del mar, altitud desde la que, con una serie de virajes, deslizarse entre las montañas para terminar tomando tierra con un rumbo opuesto al inicial, pero con viento en cara.

Tras un par de minutos en los que discutieron vagamente la posibilidad de desviarse a Panamá, de común acuerdo y con el beneplácito del comandante, decidieron intentarlo al menos una vez (lo que agradó a Thomas). Teniendo en cuenta el combustible remanente, si en algún momento del circuito para invertir el rumbo perdían las referencias visuales que les permitían determinar su posición con respecto a la pista, frustrarían; elevándose de nuevo sobre las montañas, con los motores rugiendo a su máximo empuje y virando hacia el país del canal.

Cuando su último rumbo intersecaba con aquel que encaraba la cabecera de la 07, hacia el este, Thomas redujo un poco más la velocidad. Pidió permiso al comandante y desconectó todos los sistemas automáticos de la aeronave para completar la maniobra manualmente. Le apetecía lucirse un poco, demostrando su capacidad de capear el temporal sin recibir la conveniente ayuda de los automatismos.

—*Flaps* uno… —pidió Thomas mientras ajustaba la actitud de la aeronave para perder velocidad.

—La velocidad es buena, por debajo del límite —contestó el comandante en su inglés de fuerte acento dublinés al tiempo que comprobaba el indicador de velocidad respecto al aire.

Acto seguido, el comandante O'Dogherty accionó una de las muchas palancas de la consola central y el ruido de los actuadores hidráulicos delató cómo la superficie del ala se incrementaba, aumentando su curvatura gracias a la extensión de los *flaps*. Con este tipo de dispositivos, el A340 podía volar a velocidades muy bajas para sus casi setenta metros de envergadura. El objetivo era aterrizar lo más despacio posible y así facilitar la frenada del gigantesco avión.

Thomas movió ligeramente su mano izquierda, haciendo pequeños ajustes sobre

las palancas que gestionaban el empuje entregado por los motores a reacción de dos metros de diámetro.

—En rumbo de localizador y senda de descenso —dijo, anunciando que se había establecido en la parte inicial de la aproximación, la que completarían acorde a las señales de las radioayudas en tierra.

—Comprobado —contestó el comandante, echando un vistazo a las indicaciones de los instrumentos y asegurándose de que la sintonización de tales radioayudas era correcta.

Thomas tiró un poco de la palanca de control y permitió que la velocidad descendiera aún más mientras continuaba con el suave descenso que requería la aproximación.

—*Flaps* dos…

—La velocidad es correcta.

El comandante accionó de nuevo la palanca, bajándola una muesca más.

Estaban a cinco millas náuticas de la cabecera de la 07, continuaban descendiendo y su trayectoria, fijada de antemano por el procedimiento de aproximación, se adentraba por poco en una de las nubes, impidiéndoles ver por el momento los tres kilómetros de negro asfalto de la pista, casi tan ancha como un campo de fútbol.

Caían gruesas gotas sobre los parabrisas con un repiqueteo insistente y molesto. Se acercaban a la cenicienta nube y Thomas se veía obligado a corregir continuamente la trayectoria con suaves movimientos de la palanca de control, manteniendo la actitud del avión a pesar de la turbulencia creciente.

Algún pasajero gritó.

El comandante accionó rápidamente las luces de cabina de mando, llevándolas a la máxima intensidad. Era el único modo de evitar que el intenso fogonazo quemase sus retinas.

El otro copiloto, el que estaba sentado en el asiento del observador, se encogió instintivamente.

Thomas, inmerso en la lectura de los instrumentos, solo fue capaz de discernir con el rabillo del ojo izquierdo un destello blanco amarillento.

Sonó como un disparo.

Las pantallas digitales y las luces parpadearon.

Les había alcanzado un rayo.

1977

Hojeaba nervioso un número atrasado de la revista *Mundo Desconocido*. Era un artículo traducido del propio Jürgenson, el llamado padre de las psicofonías.

Gable, recuperado del susto sufrido horas antes, disfrutaba con deleite. Se paseaba arriba y abajo por el linóleo barato, yendo de aquí para allá entre los libros abiertos y desparramados. De tanto en tanto, frotaba suavemente el hocico por todos los cantos que podía, intentando dejar bien claro que aquellos eran sus libros y no los de Sinesio. De vez en cuando, maullaba suavemente alzando la vista hacia la figura sentada de su amo.

Sinesio dejó a un lado la revista y recogió uno de los libros que rodeaban sus pies, quería echar un nuevo vistazo al diagrama electrónico del psicófono, un extravagante aparato diseñado por el ingeniero vienés Franz Seild, mejorando un trabajo original del mismo Raudive, que pretendía permitir una comunicación más directa con aquellos entes del más allá que parecían ser los responsables de las psicofonías.

Las voces grabadas el día anterior habían significado miedo y sorpresa, pero ahora significaban sueños y esperanzas. La incertidumbre inicial, las dudas sobre el siguiente paso, se habían diluido con el recuerdo de una vieja idea y por eso rebuscaba entre sus libros y notas. Intentaba encontrar el modo de seguir avanzando, de llegar más allá.

Llevaba un buen rato revolviendo su biblioteca entre la media luz que entraba por las sucias ventanas de su descuidado apartamento. Y sentía que se estaba acercando.

Quizá incluso podría conversar directamente con aquellas voces. Por algún recoveco de su cerebro se escondía el recuerdo, una imagen de un diagrama electrónico y un par de columnas de texto. Esa era la opción perfecta para su siguiente paso.

Sinesio se levantó rascándose la coronilla. Algo de caspa cayó sobre el hombro de la deshilachada camisa y *Gable* aprovechó el gesto de su amo para enredarse entre sus piernas mientras Sinesio paseaba sobre los falsos colores de madera del suelo de plástico. El gato ronroneaba y el amo farfullaba incongruencias, leyendo los títulos de las páginas que podía ver a su alrededor.

Finalmente, la bombilla se iluminó, y se reprendió por no darse cuenta de que había pasado por alto la solución. Se movió bruscamente provocando un maullido de desagrado de *Gable* y alcanzó una de los ejemplares de sus revistas, buscaba otro de los artículos de Jürgenson.

Allí estaba.

Sin embargo, la sensación fue agridulce. Por un lado sintió la satisfacción de haber desvelado el próximo escalón, pero por otro se dio cuenta de que era algo que necesitaría de preparación y, por desgracia, algunos gastos que se le antojaron mayores de lo que inicialmente había pensado.

Se siguieron tres viajes a la ferretería y un par de idas y vueltas a distintas tiendas de electrónica. Tuvo que hacer unos cuantos kilómetros en el viejo Citroën hasta que finalmente hubo de resignarse y regresar a una de sus primeras opciones.

—¡Vaya! Veo que al final se ha decidido —dijo el dependiente desde detrás del mostrador de cristal.

—Sí, no me ha quedado más remedio… ¿Cuánto me había dicho que tardaría?

Sinesio miraba embelesado más allá del hombre tras el mostrador, sintiéndose maravillado por la multitud de pequeños cajoncitos etiquetados, clavijas, conectores, pletinas, condensadores, etc. Le encantaba aquella pulcritud repetitiva.

—Ya le advertí que no le iba a resultar fácil conseguir ese modelo en concreto.

Sinesio tardó unos segundos en contestar.

—Eh… Sí, bueno, pero es el que quiero. Entonces, ¿cree que lo tendrá aquí para dentro de un par de días? —El dependiente lo miraba de forma severa, planteándose cuál sería la importancia de que fuese, exactamente, aquel modelo.

—Lo veo a usted muy optimista, no creo que sea suficiente. Si me quiere dejar un número de teléfono le avisaré en cuanto llegue —contestó el tendero, un tanto mosca con tanta extravagancia.

—No, no será necesario, ya me pasaré yo por aquí pasado mañana. Y si no ha llegado, me volveré a pasar.

Finalmente acordaron una señal que Sinesio pagó contando dos veces sus billetes arrugados para estar seguro de que no le dejaba más dinero del necesario.

De nuevo en el viejo Citroën, se sintió un tanto abatido por la espera impuesta, hasta que se dio cuenta de que en todo el asunto había otra vía de acción que había descuidado. Tenía que saber más sobre aquella capilla si es que quería darles un contexto apropiado a aquellas voces. Y se dio cuenta de que esa era una tarea lo suficientemente compleja como para mantenerle ocupado durante los días siguientes. También existía la opción de regresar sin más y probar de nuevo con el mismo método. Sin embargo, y aunque no fue consciente de ello, la decisión ya había sido tomada incluso antes de llegar a plantearse la pregunta: quería esperar. En parte porque confiaba en los progresos de su nuevo método, y en parte porque alejaba esa sensación viscosa de miedo que la supuesta euforia había estado maquillando.

Regresó a su apartamento intentando clasificar sus recuerdos y pensando en lo que había averiguado hasta el momento gracias a sus consultas en el ayuntamiento y en los registros obispales.

En cuanto logró poner algo de orden en el escaso piso y asegurarse de que el gato tenía comida y agua, se sentó para repasar su cuaderno de notas. Las líneas maestras estaban claras, y los recovecos de su menuda letra no le trajeron nada nuevo. Familia

adinerada y poderosa con declive rápido en aparatosas y estrambóticas circunstancias. Heredero excéntrico que consigue consagrar una pequeña parcela y decide edificar una austera capilla. No era mucho.

Con un vistazo a su gastado reloj de pulsera se dio cuenta de que todavía tenía algo de tiempo antes de que la biblioteca municipal cerrase, un par de horas si se apuraba. Así que se levantó apresuradamente para coger una vieja chaqueta de pana con coderas y las llaves del coche. *Gable* lo miraba incrédulo, como si le costara asumir el cambio en la anodina vida de su amo.

Sinesio condujo silbando, con una expresión de felicidad infantil, no tanto por haber recibido un regalo sino por haberse librado de una reprimenda tras una travesura. Y entró en el sobrio edificio de la biblioteca tarareando una vieja canción. En cuanto traspasó el umbral, y tras una breve conversación con la bibliotecaria, una enjuta mujer que representaba fielmente el tópico y que lo miraba por encima de la montura metálica de sus anteojos de media luna, se fue a buscar la hemeroteca. Logró situarse y comenzó a hojear atentamente cuanto pudo encontrar entre la última década del siglo XIX y la primera del XX, intentando leer punto por punto todas las noticias locales. De modo similar a como había hecho en su apartamento unas horas antes, se paseaba ahora por entre los enormes tomos encuadernados en imitación de piel. Su mayor problema fue encontrar material adecuado. Muy pocos diarios se dedicaban a mencionar cosa alguna de los pueblos y villas que punteaban el territorio montañoso que rodeaba a las escasas ciudades de importancia, incluso a pesar de la relevancia social que había tenido la familia Xián de Villafins e Castro.

Cuando el tiempo se le echaba encima y la biblioteca amenazaba ya con el cierre, se topó con una breve nota de prensa y dos llamativas esquelas. La relevancia de la noticia y obituarios, para el periodista, había sido más por el hecho de tratarse de un accidente de tráfico que por la personalidad de los fallecidos. Don Rafael Adalberto Xián de Villafins e Castro y esposa eran señores de Dúbriga. Y eran representantes de una rama desligada de los mismos Castro que habían ostentado el condado de Lemos desde que este se había instituido como vitalicio y hereditario, casi cuatro siglos antes. Ambos habían perecido y pasado a mejor vida (alabado sea el Señor) tras estrellarse su Hispanosuiza contra un enorme roble en las cercanías de una de sus propiedades. Tierras que en el momento en que Sinesio leía el artículo no eran ya más que multitud de pequeñas huertas y campos de cultivo repartidos entre muy distintas personas, sin señorío o título alguno y, de cuyo pasado, solo quedaba el pequeño villorrio, no muy alejado del caserío de la familia, que conservaba el nombre de Dúbriga.

Las líneas del viejo periódico seguían desgranando acontecimientos. La feliz pareja, que había destacado en vida por su actividad filantrópica y su compromiso con las artes, dejaba un joven heredero y una hija pequeña. Al parecer, los señores disfrutaban de la novedad de su automóvil paseando por entre sus propiedades cuando, por motivos desconocidos, don Rafael había perdido el control del coche.

Líneas que aprovechaba el articulista para plantearse si era razonable que un vehículo a motor tuviese la alarmante potencia de diez caballos de vapor.

Sinesio también encontró enormes esquelas a toda página, pero no pudo deducir mucho más. Leía olfateando el aroma a óxido del papel de periódico viejo, pero no obtuvo ningún otro detalle relevante.

Apurando al máximo su margen de tiempo avanzó las páginas con la mayor velocidad que el frágil diario le permitió. Solo un par de meses después había otro escueto artículo que se cebaba en la desgracia de la familia, ahondando en un desafortunado rosario de penalidades que el joven heredero se vio obligado a soportar. Al parecer, María del Carmen Xián de Villafins e Castro, la pequeña de la familia con apenas ocho años, había desaparecido pocos días atrás, mientras jugaba en uno de los bosques anexos al caserón de la familia. La desconsolada yaya no se había prestado a declarar y el joven señor había preferido dedicar su propio personal a montar batidas que buscasen a su hermana por las propiedades. Rastreos en los que él mismo participaba pese a la tuberculosis que lo debilitaba. El articulista presumía de haber conseguido la noticia a pesar del silencio pretendido al que hubiera aspirado el heredero.

—Tenemos que cerrar —sentenció la menuda bibliotecaria desde la espalda de Sinesio, sorprendiéndolo de manera bastante desagradable.

Se volvió intentando que las orejas, coloradas como tomates maduros, no le estallaran por el súbito aumento de tensión arterial. La bibliotecaria lo miraba con el ceño fruncido, golpeando inquieta el suelo con la puntera derecha de su recatado zapato de empedernida solterona apañada.

—Se lo advertí cuando entró, debe irse —insistió de nuevo la mujer, aprovechando para desviar la mirada y observar aquello que tanto había entretenido a Sinesio.

—Lo lamento, discúlpeme, he perdido la noción del tiempo —contestó él, reaccionando al fin—. Estaba inmerso en la lectura y…

La buena mujer se apiadó de Sinesio al sentir la sinceridad de sus disculpas y, como quien presta la mitad del sueldo, lo interrumpió diciendo.

—Veo que está usted buscando algo sobre el viejo señorío de Dúbriga. Ande, sea bueno y levántese, que le voy a prestar un libro que se publicó hace un par de años con una subvención oficial. Se trata de una recopilación con toda la información disponible sobre las antiguas familias de la nobleza del noroeste de España.

—Ah, pues muchas gracias, seguro que puedo encontrar algunas respuestas.

Y, poniéndose en pie, Sinesio siguió los pasos arrastrados de la mujer por la silenciosa biblioteca, ya vacía. Pensando en que debía aceptar el libro por no disgustar a la anciana, pero no porque realmente le crease interés alguno.

—Espéreme en la recepción y ya se lo llevo yo, que lo puedo coger mientras hago la ronda y apago las luces. Además, tengo que asegurarme de que no quede ningún rezagado como usted —apuntilló, reconviniéndole con la mirada seria por encima de

las gafas.

Se separaron. Sinesio pensando en lo que había leído y la anciana caminando cansinamente por los largos pasillos, dejando tras de sí un rastro de secos clacs seguidos por luces apagándose.

Cuando la mujeruca regresó, Sinesio miraba por las puertas acristaladas de la entrada cómo el anochecer se empezaba a diluir por entre las siluetas de los modestos edificios de la pequeña ciudad. Cavilaba indeciso, pensando si tendría tiempo de comer algo antes de regresar a casa y preparar todo el equipo para volver a la capilla, aunque sabía que con la excusa del nuevo aparato no sería capaz de reunir el valor para regresar aquella misma noche.

La bibliotecaria abrazaba contra su escuálido pecho un generoso volumen encuadernado en tapa dura con hojas de tamaño cuartilla. En el lomo y la portada se distinguían algunos símbolos oficiales que resplandecían al tener como fondo el recatado marrón oscuro del sencillo vestido de la mujer.

—Aquí tiene —dijo tendiéndole el libro—, pero no se retrase, ¿eh? Que mañana lo apunto en la ficha. No vaya a pensar que me olvidaré.

—Gracias —contestó tímidamente Sinesio—. No se apure, se lo devolveré en un par de días, en cuanto lo haya leído.

Y la bibliotecaria se dio la vuelta al compás del siseo del dobladillo de su vestido en las gruesas medias. Ni siquiera se despidió, como si ya no hubiese más que añadir, enseñándole a Sinesio un moño entrecano y muy apretado al tiempo que, con aire de tristeza añejada, se encaminaba hacia la recepción. Probablemente iría a buscar un enorme bolso avejentado, lleno de estampitas y con algún escapulario deshilachado por el uso.

Cuando Sinesio salió a la calle iba ya hojeando el libro, sin demasiada fe. Había sido un día de excesos y extravagancias, así que decidió concederse un capricho más y miró en derredor buscando algún bar o cafetería (no un restaurante) en el que comer algo.

Cuando consiguió decidirse por una sencilla taberna envuelta en neblina de tabaco, se puso a leer para evadir el aburrimiento mientras esperaba su bocadillo.

El libro hacía un repaso somero a la historia del norte español, hablando de la ocupación de los pueblos celtas, la conquista romana, la breve incursión musulmana y la importancia de la unificación de los reinos de la península ibérica. Material de clases de primaria. Luego analizaba escuetamente la nomenclatura y heráldica de algunos títulos nobiliarios. Al final, entraba en meollo hablando en cierta profundidad de las familias de los señoríos desde la Edad Media.

La parte dedicada a los Xián de Villafins e Castro le resultó bastante escasa. El autor se limitaba a incluirla de manera anecdótica dentro del renombrado linaje de los Castro, a los que Enrique el Impotente, IV de Castilla, concediera el título de forma vitalicia. Se explayaba en las distintas sagas derivadas, la importancia de su ligazón con la casa de Trastámara y la relevancia de las generaciones que se sucederían.

También se hacía referencia a unos cuantos representantes de entidad dentro de la familia, destacando al que llegó a convertirse en virrey de Perú, don Pedro Antonio Fernández de Castro.

Sin embargo, y deshaciéndose de la paja, de la rama escindida correspondiente a los Villafins poco se aclaraba, tan solo unas escuetas líneas dedicadas a los sombríos años que terminaron con la saga. Quizá por la simple futilidad del morbo.

En suma, Sinesio pudo extraer poco de la docena larga de páginas que el libro dedicaba a toda la familia, aunque, al final del capítulo, se mencionaban los dominios y tierras, incluyendo algunos grabados y fotografías.

Un detalle llamó su atención.

2009

Distinguían vagamente el curioso olor, mezcla de cable quemado y aire acondicionado al máximo. Thomas recordaba el sonido de su tokarev en la galería de tiro. El comandante, haciendo gala de sangre fría y acumulo de experiencia, echó un rápido vistazo a todos los paneles de instrumentos.

—Comprueba que no haya saltado ningún *breaker* —pidió O'Dogherty en inglés, con voz neutra y calmada, al copiloto que estaba en el asiento del observador y que tenía el panel de cortacircuitos a su espalda—. Todas las indicaciones parecen normales, no ha saltado ninguna alarma, Thomas, ¿todo bien?

—Eso parece; rumbo, velocidad, altitud, posición… —se interrumpió porque ya salían de la nube, que se deshacía en jirones alrededor del morro de la aeronave—. ¡Ahí está la pista!

—Pues continuamos —decidió por fin el comandante mientras, con dedos ágiles, comprobaba en la inferior de las pantallas centrales que las representaciones sinópticas de los sistemas de la aeronave no indicaban anomalía alguna.

—Continuamos —insistió, reafirmándose en la idea.

La pista se acercaba y tenía que comenzar a divergir acorde a la maniobra en circuito, el incidente del rayo los había despistado. Las corrientes descendentes de la tormenta los zarandeaban con fuerza haciendo temblar el avión.

—*Flaps* tres… —dijo Thomas—. Vamos a dejar el tren arriba por el momento, si te parece bien; prefiero tener algo más de velocidad y un poco más de margen con el empuje disponible.

—Me parece muy sensato —respondió el comandante accionando la palanca de nuevo—. La velocidad es correcta.

Aunque no era el procedimiento habitual, Thomas prefería no emplear el empuje del motor en contrarrestar la resistencia que provocaba el tren, así, si una ráfaga descendente les hacía perder altitud, sería más fácil recuperarla. Estaba seguro de que el mayor mérito de aquella idea residía en el hecho de que a O'Dogherty no se le hubiera ocurrido.

En cuanto viraron al rumbo que correspondía los tres pares de ojos miraron angustiados el pico hacia el que se dirigían. Divergían en veinticinco grados con el rumbo inicial de la aproximación, coincidente con el de la pista 07, y resultaba angustioso pensar que si viraban un poco más tarde de lo debido terminarían comenzando la prospección de un túnel.

El comandante era el que tenía una mejor visión del aeropuerto y la pista, que

iban dejando cada vez más a la izquierda, enmarcada contra las edificaciones de Alajuela. Thomas miraba con toda la asiduidad que podía hacia ese lado, aunque nunca le preguntó al comandante si estaba de acuerdo con continuar o si en algún momento había perdido contacto visual con la pista, lo que les habría obligado a frustrar inmediatamente. Se sentía seguro actuando en función de su propio criterio. Mantenía aquel rumbo divergente, ajustaba la velocidad, contrarrestaba la turbulencia y miraba de reojo las mediciones de distancia de los instrumentos para juzgar el instante en el que empezar a virar a la izquierda para encarar la pista 25, en la que aterrizarían, justo en rumbo contrario al que habían volado al empezar la aproximación.

Un escaso colchón de aire los separaba de las verdes copas de los árboles. La visibilidad estaba muy condicionada por culpa de las tormentas. Retazos sueltos de nubes se escurrían bajo la panza del avión o se movían con pereza sobre el aeropuerto, como fantasmas venidos a menos.

Sobrevolaban el centro comercial Real Cariari; había llegado el momento, Thomas comenzó a alabear haciendo virar la aeronave.

—Tren abajo.

O'Dogherty accionó la palanca displicente mientras asentía con la cabeza, aprobando el juicio de su copiloto. A continuación realizó algunas de las acciones asociadas a la extensión del tren de aterrizaje: encender parte de luces exteriores del avión y armar los aerofrenos que, una vez en tierra, se desplegarían sobre el ala para ayudar a decelerar la aeronave.

El A340 se bamboleó exageradamente, atrapado en alguna corriente de aire, y se oyeron algunos gritos más. Los pasajeros parecían muy asustados.

El comandante O'Dogherty consideró por un momento tomar el control del avión, pero Thomas ya estaba corrigiendo de un modo impecable. No le gustaba la prepotencia y desprecio que su copiloto demostraba, y le costó rendirse a la evidencia de que por más que se esforzaba no conseguía arrancarle una sonrisa o un gesto amable. Le recordaba a un autómata de una película barata de ciencia ficción. Finalmente, y desechando la incomodidad que su frío copiloto le causaba, hizo un esfuerzo por recordarse que una vez en tierra debería comentar lo sucedido con el rayo y la turbulencia al pasaje, pero ese no era el momento, había demasiadas cosas de las que estar pendiente.

Salían del viraje y los dos enormes números blancos que anunciaban sobre el asfalto que aquello era la pista 25 del aeropuerto internacional Juan Santamaría de la capital de Costa Rica se colocaron justo bajo el morro del avión.

—*Flaps full*…

Thomas contrarrestó con los mandos el leve momento de picado que producía la extensión final de aquellos dispositivos. Permitió que la velocidad se redujera hasta la que correspondía para el aterrizaje, mantuvo firme la aeronave y ajustó el empuje de los motores. Estabilizando el enorme Airbus con antelación más que suficiente para

realizar una buena toma de tierra.

—Bien, pues la lista de comprobación para el aterrizaje. —Sonreía, esos eran los momentos que compensaban el compromiso social obligatorio que traía consigo el trabajo.

Todo estaba saliendo bien, y aunque notaba en sus sienes el incómodo palpitar de las arterias que reptaban por sus huesos temporales, también percibía que el dolor de cabeza remitía ligeramente, cediendo a un errático pulsar.

El comandante, tras anunciar por megafonía a los auxiliares de vuelo que se preparasen para la toma de tierra, fue repasando cada uno de los ítems que conformaban la lista de comprobación asociada al momento previo al aterrizaje.

Thomas respondía.

—¿Tripulación de cabina?

—Avisada.

—¿Control automático de empuje?

—Desconectado, control manual.

—¿Comprobación de sistemas?

—Sin avisos o anomalías —para contestar Thomas había mirado dos veces las pantallas centrales, con especial cuidado después de lo del rayo, y buscando alguna discrepancia o problema. Todo parecía correcto.

Una ráfaga de viento hizo colear el avión. Corrigió suavemente para volver a enfilar el rumbo correcto hacia aquellos grandes números, sin excederse, sin dejar que la inercia debida a la enorme masa del avión lo engañase haciendo que la corrección se convirtiese en excesiva tras la tardía respuesta de la aeronave.

Comprobó la velocidad, el régimen de descenso y el viento. Hizo unos ajustes mínimos y cuando el radioaltímetro anunció con su estropajosa voz que solo cuarenta pies separaban las ruedas del tren de aterrizaje principal del suelo comenzó a tirar levemente de la palanca de mando, lo que hacía que el estabilizador horizontal de la cola se inclinase, produciendo que el morro del avión se elevara. Al tiempo, con la mano izquierda retrasaba las palancas del pedestal central que controlaban el empuje entregado por los motores. Eran los gestos de una estrambótica versión de titiritero. En las modernas generaciones de aeronaves no existía ninguna unión física entre los controles de la cabina de mando y las superficies aerodinámicas que hacían al avión maniobrar en sus tres ejes. El romanticismo de los cables de acero y poleas de los antiguos aeroplanos con alas hechas de tela había dado paso a señales eléctricas gestionadas por computadores, y eso le parecía a Thomas muy poco elegante. Sus acciones sobre los mandos de la aeronave eran mera fantasía, y eso era algo que le disgustaba profundamente.

El viento, un revoltoso soplo con ínfulas de tornado, quiso hacerse con el avión, que se ladeó peligrosamente, acercando la punta izquierda del ala a poca distancia del suelo. Thomas corrigió sin vacilación, eficiente. A la vez, incrementaba la tensión ejercida en la palanca de mandos, elevando un poco más el morro del avión.

Las ruedas traseras de ambos carretones del tren principal tocaron suavemente el suelo tras el neutro anuncio de cinco pies del radioaltímetro.

Cedió un tanto en la fuerza ejercida (y le disgustó recordar que en realidad su gesto se convertiría en una simple señal eléctrica), permitiendo al avión cabecear. Las ruedas delanteras de los carretones se apoyaron en el asfalto con suavidad en tanto Thomas contrarrestaba la tendencia a levantar el avión del suelo que suponía la extensión automática de los aerofrenos al tomar tierra.

Mientras con los pies se aseguraba de mantener la aeronave en el eje central de la pista con la mano izquierda tiró de las palancas centrales, adosadas a las reguladoras de empuje, hasta la posición del ralentí de las reversas, haciendo que grandes chapas del carenado de los motores se desplazasen, provocando que el aire de salida de los reactores se dirigiese hacia delante, ayudando así a decelerar el avión.

—Aerofrenos extendidos… Indicación de reversas en verde… Decelerando… —anunció el comandante atento a los símbolos de las pantallas centrales.

Tras el anuncio, llevó las palancas de reversa al máximo y volvió a ejercer algo de tensión en los mandos para evitar que la rueda del tren de aterrizaje de morro se desplomase sobre la pista.

El avión se deslizó sobre el asfalto, los procedimientos subsiguientes se llevaron a cabo. Rodaron hasta el puesto de aparcamiento asignado por el control de tierra. Cuando por fin apagaron los motores y leyeron la última lista de comprobación el comandante habló mientras los pasajeros comenzaban a desembarcar:

—Menudo día de mierda… Definitivamente, no nos pagan lo suficiente…

Los dos copilotos permanecieron callados, rellenando los papeles correspondientes. Sin embargo, mientras Pierre sonreía displicente con un gesto de aquiescencia, el comandante O'Dogherty no pudo evitar que un escalofrío viscoso le recorriese la nuca cuando miró la cara impasible de Thomas, su boca parecía tensada con bridas y sus ojos eran los de un maniquí, inmóviles e inquietantemente fijos.

—Bien, buen trabajo, gracias a los dos —continuó el comandante—, yo pago las cervezas en cuanto lleguemos al hotel. Por cierto, Thomas, bien hecho.

—Gracias… —Fue una respuesta neutra, en un gélido tono que destilaba desagrado. El comandante no pudo evitar arrepentirse por lo dicho. De algún modo llegó a intuir que Thomas lo despreciaba.

El otro copiloto tendió al comandante el sobre con la documentación cumplimentada del vuelo para que lo firmase.

—Te tomo la palabra, una ducha y unas cervezas —dijo Pierre—. Venga, al hotel, estoy harto de estar aquí metido.

—Sí, cuando lo del rayo se me pusieron los pelos de punta —se confesó O'Dogherty irónicamente, inclinando la cabeza y señalándose la calva.

Pierre se rio, Thomas ni siquiera miraba.

El pasaje desembarcó. El comandante dio parte a mantenimiento del impacto con el rayo, todos contemplaron las marcas que había dejado en el fuselaje, como el juego

de puntadas de un esquizofrénico.

Thomas se sentía cansado y miraba con disgusto cómo el comandante se explicaba, dándole vueltas una y otra vez al maldito chicle. Empezaba a dolerle la cabeza.

Y la rutina apareció de nuevo, reparadora y aburrida. Pasaron por el control aduanero, las azafatas bromearon sobre los pasajeros pesados, los conflictivos y los extravagantes.

Llegó el autobús. Fueron hasta el hotel. Se registraron.

Thomas estaba deseando abrazar su tan amada soledad. Sentía su cerebro chirriar mientras, al hacer cola en el vestíbulo del hotel, las azafatas hablaban de las compras que pensaban hacer al día siguiente.

Se excusaría educadamente en el cansancio para evitar tener que reunirse con la tripulación y se dirigiría al Atlantis. En su último vuelo a Costa Rica, un par de meses antes, había visto a una preciosa morena con ojos verdes que le había interesado. Ella había estado enredando con otro cliente, por lo que no habían tenido la oportunidad de hablar; sin embargo, a él le había gustado mucho. Especialmente por el símbolo *kanji* de dragón que llevaba tatuado en el tobillo.

1977

Entre las imágenes del libro se incluían grabados y dibujos de distintos elementos arquitectónicos, vistas de frontones, fachadas y otros detalles. El autor parecía haber pretendido dar un pequeño repaso a algunas de las múltiples construcciones que la importante y noble familia había financiado, ensalzando algunas piezas especialmente destacadas. Para hacerlo, había incluido notas anexas que explicaban la relevancia heráldica de los escudos que decoraban las edificaciones, pruebas tangibles del patrocinio de la noble familia. Todos tenían en común los blasones de los Castro: seis roeles de azur en dos palos sobre campo de plata.

En algunos casos las representaciones eran más complejas. Unas veces iban acompañadas por lobos desollados; otras, por jabalíes rampantes, y, con menos frecuencia, se añadía algún tipo de silueta simplificada, como castillos o fortalezas.

Pero siempre con el denominador común de las seis piezas redondas, que en algunos casos incluso conservaban restos cuarteados de azul intenso.

Entre todas aquellas representaciones Sinesio se quedó mirando una con especial atención, por entre el humo intenso de la taberna, una en concreto. Era una toma corta, en detalle, de uno de los escudos que decoraban la iglesia del convento de San Francisco, un precioso cenobio escondido en los bosques de la costera población de Noia. Se podía apreciar que estaba algo deteriorado, con las esquinas machacadas y los bordes del relieve muy redondeados. El comentario anexo solo mencionaba que era uno de entre los muchos escudos que decoraban el templo, pues muchas habían sido las familias nobles que habían aportado ayuda económica para su construcción.

Sinesio miraba ensimismado la página, intentando aprehender la idea que revoloteaba a su alrededor. En el cuartel superior izquierdo, acompañados de los símbolos de otras familias, se podían apreciar los manidos seis roeles.

—Su bocadillo, ¿le apetece beber algo? —Un mesero que llevaba al hombro un trapo con tanta mancha como para merecer su propio estudio de heráldica miraba a Sinesio con cara circunspecta.

A Sinesio le costó regresar a la taberna. Necesitó de un par de segundos bajo la estricta mirada del tabernero para, finalmente, mover la cabeza bobaliconamente con un gesto de aquiescencia.

—Sí, una cerveza, por favor —logró decir al fin.

Mientras el figonero atendía el pedido, Sinesio consiguió hacerse con la esquiva idea. En la capilla de Dúbriga no había ningún escudo o símbolo en la fachada principal. Simple granito abujardado en sillares regulares, pero ninguna referencia a

la heráldica de la familia Castro. Y Sinesio se preguntó por qué aquel joven tuberculoso no había tenido interés en anunciar a todo el que pudiera verlo que aquella era la capilla privada de su familia. Ciertamente, razonó, a principios del siglo XX la cuestión de escudos y blasones no tenía la importancia de antaño, pero tampoco era como para ocultar a la gente la autoría del pequeño templo cuando, hasta en la más reciente actualidad, muchos edificios llevaban placas conmemorativas de su patrocinio, arquitecto o fecha de inauguración.

Sinesio echó un vistazo a su reloj. Apuró la cerveza en apenas tres tragos y, dejando un billete arrugado sobre el mostrador pegajoso, salió apresuradamente de la taberna con el bocadillo entre los dientes, el libro en las manos y un numinoso halo de humo rodeándole los hombros. En cuanto puso el pie en la calle lamentó no haber esperado el cambio. Hasta se reconvino a sí mismo por los excesos del día, pero ya no pensaba volver atrás. Tenía una visita que hacer.

—Ay, hijo, qué susto me has dado, pensé que había ocurrido alguna desgracia —balbuceó la tía Paulina por entre el cloquear de su dentadura suelta.

—Oh, no, tía, es solo que… —titubeó Sinesio, preguntándose cuál habría podido ser la desgracia si ellos dos eran los únicos que quedaban vivos de toda la familia y ninguno tenía hijos—. Solo quería ver cómo te encontrabas.

—Ya, ya, pero como no es domingo, pues ni te esperaba. Diez minutos más y me hubieras encontrado ya acostada. Si es tardísimo. Ay, Señor, Señor… ¡Qué cosas tienes, Sinesito!

El aludido miraba impaciente aquellos ojos caídos, velados por las cataratas. Intentaba encontrar el modo de plantearle a su tía los verdaderos motivos que lo habían llevado a visitarla intempestivamente. Ni siquiera se dio cuenta de que le había llamado por el diminutivo que ya de niño le había molestado.

—Bueno, y dime, hijito, ¿qué tal en el ayuntamiento?, ¿bien? —continuó hablando la tía Paulina—. ¿Mucho trabajo?

—Sí tía, como siempre… Esto… se acuerda de lo que me dijo hace un par de meses, eso que le había contado el tío Adolfo sobre…

—Ay, ay, tu tío Adolfo, ¡que el Señor lo tenga en su gloria! Doce años ya sin él, cómo pasa el tiempo —interrumpió la frágil anciana—. ¿Sabes? Este año voy a pedirle al padre Calisto, el de la parroquia de San Antonio de Padua, una novena para el aniversario, vendrás a las misas, ¿verdad? Estoy segura de que a tu tío Adolfo le hará mucha ilusión.

—Sí, tía, por supuesto que sí, ya sabe que nunca me lo perdería. Pero eso que le contó el tío…

—Claro, claro —volvió a interrumpir la anciana—, tú no olvidas cuánto te quería. Eras para él como el hijo que nunca tuvimos. Ay, pobre hombre, no sé qué hicimos mal para que Dios nos castigase de esta manera, cuarenta años de matrimonio y sin

hijos. Qué disgusto, Señor… —y una lágrima furtiva quiso escaparse de los ojos neblinosos de la anciana—. Así, así te tenía tanto cariño. Ay, en gloria esté. Siempre hablaba de ti como si fueses sangre de su sangre, bendito él. ¿Recuerdas cómo te ayudó con don Ezequiel para que consiguieras el trabajo? Bendito sea. Y eso que las oposiciones no te habían salido bien. Ay, hijito, ahora que hablo de don Ezequiel, mañana podrías acompañarme, quería ir a llevar unos clavelitos a su tumba y ya sabes cómo me cuesta caminar…

Y Paulina permaneció callada unos instantes, perdido el hilo de la conversación. A los pocos segundos sonrió con dulzura, como recordando un momento concreto de su matrimonio que la hiciese especialmente feliz. Sinesio, acostumbrado, esperó hasta que le pareció oportuno volver a intervenir.

—Tía, ¿cómo era aquello que le había contado el tío de la capilla del pazo? —consiguió preguntar por fin Sinesio.

—¿Cómo? ¿Qué dices, hijo? —preguntó la anciana.

—A veeeeeer —dijo Sinesio con paciencia—, tía, por favor. Cuénteme lo que recuerde de lo que dijo el tío sobre la capilla del pazo. Y sobre los Villafins. Ya sabe, ¿recuerda? De Dúbriga, el pueblo del tío.

La anciana miraba a Sinesio como desconcertada, no comprendía de qué le estaba hablando su sobrino.

Ninguno de los dos lo sabía, pero el terrible alzheimer había empezado a hurgar por entre las circunvoluciones del cerebro de la viuda. Finalmente, una pequeña chispa de luz pareció surgir tras las nebulosas pupilas.

—Ah, la capilla de los señores. Claro, hijo, claro, tu tío Adolfo me contó un par de veces que recordaba muy bien cuándo la habían construido. Siempre decía que ver cómo aquellas vigas de madera se sostenían le había parecido un milagro de la divina Providencia. Aquella obra fue lo que le hizo soñar con convertirse en constructor, ay… El Señor lo tenga en su gloria.

La anciana calló de nuevo, volviendo a perderse en los recuerdos de su matrimonio y olvidando la conversación.

—Tía… ¡Tía!, escuche, ¿está usted segura de que la capilla la construyeron por orden del señorito?

La buena mujer pareció reasentarse con un crujido de maquinaria oxidada. Y, acomodándose en su silloncito de piel sintética, lleno de tapetitos blancos de ganchillo, dejó escapar una larga y sibilante ventosidad que Sinesio obvió por respeto.

—Claro, hijo. Pero qué tonterías estás diciendo. Acaso piensas que cualquier otro habría podido levantar una capilla, así porque sí, en las tierras de los Villafins —la anciana meneó la cabeza negativamente, haciendo bailar el escaso pelo teñido de tonos morados—. No, la capilla se construyó por orden del señorito Diego, claro que sí, claro que sí. Y con mucha prisa, con mucha prisa. Ay, pobrecito él —continuó la viuda con gesto compungido—. Todo fueron desgracias en aquellos años que le tocó

vivir. ¿Sabes?, tu tío Adolfo, el Señor lo tenga en su gloria, era solo unos años menor, sí. Su madre era prima lejana de una de las sirvientas del pazo y sabía muy bien que los señores habían tenido a su hijo muy jóvenes, sí, había sido un escándalo. Hubo quien dijo que ella estaba embarazada cuando fueron al altar. Fíjate, yo recuerdo haber oído hablar de ello a mis primas mayores en la cosecha, y eso que era agua que no movía molino…

Sinesio no pudo reprimirse y la interrumpió con la mayor suavidad que le fue posible.

—Sí, tía, debió de ser todo un escándalo, pero ¿por qué se construyó la capilla?

—Pues, hijo, por lo que yo sé, porque el señorito se moría… Tu tío me contó que tosía como si el pecho lo tuviese lleno de hojas de papel de periódico. Sí, tu tío Adolfo, que en gloria esté, siempre decía que el señorito quiso tener un lugar cercano en el que poder comulgar a diario. —Sinesio la miraba expectante, haciendo tamborilear los dedos sobre la rodilla—. Tu tío decía que siempre se le veía muy apesadumbrado y cabizbajo, siempre con un pañuelo arrugado con el que enjugarse los esputos, ¡pobrecito él! Qué pena de familia, sí, una pena. Decía que siempre tenía los ojos enrojecidos y que resoplaba todo el rato, como si fuese corriendo a todas partes. Fue una desgracia, muchas desgracias, ay, pobrecito…

A Sinesio cada vez le estaba costando más mantener la compostura y agrupar retazos de paciencia suficientes para esperar a que la viuda terminase de desgranar la historia.

—Tía, ¡tía!, míreme. Escuche, ¿solo la construyó porque quería comulgar a diario?

—Ay, hijito, ¿y qué más motivos podía tener? —preguntó la mujeruca sin esperar respuesta, como si las dudas de su sobrino fueran cosa de bobos—. Era una familia cristiana y devota, y los hijos habían sido bien educados en la fe. Incluso a pesar de los rumores de la boda…

—¿Seguro?, ¿fue solo por devoción? —la interrumpió.

—¡Pero, Sinesio! —exclamó la viuda, alzando la voz con una indignación sincera que acompañó con otro de sus sibilantes cuescos—. Claro que sí, no hace falta ninguna otra razón. —Con un gesto que quizá tenía algo de homenaje, se sacó un pañuelo arrugado de la manga de su rebeca de punto y se sonó ruidosamente antes de continuar—. Mira, de hecho, tu tío me contó cómo el señorito Diego iba todos los días a la ciudad para la misa de mediodía en la catedral mientras se levantaba su capilla. Más aún, en el pueblo corrían rumores de cómo el señorito Diego había ido previamente a visitar el sepulcro de Trasmonte en peregrinación, a ver si sanaba y… Y también había ido a ver a una bruja para que le preparase un bebedizo para curarle. —La anciana pareció rebuscar en su memoria, intentando no dejar dudas de la buena devoción cristiana del heredero—. Incluso se oía que había ido a casa de los Crecente para obtener un *escrito* contra los maleficios, tan desesperadito como estaba por el cúmulo de desgracias. Pobrecito, debió de pensar que lo habían aojado.

Tanto tiempo llevaba esperando Sinesio algo de información relevante que no supo discernir si, de hecho, la última parrafada de su tía era algo más que paja.

—Pero, tía, ¿qué es eso del sepulcro de Trasmonte?, ¿y cómo va un caldo a curar la tuberculosis?, ¿y qué tienen que ver los *escritos* esos con la capilla? —Preguntó, atropellándose con las palabras.

—Ay, hijo, no sabes nada. El sepulcro de Trasmonte es el que está en la iglesia de Santiago de Trasmonte, ¿sabes? En el pueblo de la hermana de Adelita, la amiga de tu madre, esa que estaba casada con el director de la oficina del banco de la plaza de Abastos. ¿No te das cuenta? —Y ante la muda negación de su sobrino, la viuda continuó inquiriendo con desesperación—. La que murió hace cuatro años de una mala caída…

—Tía, perdone, lo del sepulcro…

—Ay, hijo, deberías tener más respeto por tus mayores… Mira, en el sepulcro de Santiago de Trasmonte hay una fuente a la que se peregrina y, una vez allí, hay que coger agua limpia con la que se ha de llenar la tumba, ¿entiendes? Y cuando el sepulcro ya tiene el agua, el enfermo debe empapar un trapo blanco y pasárselo por la cara, así —la anciana gesticulaba pasando los dedos artríticos por las mejillas—. Limpiándose bien, para arrastrar todo el mal. Luego, el trapo se pone a secar en las ramas de un árbol cercano, mejor si es un tejo, y, cuando el pañuelo se haya secado, el enfermo habrá sanado. Porque el agua recogida del sepulcro se habrá llevado el polvo del camino y las miasmas, todo a un tiempo —sentenció la viuda mirando a su sobrino a los ojos.

—¿Y lo de la bruja? —volvió a preguntar Sinesio sin haber entendido qué relación podía haber entre el dichoso sepulcro y la capilla.

—Hijo, pero si eso lo sabe todo el mundo. Si una *meiga* te prepara un buen caldo de sierpe es el mejor remedio para la tisis, la tos ferina y ese tipo de enfermedades, que pareces medio tonto.

—Ah… —y como la pobre viuda parecía a punto de volver a perder la lucidez se apresuró a preguntar—: ¿Y lo del *escrito* ese?

—Los *escritos*, bueno, supongo que no fue tanto por curarse la tuberculosis sino por librarse de tanta desgracia. Probablemente el señorito Diego llegó a pensar que alguien le había echado el mal de ojo a la familia, o algún *meigallo*.

—Ya —afirmó Sinesio sin comprender muy bien lo que le explicaba la anciana.

—Claro que no debió de servirle de nada tanto esfuerzo, claro… Tu tío, que en gloria esté, siempre contaba que el señorito había contratado tanto personal que no hacían más que estorbarse unos a otros. Tenía mucha prisa por terminar la obra… Mucha prisa…

La anciana pareció perderse de nuevo en un mundo ajeno a Sinesio.

—Tía, tía, ¿se acuerda de algo más que le contara el tío Adolfo?

A la viuda le costó unos segundos reaccionar.

—Tu tío, ay, que el Señor lo tenga en su gloria, siempre te quiso mucho, ¿sabes?

Como remate, Sinesio tuvo que escuchar una vez más la historia de aquel baile de pueblo en el que se habían conocido sus tíos. Necesitó casi media hora más hasta que consiguió despedirse de la anciana y arreglárselas para salir de nuevo a la calle.

Mientras caminaba hacia el viejo Citroën, le daba vueltas al libro entre sus manos y, a lo poco que había sacado en claro, se las daba con la cabeza.

El problema fue que mientras pensaba recordó la noche anterior.

2009

Era una sencilla bolsa de plástico, de color blanco para más señas.

Palmira llevaba unos tres años trabajando en las cocinas del Meliá Tryp Corobicí de San José. Y esa era la bolsa que ella había usado para guardar unos cuantos emparedados de fiambres variados y algo de fruta.

A Palmira le gustaba hacer bien su trabajo, había recortado la corteza de cada rebanada y untado con mantequilla cada emparedado. Había preparado media docena. Cada uno de ellos envuelto en celofán y pulcramente cortado en diagonal.

También había escogido unas cuantas frutas maduras, un par de mangos que lucían de un agradable escarlata con tintes verdes, una docena de frutillas, como solían llamar en la América latina a las fresas, y un par de bananas. Todas envueltas cuidadosamente en cucuruchos de papel manila.

Mientras trabajaba no dejaba de escuchar el murmullo adolescente e inquieto de Marcela, la joven camarera que había traído la comanda. Balbuceaba ilusionada sobre los preciosos ojos azules del atractivo piloto de la Ocean Skies que había hecho el pedido.

Que si tenía una planta fantástica, que si el acento era encantador, que si… A Palmira le daba igual, su única preocupación era hacer un buen trabajo. Esperaba que pronto la ascendieran y le permitiesen tocar los fuegos y no solo actuar como pinche. Necesitaba el dinero para sacar adelante a sus cinco chiquillos.

Cuando se había sentido satisfecha había tendido la bolsa, bien doblada sobre su contenido, a Marcela, ofreciéndole una sonrisa amable.

Era una bolsa blanca de plástico.

El sol de media tarde lucía sobre una de entre las muchas playas paradisíacas del parque natural Manuel Antonio, en el litoral atlántico de Costa Rica. Era un lugar de ensueño, la típica foto publicitaria de la contraportada de un catálogo de agencia de viajes que ha quedado olvidado en la anodina mesa de una sala de espera.

El mar lamía suavemente la arena de la diminuta cala al resguardo de la lujuriosa selva. Era un día de semana. Pocos eran los visitantes que molestarían a los perezosos que holgazaneaban por entre los árboles del parque.

Era una bolsa de plástico blanco, y aún se podía adivinar la curva de los sensuales labios entre los pliegues del plástico. Marcando las líneas del rostro junto a los bultos de los pómulos y la cresta del puente de la afilada nariz.

Estaba desnuda, con granos de arena pegados en los surcos de la piel, brillante por la crema solar y el sudor que empezaba a enfriarse. Una de las largas piernas un

tanto doblada, y la cuidada pedicura francesa, resplandeciendo con su blanco de armiño por entre los colores tostados de la fina arena. Los brazos, caídos a los costados, no sin cierta gracia casual.

Desde el lugar adecuado entre los árboles, buscando el refugio de alguna hoja o rama, para evadir la grotesca imagen de cuello para arriba, la instantánea podría haber sido la página central de alguna revista erótica.

Thomas también estaba desnudo, con la espalda y el pie derecho apoyado en un manzanillo que marcaba el comienzo de la selva; era un gesto satisfecho. Con vaqueros y sombrero, bien podría haber parecido que andaba por algún corral de su Montana natal, tomándose un descanso tras haber marcado a los novillos de la temporada.

Fumaba tranquilo un Dunhill, mirando con delectación el cuerpo inerte de la muchacha. Y le gustaba pensar en la postal que dibujaba la estampa. Era, sin duda, una imagen con carisma.

Había sido fácil.

Sus fríos ojos azules permanecían fijos en la tinta verde azulada del símbolo de dragón que decoraba el estilizado tobillo.

—¿Sabes lo que significa? —Había preguntado él unas horas antes, mientras ella acariciaba su vientre, tras haberlo hecho por tercera vez.

Ella había respondido que no lo sabía.

De haber sabido la respuesta, quizá ahora estarían haciéndolo por cuarta vez.

Pero ella no lo sabía.

No es que supiese demasiadas cosas. Eso sí, tenía unas piernas prodigiosamente bellas.

Pero no, no sabía demasiado.

Sí sabía… Sí había sabido, hasta que aquellos ojos azules se volvieron más fríos que el fondo de un estanque helado que quizá podía albergar esperanza si corría. Y se había equivocado.

Para Xyomara, aunque para Thomas ella había sido Iolande, aquella había sido una velada demasiado lenta que la alejó del dinero que le hubiese gustado disfrutar aquella misma mañana. Sin embargo, se sintió favorecida por el trato propuesto; era algo que había hecho otras veces y siempre podía resultar agradable dejarse regalar una jornada de turismo con los gastos pagados.

Se había presentado en el club con el pelo revuelto y sin afeitar, un toque descuidado que le confería un aire atractivo, con un revoltoso mechón que le caía sobre la frente. Y el aroma del dinero fresco dejando un rastro tras de sí, a juzgar por el aspecto del impecable traje negro de elegante manufactura. El corrillo de chicas con las que estaba había empezado a murmurar.

Thomas la había llamado para compartir mesa nada más llegar al local. Interpretó su papel y la convenció de cuánto le gustaría disfrutar de su compañía para el siguiente día; la reunión ejecutiva prevista se había cancelado y le apetecía conocer

alguno de los supuestos paraísos del país, como Tortuguero o el volcán Arenal. No le dio su verdadero nombre.

Construyó un edificio de mentiras, incluso se hizo el chico bueno diciéndole que no quería verla aquella noche. Un fraude purulento, sabía que, si la llevaba al hotel, ir más allá le causaría problemas. La tentación sería demasiado grande y sabía por experiencia que deshacerse del cadáver en la habitación de un hotel podía convertirse en una pesadilla. No quería ni acordarse de cuánto le había costado resolver la situación de Caracas tres meses atrás.

Era como una adicción, y llevaba demasiado tiempo sin matar. Resultaba la droga más poderosa imaginable. Se arrepentía de no haber incluido en la colección los fantásticos pezones de las grandiosas tetas de aquella morena de Baires. Fue una pantomima, bien elaborada, pero un engaño al fin y al cabo.

El problema era que alguna de las chicas se fijaría en que ya había estado allí alguna vez. Ella, probablemente, tendría alguna amiga confidente a la que le contaría sobre la invitación.

Pero debía hacerlo, sentía que no le quedaba otro remedio. Además, si no, la cabeza comenzaría a dolerle irremisiblemente.

Se puso gorra y no se quitó las gafas de sol, alquiló un coche, pagando en efectivo, incluso por la fianza.

La había recogido donde ella se lo había indicado…

Sabía que quedarían cabos sueltos; de todos modos, no pudo evitarlo, iba más allá de lo que podía aguantar. Una necesidad imperiosa. Un ansia que había ido creciendo más y más a lo largo de los últimos dos años. Había ido aumentando la frecuencia, había empezado la colección y cada vez deseaba ir más allá. Al principio, matar había sido como intensos orgasmos que traían paz y tranquilidad. Ahora esos instantes duraban cada vez menos. Y por eso había matado a Iolande, a pesar de los cabos sueltos.

Y a pesar de ese inconveniente, ya estaba hecho, y debía reconocerse a sí mismo que no esperaba que aquello le causase problema alguno. Había comprado las entradas al parque solo y no había contratado a un remero para cruzar el riachuelo que delineaba el linde en una barca de madera desteñida al sol. Se había asegurado de que nadie los viese juntos sirviéndose de excusas que hubo de utilizar hasta que la selva se los tragó.

Llevaba ropa suelta, caminaba un tanto encorvado, y cuando ella no estaba cerca hablaba siempre con acento norteamericano, con algunas palabras sueltas en inglés.

Ahora ya no era más que un cadáver.

La vieja de la guadaña ya había terminado el turno de servicio en aquella playa.

Tiró la colilla con despreocupación hacia la línea de la marea, no muy lejos de donde se había deshecho de los efectos personales de la puta, y recortó el tatuaje con la hoja más larga de la navaja multiusos que había llevado con el pretexto de la merienda campestre.

Para la colección.

Luego se entretuvo con los pechos y los muslos, aunque no se llevó ningún recuerdo más.

Solo se llevó el *kanji* del dragón.

Al regresar al hotel un poco de sal, envuelto en algo de plástico llegaría sin problemas a Madrid. Luego habría tiempo para el bórax y un curtido en condiciones.

El sol tendía a acostarse por la línea del horizonte y él se puso en marcha a fin de salir antes de que cerraran el parque. Aún le quedaban cuatro horas de conducción antes de llegar al hotel. Primero cenaría langosta en alguno de los garitos del supuesto paseo marítimo, luego se pondría en camino.

Tras de sí, aparte de algo de hojarasca revuelta un poco más allá de la línea de playa, lo único que quedó fue un trozo de papel manila con manchas rojizas, colgado de la rama baja de un guayacán que pendía sobre el agua.

Hasta allí lo había llevado el viento, que no tardó mucho más en arrastrarlo al mar para que la deriva lo transportase, como a una medusa.

Y un cadáver desnudo.

Los labios se distinguían en el brillo del plástico blanco, los hermosos pechos no se mecían acompañando la respiración.

Había sido una niña que corría feliz por las plantaciones de coca.

2009

—¡Carlota… ¡Estate quieta!

La niña no supo muy bien cómo reaccionar al grito de su madre, no estaba acostumbrada a que la tratasen así. Normalmente, ella era toda dulzura. Sin embargo, como era una chiquilla obediente, dejó de bailar y bajó el volumen de la música. Se marchó callada a su habitación, con sus pequeños labios fruncidos en un gesto de desagrado.

Lis se arrepintió en el mismo momento en que las palabras salieron de su boca. Pero, antes de poder pedir perdón, la preocupación volvió a hacerse cargo de sus pensamientos.

No solo no había regresado a tiempo para ir al cine con ella y la niña. Ni siquiera había ido a trabajar por la noche. Y no contestaba al teléfono. Ya había pasado día y medio. Lis estaba segura de que algo malo le había sucedido a Xyomara.

Le faltaban un par de horas antes de irse al club, pero estaba demasiado angustiada como para hacerse a la idea de tener que afrontar una noche de humo, alcohol y maleducados salidos de madre.

Estuvo tentada de llamar y excusarse, pero sabía que aquello no le gustaría a Pancho. Aquel jodido cubano medio loco no se tomaba nada bien los días por asuntos propios a no ser que la chica tuviese una pierna colgando o el hígado en la boca. De hecho, la noche anterior había estado renegando una y otra vez por la ausencia de Iolande, asegurando que cuando apareciese se encargaría de enseñarle lo que era el respeto.

A Lis le costó un mundo, pero, poco a poco, reunió la voluntad suficiente y consiguió comenzar a arreglarse. Tuvo que hacerlo dejándose llevar por los automatismos implantados por la rutina.

Antes de salir de casa llamó una última vez y, tras no recibir respuesta, decidió volver a pasarse por el apartamento de Xyomara.

Era la tercera vez que lo intentaba y en todas las ocasiones el resultado había sido el mismo. Como con el teléfono, no había respuesta, aunque dejase apretado el timbre hasta que le doliera la yema del dedo.

Nada.

No sabía muy bien qué podía hacer, estaba razonablemente segura de que no conseguiría ayuda oficial fácilmente. Por un lado, habían pasado pocas horas desde la supuesta desaparición y, por otro, ambas eran putas.

Una vez en el club intentó averiguar algo sobre el acompañante que Xyomara

había tenido la noche anterior, pero, como todos sus otros intentos, resultó también inútil.

Nada.

Finalmente, se decidió por una huída al frente, si aquella noche aparecía por el local algún policía se lo camelaría. Estaba casi segura de poder usar sus encantos como pago por un par de favores pertinentes para su amiga. Con un poco de suerte, sería incluso posible convencerle para que abriera una investigación sobre la desaparición de Iolande.

Recordaba que había un gigantón con pinta de europeo y apellido alemán que solía preguntar por Iolande. Los camareros lo conocían; había oído que era inspector, investigador, o algo semejante. Era incapaz de recordar el nombre, pero habría apostado un brazo a que no le resultaría difícil sacarles a los chicos de la barra algo de información.

Y, aunque era una esperanza pobre y ridícula, la angustiada Lis se la apropió para que le sirviera de acicate y así, seguir adelante.

—¿Sabes quién te digo? El grandote… —Lis, ya cambiada, le insistía a un atónito Braulio Cienfuegos, más conocido como Braulito Manos Largas.

Él, tras la barra, cortaba rodajas de limón para las bebidas que pronto empezarían a pedirle. Iba vestido con todo el buen hacer que el cubano Pancho había imaginado para los camareros de su local: con chaquetilla prieta, de solapas redondeadas de terciopelo negro, y camisa blanca de cuello de palomita, segada con un lazo en broche de plata con el logotipo del club. Ella solo llevaba un escaso conjunto de dos piezas de algodón blanco, un sujetador sin aros que dejaba un generoso escote al atarse al cuello y una braga sin adornos ni lazos. Los diminutos trozos de tela refulgían bajo las lámparas uva que había instalado Pancho poco tiempo antes.

—Ay, Jazmín —le dijo Braulito Manos Largas a Lis por el *nom de guerre*—, regálame un cinco… Si me dejas pensar un momentito seguro que me acuerdo. —Braulio entonaba sus palabras con una curiosa mezcla entre el lógico acento costarricense y el deje amanerado del homosexual convencido.

Lis, o Jazmín, esperaba impaciente mientras Braulito se rascaba pensativo la punta de la barbilla suavemente maquillada, con los ojos alzados y la cadera en una compostura que delataba su condición.

A Braulio se le iluminó el rostro con una expresión que casi pareció un orgasmo y, haciendo mariposear las manos sobre el mostrador, terminó por posarlas con sendos golpecitos.

—¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya me acordé, pesada! —su expresión era triunfal—. Es *Caten*, eso es, *Caten*…

—Pero cómo va a ser *Caten*, maricón —le reprochó Lis sin malicia—, eso no es ni alemán ni hondureño. Eso tiene de apellido lo que yo de virgen.

—Bueno, pues algo parecido. Ya te dije que no lo sabía…

—Y también me dijiste que lo recordarías…

—Vale, vale, perdóname —terminó disculpándose Braulio mientras extendía al frente ambas manos como una oferta de paz—. Mira, si quieres puedo irme hasta junto de Pancho y preguntarle si tiene reserva esta noche o algo así, y a la que se descuide, le echo un vistazo a las páginas de la agenda. Si no es hoy, seguro que lo encuentro en la página de anteayer…

—Puede ser, pero ¿quién te ha dicho que el santiaguero loco ese sabe escribir correctamente algo con más de dos letras?

—Y ¿quién te ha dicho a ti que no?

Finalmente, la pequeña conspiración terminó por dar sus frutos y Lis consiguió enterarse de que aquel hombre era, en efecto, policía. De hecho, era jefe de grupo del Organismo de Investigación Judicial, aunque las vagas referencias que Lis consiguió no le dejaron muy claro qué era dicho Organismo. Eso sí, le sonaba haber leído las siglas OIJ en más de una ocasión en los periódicos. También descubrió su nombre, se llamaba Günther Kadden. Lo malo fue averiguar que, al menos oficialmente, no tenía ninguna reserva para esa noche. Lo que tampoco le supuso perder la fe.

Teniendo en cuenta que la mayoría de los camareros sabían cómo dirigirse a él, no era de extrañar que surgiera la coincidencia y aquel hombretón de rostro plácido y manos como palas apareciese por el Atlantis. Era evidente que se trataba de un cliente habitual, aunque ella no le hubiese prestado una atención excesiva hasta ese día.

Lis tuvo que aguantar un par de manoseos entorpecidos por el alcohol y ofrecerle una negativa a un cliente que bien podría haber recibido el apelativo de fiel consumidor. Empezaba ya a perder la esperanza cuando encontró aquella sonrisa conocida en el resplandor de las luces ultravioletas, asentía con la cabeza ante las indicaciones de uno de los camareros, que parecía recomendarle una pequeña mesa cerca del escenario.

Lis corrió al cuartucho que servía de vestuario y cambió el turno de baile con una exuberante mulata que había escapado de la pobreza haitiana. Se cambió con rapidez y en cuanto salió a la tarima con las dos barras de brillante cromado comenzó a insinuarse. Bailó como si fuese un espectáculo privado, mirándole a los ojos con frecuencia mientras entreabría sensualmente la boca.

Era muy alto, algo más de metro noventa, con espaldas de oso y mandíbula cuadrada de héroe de viñeta americana. Tenía el pelo castaño eternamente despeinado y una piel que, como prueba de testaferro de la herencia, no dejaba de quemarse un par de veces por semana bajo el sol del trópico. Le sobraban unos kilos, pero aunque tenía algo de grasa adornando la cintura, no quedaba demasiado fuera de lugar ante el gigantesco chasis con el que la genética había querido dotarle.

Era amable, y entre las chicas corría el rumor de que sabía comportarse. No bebía en exceso y su versión de la historia hablaba de padres inmigrantes, sin detalles. Probablemente alguna oscura revelación de la segunda guerra mundial se escondía detrás. Algo de dinero de una herencia cafetera, sin hermanos, una pequeña casa en las afueras, vida acomodada y una soltería empedernida desde que un compromiso

largamente esperado había salido mal.

Lis intentó recordar lo poco que había oído sobre él mientras se encaminaba a su mesa. Se sentó sin darle tiempo a negarse y ensayó la mejor de sus sonrisas mientras le pedía que la invitase a una copa.

Lis escuchó, siempre servicial, sin pedir bebidas caras que aumentasen en exceso la cuenta del policía. Simulaba prestar atención mientras, de vez en cuando, desviaba la mirada al pequeño bolso entreabierto, comprobando compulsivamente si tenía alguna llamada perdida de Iolande.

Otra noche, quizá, se habría percatado de que él había apartado su mano cuando ella había intentado acariciarle la entrepierna. Se mantenía educadamente a una distancia adecuada, como si se tratase de un encuentro casual entre dos viejos amantes. De no tener la mente tan ocupada por la preocupación Lis hubiese podido darse cuenta de que en realidad era un hombre agradable, un poco triste y cansado de la soledad. Un tanto hastiado de un trabajo que, para su desgracia, se le daba bien a pesar de los malos ratos que le hacía pasar.

Las preguntas se trababan en el fondo de su garganta, apelotonándose unas sobre otras. Sin embargo, sabía que no era el momento de plantearlas. Mejor más tarde, si es que conseguía que él tuviera la iniciativa de llevársela a su casa.

La noche se alargó, y aunque Lis habría preferido decirle que debía irse, Carlota y la canguro esperaban, hizo de tripas corazón y aguardó impaciente hasta que por fin él preguntó qué habría de darle a cambio si es que ella tenía la amabilidad de acompañarlo por esa noche.

Se ofreció barata, y sonrió diciéndole, aunque fuese mentira, que no tenía inconveniente en pasar la noche con él.

Fue a cambiarse. Consiguió unos preservativos. Llamó a casa y pidió un favor a la canguro con la boca pequeña. Por supuesto, ella sabía a qué se dedicaba la madre de la niña, pero, ese hecho no evitaba la terrible vergüenza que Lis sentía cada vez que tenía que pedirle unas horas adicionales. Además, por el momento, Carlota no lograba ser consciente de ello, sin embargo, lo sería en un par de años más, y a Lis le aterraba la futura confesión.

Fueron pensamientos difíciles de alejar antes de ponerse las bragas limpias y los vaqueros, maquillarse con una falsa sonrisa y salir a la calle, donde Günther la esperaba en un destartalado Toyota Land Cruiser lleno de barro, con el que callejearon por la ciudad evitando las decenas de *scooters* en los que los lugareños iban y venían.

Él tuvo la amabilidad de abrirle la puerta del acompañante, y eso le bastó para ser capaz de dejar a un lado la imagen futura de su hija indignada y la triste agonía de no haber sabido nada de su mejor amiga los dos últimos días.

Fue atento, casi cariñoso. Ofreció vino, la hizo reír sin tener que mentir. Era una casa bonita, cuidada. Tenía una extraña esencia de orden que se hacía poco frecuente en un hombre soltero. Tenía un precioso y cuidado jardín, lleno de lindas flores,

bromelias y orquídeas en especial, según él le explicó pacientemente. Pasearon sin prisa por el sendero de piedra que llevaba hasta la parte trasera de la vivienda y él se explayó en sus comentarios. Entusiasmado, le iba describiendo las distintas variedades de calistemos que adornaban el mirador de la terraza. A ella se le escapó una risilla sincera al imaginarse a aquel gigantesco hombretón tratando con exquisito mimo las delicadas orquídeas.

—Son como mariposas que se posan indefinidamente para que puedas contemplarlas… —Ella sonrió—. Es mi manera de evadirme —continuó él con un deje de vergüenza.

Fue cuidadoso, se mostró sensible, incongruente con alguien que pagaba por el servicio.

Para ella fue suficiente como para olvidar sus preocupaciones momentáneamente.

Cuando terminaron con las obligaciones él le ofreció algo fresco. Y mientras se levantaba encendiéndose un cigarro ella le planteó sus cuitas. Como vomitando una ostra en mal estado, de golpe y con los ácidos gástricos corroyendo la garganta.

Explicó todo sin dejarle hablar, mientras, él la miraba apoyado en el quicio de la puerta del dormitorio, vestido solo con unos calzoncillos y un cigarro que colgaba de los labios. Entre asombrado y preocupado, algo desorientado y también un tanto decepcionado.

Ella habló y habló, y aunque él hizo ademán de interrumpirla en un par de ocasiones, no llegó a atreverse, comprendiendo lo compungida que estaba. Sin embargo, cuando ella empezó a intercalar las palabras de desaliento con los sollozos, él fue acercándose a la cama con pasos tímidos.

Finalmente, ella rompió a llorar y Günther se sentó en el borde del colchón ofreciéndole el hombro. Blanco como la leche desnatada aclarada con agua, las marcas de las mangas y cuello de la camisa le hacían parecer un negativo descolorido de una fotografía vieja.

Ella se dejó consolar. Con lágrimas que resbalan trazando caminos entre lunares y pecas.

Su hija era la mayor de las alegrías del mundo, pero aparte de la niña y Iolande no tenía a nadie. No es que normalmente una puta pudiera contar con su familia, o que al llegar a casa pudiera contarle a su hija cuáles habían sido los problemas en la oficina.

Se sintió infinitamente agradecida ante la balsámica posibilidad de tener a alguien con el que desahogarse; aunque ese no había sido su plan inicial, no había podido evitarlo. Surgió de ella como la corrupción de un grano apretado entre los dedos.

Günther tuvo la virtud de sorprenderla aún más cuando habló, tras atusar su cabello por unos minutos, en silencio.

—¿Sabes?, no hacía falta tanto teatro para que te escuchase… Hubieras podido decírmelo directamente en el club, te habría prestado atención.

Levantó el rostro, y el gesto que no debería haber surgido nació de repente de un modo natural.

Lo besó. Y, al instante, se arrepintió y se avergonzó al tiempo.

Quiso levantarse. Él se lo impidió con toda la delicadeza que aquellas manazas enormes eran capaces de transmitir.

Tiró de ella hacia sí y procuró calmarla.

—Intentaré averiguar algo, pero no debes preocuparte, normalmente las pu… Las chicas como Iolande, como Xyomara… Bueno… Simplemente, suele tratarse de que encuentran a un cliente con el que pasar una temporada…

—Me habría avisado —interrumpió ella ansiosa.

—Puede ser, pero no lo descartes, quizá te llame mañana mismo. Tranquila.

Él se levantó de nuevo y se acercó a buscar una bebida fría.

En el baño tenía un par de somníferos en un frasco que llevaba allí una eternidad y del que solo se servía en las noches en las que la calle había traído alguna desagradable sorpresa poco llevadera.

Cuando ella se dejó vencer por el efecto soporífero de las pastillas Günther hizo unas cuantas llamadas.

Mientras en la línea sonaban monótonamente los sonidos de la marcación, sus ojos miraban a Lis con ternura.

1977

Aunque cogió y dejó las llaves media docena de veces Sinesio no logró reunir el valor suficiente para regresar a la capilla aquella noche.

Una y otra vez encontraba excusas pertinentes, negándose a sí mismo la posibilidad de aceptar conscientemente que no se trataba de la necesidad de esperar por el equipo pedido, que no se trataba de la falta de información, que no se trataba de miedo. Negándose a sí mismo que pudiese estar relacionado con el horror frío que había consumido su escroto la noche anterior, que no era el terror enquistado del recuerdo silbante de aquella respiración convulsa, que no era por culpa del rastro helado que todavía le parecía notar en su hombro. Negándose a sí mismo que, ahora que la noche había caído, se sentía como la maltratada rata de un laboratorio desvencijado, encerrada en una olvidada jaula oxidada por un hematólogo disfuncional que tuviera por costumbre revolver sus excrementos con el instrumental herrumbroso que guardaba en una bandeja mohosa.

Como para muchos otros hombres, para Sinesio era mucho más fácil refugiarse en las excusas de su propia vergüenza.

Y como muchos otros hombres, Sinesio decidió beber hasta que vació aquella botella ambarina de brandy barato. Esa misma que pasó de usarse eventualmente, para echar unas gotas en el café, a compañera habitual de los últimos días.

Bebió hasta que perdió la consciencia y se quedó dormido en el suelo del saloncito, con el calor de sus venas dilatadas esparciéndose por el linóleo arrugado y el frío de sus temores hurgándole en la nuca, royéndole las meninges con el ansia de una carcoma tras veintiún días de ayuno ritual.

Se quedó allí, encogiéndose gradualmente con el rumor creciente de las pesadillas que habían sabido nacer desde las bulbosas raíces terrosas de aquellos temores negados y excusados.

Se encogió hasta terminar acurrucado como un feto, con las piernas dobladas y las manos temblando al compás de unos gemidos que iban in crescendo.

Dormía únicamente gracias al aturdimiento engañoso del alcohol. Y, aun así, dormía inquieto.

Murmurando incoherencias.

Gable lo miraba indeciso con sus ojos amarillos. Sentado sobre los cuartos traseros, con la cola enroscada sobre las patas y las orejas atentas al murmullo de la garganta de su amo. Parecía cavilar, intentando asumir los cambios bruscos y repentinos de su anodina vida.

Finalmente se echó a andar con soltura, posando sus manos con esa suavidad tranquila y silenciosa tan propia de él. Se acercó a Sinesio con movimientos llenos de cautela, girando su cabeza afilada de cuando en cuando para observar la estancia.

Al llegar junto a su amo, maulló desde el fondo de su garganta, con ternura. Fue como una llamada indecisa que solo recibió como respuesta un gemido prolongado ante el cual el gato inclinó el hocico.

Gable esperó pacientemente unos segundos y terminó por acercarse un poco más. Hociqueó un instante, arrugando los belfos con disgusto ante el olor a alcohol que desprendía el hombre. Y, volviendo a girar la cabeza en un gesto que se diría de perdón sincero, pareció decidirse por estirar el cuello y darle unos cuantos lametones en la mejilla a Sinesio.

Ronroneó con dulzura y terminó por dejarse caer en el hueco que formaban los brazos doblados de su amo. Pocos minutos después, ambos dormían, y ambos lo hacían plácidamente.

Sinesio abrió los ojos a una terrible resaca cuando el día comenzaba a despuntar y *Gable* ya se había decidido a acercarse al ventanuco de la pequeña cocina. Se sintió abatido por no haberse atrevido a volver a la capilla; sin embargo, con el nuevo día le costó admitir que había sido una cuestión de miedo. Poco le faltó para convencerse a sí mismo de que, en realidad, había estado celebrando el haber conseguido sus primeras psicofonías.

Con la lengua pastosa y el sonido de los primeros indicios de tráfico retumbando dolorosamente en sus oídos, fue a buscar algo de agua fresca a la nevera. Esa fue una decisión fácil, sobre lo que vendría después no estaba seguro.

Lo primero que se le vino a la cabeza fue el trabajo, pero desechó la preocupación fácilmente, la mentira del día anterior se mantendría en pie sin demasiadas explicaciones. «Solo un par de días más —pensó—, hasta que llegue el equipo nuevo.»

El espejo le devolvió un rostro ojeroso, rodeado de un extravagante guirigay de pelos alborotados, todo ello acentuado por la sombra de una barba incipiente que resaltaba los pronunciados pómulos y la aguileña nariz. Se duchó intentando hilvanar pensamientos razonables por entre los resquicios del dolor de cabeza. Tras vestirse y asegurarse de que *Gable* tuviese comida y agua, salió del pequeño apartamento llevando entre sus manos parte de sus notas, uno de los libros de Raudive y el volumen que el día anterior le había prestado la amable bibliotecaria. Más o menos tenía claro lo que deseaba hacer.

En un bar cercano se tomó un café acompañado por un par de bizcochitos mientras anotaba algunas referencias con su letra apretada. Acotaciones a lo descubierto en el libro de la biblioteca y unas pocas líneas sobre lo que le había contado su tía Paulina, incluyó un tosco dibujo del emblema de los Castro. No era

mucho, pero al menos había averiguado que no era razonable que a la capilla le faltase el escudo. Y también que el comportamiento del señorito Diego Rafael Xián de Villafins e Castro había sido estrambótico por unas prisas que no se sentía capaz de justificar. Aunque no se atrevió a juzgar si aquellos otros actos de devoción tenían o no relevancia. Sin embargo, al pensar en ello, se dio cuenta de que podía alterar ligeramente sus planes iniciales. Quizá, en casa de la familia Crecente guardasen una especie de registro sobre los *escritos* emitidos que podría consultar. Además, se percató de que el renombre de su tío en el pueblo le podría ayudar a abrir algunas puertas.

Aparcando el destartalado coche, un claxon cercano reverberó en su cabeza con maliciosa intensidad y Sinesio temió que arrastraría los excesos de la noche anterior durante todo el día. Cuando entró en la biblioteca compuso la mejor de las sonrisas que su enjuto rostro podía brindar y, con el brazo bien extendido al frente, le tendió el libro a la bibliotecaria.

—Buenos días nos dé Dios —saludó la mujer con gesto severo—. ¡Así me gusta! Devolviendo los libros antes del plazo, muy bien. ¿Ha encontrado lo que buscaba?

—Buenos días. No, lo cierto es que no. Pero se lo agradezco igualmente. Ayudar, sí que me ha ayudado. —La mujer lo miraba a los ojos con una mezcla de curiosidad desinteresada y reproche, intuyendo la borrachera con la experiencia de una hermana mayor seria y responsable. Mientras, guardaba el libro bajo el mostrador con gestos regidos por la costumbre.

—Ah… —titubeó ella sin comprender del todo—. Entonces, dígame, ¿qué necesita? Si es preciso, quizá pueda hacerle una mejor recomendación.

—Bueno, no sé si podré ser preciso, para ser franco no tengo muy claro lo que busco… Estaba pensando que a lo mejor tendría usted algún libro de historia de la zona que me pudiera servir. Algo que hable un poco del último siglo en el valle de Dúbriga.

—Entiendo —dijo la bibliotecaria al tiempo que entrecerraba los ojos por encima de las gafas—. No sé yo, hay algunos tomos de historia general que pueden incluir algo de información; sin embargo, creo que serán demasiado… Digamos, escasos para tiempos recientes. Probablemente se centren en la Edad Media. Además, no creo que se dediquen específicamente a esta zona, y mucho menos a Dúbriga en concreto… —Sinesio la miraba expectante, aguardando un giro en el discurso de la mujer—. Aunque, quizá, en algún otro ejemplar subvencionado, como el que se llevó ayer, ¿quién sabe…? A lo mejor encuentra algo de información más local. Deme un ratito para consultar las fichas…

Y como la mujer se dio la vuelta sin más, Sinesio decidió matar el tiempo echando un vistazo a los periódicos recién entregados, que le parecieron más interesantes que los devaneos del alto moño tirante de la bibliotecaria.

Tuvo que esperar pacientemente algo más de un cuarto de hora; echando furtivos vistazos a las idas y venidas de la mujer hasta que esta se decidió a hacerle gestos

para que se aproximase a la recepción, lo que vino a ser un alivio para las preocupaciones que Sinesio había empezado a albergar, no quería que aquella adusta mujer pudiese malinterpretar tantas atenciones.

—Bueno, aquí tiene lo que he podido encontrar por el momento —comentó la bibliotecaria ofreciéndole tres libros de variados tamaños y colores—. No estoy segura de si le ayudarán, pero puede que gracias a ellos se haga con el cabo del ovillo. —Habló con un leve tono de desprecio, dejándole ver a Sinesio que a ella le traía sin cuidado una cosa o la otra.

—¿Cómo ha dicho?

—Bueno, como no parece tener claro lo que busca, quizá leyendo enfoques más genéricos encuentre un punto de partida —había impaciencia en su voz—. Ya sabe, una primera huella con la que seguir el rastro. El cabo del ovillo.

—Ah, bueno, esperemos… —Y después de un instante—: Gracias, muchas gracias, ya le diré.

—Pues ya me dirá —concluyó la mujer girándose.

Sinesio se quedó con la palabra en la boca, mirando la espalda del sobrio vestido, tan deslucido y cerrado como el del día anterior.

Acomodado en una de las mesas, fue saltando de un libro a otro, hojeando ansioso los tres tomos a un tiempo. Averiguó muchas cosas que desconocía, pero le pareció que había poco que pudiese relacionar con la construcción de la capilla de los Castro o con los difíciles años del final de la saga. Aun así, tomó algunas notas en su cuaderno. Principalmente porque algunos datos le habían parecido curiosos.

Fue interesante descubrir que, en la edad antigua, las costas noroccidentales de la actual España ya habían sido exploradas por los fenicios, e incluso por los griegos, ansiosos ambos por la apertura de rutas comerciales y la obtención de minerales como el estaño.

Recordó que en las clases de su infancia le habían explicado que en la edades de los metales había florecido una cultura que podía denominarse celta. Pero le resultó extraño averiguar que sus orígenes y evolución resultaban oscuros, incluso dando lugar a muy distintas conjeturas. Los libros no parecían ponerse de acuerdo en los modos y términos de aquellos años y gentes, dividiendo las tribus de maneras diferentes y usando nomenclaturas y topónimos variados. También se vio obligado a admitir que no conocía el profundo misticismo de aquellos pueblos. En los distintos volúmenes halló infinidad de referencias que le resultaban ajenas. Descubrió extraños cultos, lugares sagrados, leyendas obscuras y chocantes alusiones sobre adivinación y clarividencia practicadas en las entrañas de los animales. Todas ellas lo sorprendieron, pero, lo que más le fascinó fue enterarse de que los sacrificios humanos eran frecuentes.

Un tanto desconcertado por semejantes revelaciones, se tomó la molestia de anotar las localizaciones de algunos de los restos de aquellas civilizaciones, mucho más abundantes de lo que suponía. Incluyendo las bastante bien conservadas ruinas

de un enorme castro celta próximo a Dúbriga, sobre el que no había tenido conocimiento alguno y que, aun sin él saberlo, parecía haber sido una población de relativa importancia. También situó en un burdo mapa, que dibujó con toscos trazos, dólmenes y otros restos megalíticos. Lo hizo porque pensó que podían ser buenas opciones para grabar psicofonías.

Lo de los sacrificios humanos le había recordado la maldita historia de aquella casita de Bélmez de la Moraleda.

Escribió algunas líneas sobre la influencia cartaginesa, que había empezado por sonoras conquistas de los puertos clave del sur mediterráneo. Batallas que fueron preámbulo de las sangrientas guerras que seguirían entre Cartago y Roma. Luchas encarnizadas por la dominación de la península ibérica que se prolongaron hasta que el imperio de la ciudad de las siete colinas se alzó como vencedor.

Le impresionó descubrir que algunos historiadores habían hecho referencia al miedo que las todopoderosas legiones tuvieron que superar en determinados puntos de su geografía cercana; especialmente para arrasar los antiguos bosques sagrados que los druidas celtas habían señalado en esa zona que los romanos denominarían Gallaecia.

Eventualmente, Sinesio se rascaba su casposa coronilla con fruición, casi como pretendiendo abrirse la tapa de la sesera para meter dentro tanta información.

Al hundimiento del Imperio romano le siguió la ocupación goda y la llegada del sincretismo que supuso la mezcolanza de la cultura de los habitantes de los castros, los propios cultos romanos y el catolicismo emergente.

Leyó asombrado cómo se hacía referencia a que la santa vía de peregrinación a la tumba del apóstol Santiago bien podría ser un simple traslapo. Una reutilización de un camino, mucho más antiguo, que se prolongaba hasta el cabo que había sido el fin del mundo conocido: Finisterre.

Luego, algunas razias vikingas y la llegada de los moriscos, que tuvieron escasa influencia en un norte lleno de accidentadas colinas y con habitantes que no se dejaban domeñar.

Sinesio encontró muy revelador el conocer que un par de antiguas iglesias habían sido transformadas en mezquitas y, de hecho, en uno de los libros se mencionaba la sospecha de que una de ellas había sido ya un lugar sagrado para los celtas. Algunas piezas encajaron al rescatar de su memoria los detalles mozárabes que años antes había visto en una de las capillas del monasterio de San Salvador, en las montañas de Celanova, no lejos de la frontera con Portugal.

Para Sinesio fue un descanso llegar a la época medieval. Descubrió que había sido más bien tópica para un enclave europeo. Vueltas y vueltas de un reino a otro, de unos señores a otros, incluyendo una revuelta del vulgo contra el poder feudal que dejó paso a una cierta apatía que perduró, con pocos hechos significativos, hasta un resurgimiento cultural en el siglo XIX.

Sin embargo, mientras Sinesio se planteaba qué detalles anotar en su cuaderno

con respecto a la Edad Media, cayó en la cuenta de que había sido un ingenuo.

Al ver algunas citas, ya escritas en un castellano que no le sonó arcaico, recordó que sus psicofonías estaban en el mismo idioma. Sabía bien que Raudive había grabado inclusiones en distintas lenguas. Sin embargo, teniendo en cuenta que también se hablaba, y había hablado en la zona, el gallego, una variante romance del latín plagada de celtismos, no pudo evitar preguntarse en qué idioma se suponía que debían haberse grabado las psicofonías, o si este le podía ayudar a determinar un intervalo histórico. No estaba seguro de si era razonable esperar que los muertos se expresasen en el idioma que habían hablado en vida.

El resultado fue que terminó aún más confundido de lo que había empezado la mañana y sin ser capaz de determinar si el idioma tenía o no importancia.

Ahora, Sinesio miraba la mesa con los tres libros y su cuaderno con un cierto aire de desconcierto. Se percató de que tenía mucho más que averiguar sobre Dúbriga, no bastaba con aquello ocurrido en los últimos tres cuartos de siglo, tanto si las psicofonías estaban relacionadas con los Castro como si no.

Y volvió a repasar lo ya visto, enfocando la búsqueda desde otra perspectiva. Intentaba encontrar cualquier detalle escabroso o lúgubre que pudiera explicar la presencia de ánimas en la capilla del pazo. Pasó otra hora inmerso en aquellas páginas, saltando de uno a otro libro.

Cuando salió de su ensimismamiento, fue para descubrir que ya había pasado del mediodía y que necesitaba un descanso. Decidió cambiar de aires y acercarse a Dúbriga, a ver si podía averiguar algo sobre aquellos *escritos* que había mencionado su tía Paulina.

2009

Solo el leve movimiento de la mano enguantada delató su posición. El camuflaje era perfecto para la estación y el lugar, los colores se mezclaban con el entorno y la silueta se difuminaba entre el ramaje de los arbustos. Al pie de un retorcido enebro, se adivinaba la figura casi invisible de un hombre que, en cuclillas, miraba con atención las huellas frescas del suelo. A pocos metros, la corteza desprendida y rasgada de una vieja encina evidenciaba el paso del poderoso macho.

Estaba rodeado por un exuberante bosque mixto. Predominaban los pinos y las encinas. Había también algo de romero, que, a pesar de la estación, inundaba el ambiente con su aroma. Entretejidas en la espesura más baja despuntaban unas cuantas jaras, como perdidas, y algún que otro enebro viejo dejaba flotar en el aire el aroma de la buena ginebra. Era una ladera de pendiente pronunciada que miraba al sur, bebiendo los rayos del sol que jugaban con las nubes altas. En el valle rumoreaba un arroyo de agua fría y limpia.

Era un rincón perdido de los montes del Alto Tajo, engalanado por las luces del atardecer de un fresco día de otoño. La brisa soplaba elegante desde el este a medida que la temperatura se iba desvaneciendo entre las faldas de los cerros, y el calor de la jornada se quedaba almacenado en el valle. Llegaban los olores de las bayas tardías y de la humedad de las pequeñas pozas del riachuelo.

Las huellas se escondían en la tierra, delatando el gran tamaño del viejo macho. La cornamenta debía de ser espectacular. Thomas estaba seguro de que al menos se trataría de astas de catorce puntas.

Lo único que destacaba en la cara del hombre, pintada en negros, marrones y verdes de tonos militares, eran los fríos ojos azules que escrutaban el paso impreso entre los matojos y las agujas viejas de los pinos.

Desde el otro lado del valle el aire trajo el berrido enérgico y poderoso del macho. Sonaba petulante y engreído, como si el venado supiese de la presencia del hombre y lo estuviese retando.

Algún jovenzuelo con ansias de grandeza contestó desde las espaldas del hombre, allá donde la ladera sur se convertía en una pequeña meseta. A Thomas le pareció distinguir el bullir de las hormonas y la inexperiencia en la llamada a la lucha. El ligero viento de costado no era la mejor opción; no le quedaba más que procurar escudriñar la espesura e intentar averiguar la posible posición del macho y su rebaño. Tenía claro que no debía dejar nada al azar. Era una bestia excepcional y no podía arriesgarse a ser descubierto. Lo mejor era retroceder, bajar paralelo al arroyo hasta

una distancia prudencial, cruzar la corriente y negociar la ladera contraria con el viento de cara hasta encontrar de nuevo el rastro.

Un berrido rompió el aire de nuevo, y esta vez dos descarados retadores respondieron altisonantes, desafiando al viejo rey. En la ignorancia de la adolescencia y sin darse cuenta de que tenían más borra que asta sobre sus cabezas.

Los ojos del hombre miraron al cielo. El color era casi el mismo.

Sabía que no le quedaba más que un par de horas escasas de luz. Debía moverse con rapidez. Sin levantarse retrocedió con pasos lentos y estudiados, venciendo la pendiente que tenía a sus espaldas. Las suelas de fieltro de las botas mimetizadas amortiguaban el sonido.

Vestía un traje completo de camuflaje, un diseño Realtree All-Purpose Grey de Spartan al que había añadido algunos jirones toscos y cáñamo deshilachado, usando la técnica de los francotiradores. La tela había sido impresa con un realista dibujo tridimensional que imitaba hojas y ramas detalladas con los vicios del otoño, y los colgajos que él había añadido deformaban eficientemente su perfil, confundiéndolo con el entorno. Tras haberlo sacado de la bolsa hermética en la que había permanecido desde el último lavado había comprobado que no desprendía olor aparente. Una vez satisfecho, había esparcido algunas gotas de esencia de resina de pino por los lugares de más roce, a fin de diluir el rastro que dejaría.

Sobre el rostro pintado calaba una gorra de tela ligera con el mismo patrón que el traje, el vestuario lo completaban unos guantes con dedaleras abiertas. A la espalda llevaba una mochila, con el mismo diseño de camuflaje que el resto de prendas, en la que guardaba el equipo de supervivencia, algunas piezas de repuesto y los escasos víveres que solía llevar consigo en las cacerías. Le gustaba ir ligero de equipo, prefería que el instinto se encargara de lo que la experiencia no pudiese afrontar.

Era una pasión y una prueba de autosuficiencia, adoraba enfrentarse a solas con el bosque, la naturaleza y la bestia. Le gustaba el rececho, seguir a la presa, descubrir sus debilidades, aprender a pensar como ella… Sentir lo que el animal dejaba impreso en su rastro. No era un deporte, era un reto en el que el honor se ponía de manifiesto y solo la astucia del más agudo hacía prevalecer la verdadera valía de cada cual. Además, en esa ocasión había sido una necesidad imperiosa; necesitaba matar.

Podía sentir la ambición de llegar más allá, de arrancar más vidas, y no había sido capaz de esperar a su próximo vuelo. Por eso había salido de caza, para evitar que le doliese la cabeza de esa forma tan desagradable.

Había decidido que en el próximo cruce del océano intentaría matar a dos o tres chicas. Quería colmar una necesidad que se iba haciendo cada vez más honda.

Echó un último vistazo a las huellas y comenzó a caminar encorvado, bajando paralelo al curso de agua y manteniéndose a una distancia prudencial de los claros de las orillas, para no dejarse sorprender por una mirada indiscreta.

Cambió el arco de mano, no sin antes asegurar el disparador que colgaba de su muñeca derecha, en la goma de la camiseta que llevaba bajo el traje de camuflaje,

para evitar cualquier roce ruidoso. Cargaba con un ligero Hoytt de poleas, modelo Ultra Elite, de 100 libras de potencia. Se lo habían hecho especialmente, por encargo. Estaba decorado con una lograda pintura mimética y tenía un carcaj adosado en el lateral derecho. Cargaba con seis flechas de carbono con alma de aluminio, también con pintura de camuflaje, todas ellas emplumadas en verde y negro con materiales plásticos ligeros, algo de lo que se ocupaba Thomas personalmente, y lo hacía con precisión enfermiza. Las cabezas eran de 125 *grains*, pesadas y comparadas, como cada astil, pluma e inserto. El complemento eficazmente letal que le provocaba una morbosa excitación. Eran perfiles de acero en delta, con una cobertura de tungsteno. Un par de cuchillas ahuecadas que dejaban dos afiladísimas hojas que él mismo se preocupaba de mantener tan apuradas como para afeitarse.

Caminaba sin prisa, mirando dónde apoyaba cada pie antes de levantar el siguiente, analizando el entorno como si dibujase una cuadrícula trazada en las tres dimensiones del espacio que tenía ante él.

Sonreía, un gesto leve que se colgaba de sus labios como el pitillo del fumador empedernido. Era feliz.

Eran kilómetros y kilómetros de soledad. De paz.

Él, la bestia, las montañas y un mundo al que no necesitaba, al que detestaba, muy lejos, a sus espaldas.

Era su refugio. Un retiro voluntario en el que era el único vecino. Su casa se escondía a no más de diez kilómetros, en uno de los cerros vecinos; la propiedad lindaba por dos de sus extremos con el parque natural del Alto Tajo. No era comparable a la inmensidad de su Montana natal, pero era lo más aproximado que el país de su madre le había podido conceder sin tener que alejarse demasiado del aeropuerto de la capital.

Y, lo más importante, era el escondite perfecto para escapar de los insistentes recuerdos que se empeñaban en hacerle revivir aburridas tardes de invierno. Aquellas que debía pasar entre la desidia y la abulia, sentado en una mesa de la esquina del Embassy, ahogado por los colores pastosos de la *snob* repostería de Madrid. Escuchando con desgana a su madre y condiscípulas, discutiendo sobre las tendencias de la moda por encima de una taza de chocolate humeante y pastas recién hechas que eran llevadas a labios adornados con los colores de Esteé Lauder, por manos cubiertas con elegantes y delicados guantes de piel de cabritilla, que acicalaban el final de las mangas de caros abrigos de visón. Mientras, él intentaba refugiarse en alguna novela, soñando con heroicos personajes que enamoraban a doncellas en apuros y que luchaban entre el salitre desprendido por las velas de un jabeque pirata.

Prefería enfrentarse a los grandes osos *grizzly* de Alaska, resultaba mucho más intenso que los venados, jabalíes, rebecos o muflones de la península ibérica. Pero no había vuelto a los Estados Unidos desde la muerte de su padre, cinco años atrás, diez después del divorcio que lo había arrastrado con su madre a las estruendosas calles de Madrid.

Podía elegir entre enormes apartamentos de millonario en los laterales de la Castellana o Goya; era la herencia de la parte materna de la familia, del abuelo. Un achacoso catedrático de alta cuna que impartía soporíferas clases de filosofía del derecho en la Universidad Complutense, y que había sabido perdonar a tiempo a la hija rebelde que escapó en los brazos de un guía de pesca descreído que había venido a Europa, sin más que una mochila y un par de cañas en una funda, para probar la fama de los ríos del sur del viejo continente. Una escapada de alocada juventud varonil antes de regresar a sacarle los dólares a ricachones engreídos que deseaban pescar una gran trucha arcoíris de trofeo, aunque no supiesen decidir qué mosca colocar al extremo del sedal.

Por suerte, la madre concedió en los caprichos que el abuelo jamás hubiese permitido. Y aunque en una de las carpetas de uno de los archivadores del mirador donde montaba las moscas, como le había enseñado su padre, donde emplumaba las flechas, donde limpiaba las armas…

Donde guardaba su colección…

Y aunque en una de aquellas carpetas, entre láminas de papel de seda, permanecían mudos los títulos que lo acreditaban como doctor en ingeniería aeronáutica y licenciado en filosofía; lo cierto es que se había limitado a pasearlos por el despacho de su abuelo en la calle Habana. Finalmente se había decidido por obtener el título de piloto de transporte de línea aérea y dedicarse a volar a media jornada en una compañía transoceánica, abusando de las rentas familiares y disfrutando de una vida a pleno lujo.

No había querido seguir con las empresas, no había querido saber nada de la familia, veía a su madre una vez al mes y por compromiso, solo para que los lazos no se enfriaran lo suficiente como para que el dinero dejara de fluir.

No le interesaban esos convencionalismos, tan solo quería estar en las montañas, probablemente no porque el recuerdo de su padre se empeñase, sino más bien porque en las montañas no tenía que rodearse de nadie a quién él no hubiese invitado. Incluso hacía la mayoría de sus compras por internet. De hecho, la única interacción humana que soportaba era la relacionada con cada vuelo, normalmente dos o tres al mes. Y esa sensación se había incrementado exponencialmente en los últimos dos años, desde que había catado el sabor de la sangre.

Siempre había pensado que lo ideal hubiese sido nacer en el período de entreguerras en algún rincón de Canadá, donde solo los bosques le pedirían cuentas y no una madre petulante, envuelta en vestidos de Channel y con demasiada afición a los *martinis* de Tanqueray.

Prefería el bosque. Le gustaba formar parte de él.

Eso era lo que parecía. Semejaba unas ramas que se movían a contra viento por algún extraño motivo; sin embargo, era un hombre que caminaba por entre los árboles.

Cuando consideró que había cubierto una distancia segura, giró noventa grados a

la izquierda y avanzó cautelosamente hasta el cauce de agua. Algunos caballitos del diablo levantaron el vuelo. Con movimientos lentos y estudiados, se sacó el sombrero y, tras llenarlo del agua clara del arroyo, bebió con calma sin apartar los ojos de la ladera de enfrente.

Vadeó mojándose las rodillas y al otro lado descubrió las huellas de un jabalí de buen tamaño que sin duda también se había detenido a beber. Por el aspecto, eran muy recientes, quizá de ese mismo día. Era interesante, pero no lo que buscaba.

Caminó con sigilo unos cien metros, subiendo la ladera y adentrándose en el bosque, aguzando el oído.

Sonó un nuevo berrido que nadie respondió.

Cuando llegó a media ladera volvió a girar hacia la izquierda y empezó a trazar un patrón en eles opuestas y contiguas que le permitiría encontrar el rastro. Analizaba todo a su alrededor, metódicamente.

Descubrió un par de huellas solitarias, sin duda de alguno de los descarados adolescentes que pretendían robarle su harén al rey de aquellos cerros. Si no había imprevistos, al final de esa tarde él les daría la oportunidad.

Vio las astas agitarse por entre las hojas de unos arbustos de romero, a unos sesenta metros, arriba y a su derecha. Era un magnífico animal, dieciséis puntas que se irguieron levantadas por el poderosísimo cuello en el momento en que los pulmones, llenos de vida y orgullo, alargaban una llamada que pretendía resultar señal inequívoca de señorío y potencia. La cornamenta se abría, al menos, tres cuartas partes de su longitud y tenía un precioso color negro, densamente perlado, con unas puntas que parecían hechas de marfil. Las segundas luchaderas y la corona podría haberlas tallado un artesano. Era una pieza de doscientos puntos como poco, un animal excepcional.

Por entre los huecos de las ramas distinguió a dos hembras un poco más alejadas que buscaban bellotas con las cabezas gachas, al refugio de un gran pino laricino de brillante corteza plateada.

Se movió con calma, avanzando sesgado a la pendiente. Intentando acortar la distancia y buscar un mejor ángulo, a fin de no tener que corregir demasiado el tiro por la diferencia de elevación entre las posiciones.

Tardó prácticamente una hora en cubrir poco más de veinte metros. En casi todo momento pudo mantener contacto visual con el espléndido ejemplar de enormes proporciones, se limitaba a campar a sus anchas por entre la docena de hembras y presumir con la frente erguida de la increíble longitud de sus astas.

La luz caía y pronto perdería la oportunidad de disparar. Incluso consideró pasar otra noche en el bosque y retomar el rastro por la mañana.

Sin embargo, se decidió. Si el tiro era lo suficientemente bueno tendría tiempo para cobrar la pieza antes de que la noche le impidiese trabajar.

Se movía tan lentamente que parecía un camaleón con artritis. Le llevó una eternidad retirar una de las flechas de su presilla del carcaj.

Sin aumentar la intensidad del rítmico sonido, comenzó a respirar más lentamente mientras colocaba el culatín de la saeta en la cuerda encerada. Se incorporó despacio, alzando el arco sobre la línea del pecho e inspirando profundamente al tiempo que comenzaba a tensar. Mientras, el poderoso arco bajaba de nuevo, alineándose con sus hombros a la vez que centraba las miras.

Las manos estaban relajadas, asegurando que la postura era idéntica a la de los miles de disparos que ya había realizado en su vida. El punto de la mira calibrada para cuarenta metros centrado en el pecho del animal. Levantó una milésima la zurda, compensando la distancia estimada por la pendiente.

A pesar de ser un arco de poleas, no muchos podían aguantar la tensión de un modelo de semejante libraje. Aun así, el esfuerzo no se hacía aparente. Sus ojos simplemente revelaban concentración y placer mientras buscaban algún remolino del pelo, alguna marca distintiva tras el corvejón que le ayudara a apuntar, focalizando un lugar preciso.

Fue un susurro a más de trescientos pies por segundo el que rasgó el aire y atravesó los dos pulmones del venado limpiamente. El animal ni se dio cuenta, simplemente dio unos pasos y se colapsó.

No tendría que seguir un rastro de sangre con la noche echándosele encima.

Buscó un tocón cercano y se sentó quitándose el sombrero.

Sacó un cigarro de una bolsita hermética del bolsillo de su chaqueta y lo encendió con una cerilla impermeabilizada. Llevaba casi cuarenta horas sin fumar, para evitar el olor.

Aspiró el humo con delectación.

Se tomó la molestia de mirar el reloj y así, asimilar el día y la hora en un sentido socializado, todavía tenía tiempo. Unas treinta horas antes de tener que presentarse en Barajas para su siguiente vuelo a Bangkok.

Otra calada. Sus ojos se perdieron en los tonos anaranjados del horizonte.

Sonó el berrido de alguno de los ansiosos machos jóvenes, quizá anticipando la oportunidad originada por la vacante.

El recorte de piel con el *kanji* del dragón estaba bien, pero sentía que necesitaba más, mucho más. Y se arrepintió de no haber incorporado a la colección los pezones de aquella morena de Buenos Aires.

1977

Sinesio salió llevándose en la retina la sonrisa escéptica de la bibliotecaria solterona. Ella lo había mirado con fingido desconcierto desairado cuando le dijo que se llevaba uno de aquellos libros de historia y que le gustaría saber si, para el día siguiente, podría encontrarle algún otro un poco más concreto.

—¿No tendrá usted algo sobre… digamos, acontecimientos escabrosos? —Y como la mujer le había regalado una expresión circunspecta, añadió—: Bueno, quizás alguna recopilación de hechos, digamos, oscuros… Ya sabe…

—No, joven, no sé a qué se refiere. Intente ser más explícito.

Al pobre Sinesio se le cayó el mentón hasta el pecho ante la desabrida respuesta.

—Bueno, déjelo —le dijo alzando el tomo que se llevaba prestado—, si eso, mañana vuelvo y de paso le retorno este. Quizás podamos encontrar alguna otra cosa.

Se marchó sin poder despegarse el gesto indignado de la bibliotecaria, lo que le sirvió para reafirmar su decisión de acercarse a Dúbriga. Parecía que, a falta de más datos, lo único que le quedaba era intentar saber un poco más sobre los Villafins e Castro y sobre los últimos años del heredero de la familia. Podía preguntar directamente a los lugareños, e incluso intentar averiguar algo en la casa de los Crecente. «Es el único hilo del que puedo tirar —pensó Sinesio—, al menos, hasta que llegue el equipo nuevo.»

Cuando el viejo Citroën levantó el polvo del camino en el cruce que llevaba a las tierras del señorío de los Castro le costó evitar un escalofrío. Se alegró de no tomar el desvío y seguir hacia el pequeño pueblo.

La carretera serpenteaba entre bosques, subiendo y bajando lomas, abriéndose paso entre el polen amarillento de las coníferas y las bellotas tiernas que el viento arrancaba de los viejos robles.

Desde un pequeño otero, tomando una curva que viraba al sur, Sinesio pudo distinguir por vez primera las cubiertas de pizarra, que destacaban con su negro aceitoso por entre el verde de los árboles.

Se contaban apenas un par de docenas de casas, todas arracimadas en torno a una pequeña plaza en la que destacaba una raquítica iglesia y una sencilla fuente con un patético chorro de agua verdosa. Algunas huertas salpicaban aquí y allá el pueblecito. Todas ellas de fértil tierra oscura moteada de los brotes de la primavera. Y el granito envejecido por el tiempo se hacía predominante. Aparcó a la sombra de un viejo castaño retorcido que cubría de sombra un rincón desde uno de los jardines. Pensó que podría aludir a la memoria de su tío para presentarse. No supo muy bien qué

hacer hasta que el olor de un estofado le llenó la afilada nariz.

Al otro lado de la plaza, la puerta abierta de una de las casas dejaba ver unas pocas mesas y lo que parecía un mostrador.

Era una sencilla taberna que, además de atender a dos viejos con boinas descoloridas, mostraba toda clase de trastos y enseres detrás de una sobada barra. Se vendían pegajosas cintas atrapamoscas, útiles de cocina, bombillas, guantes de trabajo, cerillas, cuerdas, tela metálica para gallineros e incluso pienso para cerdos, que estaba amontonado en sacos de arpillera al lado del abono para los campos. Y por lo que anunciaba el aroma que inundaba el local, también se dispensaba comida.

Mientras observaba y era observado por los dos ancianos de rostros arrugados, que se entretenían con chatos de vino, una mujerona con aspecto de barril y sin cuello cruzó una cortina de cuentas que tintineó al paso de su corpulencia.

—Buenas, ¿qué se le ofrece? —preguntó la mujer con el cerrado acento del interior.

—Pues comer algo, que huele a gloria bendita —se decidió Sinesio mientras veía con el rabillo del ojo cómo uno de los clientes sacaba una petaca y empezaba a liarse un cigarrillo de picadura.

Tras dar cuenta de un estofado con algo más de grasa y algo menos de carne de lo debido, Sinesio pidió un café de puchero, y empezó a ensayar mentalmente cómo preguntarle a la posadera por la familia Villafins e Castro.

Pensaba en si sería mejor preguntar directamente por la familia Crecente y sus *escritos* cuando la taberna empezó a llenarse con clientes que se disponían a seguir la costumbre y jugar una partida de dominó al compás de los chupitos de orujo. Pronto todas las mesas estuvieron ocupadas y la charla se animó al ritmo del rascar de las fichas de marfil sobre la madera.

Sinesio tuvo una idea.

Se acercó a una mesa en la que solo había tres asientos ocupados y, mirando cómo las manos callosas por el duro trabajo del campo revolvían las fichas del dominó, preguntó:

—¿Les va bien uno más para echar la partida?

Los tres hombres lo miraron suspicaces.

—Habrá de verse si sabes jugar —contestó uno con un gesto de mandíbula que invitaba a Sinesio a tomar asiento.

Mientras el de su derecha abría con el seis doble la mujerona traía la ronda que Sinesio había pedido para congraciarse con los paisanos, y este no pudo evitar preguntarse cuántas más tendría que pagar para ganarse su confianza y conseguir que le contasen algo.

Se siguieron las partidas y los tragos de orujo. Hablaron de muchas cosas importantes para ellos, pero de nada relevante para Sinesio, que no lograba desviar el tema de conversación por más que lo intentaba con suaves indirectas.

Se comentó la siembra, se habló del invierno, de la cosecha pasada, de los partos

de las vacas. Y, cuando Sinesio perdía la esperanza y se inquietaba pensando en la cuenta que habría de pagar, empezaron a hablar de las tierras de un tal Vicente da Cruz, muerto hacía años, que seguían sin ver siembra o trabajo debido a las disputas por la herencia.

—Y… ¿El pazo de los Castro? ¿Sigue abandonado?

—Sí, hijo sí. Así lleva setenta años —le contestó el que tenía enfrente mientras chasqueaba con disgusto porque no sabía dónde colocar un dos doble.

—¿Y eso? —Insistió Sinesio.

—Bueno, pues quedó solo el señorito Diego, sin hermanos, y no había parientes cercanos, lo de tantas otras veces.

La parquedad de la respuesta no ayudó mucho a Sinesio que, por disimular, decidió pedir otra ronda.

Cuando habían repartido de nuevo y vaciado a medias la última comanda, Sinesio volvió a la carga.

—Pero yo había oído que tenía una hermana.

Ahora contestó el de su derecha, mientras se calaba la boina tras haberse rascado la coronilla.

—Sí, la tenía, pero murió antes que el señorito.

—No, no murió, desapareció —intervino por primera vez el de la izquierda.

—Sí, algo había oído, pero ¿cómo pasó? —preguntó Sinesio sin poder ocultar su excitación.

—Eh… No estoy seguro, no lo sé exactamente…

El hombre parecía cavilar intentando recordar. La multitud de arrugas que le surcaban el rostro y el clarear de sus ojos verdes evidenciaban que tenía años suficientes como para haber vivido el principio del siglo; sin embargo, resultaba obvio que la memoria no funcionaba al mismo ritmo con los recuerdos de un niño.

—Fue poco después del accidente de los señores, unos meses —continuó el hombre a la izquierda de Sinesio—. Estoy convencido. Mi hermana era amiga del ama de la niña y ella me lo contó…

—No, no fue así, la niña murió —interrumpió el que se sentaba frente a Sinesio.

—Que no, que ya te digo que mi hermana era amiga del ama de la niña Castro…

Sinesio no sabía muy bien cómo reaccionar ante tanta contradicción.

—Por qué no cuenta cada uno su versión y ya está —aventuró al fin, mirando tanto al frente como a su izquierda, buscando los ojos de aquellos hombres por debajo del cerco moreno que había dejado el sol bajo la boina.

Ambos paisanos se miraron y apuraron sus vasitos de orujo con un gesto parecido a un brindis. Sin embargo, el que estaba frente a Sinesio miraba al otro con grandes ojos bovinos, entornados en un gesto de desconfianza, como si no estuviese muy seguro de si le gustaría lo que iba a decir su compadre.

—Mi hermana mayor era amiga del ama —pareció decidirse a continuar el de su izquierda—. Era una buena mujer que había estado cuidando de la señorita María del

Carmen desde su nacimiento. Mi hermana me contó que después de desaparecer la niña aquella mujer la siguió llorando durante meses… A la niña le gustaba ir a jugar junto al arroyo, en el claro donde luego se construyó la capilla. Allí había un antiguo pozo y algunas piedras en las que la niña montaba sus meriendas y esas cosas. —A Sinesio le sorprendió descubrir aquel detalle, hasta entonces desconocido—. Y el ama la acompañaba casi cada tarde. Supongo que para jugar a comilonas de casas de ricos, a tomar el té y… Y esas cosas. Y una de esas tardes, la niña pidió al ama que fuese al caserón a buscar una de sus muñecas porque iba a ser la invitada de honor a la fiesta que iban a organizar —el hombre hizo una pausa jugando con su copita vacía, y Sinesio captó la indirecta.

Cuando se sirvió una nueva ronda, el hombre se animó a continuar:

—No hay mucho más que contar. El ama no debió dejarla sola. Cuando volvió, la niña no estaba.

A Sinesio le desagradó tan escueto final, pero tampoco tuvo tiempo de plantear preguntas. El que se sentaba enfrente, que había estado mirando con sus grandes ojos castaños al compañero de dominó, meneaba su pequeña cabeza negativamente.

—No, no fue así. El ama se llamaba Anunciación y el señorito Diego le pagó para que dijera eso si alguien le preguntaba. Pero esa no es la verdad. La niña murió aquella tarde. Se ahogó en el arroyo y el señorito Diego no quiso que se supiera porque habría sido un escándalo. Otra desgracia así con la muerte de sus padres tan reciente, creo que no supo imaginarse cómo encajarlo. Por eso hizo construir allí la capilla, al lado del arroyo, para honrar a su hermana.

—Pero no creo yo que hubiese sido un escándalo… No lo entiendo —acotó Sinesio.

—Bueno, ya sabes, cosas de ricos —se defendió su interlocutor poniendo punto y aparte, rematando su copa y levantándose, como ofendido por las dudas de Sinesio.

Los otros dos imitaron al compadre y se excusaron en las tareas del campo. Se fueron los tres. Y pareció una señal, en los pocos minutos en los que Sinesio anotó en su cuaderno algunas acotaciones de la conversación, la taberna se quedó vacía.

Sinesio, solo frente a las fichas desparramadas del dominó y con las copitas de cristal verdoso vacías por únicos acólitos, dudó sin saber qué podía hacer.

—Los campos no se aran solos —le reprendió la mujerona mientras empezaba a recoger una mesa vecina. Lo dijo como si aquella frase lo explicase todo—. ¿Quiere algo más?

—No. No, gracias, solo dígame lo que le debo.

Pagar la cuenta fue doloroso y Sinesio no pudo evitar reconvenirse una vez más por los excesos de esos días.

Cuando logró despegarse la desazón de los cuartos gastados sus pensamientos recuperaron el hilo.

—Oiga, disculpe —la mujerona levantó la vista de la mesa por la que pasaba una bayeta húmeda—. Podría decirme cómo llegar a casa de los Crecente.

La posadera dudó, mirándolo con la suspicacia y desconfianza que quedaba reservada a los forasteros, y Sinesio supo reaccionar con presteza.

—Soy sobrino de Adolfo, del constructor, el que casó con Paulina. Es que mi tía me ha pedido que dé recado a los Crecente de unas novenas que…

—Ah, claro hijo, ¿cómo está tu tía? —la tabernera ni siquiera le dejó terminar.

Se siguieron minutos de fórmulas de cortesía, de algunas mentiras (piadosas, habría dicho Paulina). Pero, tras emplear sus mejores dotes y casi agotar su paciencia, Sinesio consiguió orientarse.

2009

Manhattan humeaba como un fumador compulsivo; eran tubos de escape, ventilaciones del metro, fugas de las conducciones de calefacción… Y la noche se cerraba sobre todas aquellas volutas fantasmales, llenando de luz artificial los contrastes del distrito más vibrante de la ciudad de Nueva York.

Thomas no había visto a la tripulación desde su llegada, había preferido estar a solas. Pasear. Había empleado parte de la mañana en el MOMA, disfrutando de las exquisitas reformas que el japonés Taniguchi había diseñado para la ampliación del museo. Luego, había subido hacia el norte desde la 53th, hasta encontrar un taxi que lo acercase al Bronx. Una vez allí se sumergió en los recovecos del jardín botánico.

Y ahora, que el sol iba siendo sustituido por las deslumbrantes marquesinas de Broadway, estaba sentado en Central Park, descansando tras un agradable paseo. Había cruzado el Upper West Side desde más allá de la 125th, tras haberle pedido al taxi que había tomado en el Bronx que lo dejase en un punto cualquiera de Harlem.

Había hecho unos cuantos dibujos decentes y, hasta cierto punto, había conseguido mitigar su dolor de cabeza. Pero, lo más importante, había logrado dejar de pensar en Bangkok. Un despropósito concluido con los cadáveres de tres jovencitas arrastrados por el turbio *mae nam* Chao Phraya. Sus aguas del color de una diarrea suelta se las llevaron. Lamiéndolas lujuriosamente hasta el golfo de Siam. Para que los tiburones se entretuviesen con sus caderas estrechas, sus pieles brillantes y sus pequeños pechos asiáticos.

El problema no era el recuerdo de un remolino de agua encaprichado con enredar una larga melena negra. El problema era que Thomas habría preferido contar cuatro y no tres. Le había sabido a poco. Aunque esa sensación de haberse quedado corto no era lo que más le preocupaba. Se sentía bastante más inquieto porque era consciente de que todo había sido una chapuza.

El *phansăa* budista había terminado, dando comienzo al *thâwt kàthĭn*, hábitos nuevos y otras ofrendas se entregaban en templos a todo lo largo y ancho de Bangkok. Algo semejante le había dicho la solícita y hermosa recepcionista del lujoso Royal Orchid Sheraton cuando había bajado al vestíbulo la mañana después de su llegada, todavía intentando despegarse el cansancio del largo vuelo, con escala en Bahrein incluida. Sin embago, Thomas no tenía ningún interés en los turísticos rituales. El vuelo había sido algo cercano a una tortura interminable; por un lado las

deficiencias en el sistema de aire acondicionado habían obligado a mantener un nivel de crucero más bajo del habitual: para poder conservar la presurización; y por otro, el despegue desde la antigua colonia británica, inmersa en las típicas inversiones de temperatura del golfo Pérsico, había exigido el máximo de los mal mantenidos motores del viejo A340 programado para ese trayecto.

Así que, Thomas había asentido, mirando la bella orquídea que la mujer llevaba prendida en el pelo. Aunque no tenía la menor intención de seguir su recomendación; ya había tomado el ascensor desde la planta decimocuarta con ideas preconcebidas, buscaba algo un poco más interesante. Se le había ocurrido mientras bebía lánguidamente un vaso de whisky sin hielo, observando desde su habitación el fluir del enorme río que partía en dos la bulliciosa ciudad.

Le dio al bedel una propina de cien *baht*, quería asegurarse de conseguir un taxista que hablase un inglés razonable.

Le costó convencerlo, en parte porque el inglés no era tan bueno como esperaba, y en parte porque en los términos de la ciudad existía una prohibición al respecto. Sin embargo, el reflejo verde de un billete de mil fue un argumento de suficiente peso tras varios esfuerzos infructuosos de colores menos cuantiosos.

Desde las llamativas torres de cristal del hotel, justo sobre la orilla oriental del Chao Phraya, tardaron algo más de hora y media en llegar a Mahachai. Fue un trayecto pesado y lento, a trompicones continuos y eventuales frenazos que se repitieron hasta que salieron de las complicadas y coloridas calles y tomaron la primera carretera principal.

Thomas observaba el ir y venir de aquellas gentes inmerso en la apatía. Avanzaban embutidos en un desconcierto inimaginable de todo tipo de vehículos. Incluyendo los frágiles *túk túk*, que, tirados por esforzados locales, llevaban a sonrientes turistas de un lado a otro, sorteando los puestos de souvenires y los vendedores ambulantes. Thomas se sintió disgustado por aquel sempiterno atasco de la vieja capital siamesa.

El espeso tráfico de la enorme ciudad quedaba envuelto por los humos y los olores a especias y comida de los vendedores callejeros, haciéndolo distinto y singular, pero aburrido en cualquier caso. Thomas se perdió en algún lugar de su mente, intentado esquivar la jaqueca pensando en la belleza de la teoría de cuerdas. Aunque, para poder hacerlo, tuvo que convencer al taxista de que estaba seguro de su destino, y de que no tenía ninguna intención de visitar los mercados flotantes o los templos budistas.

Una vez en las afueras de la urbe, el asfalto no tardó en convertirse en incongruente, rodeado de palmeras, frondosos árboles, arrozales, pantanos y pequeñas viviendas sobre pilotes que desencajaban en el verde paisaje como una pincelada corrida en un óleo realista.

En algún punto, se detuvieron en un lugar que Thomas pudo identificar como bar. Había un cartel publicitario chillón, resplandeciendo en rojo con letras blancas; la

marca de refresco se bamboleaba incongruentemente en un poste de bambú frente a una edificación con paredes de hojas tejidas.

—Primo mío decir que aquí cerca —tartamudeó esforzadamente el taxista al regresar—. Cerca, *sáai*... *Dtít*... *Sáai*.

Thomas se limitó a asentir y a hacer un voluntarioso gesto con la derecha, indicándole al escuálido hombrecillo, que en unos pocos minutos fuera del aire acondicionado del taxi había conseguido empapar la camisa en sudor, que continuara. Que adelante, que deprisa.

—Primo decir apuestas… *Mâak*... *Mâak* altas. Decir aquí buenos… Padres… Ehh… Buenos cría… Peces fuertes.

Thomas lo miraba a través del reflejo del retrovisor, impertérrito, intentando evitar que sus ojos se posaran en las sobaqueras húmedas de la camisa del tailandés. Le disgustaba aquel hombre, enclenque y ridículo, con sus sonrisas de compromiso y su eterna displicencia amable. Su debilidad. El olor picante y estropajoso de su sudor fresco. No le agradaba, y hubiera preferido alquilar un coche y apañárselas solo, aunque debía reconocerse que no hubiese podido llegar hasta allí de haberlo hecho por su cuenta.

Cuando el coche volvió a detenerse lo hizo en un camino embarrado sumergido en arrozales, junto a lo que parecía una humilde granja.

—Aquí, aquí —dijo el taxista con su estrambótico acento y su eterna sonrisa al tiempo que se apeaba.

Thomas aguardó hasta que el hombrecillo se percató de que esperaba a que le abriesen la puerta.

Había botes de cristal de muy distintos tamaños colocados de manera descuidada en mesas y estanterías variadas que solo tenían en común un aspecto pobre y paupérrimo que desagradó a Thomas. En cada frasco, en agua turbia, un precioso ejemplar de *betta*, los peces luchadores de Siam.

Una mesa central, llena de arañazos y marcas, congregaba en sillas y taburetes desvencijados a la concurrencia. Dos docenas de campesinos variopintos. Todos bebían ansiosamente aguardiente de arroz que sacaban de bolsas de plástico transparente y servían en vasos sucios y cascados de todos los tipos de cristal imaginable. Algunos estaban descalzos, otros usaban sandalias gastadas, casi todos llevaban pantalones rotos o cortados bajo las rodillas y camisas sueltas de manga corta y variados colores, y unos pocos vestían camisetas baratas de tirantes. Thomas era el único con un impecable traje suelto de lino blanco.

Aquellos hombrecillos de escuálidos hombros y piel curtida saludaron al extranjero cortésmente, pero con evidente desconfianza. Hizo falta una interminable parrafada del taxista para que algunos de los suspicaces ojos le devolvieran miradas condescendientes, aunque a Thomas se le ocurrió un modo mejor de ganarse su favor.

En el contraluz de una esquina, un viejo desdentado, corroído por una vida de trabajo duro, preparaba serpientes leopardo para servir a los apostantes tragos de

sangre fresca. Thomas conocía la tradición y, retirándose su panamá de la cabeza, caminó hacia él articulando una sonrisa hipócrita y sacando cien *baht* de la cartera.

Al principio, el anciano pareció contrariado por la intromisión del occidental, pero cuando Thomas le indicó con un leve gesto las pequeñas tacitas descascarilladas, se echó a reír haciendo bailar los pelos retorcidos y entrecanos de su cuarteado mentón.

Abriendo desmesuradamente su boca andrajosa de encías endurecidas, le habló animadamente a la concurrencia mientras servía la sangre para Thomas. Este la aceptó con teatralidad fingida y aguardó unos instantes antes de beber, creando la expectación suficiente como para que los apostadores se plantearan una incertidumbre que vencer.

Los dos paisanos que parecían regir aquel antro de apuestas tomaron buena nota de cómo se desenvolvía el europeo y se miraron con un gesto cómplice.

Thomas se había ganado su confianza y recibió amistosas invitaciones para sentarse a la mesa central, donde una alta jarra de cristal transparente estaba siendo llenada de agua clara por una chiquilla de pecho desnudo y brillante pelo negro que caminaba descalza.

Le sirvieron un vaso de aguardiente de arroz, pero Thomas prefirió mantener durante más tiempo el sabor metálico de la sangre en la boca, paseando la lengua por el paladar.

Sentía que las venas de sus sienes comenzaban a palpitar.

Varios de los lugareños empezaron a discutir mientras elegían a los dos próximos combatientes. Cogían distintos frascos y miraban detenidamente a sus ocupantes. Algunos murmullos hacían coros alrededor de la mesa, y a Thomas le pareció entender que ya se estaban planteando los tantos a uno para las apuestas de la siguiente lucha.

2009

Cuando los que parecían llevar la voz cantante lograron decidirse, los botes de cristal con los peces elegidos se llevaron a la mesa central. Aprovechando para enseñárselos a los apostantes y dándoles tiempo a hacer conjeturas. Rápidamente se elevó el volumen de todas aquellas voces, que discutían con las inflexiones consonantes y melifluas del tailandés.

Eran dos pequeños peces del tamaño de encendedores de bolsillo. Dos machos de colores brillantes, con las aletas dorsales redondeadas, cabezas prominentes y pequeños músculos alargados que destacaban en el juego de luces que provocaban sus diminutas escamas, luminosas como las lentejuelas de alguna de las bailarinas de *striptease* del Pink Panther, allá en la ciudad. Sus cuerpos vibrantes hacían estremecerse las pequeñas colas, que recordaban sombras de un as de picas con finas líneas radiales de color. Las aletas inferiores remataban en delicados hilos, como los pinceles de las orejas de los linces.

Uno de ellos era del color del buen vino viejo de Burdeos, el otro recordaba a un fondo marino, y ambos nadaban tranquilos en sus frascos mientras las huesudas manos morenas los mostraban a los apostantes.

Thomas observaba la concurrencia. Había visto lo suficiente como para seguir prefiriendo el bacarrá en un casino de Montecarlo, pero pensaba esperar hasta el final y satisfacer su curiosidad.

Cuando unos ojos inquisitivos lo miraron, negó con suavidad.

—Diles que prefiero ver la primera pelea sin apostar —le susurró al taxista.

Ante la traducción de sus intenciones, el viejo desdentado que le había servido la sangre de serpiente le sonrió condescendiente, con un deje de admiración en la mirada, como reconociéndole una sabiduría inesperada.

Aunque algunos de los asistentes parecieron decepcionados por la afirmación de Thomas, se animaron pronto, cuando uno de los organizadores anunció, por debajo de su sombrero de hoja de palma trenzada, que era el momento de empezar.

Pusieron a los peces en el bote de cristal que aguardaba en la mesa los pobres bichos parecieron perdidos durante unos segundos. Como aturdidos por el repentino cambio.

Durante los primeros segundos no sucedió nada, ambos peces se limitaron a nadar en círculos en el reducido espacio hasta que el granate oscuro tensó su cuerpecillo, abriendo las aletas como enseñas de caballería y extendiendo sus agallas al frente. Intentaba parecer mucho mayor de lo que era en realidad y se pavoneaba como un

cuerpo de infantería en un desfile militar. A Thomas incluso le pareció distinguir un destello de miedo en los grandes ojos, aunque bien habría podido ser debido a la refracción del cristal del tarro.

—Azul más fuerte, *mâak* fuerte —murmuró el taxista inclinándose sobre el hombro de Thomas—. Buena apuesta.

Thomas giró sobre sí mismo para contestarle, aunque se reprimió al percibir el olor agrio y rancio del aliento del taxista. Se limitó a hacer un gesto con la mano, revolviendo el dedo índice en el aire para indicar que jugaría más tarde.

El *betta* azul marino pareció al fin darse por aludido y reaccionó de manera similar a su contrincante, hinchándose todo lo que le fue posible. Erizando sus aletas en una advertencia muda e intentando no parecer menos que su rival.

Ambos peces nadaron en círculos que se iban cerrando sobre sí mismos, como si cada cual estuviese midiendo las fuerzas del otro.

Cuando la situación parecía querer alargarse sin mayor espectáculo, el coro de voces decayó por unos segundos, llenando el aire de una impaciencia implícita y espesa que podía respirarse. Algunos billetes trocaron de manos.

Bruscamente, el pez burdeos cambió el sentido de su marcha. Gesto que fue jaleado por un nuevo ascenso en el constante murmullo de los apostadores. Muchos interpretaron que se preparaba para atacar, buscando lanzarse contra la refulgente aleta caudal de su oponente. Sin embargo, Thomas tuvo la sensación de que, si hubiera podido, aquel pequeño pez habría escapado. Se inclinó un poco hacia delante, impaciente por ver la reacción del otro *betta*. Aquel gesto algo indeciso fue suficiente para que el azul se lanzase con toda la furia contenida de que fue capaz sobre su oponente. Abriendo la desproporcionada boca y mordiendo el costado del granate cuando este apenas había terminado su giro de ciento ochenta grados.

El pez atacado se revolvió sobre sí mismo, buscando escapar sin recibir un nuevo mordisco. En su costado podía apreciarse un pequeño círculo sin brillo donde sus escamas habían sido arrancadas por el mordisco de su oponente.

Por unos pocos segundos las apuestas se siguieron rápidamente, acompasando una serie de fugaces embestidas que el luchador de azul lanzó con la furia de un toro de lidia. Y cuando todo parecía decidido y el pez granate ya cabeceaba, Thomas pudo entender, por el tono, las quejas de aquellos que suponían que perderían su dinero.

El precioso pez luchador de colores rojizos permaneció inerme, haciendo difícil saber si los últimos ataques de su oponente eran o no en balde. Una diminuta gota de sangre se diluyó en el agua del frasco. El azulón pareció comprender que era el vencedor y se separó de su rival manteniendo las agallas bien abiertas y las aletas extendidas.

Thomas pudo ver por el rabillo del ojo cómo el viejo desdentado que le había servido la sangre de serpiente sonreía divertido, y tuvo el tiempo justo de apreciar cómo, en el preciso momento en que uno de los mandamases parecía querer dar por finalizado el combate, el pequeño luchador granate volvía repentinamente a la vida

abalanzándose sobre un rival que no tuvo tiempo a reaccionar por la sorpresa.

No le pareció tan distinto a la vida o a los relatos de guerra. A las reacciones del héroe en las novelas de aventuras. Y le gustó verse a sí mismo pensando de ese modo en un entorno como aquel, en un lugar como ese. Convirtiéndose en un personaje adecuado a una compleja trama. Le pareció que el pequeño pez burdeos se había dejado hacer, simulando debilidad, y ahora se tomaba su venganza.

Le sorprendió ver tanta brutalidad en un cuerpo tan pequeño. Tuvo que admitirlo. Hubiese esperado algo semejante entre las altas hierbas de la sabana, y no en las aguas manchadas de los arrozales. Habría sido fácil entenderlo si se tratase de majestuosas hembras y territorios de caza, y no de diminutos nidos flotantes e insignificantes huevos. Era fácil aceptar un comportamiento semejante en dos viejos machos de león africano; sin embargo, resultaba bastante difícil observar el mismo encono en aquellos pequeños peces, señores simbólicos de unos cenagales.

Se veían trocitos de carne blanquecina, algunas escamas azules que caían al fondo del tarro como hojas de otoño mecidas al viento, y se veía al furioso macho del color del buen vino embistiendo una y otra vez el cadáver de su contrincante, como si pudiese imaginar que corría el riesgo de ser víctima de una engañifa similar a la que él mismo había perpetrado.

Thomas estaba seguro de que sus heridas eran mortales, pero no pudo dejar de admirar su arrojo y valentía. Para él fue heroico, digno de una gesta de caballeros, y lamentó que al vencedor no le esperase más que regresar a un frasco en un estante y morir por la probable infección que se comería su cuerpecillo; le pareció injusto.

Finalmente, uno de los organizadores metió la mano en el bote de cristal para retirar el cadáver del *betta* azul y, para asombro de Thomas, el pequeño luchador superviviente atacó al hombre mordiendo sus nudillos.

El tailandés lanzó sin más miramientos los restos del pez hacia el exterior fangoso y devolvió al campeón a su frasco con gestos bruscos. Thomas se fijó que, en cuanto quedó de nuevo en el agua, el animalillo asumió por unos instantes su pose de combate, como incapaz aún de aceptar que todo había acabado.

Los billetes cambiaron de manos, las apuestas se pagaron, algunas caras conocidas se marcharon y otras similares llegaron. Todo el ritual comenzó de nuevo y Thomas se bebió de un trago su aguardiente para calmar el creciente dolor que comenzaba a palpitar en sus sienes. Empezaba a sentir la adrenalina acumulándose en su cuerpo.

Contempló otro par de combates sin apostar antes de decidirse a jugar, y cuando lo hizo actuó como en las mesas de juego. Fríamente, con apuestas altas (tanto como le permitieron), mostrando desprecio por el dinero y seguridad en sus decisiones. Calculando sus posibilidades como si estuviese contando los tantos en una mesa de *black jack*, o analizando una ruleta que cojease.

Jugó y ganó. Ganó mucho dinero, miles de *bahts* en mugrientos billetes llenos de restos de tierra, aguardiente y sudor. Le gustó, casi tanto como el casino.

Cuando se cansó la cabeza le dolía, la excitación del juego rezumaba por sus poros y sentía como si necesitase algo más allá.

Antes de irse le regaló al anciano de las serpientes unos cuantos billetes y se echó otro trago de sangre caliente y fresca.

Cuando salía comenzaba a lloviznar, y pequeñas gotas de barro mancharon los bajos de sus pantalones de lino blanco mientras el aroma a tierra húmeda se mezclaba con los humos de una cercana carretera que ahora, con el ambiente cargado, podía oírse en la distancia. Thomas dudaba entre irse de putas, buscar algún lugar donde ver un combate de *muay thai* o matar al taxista y llevarse el coche sin más.

Le costó decidirse, y más aún le costó hacerse entender. Pero, tras una serie de incoherentes respuestas y un diálogo que le hastió por lo ridículo, pudo llegar a la conclusión de que, como era jueves, le merecería la pena acercarse al Ratchadamnoen Stadium, en el viejo distrito ribereño de Bagnlamphu. Según logró descifrar, podían esperar llegar sobre las ocho de la tarde, justo para disfrutar de los grandes combates de la velada.

Thomas había pensado que lo mejor sería dejar las putas para después de los combates y que resultaría más práctico dejar con vida al taxista.

En lo que no había pensado es en que terminaría la velada viendo cómo el río se llevaba aquellos tres cuerpos de colegialas.

Mientras recordaba, el sol terminó de ocultarse por entre los árboles de Central Park y, para su desgracia, la familiar sensación que se había desbordado en Bangkok comenzaba a hurgarle las entrañas de nuevo.

Era como un enorme parásito que parecía haber ido creciendo, alimentándose con su propio deseo.

1977

Era una de entre cualquiera de las otras: humilde, de piedra, con una era a un costado, una pequeña huerta y un cuidado jardín con algunos frutales que enseñaban sus flores tempranas. En un lateral tenía una cochera anexa en la que un desvencijado automóvil hacía compañía a un tractor de naranja desvaído que había sustituido al típico carro para las tareas del campo. La propiedad estaba rodeada por un muro bajo de piedras irregulares amontonadas sin mucha gracia, y la cancela de entrada, que colgaba abierta de unas bisagras vencidas, tenía más óxido que pintura.

Allí, de pie, tras el corto paseo desde la plaza, a Sinesio se le presentó la incertidumbre. No había tenido muy claro lo que esperaba, pero era evidente que su imaginación le había jugado una mala pasada. Allí estaba la puerta ahumada, a la vieja usanza, tal como había dicho la posadera. De eso no cabía duda, era la casa de los Crecente, aunque nada había que anunciase que aquella era la de los famosos *escritos*.

Como no había ningún signo de vida aparente a la vista echó a andar, reconviniéndose por haber imaginado un escenario mucho más estrambótico del encontrado.

Fue aumentando de volumen progresivamente.

El miedo no llegó de repente. Fue ascendiendo como el nivel de una marea aceitosa, a medida que sus oídos asimilaban el sonido y que su cerebro supo deshacerse de sus pensamientos.

Cuando fue capaz de distinguir el gruñido claramente ya estaba encogido con el pie derecho en un paso pendiente.

Si se hubiera echado a ladrar sin más, corriendo de aquí para allá, Sinesio no se habría sentido tan intimidado. Era un mil leches mestizo, con pinta de mastín, con el pelo del lomo erizado y bien asentado en los cuartos traseros. Enseñaba unos enormes colmillos amarillentos tras los belfos descorridos y arrugados, brillantes de saliva.

Manteniendo la cabeza gacha el perrazo avanzó su mano derecha lentamente, empezando a caminar hacia Sinesio.

—¡*Tuso*! ¡Quieto… Tranquilo, no hace nada. No muerde.

A Sinesio se le atascó una carcajada en su garganta seca. No estaba muy seguro de dónde provenía aquella voz, pero sí lo estaba de que en pocas horas acabaría saliendo, con un aspecto bien diferente, por el recto de aquel monstruoso perro, que avanzaba hacia él lentamente, elevando el volumen del gruñido gutural que le surgía de lo más hondo del pecho.

—¡*Tuso*! ¡Obedece… ¡Quieto!

Un borrón, que tardó unos segundos en convertirse en un mandilón de verdes desvaídos, entró en el campo de visión de Sinesio caminando decidido hacia el perro.

Era una mujer menuda, con piernas huesudas que despuntaban por debajo del sencillo dobladillo del vestido que cubría el mandilón. Los pequeños pies se movían ligeros con la resoluta actitud de ella, las manos acompasaban, alzándose en gestos bruscos de amenaza al perro.

Cuando llegó hasta el animal, y sin aparente miedo o vacilación, le descargó un fuerte cachete en el hocico remangado.

—¡Que te he dicho que te estés quieto!

El perro cambió su postura con rapidez, enfundando los dientes, cesando el gruñido y guardando el rabo entre las piernas mientras agachaba aún más la cabeza y miraba con ojos serenos a la que, por fuerza, debía ser su dueña.

Sinesio consiguió apoyar por fin el pie que había dejado en el aire y recuperó el resuello que le faltaba después de medio minuto sin respirar. La mujer lo miraba extrañada mientras daba palmaditas en el cogote al animal, que ahora empezaba a mover la cola tímidamente mientras alzaba la cara hacia ella.

—¿Está usted bien? No se preocupe, no le habría mordido. Es solo que le cuesta hacer amigos —y encorvándose hacia el perro continuó diciendo—: ¿Verdad? ¿Eh? Trasto, que eres un trasto sin modales —le dijo sonriendo al animal mientras le palmeaba cariñosamente el grueso pescuezo.

Y como Sinesio no hacía gesto alguno que no fuese el de respirar, la mujer volvió a hablarle.

—Ande, entre. Déjeme que le invite a un café en tanto se le pasa el susto. Venga —sugirió ella mientras echaba a andar hacia la casa y el perro trotaba feliz siguiéndola.

Sinesio no fue capaz de articular palabra, aunque encontró redaños como para ponerse en movimiento.

Cuando traspasó el umbral se encontró a la mujer sirviendo café humeante en un pocillo viejo y al perro tumbado al calor de la vieja cocina de chapa que rodeaba una mesa de piedra basta.

Era pequeña, de esa clase de mujeres que siempre se ponen de puntillas para besar a su hombre. Con el frágil aspecto de un pajarillo. Tenía los huesos finos y la piel seca punteada por lunares y pecas. Llevaba el pelo recogido, con los rubios reflejos que entretejían el castaño natural atrapados en una trenza que pendía por encima de su hombro derecho. La cara era luminosa, con grandes ojos verdes y una nariz que se hacía pequeña al lado de unos altos pómulos sonrosados. Tenía las manos ásperas por el trabajo en el campo y un orzuelo enrojecido que le afeaba el ojo derecho.

—¿Le apetecen unas gotas de *coñá* en el café? —Sinesio negó con la cabeza y siguió mirando al perro, que parecía haberse decidido a echar una siesta—. Ande, siéntese. Por cierto, ¿qué puedo hacer por usted? —y, mirando a Sinesio con ojo

crítico, añadió—: ¿Se ha perdido? ¿Necesita indicaciones?

—No, no… —consiguió responder él moviendo torpemente el estropajo en que se había convertido su lengua—. No, buscaba la casa de Crecente.

—Ah, pues ya la ha encontrado —le sonrió ella dicharachera urgiéndolo de nuevo a sentarse—. Yo soy Rosalía Crecente. Encantada. Y ahora, tomémonos un café mientras me dice qué puedo hacer por usted.

Ya ambos sentados a la mesa, con el calorcillo de la cocina encendida filtrándose a través de la piedra, Sinesio revolvía el azúcar de su infusión al tiempo que Rosalía lo miraba divertida, bebiendo pequeños sorbos de su café solo.

Rosalía estaba encantada con la visita, era una distracción agradable que rompía la rutina del trabajo, y observaba con curiosidad el rostro anguloso y afilado de Sinesio mientras esperaba pacientemente a que se decidiera a hablar.

Echando furtivas miradas al perro, que ya dormitaba plácidamente, Sinesio consiguió tejer unas pocas palabras.

—Verá, yo…

—No, por favor, tuteémonos —lo interrumpió Rosalía.

—Ah, sí claro… Me llamo Sinesio, encantado. Sinesio Amorós —se presentó él tendiéndole una mano fláccida de uñas descuidadas que ella cogió suavemente—. Yo venía porque he oído hablar de unos *escritos* para defenderse contra el…

—Ah —lo interrumpió de nuevo ella, vivaracha—. Pues el que ahora se encarga de eso es mi hermano mayor, Esteban. Pero ha ido a la ciudad a por unas piezas para el tractor. De todos modos, dime Sinesio —y él se sintió turbado al escuchar su nombre—, ¿de qué se trata exactamente?

Ella compuso un gesto serio, como para facilitarle la esperada confesión que ya había escuchado de otros clientes. Rosalía era consciente de que mucha gente acudía a su casa como último remedio y que, además, solían hacerlo con muchas dudas y recelos, sintiéndose a un tiempo avergonzados y esperanzados. Ella conocía la rutina, ya que si bien era su hermano quien se encargaba de tramitar los *escritos*, era Rosalía la que usualmente intermediaba con los clientes, aprovechando su sonrisa dulce para generar confianza y vencer prejuicios. Así, mientras Rosalía le daba tiempo para ordenar sus pensamientos, Sinesio se percataba de que tenía que haber pensado en el modo correcto de abordar la cuestión que lo había traído hasta allí. Sin embargo, tuvo la suerte de su lado cuando, tras unos segundos más de espera, Rosalía, malinterpretando su silencio, se decidió a contarle la historia de aquellos redichos *escritos*. Una especie de discurso ensayado que Rosalía usaba para convencer a los indecisos, algo que en aquella época, y con el tractor estropeado, le hubiese venido de maravilla a los Crecente, pues el ingreso adicional supondría una madera a la deriva en la que aferrarse.

—Verás, Sinesio, todo esto empezó con mi abuelo. A finales del siglo pasado —se arrancó ella con palabras que le eran familiares—. Él era marinero, y muy devoto. De hecho, siempre contaba que poco le faltó para hacerse cura. Yo, por desgracia, no

lo recuerdo muy bien, era muy pequeña cuando murió. Aunque también contaba que una vez había visto una ballena más grande que su barco… —Comentario tras el que Rosalía hizo una acostumbrada pausa, esperando que Sinesio sonriera.

Él lo hizo, torciendo sus finos labios sin mucho convencimiento, más que nada para forzarla a ella a continuar con la historia.

2009

Habían pasado ya dos semanas, y Günther había logrado averiguar por fin el paradero de Iolande (así se había hecho llamar Xyomara).

O, al menos, estaba bastante seguro de haber conseguido averiguarlo.

Aunque había algunas cosas que hacer además de confirmar sus sospechas.

Desde hacía unos días, ciertas insinuaciones sobre permisos de apertura y licencias para la distribución de bebidas alcohólicas habían convencido a Pancho de concederle a Lis unas vacaciones indefinidas. Y, tanto ella como Günther, habían intentado llenar esos días con el ansia que sentían el uno por el otro. Sin embargo, por más que lo intentaron no pudieron colmar sus deseos, pues la desazón que ahogaba a Lis se empeñaba en formar un *menage a trois* al que no había sido invitada.

Para Günther habían sido días de contrastes, había descubierto en su interior una ilusión que creía marchita. Y había aprendido a luchar contra la desagradable realidad que suponía admitir la profesión de Lis. No le quedaba más remedio que reírse con ganas cuando la pequeña Carlota decía que le gustaban mucho sus «coquídeas» porque parecían hadas, y no había tenido más opción que angustiarse cuando Lis se echó de nuevo a llorar sobre su hombro mientras le repetía una y otra vez que estaba segura de que algo malo le había sucedido a Xyomara (así se había llamado Iolande).

La noche anterior, él había conseguido convertir un pollo en un pedazo de humeante carbón renegrido, y aquel fracaso culinario había sido una deliciosa excusa para verla reír. Por eso, y porque sabía muy bien lo que significaría, Günther miraba indeciso el teléfono de su mesa mientras tamborileaba con dedos inquietos por encima del fax que acababa de recibir.

No tenía una identificación positiva, pero era consciente de que debía de ser Iolande. Un cadáver de mujer en una playa en avanzado estado de descomposición y medio comido por los cangrejos. La respuesta más simple era, precisamente, Iolande.

Lo que hizo a continuación le dolió enormemente, pero, por más que meditó sobre ello, no pudo llegar a decidirse por un modo mejor de actuar.

—¿Aló?

—¿Vida?

—¡Hola, grandullón!

—Ah… Hola, Carlota, ¿cómo estás?

—Bieeeeeeen. Estoy pintando tu jardín, es precioso, es maravilloso, es fantástico… Me encanta tu jardín, hay tantas flores, tengo mucho que pintar, pero… Es tan bonito…

—Claro, claro. Oye, pequeña, ¿está mamá contigo?

—Está en la cocina. ¡Me está preparando tortitas! ¿A ti te gustan las tortitas?

—Eh… Sí, por supuesto. Ya verás, uno de estos días te llevo a un sitio que conozco en San Miguel. Hacen las mejores tortitas del mundo, te lo prometo.

—¿De veras?

—Sí, de veras. ¿Crees que ahora podrías dejarle el teléfono a mamá?

—¡Desde luego! —la niña intentaba hablar como sus mayores—. Pero no se te ocurra pensar que me voy a olvidar de la promesa, ¿eh?

—No, no te apures, te llevaré, tranquila. Ahora pásame con mamá, por favor. Tengo que hablar con ella.

Y esperó hasta que oyó la voz de Lis al otro lado de la línea, apretando el auricular con las yemas de los dedos blancas y el ceño fruncido.

Lo que más le dolió fue mentirle por primera vez. No le apetecía cancelar su cita para almorzar, y tampoco le apetecía tener que ocultarle que (a lo mejor) había encontrado a su amiga. Pero todo su raciocinio le decía que callar era una opción mucho mejor. Al menos hasta estar seguro de que aquel cadáver putrefacto era el de Xyomara. Günther llegó a convencerse a sí mismo de que sería preferible mentir que dar una mala noticia a medias. Y si no era Xyomara, de qué le serviría a Lis la verdad. Aun así, sabiendo que le asistía el sentido común, le dolió tener que mentirle. Iba a ser la primera vez.

Solo le quedó el consuelo de prometerse a sí mismo que, descubriese lo que descubriese, se lo confesaría todo a Lis en cuanto le fuera posible.

Hizo un par de llamadas internas, comprobó unos cuantos datos con la delegación remitente del fax y condujo pensativo cuatro horas, hasta el parque natural Manuel Antonio, fumando compulsivamente hasta que el cenicero del Land Cruiser acabó pareciendo un bosque de enanos árboles venenosos. Cuando paró a repostar se bajó del todoterreno con un cigarrillo encendido, que se consumió encima del surtidor mientras él, abstraído, llenaba el depósito.

Solo hizo una parada más, para estirar las piernas y serenarse. Se detuvo en un puente, uno largo y viejo que echaba sombra a un caudaloso río de aguas enturbiadas. Vagabundeó un poco, masajeándose los músculos, y se acodó en la barandilla para fumarse un pitillo.

La cerilla nunca llegó a encenderse, un desagradable presentimiento se apoderó de él. Allá, en el fondo del cauce, las siluetas de los cocodrilos se mecían en la suave corriente.

El trayecto de regreso fue un martirio, como caminar sobre brasas calientes que se caldeaban más y más a medida que se acercaba a Alajuela, al pequeño bloque de construcción barata, a Lis.

Cuando entró por la puerta todo se pareció a lo que había vivido con tanta

intensidad y cariño los días previos. Hubo sonrisas, hubo pellizcos y carantoñas, hubo risas infantiles. Hubo algún roce de manos, hubo besos.

Günther esperó a que la pequeña Carlota se fuese a dormir, incluso consiguió leerle unas cuantas páginas de *Las brujas* de Dahl sin equivocarse más que en un par de líneas. Aunque no pudo evitar sentir el reptar helado de una tenia en sus intestinos cuando la niña se tapó el rostro con la sábana blanca. Le recordó tanto a lo que había visto pocas horas antes que le pareció distinguir un terrible brillo de plástico blanco en la sábana, que reflejaba inocentemente los colores vivos de la lámpara infantil de la mesilla de Carlota.

Luego llegaron las lágrimas, gruesas lágrimas que se derramaron por su camisa y que se acurrucaron en su ombligo.

Lis hipaba luchando por controlar sus sollozos, y Günther la acariciaba con ternura, pasando sus dedos por el brillante pelo negro. Su enorme mano le cubría la cabeza en una escena casi paternal.

Lis lloraba y Günther hablaba.

Le contó casi todo, pero omitió los detalles más dolorosos. Le contó que Xyomara estaba muerta, le dijo que tendría que aprender a vivir de lo hermoso de sus recuerdos. Le habló de muchas cosas, pero no le dijo que la habían mutilado.

No le explicó los cortes, ni le habló de la opinión del médico. Tampoco le dijo que estaban casi seguros de que era diestro. Y no le dio detalles respecto a la piel amoratada, los mordiscos de las alimañas o la terrible descomposición.

Y no le dijo nada del olor, una mezcla entre el jabón de lavanda que usaba su madre y el vómito reciente de un borracho con bulimia que tuviese por costumbre alimentarse de higadillos pasados.

Hubo muchas cosas que no se atrevió a contarle, y se sintió mal por no decirle toda la verdad a la mujer que empezaba a querer con todo su corazón.

Sin embargo, se ocupó de grabar a fuego aquellos detalles en su mente. E intentó convencerse a sí mismo de que era evidente que Xyomara no había sido una primera víctima fortuita. Su intuición le decía que los restos de Xyomara llevaban una firma, y quiso creer que podría seguir esa firma para servirse una fría venganza.

Aunque él nunca llegaría a saber cuánto se equivocaba. A fin de cuentas, era policía y no adivino.

1977

A Sinesio se le seguía escapando alguna que otra mirada nerviosa al perrazo que dormitaba del otro lado de la mesa.

Rosalía remató su café antes de continuar con su relato.

—Como te decía —se echó a hablar tras pasarse la lengua por los labios, recogiendo los restos de infusión—. Mi abuelo era marinero. Por hacer breve una larga historia digamos que el destino lo llevó al norte, hasta la Costa de la Muerte, a intentar ganar algunos cuartos fuera del pueblo. Yo creo que lo hizo porque le apetecía conocer algo de mundo. En cualquier caso, vivió allí unos cuantos años, trasegando la mar, pescando sardinas… —Rosalía calló un momento, viviendo de algún recuerdo—. Él siempre decía *la mar*, nunca *el mar*… Vamos, que trabajó mucho intentando ahorrar algo… Por cierto, ¿quieres otro café?

—No, gracias —contestó Sinesio echando un vistazo al dedo de oscuro líquido marrón que quedaba en el fondo de su pocillo.

A pesar de la negativa de él, Rosalía se levantó igualmente para servirse uno más a sí misma. El perro, olvidándose de su siesta, miró a su ama mientras esta trajinaba con el puchero, y no volvió a echarse tranquilo hasta que ella se sentó de nuevo.

—Bien —continuó ella tras un sorbito de su segunda ración—, durante aquellos años tuvo varios patrones distintos, y del último de ellos siempre hablaba con bastante desprecio. Lo describía como un mal bicho con pocos escrúpulos. Se preocupaba demasiado por su bolsillo, y muy poco por calafatear el barco antes de cada invierno. El caso es que ese hombre, el patrón, tuvo un lío de faldas con una mujer de Malpica a la que se le suponía *meiga*, ya sabes, bruja. Mi abuelo decía que a ella nunca la llegó a conocer, pero que tenía fama de ser una curandera muy buena y que se ganaba bien la vida, que tenía muchos clientes. No solo en los alrededores de Malpica, sino que incluso gente del interior de la provincia acudía a ella, guiados por su fama. Se contaba que arreglaba el mal de la paletilla, que preparaba remedios y filtros…

—Sí, creo que me hago una idea —la interrumpió Sinesio, deseando que ella fuese al grano.

Rosalía sonrió al darse cuenta de la impaciencia de él. Había conseguido interesar con su historia a aquel hombrecillo.

—Claro… Pues por lo que recuerdo, el patrón anduvo cortejando a esta mujer durante un tiempo, supongo que te lo imaginas: algún regalo, algún paseo, cosas así. Sin embargo, aquel amorío no le impidió andar de romerías y fiestas. Se iba de ronda

siempre que no lo reclamaba la mar y la bruja andaba ocupada. Y, en esos días, me contó mi abuelo, acudió a la bruja una muchacha de Cerqueda para pedirle un filtro de amor que, fíjate lo que son las cosas, resultó ser para el patrón, al que había conocido en una verbena unas noches antes y del que había quedado enamoriscada por culpa de sus galanteos y gallardías. Obviamente, cuando la bruja reconoció a su pretendiente en las descripciones de la moza la bilis se le arremolinó en el paladar. Vamos, que aquello no le sentó muy bien. Y así, desairada, se supone que empleó todos sus conocimientos en maldecir al patrón y, lo que es más importante, a su barco. Le echó mal de ojo…

—¿En serio? —la cortó de nuevo Sinesio—. Mal de ojo… He leído sobre eso. —Su sorpresa era sincera, era un tema que le interesaba. Tanto como para prometerse a sí mismo investigar más a fondo sobre aquella bruja y su historia en cuanto pudiese.

Antes de continuar, Rosalía lo miró con suspicacia, considerando las palabras de aquel curioso personaje. Preguntándose qué tipo de persona podía interesarse en leer acerca de aojamientos.

—Sí, en serio —insistió Rosalía—. Mal de ojo, que según me contó mi abuelo, no era algo muy de extrañar por aquel entonces, bueno, aunque tampoco ahora, ¿no? —preguntó Rosalía sin esperar respuesta—. Recuerdo haber oído que muchas barcas pesqueras llevaban, y algunas siguen llevando, cuernos de buey o de carnero, para librarse de tales maldiciones. Algo que, supongo, es más fácil de aceptar cuando sales a faenar todos los días en aguas de una costa que, precisamente, se llama de la muerte. Aunque claro, mi abuelo siempre hablaba de ese tipo de cosas con mucho desprecio porque, como ya te dije, él era muy devoto. Siempre decía que la única solución estaba en la fe, en el rezo. Él creía firmemente que si uno oraba y se comportaba como buen cristiano no había mal de ojo, encantamiento o desgracia semejante de la que no pudiera librarse. De hecho… —Rosalía se detuvo un instante, como considerando lo que iba a decir a continuación—. Bueno, mejor no te cuento nada de eso, que si no te voy a estropear el resto de la historia. —Y aprovechando la pausa se terminó el segundo café—. ¿Por dónde iba? Ah, le habían echado mal de ojo al patrón y su barca por líos de faldas. Ahora bien, si lo supo antes de embarcarse, no les dijo nada. Ni a mi abuelo ni a los otros dos que faenaban con él. Eso es algo que sabrían más tarde, ya verás cómo. Total, que se embarcaron para salir a faenar una mañana que había amanecido como otra cualquiera. Pero, cuando ya se habían alejado de la costa… Voy a servirme otro café, ¿quieres uno?

A Sinesio, semejante cambio de tema lo pilló desprevenido y le costó unos segundos reaccionar.

—No, estoy bien, gracias. No me apetece nada más.

En esta ocasión Rosalía aprovechó para darle unas palmadas al perro que, comportándose como si fuese distinto del que minutos antes había estado a punto de comerse a Sinesio, le ofreció el vientre mientras emitía guturales sonidos de satisfacción barriendo el suelo con el rabo inquieto.

—Cuando era pequeña y me asustaba ir a por leña de noche —continuó Rosalía al tiempo que volvía a sentarse con su nuevo café—. O ir al establo para ordeñar, o… cualquiera de esas cosas que asustan a los niños. Mi abuelo siempre me decía que no me preocupase, que no era malo tener miedo y que ya lo iría superando. Además, como para congraciarse conmigo, me decía que él también le tenía miedo a muchas cosas. Y cuando yo le preguntaba qué era lo que más miedo le había dado en toda su vida, él siempre me contaba esta historia que te cuento yo ahora —se detuvo un momento, recordando la impresión que le había causado oír a su severo abuelo hablar del terror que había sentido—. Me dijo que, cuando apenas se habían alejado lo suficiente como para empezar a preparar la faena, unas oscuras nubes de tormenta se abalanzaron tan rápidamente sobre ellos que toda luz se escurrió de golpe. Decía que en el horizonte vieron cómo cielo y mar se fundieron con el color del hollín, y que de repente pareció tan de noche que los rayos les hacían doler los ojos. La mar se desbocó y enormes olas comenzaron a sacudir la barca, convirtiéndola en poco más que un corcho a la deriva, como un juguete en la tina del baño de un niño travieso.

Rosalía parecía contarlo como si lo hubiera vivido. Probablemente porque su abuelo había conseguido que la chiquilla que había sido sufriese sus propios temores al sumergirse en aquella historia con la ingenua intensidad de la que solo los niños son capaces.

—Las olas, de agua oscura y fría, barrían la cubierta con fuerza y sacudían a los hombres, que se caían y se golpeaban con los aparejos sueltos y las cajas vacías de pescado. Mi abuelo había pasado malos ratos en la mar, como sabrás, las aguas de esas costas son muy traicioneras… Recuerdo que me decía que los cementerios de esa zona son cementerios de mujeres y niños, que las lápidas de los hombres eran inútiles porque habría que tirarlas a la mar, que era quien se los quedaba… —Tras un par de segundos de silencio Rosalía recuperó el hilo de la historia—. Fue terrible. Supongo que todos pensaron que se iban al fondo cuando el agua comenzó a llenar las bodegas y sus esfuerzos por achicarla, entre bamboleo y bamboleo, se volvieron inútiles. Y entonces fue cuando el patrón comenzó a lamentarse de aquel mal de ojo de la bruja que había estado cortejando. Hasta llegó a pedir perdón a gritos a sus hombres, intentando hacerse oír por encima del retumbar de los continuos truenos. Por lo que mi abuelo me contó, la poca compostura que habían podido mantener se perdió cuando el patrón comenzó a gritar que lamentaba haber engañado a la bruja por encima de la caña del timón. Daban bandazos de un lado a otro y las cosas empeoraron rápidamente, aunque supongo que, en parte, fue más bien porque en lugar de gobernar la nave el patrón se dedicaba a lamentarse… Se dieron por muertos, y uno de los marineros dejó de preocuparse por achicar agua y buscó un cabo en el que atar siete nudos, para protegerse del maleficio… Debió de ser un caos, trata de imaginarlo, gritándose los unos a los otros, cada cual pensando en su propia vida, la barcaza sin gobernar, la lluvia arreciando… El otro marinero, que se había hecho con un saco de sal de la bodega, la tiraba a diestro y siniestro, rogando

protección. Y mi abuelo, al ver a aquellos hombres aferrándose a semejantes supersticiones, se decidió a intervenir. Alzó la voz y comenzó a rezar el responso de San Antón, que él creía era el más eficaz contra los aojamientos y *meigallos*. Según dijo, le costó un mundo hacerse oír, a pesar de que la barca no era más que una bañera grande…

—¿El responso de San Antón? —preguntó Sinesio interrumpiendo el relato de Rosalía.

—Sí, por lo que decía mi abuelo es tan efectivo que si pillas a un zorro robando una gallina del corral y lo dices en alto, la gallina se soltará y regresará sola mientras el zorro huye… Cuentos de viejos.

—Ya, bueno, ¿quién sabe? Quizá tenga algo de cierto en el fondo, ¿no?

Y ambos se miraron cómplices, como queriendo admitirse con los ojos que, de hecho, podían creer en aquello que no se atrevían a expresar con palabras.

—Siempre he pensado que debe de haber algo de verdad en el fondo de muchas de esas creencias —habló de nuevo Sinesio—. No sé, en estos últimos tiempos he leído mucho al respecto y he descubierto que hay muchas supersticiones que, en realidad, tienen una explicación más que razonable. Hay muchas cosas que no podemos comprender, aunque eso no las hace menos ciertas… Pero mejor será que lo dejemos para otra ocasión, dime, ¿qué pasó después de que tu abuelo empezase a rezar?

—Pues… Pues parece que el año que había pasado en el seminario despertó su habilidad de predicador. Él siempre decía que había sido como una revelación…, una epifanía…, bueno, como se diga. Que se sintió inspirado por una fuerza divina y que al responso de San Antón le siguió un padrenuestro, y que les habló a todos de que se salvarían si tenían fe. Que no importaban los conjuros o los males de ojo, que la fe podía salvarles. La verdad es que debió de ser una escena bastante estrambótica. El caso es que mi abuelo hizo la promesa de peregrinar descalzo hasta el sepulcro del apóstol Santiago, en Compostela, si es que salían con bien de aquella.

—¿Descalzo? ¡Vaya!

—Sí, bueno, ya te he dicho que casi termina siendo cura. Pero eso no es lo más impactante, lo increíble es que mi abuelo contaba que en el mismo momento en el que formuló la promesa la lluvia se debilitó. Él se animó y empezó a rezar de nuevo, y los otros tres le acompañaron, y la tormenta empezó a escampar. Según decía, se fue tan rápido como vino, dejando un mar como un plato de sopa y un sol radiante en el cielo. La verdad es que debió de ser algo muy impresionante.

—Sí, desde luego… Pero ¿qué tiene que ver todo eso con los *escritos*? —inquirió Sinesio.

—Ten paciencia —le encomendó Rosalía antes de continuar—. Como puedes imaginar, volvieron a puerto inmediatamente y mi abuelo dijo que aquella misma tarde marchaba a cumplir la promesa dada y que ya no volvería, que regresaba a Dúbriga en cuanto terminase su peregrinación a Compostela. Solía repetirme —a

Rosalía se le escapó una sonrisa— que el patrón le dio un billete de cien pesetas, que en aquellos tiempos debía de ser toda una fortuna. Imagínate cuánto le debió de impresionar que siempre recordó que en el billete aparecía un retrato de Quevedo… Fuera como fuese, esa misma tarde canceló las cuentas con la casera de la habitación que tenía alquilada, empacó sus cuatro cosas y con las botas atadas entre sí, colgando del cuello, se echó a andar, descalzo… Me contó que necesitó tres días para llegar a Lavacolla, ¿sabes?, donde se lavan los peregrinos y se preparan para entrar en Santiago de Compostela.

—Sí, sé a lo que te refieres. La leyenda dice que hay una fuente y no sé qué… Pero lo que sigo sin ver es la relación con los *escritos*.

—Espera, ya verás. Bueno, al final, mi abuelo llegó a la catedral y visitó las reliquias del apóstol y… Y ya no supo qué más hacer. Así que cuando ya pensaba en abandonar la catedral y volverse a Dúbriga se cruzó con un párroco que salía de un confesionario y que resultó ser un antiguo compañero de aquellos meses en que mi abuelo estudió para cura. Como es lógico, se saludaron con alegría, hablaron de los viejos tiempos, charlaron un rato y, al cabo, el sacerdote le preguntó qué hacía en la catedral con los pies deshechos. Así que mi abuelo le contó la historia, le explicó todo lo que había pasado, y cómo estaba allí cumpliendo una promesa. Aquel hombre escuchó todo el relato con atención y se sintió profundamente conmovido.

»Le dijo a mi abuelo que debía hacer una cosa más antes de regresar a Dúbriga. Según el cura, mi abuelo debía continuar peregrinando hasta Finisterre y después regresar a Santiago para volver a verle y recibir algo. Le dijo que tenía que visitar la capilla de San Guillermo, en el mismísimo cabo del fin del mundo, y que una vez allí debía pasar el día rezando. Porque además, resultaba que, escondido bajo el altar de la pequeña ermita, se guardaba una copia del libro de San Cipriano que…

—¿Una copia del libro de San Cipriano?, ¿del *Ciprianillo*? Yo, ¡yo he leído mucho sobre ese libro… ¿De verdad le dijo eso?

—Bueno, eso decía mi abuelo, sí —le contestó Rosalía sin entender muy bien la excitación de Sinesio. Para ella, lo mejor de la historia estaba todavía por llegar—. ¿Por…

—Verás, ese libro es una leyenda en sí mismo. Es… Es, no sé, es una pista fantástica —dijo Sinesio sin darse cuenta de que, al menos en parte, estaba revelándole a Rosalía su verdadero interés en los *escritos*, al descubrirse como interesado en la temática—. Por lo que recuerdo, el libro lo escribió San Cipriano, que llegó a santo por no querer apostatar. Lo decapitaron los romanos o algo así, fue como por el siglo III. No recuerdo los detalles, pero se supone que el libro es un enorme compendio de remedios contra los maleficios, signos cabalísticos, curas, rituales e incluso métodos para descubrir tesoros encantados… —Sinesio se estaba atropellando al hablar—. Hasta se dice que el mismísimo diablo y otros príncipes de las tinieblas escribieron algunas de sus líneas, incluso lo firmaron, supuestamente obligados por Cipriano. Se cree que hay muchas copias de un original perdido,

aunque hay quien especula con que ese original esté, precisamente, en las criptas de la catedral de Santiago… Aunque también es cierto que hay quien afirma que está en la biblioteca de la universidad, en un sótano tras una verja de hierro con representaciones místicas… ¿Tienes idea de lo que significaría encontrar una copia de… —Sinesio razonó por un momento, alzando los ojos—, una copia de al menos un siglo de antigüedad?

—Pues no, no lo sé —le contestó Rosalía fingiendo una indignación que no sentía en realidad—. Y tú, ¿quieres saber cómo acabó mi abuelo metido en lo de los *escritos*?

—Ah, claro, perdona —repuso Sinesio mostrándose avergonzado—. Es que me he emocionado, lo siento. Sigue por favor, cuéntame.

A Rosalía empezaba a hormiguearle el estómago, le gustaba aquel hombrecillo.

—Bueno, pues… ¿por dónde iba? Ah, sí. Que mi abuelo no supo muy bien el porqué, pero al no tener compromiso alguno accedió a la petición de su antiguo compañero, y lo del libraco ese vamos a dejarlo… Peregrinó durante tres días más, caminando hacia el que había sido el fin del mundo conocido —a Rosalía se le escapó una sonrisa ante el recuerdo—. Él siempre insistía mucho en eso de que había llegado a Finisterre, lo decía como si todavía no se hubiese descubierto América. Y se pasó un día entero rezando en la capilla de San Guillermo antes de regresar a Santiago. Una vez de vuelta, tras dar recado a uno que andaba de monaguillo, mi abuelo pudo ver a su antiguo compañero de seminario.

—Y ahora viene lo de los *escritos*, ¿verdad?

—Sí, ahora viene. Verás, por lo que contaba mi abuelo, aquel sacerdote se encontró con él llevando una cartera de cuero, y le preguntó si sabía algo de las dispensas para *escritos* de devoción y cura. A lo que mi abuelo, aclarando que nunca había pedido uno para sí, respondió afirmativamente, y mencionó que había oído de feligresías en las que el párroco extendía este tipo de textos consagrados. Era consciente de que mucha gente acudía a ellos para librarse, o librar a sus animales, de maleficios y cosas semejantes.

—Ah… Pues a mí no me suena de nada…

—Hombre, es evidente que ahora es una práctica casi olvidada, pero que en otros tiempos fue muy frecuente. Supongo que cuando la iglesia más cercana está a días de camino… Piensa, cuando no había coches, con apenas unos pocos caminos. Creo que es lógico asumir que la gente quisiera cosas de ese estilo. En cualquier caso, que mi abuelo sabía de lo que le hablaban. Entonces, el sacerdote le explicó que en algunos casos se concedían dispensas especiales para que un seglar pudiera escribir estos textos, y que aunque normalmente se hacía para lugares sin iglesias cercanas, también podía hacerse en caso de que ese seglar hubiera demostrado una fe o devoción especial que le hiciesen dignos de semejante confianza.

Y en este punto de su historia, Rosalía se levantó de nuevo, dejando a Sinesio intrigado.

—Cuando le había explicado todas estas historias —continuó Rosalía, ya en pie y caminando fuera de la cocina—, el sacerdote le tendió la cartera de cuero. —Rosalía elevaba el tono de voz para hacerse oír por Sinesio, este advirtió que ella parecía hurgar en algún mueble—. Y en aquella cartera había una concesión especial del arzobispado de Santiago a nombre de mi abuelo y sus descendientes. Además, había formularios para *escritos* con las expresiones, leyendas y párrafos apropiados de los evangelios —Rosalía volvía a su tono de voz normal a medida que regresaba a la cocina con las manos ocupadas—. Vamos, con la parafernalia adecuada como para que, añadiendo unos pocos detalles, como nombre del beneficiario, propósito y demás, mi abuelo pudiese expedir los famosos *escritos* contra el maldecir y el mal hacer —concluyó ella, sentándose de nuevo y apoyando en la mesa una cartera de cuero con un aspecto ajado y descolorido.

2009

Thomas dejó el crepúsculo en Central Park y paró un taxi. Pidió que lo llevase al sur por Broadway y que lo dejase en el cruce entre Bowery y Delancey. Le apetecía cenar algo en Little Italy. Mientras buscaba un restaurante de su agrado pensó que al día siguiente por la mañana podría aprovechar un par de horas perdiéndose en algunas de las galerías del Soho. No despegaban hacia Madrid hasta la noche, así que tenía por delante otro día para disfrutar de la Gran Manzana.

Thomas era de los que disfrutaba de los espacios abiertos y de los parajes naturales, aunque podía aceptar un par de días urbanos siempre y cuando la ciudad le ofreciese algo. Así que en Manhattan se encontraba relativamente a gusto, el único problema esa noche era que comenzaba a notar cómo la necesidad de matar empezaba a rezumar por sus poros.

Sentía sus sienes retumbar como un diapasón desafinado y la tensión contraía sus tendones. Sin embargo, quería controlarse. No deseaba volver a ser descuidado y zafio, de eso ya había tenido bastante en Bangkok.

Se concentró en cada uno de sus pasos e intentó jugar una partida de ajedrez comenzando con la apertura Sokolski.

1. b4	e5
2. Ab2	f6
3. e4	Axb4
4. Ac4	Cc6
5. f4	exf4
6. Ch3	Cg–e7
7. Cxf4	Ca5
8. Axf6…	
Y jugaban negras…	

Cuando llegaron a las cercanías del Ratchadamnoen Stadium a Thomas le pareció entender que su taxista le recomendaba aceptar los servicios de un *guía* que él conocía, y que este le ayudaría a comprar las entradas en las taquillas para extranjeros, le señalaría los combates interesantes del programa, e incluso le conseguiría una chica muy *sànùk* para que lo sobase un poco mientras disfrutaba del espectáculo.

A esas alturas, a Thomas le molestaba tanto la cabeza como para importarle muy poco si estaban intentando timarle. Aceptó la oferta y esperó unos minutos en el coche, disfrutando del aire acondicionado, mientras su conductor iba en busca del supuesto mejor conocedor de todos los entresijos del *muay thai*.

El estadio fue una decepción.

A pesar de los esfuerzos de su *guía*, no logró ilusionarse con lo que vio. Estaba atestado, y el penetrante olor especiado del sudor viejo se le incrustaba en las fosas nasales, pujando por primar sobre el espeso tufo del tabaco barato.

Le explicaron que si se decidía por los asientos de primera fila, al lado del cuadrilátero, no podría apostar, lo que le restaba la mayor parte del encanto. A partir de ahí, y rebajando el precio de la entrada, podía elegir entre estar medio sentado en un lugar apartado, reservado para turistas incautos, o arracimarse de pie en alguna de las esquinas, corriendo el riesgo de verse involucrado en una de las frecuentes peleas que se originaban entre los exaltados aficionados, e incluso pasar como un mochilero más en las secciones medias.

Ninguna de las opciones le hizo gracia, aunque finalmente optó por un lugar intermedio y se dispuso a esperar el primer combate mientras se abanicaba con su panamá e intentaba rebajar su dolor de cabeza masajeándose las sienes con los dedos de su mano libre.

Había multitud de chicuelos descalzos que corrían de un lado para otro llevando las pujas de las apuestas y comunicando los tantos a uno. El quejumbroso ritmo de la banda de música tradicional se enroscaba en el griterío de la gente. Y multitud de desharrapados mochileros hablaban excitados a su alrededor.

No aguantó mucho. Llegó a sentir que si pudiese mataría a todos y cada uno de los asistentes. Sentía una tremulosa presión en las meninges que le obligaba a centrar la visión a menudo. Sacudiendo la cabeza para librarse de imágenes de sangre y miembros descuartizados. Sintió la necesidad de prenderle fuego al estadio y observarlo arder hasta que solo quedasen cenizas, escuchando los gritos agónicos y nerviosos de los que se quemarían vivos.

Dio unas cuantas propinas y dejó el asiento caliente tras de sí, olvidándose el sombrero con las prisas por salir de aquel ambiente agobiante.

Caminó sin rumbo, boqueando en el bochornoso aire caliente y húmedo del trópico. Pasó por el monumento a la Democracia y se fue acercando al río.

Tropezó con la multitud de la calle Th Khao San, con sus tiendas, sus restaurantes, sus letreros de neón, sus vendedores ambulantes, sus cientos de *túk túk* enredándose en atascos sin sentido en los que sus esforzados palanquines discutían con placer, sus aromas encontrados, sus hoteles para avaros, sus vagabundos. Con sus encantadoras vistas de postal y su frenética actividad. Y sintió que los ojos se le salían de las órbitas, incluso apuró el paso inconscientemente.

Y por simple fortuna terminó respirando algo de paz cuando se encontró de bruces con los verdes *lamphu* que extendían sus ramas en el parque Santichaiprakan.

La brisa ribereña del paseo del parque resultó calmante. Thomas logró aminorar su paso mientras caminaba alrededor de la antigua fortaleza blanca, resto inmemorial de la vieja ciudad, que dominaba los parterres de hierba.

La torre octogonal de la fortificación lo vio pasar indiferente, aunque, de haber tenido sentimientos, habría llorado al saber lo que iba a hacer aquel extranjero.

Thomas se sentó en uno de los bancos de piedra que se alineaban en la orilla izquierda del Chao Phraya y consiguió relajarse lo suficiente como para que el dolor de cabeza disminuyese hasta un umbral aceptable.

Empezaba a sentirse relativamente bien. Aunque el frenesí de dolor y muerte que había percibido no se había marchado para siempre, simplemente se había acurrucado en el fondo de su cerebro.

Algunos turistas paseaban por el parque. Había lugareños sentados en otros bancos. Se distinguían parejas que se hablaban en voz baja, con las manos entrelazadas, retozando en los parterres de hierba. Era un ambiente tranquilo y plácido que parecía mecerse al arrullo del río.

Thomas miraba al norte, contemplando el puente de Wisut Kasat y encerrándose en sí mismo. Intentaba entender el reparto de momentos y los esfuerzos a que se verían sometidos los enormes cables que se tendían desde la gigantesca columna central del viaducto. Imaginaba el puente como una representación en papel y pintaba con su mente pequeñas flechas con las direcciones y sentidos apropiados.

La noche caía con la suficiente rapidez como para adivinar fácilmente que el ecuador no estaba lejos. Embarcaciones de todo tipo se movían por el río con faros que empezaban a destacar como luciérnagas en celo. Las luces de los hoteles y los altos bloques de apartamentos desfiguraban dameros de contrastes. La ciudad se preparaba para su agitada vida noctámbula.

Se iba sintiendo mejor poco a poco, permitiéndose echar de menos su finca del Alto Tajo y recordando su última cacería. Los minutos pasaban y dejaban un rastro de inconsciencia que avejentaba la ansiedad que había llegado a sentir en el estadio. Casi había dejado de oír los gritos…

Y todo se estropeó en un instante, cuando la estridente música retumbó sobre las hojas de los *lamphu*.

Una veintena de (descerebrados) personas con estridentes ropas deportivas se arremolinaban bajo una tarima en la que un hombrecillo se movía inquietamente de un lado a otro, dando sutiles órdenes y contando en voz alta las repeticiones. Parecían marionetas sin consciencia, monos repitiendo sin pensar los gestos de un domador. Daban brincos inconexos de un lado a otro, braceando incoherentemente en un paupérrimo ballet.

A Thomas le costó decidir si lo que más le molestaba era la música repetitiva o la imagen de aquellos (desgraciados) deportistas.

El dolor de cabeza regresó y el ansia de librarse de él surgió como una alimaña de una alcantarilla. Poco a poco para asegurarse vía libre y dejando tras de sí la

pestilencia de excrementos olvidados al sol.

Eran tres chiquillas que se detuvieron en su camino a casa, quizá volviendo de un caro colegio dirigido por austeras solteronas británicas que habían nacido en las gloriosas colonias del imperio. O a lo mejor habían decidido ir a comprar algo en alguna de las tiendas de moda de la calle Th Khao San. Llevaban uniforme. Falditas tableadas de cuadros verdes sobre paño azul, camisitas blancas con botones relucientes y sencillas chaquetillas verde oscuro. Llevaban altos calcetines blancos que les llegaban a las rodillas, sobre zapatos de charol redondeados con infantiles hebillitas a un costado.

Sonreían con las ganas pícaras de perder la inocencia que llevan dentro los adolescentes inquietos y miraban entre cuchicheos al monitor de *aerobic*, que seguía saltando por la tarima en su sincopada rutina, dejando estelas del púrpura brillante de sus pantalones cortos tras de sí. Se hablaban entre ellas con risas nerviosas, juntando las puntas de sus zapatos relucientes y tirándose del dobladillo de la falda con manos de uñas pulcramente cortadas que no llevaban esmalte.

Aquel hombrecillo del escenario se dio cuenta de la atención que captaba. Las saludó con un gesto de la mano y las invitó a unirse al grupo mientras cambiaba de ejercicio. Ellas tardaron segundos en alzar sus manos para negarse con gestos nerviosos y tímidos que les arrancaron gritos de complacencia. Necesitaron de ese tiempo porque se perdieron en un cacareo inconexo de mejillas ruborizadas en cuanto se supieron descubiertas.

Cada gesto se transformaba en una gota de agua nauseabunda que caía en un cubo de zinc oxidado con un repiqueteo que perforaba los tímpanos de Thomas.

Durante un minuto no pudo dejar de mirar alternativamente a ambos cabos de aquel extraño encuentro. Sintió odio, envidia, deseo y una mezcla burbujeante de pasión y repugnancia. Ni siquiera supo por qué, simplemente lo sintió. Probablemente fue porque él habría preferido que le mirasen de esa manera, que lo señalasen a él mientras sonreían.

Probablemente porque esa habría sido la escena que a él le hubiese gustado que escribiese el guionista. Porque él debía ser el héroe de la trama, porque eso era lo conveniente. Y no aquel desgraciado que saltaba sin decoro de un lado a otro.

Fue la gota que colmó el vaso, y no necesitó tener lógica para servir de espita que liberase el exceso de presión. Solo la excusa de la noche.

Mientras esperaba no pudo dejar de frotarse las manos como si se las estuviese lavando bajo un grifo de agua hirviendo. Su rodilla se movía inquieta arriba y abajo, haciendo que su mocasín de cordobán taconease un ritmo sincopado. Y mientras esperaba, las observaba.

Una de ellas era un poco más baja, con los hombros caídos. Estaba algo más gordita, tenía los tobillos poco definidos y abría los pies manteniéndose como un hombre con poca gracia. Su pelo no brillaba tanto y la redondez de sus mejillas hinchaba una cara abotagada en la que brillaban los puntos metálicos del aparato que

le afirmaba los dientes. Tenía una de las medias manchada y la chaquetilla del uniforme se abultaba sobriamente por encima de la cinturilla de la falda del uniforme.

Esa sobraba.

Se le hizo eterno, pero llegó un momento en el que aquel saltimbanqui con ropas chillonas cesó en su ir y venir por la tarima (por el cadalso). La concurrencia se dispersaba buscando botellines de agua y pequeñas toallas. Las estudiantes permanecieron allí, probablemente, esperándolo. Lo que enervó aún más a Thomas.

Analizó distintas posibilidades y planificó varias vías de acción según como resultase aquel encuentro. Internamente deseó que las tres adolescentes permaneciesen juntas.

La gorda sobraba.

Pero las otras dos podían resultar entretenidas.

La noche era ya dueña del parque y el flujo de gente se redujo notablemente. Quedaban algunos viandantes, unos pocos turistas que miraban al río, un par de parejas de enamorados.

Un grupo de monjes con sus túnicas naranjas pasó caminando como almas en pena. Sonó la sirena de una de las barcazas de transporte que cruzaba el río. Los mosquitos zumbaban buscando sangre fresca.

Finalmente se separaron, y las chicuelas pasaron frente a él caminando por el paseo de la ribera del río, cuchicheando felices entre risitas entrecortadas. Thomas pudo verlas con mucha más claridad y distinguió con disgusto cómo una de ellas tenía una fea verruga en el cuello. Era la más gordita y sobraba.

Sería la primera.

Thomas se puso en pie y echó a andar tras ellas con sigilo, escudriñando una oportunidad.

Se retrasó un momento y ni siquiera fue consciente de lo que iba a pasarle. Su cuello crujió, y a ese sonido áspero le acompañó el sordo impacto con el agua del Chao Phraya.

Sus compañeras se giraron y miraron en derredor, sorprendiéndose al no ver a su amiga y encontrar al europeo de traje blanco que les sonreía mientras se incorporaba.

La gente pasaba a lo lejos, ausente. Ambas gritaron una vez y él se abalanzó con los brazos abiertos, buscando ambos rostros.

La inercia de los ochenta kilos de Thomas los envió a los tres al suelo, y mientras se derrumbaban Thomas impulsó sus manos hacia abajo, intentando ganar más velocidad.

Una de ellas murió, o quedó inconsciente en la caída, su cráneo se cascó como un huevo fresco, salpicando de motas de sangre el pavimento en un punteado sigiloso que armonizó con el sonido grave del golpe.

La otra volvió a gritar, débilmente por la conmoción.

Thomas afianzó la mano y le tapó la boca firmemente, apretando lo suficiente como para sentir el calor de su aliento retenido y la humedad de la saliva que se

escapaba por las comisuras de sus labios cobrizos. Sus ojos castaños brillaban repletos de miedo y sus delgadas piernas pataleaban con furia sin lograr oponer fuerza suficiente.

Y él se decepcionó al descubrir que no podía deshacerse del cuerpo de la una sin dejar escapar a la otra.

Le entristeció no tener tiempo ni recursos para disfrutar de aquellas muertes y se arrepintió de no haberse controlado sin siquiera concebir por qué había reaccionado así.

Pensó por un momento en golpearle la cabeza repetidamente contra el suelo y terminar rápidamente, pero no pudo vencer la tentación de disfrutar de aquel momento.

Se sentó a horcajadas sobre ella, mirando furtivamente a los lados y descubriendo con placer que nadie parecía haberse fijado en ellos. Sintió en sus muslos los pequeños pechos incipientes de la muchacha.

Apretó con más fuerza. Subiendo la mano un poco, lo justo para taponar las fosas nasales de la chiquilla que ya nunca sería mujer. Acercó su rostro al de ella y sintió el palpitar de sus sienes mientras miraba con fijación los iris castaños. Lágrimas de desesperación resbalaban por las mejillas cetrinas de piel tersa y joven. No había arrugas en sus párpados. Ni las habría.

Apretó hasta que sintió como si ella se atragantase, notando cómo sus pechos le rozaban las piernas mientras los pulmones intentaban ganar un aire que no llegaba nunca.

La miró hasta que sus ojos se apagaron y no fueron más que los de un pescado revenido en el hielo fundido y sucio de una pescadería gris de un barrio en el que los niños encuentran jeringuillas usadas en las esquinas.

Le gustó ver cómo se apagaba aquella vida y solo lamentó no haber podido disfrutar de ellas una vez se había deshecho de la gorda. Solo lamentó que todo se hubiese precipitado.

Se deshizo de los dos cuerpos. El río se los llevó y él las miró alejarse.

Sentía la quietud habitual que le acometía después de matar y, al recuperar la frialdad, se asustó al ver las barcas en el río, los transeúntes a lo lejos y las luces de las habitaciones de los edificios de la otra orilla. Ahora, mientras el polvo se posaba, se sentía observado y vulnerable. Se sentía mediocre, propenso al error, uno más, y eso lo enfureció.

Había sido una inconsciencia que no había merecido la pena por el riesgo que había corrido. Y quiso arrepentirse.

Desde el restaurante de manteles a cuadros blancos y rojos había caminado en la noche neoyorquina pensando en lo que le estaba sucediendo. Por entre los edificios veía un pedazo del río Hudson y recordaba Bangkok lamentándose por el error.

Seguía sin poder explicarse lo que había hecho. Había sido un sinsentido.

Hasta entonces había podido controlar la mayoría de sus impulsos, a pesar del incidente del coche patrulla. Pero ahora todo parecía habérsele ido de las manos.

Y a pesar de que sabía que era un error decidió que esa noche también necesitaba cazar.

Lo encontraron al día siguiente en un banco de Central Park. No le dieron mucha importancia, no era más que un vagabundo. Y, probablemente, había sido el resultado de una pelea entre indigentes luchando por un lugar donde dormir. Solo un muerto de hambre que ya no volvería a pedir limosna a los turistas. Pasó a ser un John Doe, un Juan Nadie, en una etiqueta de una caja de cartón de un almacén de una de las comisarías del centro de Manhattan.

Aquella noche, mientras un policía obeso apoyaba un *donut* azucarado en su mesa, anotando algunos detalles, Thomas daba por radio el informe de posición de su vuelo al control de Nueva York.

Le dolía la cabeza. Se sentía ansioso.

1977

Aquel cuero viejo desprendía un olor penetrante, a residencia de ancianos mal ventilada, y tenía el tacto suave del mármol mejor pulido.

Sinesio supo de lo que se trataba en cuanto Rosalía lo tendió sobre la mesa.

—¿Es la que le dio aquel párroco de Santiago a tu abuelo?

—Sí, lo es, esta misma.

—Y… ¿puedo verlos?

—Sí, desde luego, para eso los he traído. Además, mi hermano no tardará en llegar, y entonces podrás decirle a él para qué lo quieres…

En ese momento, sintiéndose escrutado por los ojos verdes de Rosalía, él pudo sentir el interrogante implícito. Como si ella esperase de Sinesio una contraprestación a la larga historia que acababa de contarle.

Sinesio no se atrevió a decirle la verdad. Solo fue capaz de insistir en su última pregunta. Intentando desviar la atención.

—¿Puedo verlos?

Condescendiente, Rosalía contestó con una sonrisa velada que hizo bailar las pecas de sus mejillas, y se apropió de la situación. Asumiendo que, como a tantos otros que ya había visto, a Sinesio le costaría desvelar las razones que le habían llevado hasta su casa. No dijo nada más, pero empujó suavemente la carpeta para que el propio Sinesio la abriese.

Y Sinesio desligó la trencilla que se prendía en un corte del cuero viejo y abrió la carpeta.

Lo primero que sintió fue decepción, no eran más que cuartillas llenas de letras. Eran de papel viejo, se notaban las marcas de las mallas de los moldes de secado, y tenían el inconfundible tacto de las fibras de trapos. Estaban amarillentas, con agujeros salteados que marcaban el camino que habían seguido los pececillos de plata al comerse la celulosa.

Había muchas, y todas tenían las mismas impresiones. Sinesio cogió una de entre las que se desparramaron al abrir la cartera, abriéndose como una baraja.

En la mitad superior, bajo la leyenda I.N.R.I., se veía, bien centrada, una planta simple de la manida cruz latina. Una silueta de línea doble con los brazos en blanco, en ellos se leían iniciales que Sinesio no pudo comprender.

—¿Sabes lo que significan? —le preguntó Rosalía al ver a Sinesio pasear un dedo indeciso por los brazos de la cruz tipográfica.

—No, no tengo ni idea. Uve, erre, ese… No, no sé.

Ella se alzó lo justo para acercarse un poco a Sinesio y, hombro con hombro, ir indicando cada una de las letras del acrónimo y citar su significado. Él se sintió turbado.

—Verás —dijo ella señalando con el índice de su derecha la parte superior del brazo vertical y desplazándolo hacia abajo a medida que dictaba cada letra—. V.R.S., y separado con una pequeña cruz se sigue con N.S.M.V.S.M.Q.L.I.V.B. —Hizo una pausa y retomó con el dedo el texto en el remate para ir diciendo la palabra asociada a cada letra—. *Vade Retro Satanás*, y si seguimos bajando, tras la cruz, *Nunquan Suadeas Mihi Vana, Sunt Mala Quae Libas, Ipsum Venenum Bibas*.

A Sinesio la excitación que le produjo escuchar el nombre de Satanás se le arrejuntó con una extraña sensación de frialdad que se agarró a su cogote como una sanguijuela enferma.

—Y ¿qué significan esas palabras? —preguntó él.

—Ah, pues no lo sé, verás, es que en la parte de abajo viene el significado de las letras, pero está en latín, creo —le respondió ella mientras señalaba el tercio inferior de la cuartilla.

Sinesio siguió de nuevo el dedo de Rosalía, y vio, en las líneas que indicaba, la traducción de las abreviaturas del brazo horizontal de la cruz al tiempo que ella seguía hablando y él podía leer las palabras que Rosalía iba pronunciando.

—¿Ves? A la izquierda, unas; a la derecha, otras. Ambos juegos de letras separados por la crucecita… Mi abuelo me explicó, siendo yo niña, que había que decir a la siniestra y a la diestra. Aunque a mí eso de siniestra siempre se me hizo muy cuesta arriba, me parecía raro usar esa palabra para algo que yo siempre había llamado simplemente izquierda… Bueno, de todos modos. A la izquierda, C.S.S.M.L., que, como puedes ver, significa…

—*Crux Sancta Sit Mihi Lux*… —leyó Sinesio directamente de la cuartilla, interrumpiéndola—. Y a la derecha: ene de *Non*, de de *Draca*, ese de *Si*, eme de *Mihi* y de de *Dux; Non Draca Si Mihi Dux*.

—Eso es. Además, en latín también se incluyen estas plegarias que ves a los lados de la cruz, que ruegan porque las peticiones asociadas al *escrito* se vean bendecidas por la providencia divina. Y también se hace referencia a la concesión que se le dio a mi abuelo por el arzobispado de Santiago, en junio de 1893.

—Y también se dice que la fe en esta cruz y jaculatoria es un acto de devoción que, sin embargo, de considerarse infalible, supondrá una actitud pecaminosa.

Sinesio no dijo nada al respecto, pero aquella aclaración del arzobispado le pareció muy conveniente y apropiada. A fin de cuentas, razonó, si el *escrito* no funciona, siempre podrán contestar que o bien se tenía poca o mucha fe.

Rosalía pareció leerle el pensamiento a Sinesio y lo miró con el rostro torcido, en un gesto bastante infantil.

—Resulta bastante útil como excusa, ¿verdad?

—Sí, no me atrevía a decirlo en voz alta, pero estaba pensando lo mismo —

confesó Sinesio alzando la mirada desde la cuartilla.

Ambos quedaron mirándose a los ojos por unos instantes, en un silencio que fue al tiempo incómodo y bien recibido.

—Y… Y cuando alguien necesita… Cuando alguien quiere la protección de los *escritos*…, ¿le dais uno de estos papeles… ¿Y ya está? —preguntó él deshaciéndose del embarazo del momento.

—Oh, no. No. Como te dije, mi hermano se encarga ahora de todo eso. La cosa tiene los siguientes pasos. En primer lugar, cuando alguien quiere acogerse a la protección de los *escritos*, digamos, porque cree estar aojado, o por… —Rosalía lo miró con intensidad, dándole una nueva oportunidad a Sinesio para decirle el motivo de su visita.

Sinesio notó el rubor ascender por sus mejillas y un terrible calor en sus orejas.

—Bueno, me parece que debería explicarme…

—Tranquilo, dime, estoy segura de que ya he escuchado algún caso como el tuyo. Piensa que esto empezó con mi abuelo, le siguió mi padre y ahora lo hace mi hermano. Son muchos años y cientos de *escritos*, en esta misma cocina se han escuchado historias inimaginables. No te preocupes, estoy segura de que lo que me cuentes será la verdad, ya he escuchado las más increíbles desgracias y, con el tiempo, he llegado a comprender que, como poco, para el que las ha sufrido son completamente reales.

Rosalía intentaba así darle a entender a Sinesio que por muy estrambótica y fantasiosa que fuese su historia podía confiar en ella para desvelarla.

—Me han contado historias de brujas, de maldiciones, de almas en pena, de bestias deformes… Tranquilo —insistió Rosalía.

—Bueno, es que todo ha pasado tan rápido, con lo del perro y eso. En realidad yo no he venido aquí… Es que tú lo diste por sentado antes de que yo pudiera explicarme… Es que… Yo, estoy aquí intentando averiguar algo sobre un *escrito* que debió de dar tu abuelo a los pocos años de volver de Santiago. Si… Si no me equivoco, tu abuelo debió de darle uno al señorito Diego Rafael Xián de Villafins e Castro, al heredero de la familia del pazo, en algún momento cercano a la muerte de sus padres, la desaparición de su hermana y su propia muerte. Aunque también puede ser que la hermana muriese…

Sinesio calló de repente, dándose cuenta de que estaba añadiendo detalles que poco tenían que ver con el motivo que lo había traído hasta allí.

Rosalía tardó unos segundos en reaccionar.

—Vaya, me siento como una tonta. Como preguntaste por los *escritos*, pues pensé que…

—No, no, el que lo siente soy yo, debí dejar claro… Es que con lo del perro… Y luego empezaste a hablar…

Y volvieron a mirarse a los ojos por unos instantes que a Sinesio le parecieron deliciosamente maravillosos.

Rosalía sonrió tímidamente y Sinesio la imitó.

—Te llevaste un buen susto, ¿verdad? Cuando te vi ahí de pie. Estabas blanco como la leche —y sus labios se curvaron un pellizco más, enseñando un poco los dientes.

—Sí, la verdad es que sí, pensé que ese perrazo tuyo iba a masticarme como si fuese un chicle.

Se echaron a reír, primero tímidamente y luego con ganas. *Tuso*, como dándose por enterado de que habían estado hablando de él, levantó el hocico de entre las patas y los miró extrañado. Parecía no ser capaz de comprender a qué venía tanta algarabía.

Cuando las risas bajaron de intensidad Rosalía se levantó y sirvió dos cafés más. Y aunque a Sinesio no le apetecía, lo aceptó con gusto. Mientras ella le tendía el pocillo él se concentró en los pequeños dedos que rodeaban la taza barata.

—Bueno, ¿y qué quieres saber exactamente sobre ese *escrito*?

—Cualquier cosa. No sé, cualquier detalle podría ser revelador —contestó Sinesio—. Para empezar, estaría bien saber si ese *escrito* existió realmente, y mucho mejor aún saber cuál era su propósito exacto. ¿No tendréis, por casualidad, un registro de todos los *escritos* que se han hecho?

Rosalía meditó un momento su respuesta, considerando lo que sabía y lo que podía compartir con Sinesio.

—Pues… No tenemos ningún registro o diario. Ni nada semejante que nos permita afirmar si mi abuelo le dio al señorito ese *escrito* o no. Nunca hemos anotado ese tipo de cosas. Además, me temo que mi hermano no va a poder ayudarte, o que no querría aunque pudiese —le dijo Rosalía—. Y yo, la verdad, no recuerdo nada que pueda servirte. Me parece que en este caso habría que recurrir a mi padre para averiguar algo, pero no está. Se ha llevado las ovejas a pastar, salió un rato antes de que llegases. Tardará en volver.

—¿Tu padre? Anda, cuando me dijiste que tu hermano Esteban era el que se encargaba de los *escritos* imaginé que tu padre había… Bueno, que había fallecido.

—¿Mi padre? No, qué va. Ese nos enterrará a todos, fuma como un carretero, dos cajetillas diarias de Celtas. Bebe más orujo que agua y siempre se desayuna con un buen trozo de tocino y queso de oveja. La última vez que lo llevamos al médico, a regañadientes, el doctor dijo que no se lo podía explicar, pero que estaba fuerte como un toro. No, mi padre tiene cuerda para rato. Es solo que hace unos años, cuando falleció mi madre, prefirió que mi hermano se fuese encargando de este asunto de los *escritos*. Ya sabes cómo son los mayores, a pesar de estar tan bien, siempre está hablando de que le falta poco para morir, de que debemos tener en cuenta que cualquier día nos deja. Ese tipo de cosas.

—Sí, sé a qué te refieres, tengo una tía que suele decir lo mismo. Se vuelve muy pesada —le replicó Sinesio pensando en Paulina.

—Ya… Dejando a un lado el asunto de su salud —Rosalía se tomó un momento antes de continuar y aprovechó para beber un sorbo de café—. Lo malo es que yo no

sé si servirá de algo intentar hablar con él. Me temo que aunque mi padre recuerde alguna cosa no querrá hablar de ello. Tanto él como mi hermano se toman esto de los *escritos* como si se tratase de pecados revelados en confesión y ellos fueran sacerdotes, no sé. Lo veo complicado.

—Ah, vaya, entonces, ¿crees que no sacaré nada en claro? —preguntó Sinesio preocupado.

—Sí, lo cierto es que veo difícil que obtengas algo de mi hermano, si es que sabe algo, y mucho menos de mi padre.

Eran malas noticias para Sinesio, que no estaba seguro de qué hacer a continuación, así que más por ganar tiempo que por verdadera curiosidad preguntó:

—¿Qué… qué era eso que me contabas antes?, ¿qué es lo que hace tu hermano para entregar un *escrito*?

—Ah, sí. Te decía que no se trata de entregar el papelorio sin más —Rosalía hizo una pausa para tomar otro sorbo de su café—. Verás, la gente plantea su problema y nos explica para qué o quién desea el resguardo del *escrito*. Puede ser para una casa, o una habitación, o para los animales y, por supuesto, para una persona o para la familia entera. Entonces, en los espacios en blanco de la hoja —Rosalía señaló los huecos entre la cruz y los distintos párrafos— se escribe el nombre del beneficiario y una descripción de aquello que se desea preservar libre de maldición, aojamiento o lo que sea. Después se trazan cuatro pequeñas cruces, una en cada esquina de la hoja, y se termina con esta cara escribiendo «amén», abajo y a la derecha.

—Qué ritual más interesante —acotó Sinesio mientras seguía pensando en lo qué podría hacer para convencer al padre de Rosalía de que hablase.

—No, no; si aún no se ha acabado.

—¿Hay más?

—Sí… Luego hay que doblar la cuartilla por la mitad, dejando el lado impreso en el interior del doblez. Así, ¿ves? —Le preguntó Rosalía mientras tomaba una de las cuartillas y la plegaba acorde a sus palabras—. Y esto es muy importante, porque luego, en esta cara en blanco, hay que escribir de nuevo el nombre del beneficiario y se añade la fecha. Y si se quiere que el *escrito* tenga efecto, el destinatario no puede desdoblarlo nunca, y mucho menos leer el contenido. Lo habitual es que se guarde así, doblado, en un lugar cercano a lo que se pretende proteger. Por ejemplo, clavándolo en el quicio de la puerta del establo si se quieren salvaguardar los animales. O si es para una persona, pues que lo lleve en el bolsillo o en la cartera, siempre consigo.

—Ah, ¿y lo de la fecha?

—Sí. Pues eso es porque los *escritos* tienen solamente validez por un año. Luego hay que renovarlos.

—¡Vaya! —Sinesio pensó enseguida que era un buen método de asegurarse ingresos regulares.

Rosalía, que empezaba a descubrir en los gestos de él sus emociones, se animó a

hablar rápidamente.

—Que los *escritos* caduquen al año no significa que se obtenga ningún beneficio adicional al renovarlo. Solo se pide un donativo en el momento de expedirlos por primera vez, luego se renuevan cada año por el simple hecho de traer el viejo. Sin ningún gasto. Además, te diré que tenemos unos cuantos casos de *escritos* que llevan renovándose desde hace décadas, incluso uno que originalmente extendió mi abuelo.

—¿De verdad?

—Sí, los hijos, y hasta los nietos, del peticionario original los siguen trayendo. Casi siempre son casos de *escritos* destinados a proteger la casa o las tierras familiares.

—Ya.

Rosalía lo miró con atención e inquirió.

—¿No me estás haciendo caso, verdad?

Sinesio convulsionó su cara en un gesto que a Rosalía le pareció el que ponía un niño cuando lo pillaban en una mentira. Se siguieron unos segundos de silencio, sin que Sinesio se atreviera a decir nada, hasta que finalmente Rosalía se decidió a hablar de nuevo:

—Estás pensando en que a pesar de lo que te he dicho te apetece esperar y preguntarles a mi padre y a mi hermano… ¿Por qué no empezamos por el principio? ¿Por qué no me cuentas a qué viene ese interés en un supuesto *escrito* que extendió mi abuelo para el señorito del pazo?

1977

Sinesio se explicó lo mejor que pudo. Primero con timidez, y luego, al ver que ella no le tachaba de loco, ganando confianza. Le contó lo de las teleplastias de la casita de Bélmez, lo de las psicofonías, todo lo que había leído ávidamente en las páginas de los periódicos. Le explicó cómo la curiosidad lo había llevado a buscar libros y revistas, tratando de encontrar respuestas a unas preguntas que tampoco tenía claras.

Por primera vez desde que empezara con su afición, Sinesio no se sintió ridículo al hablar de ello con alguien. De hecho, Rosalía le aseguró que ella misma podría contarle cosas que nunca se creería. Dijo que ella le podría hablar de ánimas y de fantasmas, y que a su casa había venido gente con las historias más inverosímiles. Y para ambos resultó evidente que se había creado un agradable lazo de unión.

Sinesio se sintió arropado en las sonrisas de Rosalía y siguió hablando. Le contó que había decidido pasar de la lectura y el análisis del trabajo de otros a hacer sus propias investigaciones, le habló del Premio de la Sociedad Suiza de Parapsicología. Y como habían empezado su relación con una extraña confusión decidió ser sincero y contarle sus fracasos, le habló de todas las cintas vacías, sin más ecos que los de los ruidos de la noche, que almacenaba en su pisito de la ciudad.

Le contó cómo había recordado los comentarios de su tío y las visitas al obispado. Y, finalmente, tras ir hasta el coche con *Tuso* trotando tras él, le enseñó su cuaderno y la transcripción que había hecho de las psicofonías de la capilla de los Castro.

Se las enseñó nervioso, temiendo que ella saltase al fin y lo tachase de lunático.

—Es curioso, parece como si esas voces se hablasen la una a la otra, ¿no crees? Es casi como si la voz que dices que suena como un hombre riñese a la voz infantil —comentó Rosalía.

—Es cierto, yo también lo he pensado. Aunque también podría asumirse que cuando dice «vete» se dirige a mí —conjeturó Sinesio señalándose el pecho huesudo.

—Sí, tienes razón. Puede interpretarse de varios modos.

—Bueno, como te decía, a mí también me pareció que podía ser un diálogo y, de hecho, he encargado un equipo nuevo…

—¿Y no te dio miedo escucharlas? —interrumpió Rosalía mirándole a los ojos.

Sinesio volvió a sentir el rubor enrojeciéndole las mejillas. Se puso tan colorado que Rosalía habría podido tomarle el pulso mirando cómo le palpitaban los lóbulos de las abochornadas orejas.

Bajó el rostro, avergonzado, y le contó la verdad. Confesó que había huido despavorido al sentir como si una mano fría le pasara por la espalda. Se lo contó todo

y se quedó callado cuando le dijo que había necesitado tomarse unas cuantas copas para serenarse y escribir aquellas líneas en su cuaderno.

Ella le cogió la mano y apretó suavemente.

—Tranquilo, yo también me he sentido así alguna vez. Tranquilo, te entiendo.

Y sin soltarse las manos siguieron hablando.

Sinesio le explicó todo lo que había descubierto, y le dijo que su tía Paulina le había contado lo de los *escritos*.

—… el problema —seguía hablando Sinesio— es que ahora ya no estoy seguro de si lo de las psicofonías puede tener que ver o no con la familia Castro. Fui tan estúpido de creer que, como los últimos años del señorito habían sido tan estrambóticos, pues… pues que esa tenía que ser la causa de la actividad paranormal…

—Ya, bueno, es razonable que pensaras así —le animó Rosalía.

—Pero ahora, tras lo que he leído en la biblioteca y lo que me contaron hoy en la taberna, ya no tengo claro si la relación es tan obvia como yo pensaba. Cambio de opinión según el momento, pero no estoy seguro de nada. —Sinesio gesticulaba con sus manos, llevándolas de un lado para otro—. Si no consigo encontrar algo en que basarme, no se me ocurre de qué modo podría darle sentido a esas psicofonías. Puede que no me quede más remedio que intentar obtener más psicofonías, e interpretarlas sin más. O a lo mejor tampoco tiene demasiada importancia si puedo o no explicarlas, hay muchas psicofonías que se han grabado fuera de contexto, la mayoría, de hecho.

—La verdad, estoy deseando escucharlas, ¿es posible?

—Sí, claro. Tengo la cinta en mi apartamento. Mañana podría traerla y las podríamos escuchar juntos. Es una pena que ya hayas leído la transcripción, porque los expertos dicen que si se tiene la oportunidad de que varias personas las escuchen se pueden comparar las interpretaciones, pero ahora estarías condicionada… De todos modos, se me ocurre una… ¿Por qué no vienes conmigo a la próxima sesión? —Según lo iba diciendo, a Sinesio le parecía mejor la idea, así no estaría solo—. Estaba esperando a que llegase el equipo nuevo, pero podríamos ir hoy mismo. Podría ir a la ciudad, recoger los trastos y regresar. Estaría aquí en apenas una hora y media, a tiempo para hablar con tu padre sobre los *escritos* y con margen para que vayamos a la capilla. Y así podrías escuchar las psicofonías. ¿Qué te parece?

Rosalía no pudo evitar sonreír al detectar la impaciencia en el tono de voz de Sinesio.

—Mira, para serte franca, me muero de curiosidad. Estoy deseando saber hasta dónde puedes llegar en esta investigación tuya y si realmente esos últimos años del señorito pueden tener algo que ver con las psicofonías, pero no creo que a mi padre le pareciese bien que me fuera por ahí de noche con un hombre que acaba de intentar sonsacarme sobre asuntos que, para él, son sagrados. Además, si se entera de que pretendes llevarme a una capilla a escuchar voces de muertos puede que saque su vieja escopeta y tengamos una desgracia —concluyó Rosalía con una suave sonrisa.

Sinesio permanecía callado, destilando vergüenza.

—Y no lo digo porque consiga pegarte un tiro, lo digo porque con todos los años que lleva sin ir de caza lo más probable es que el cañón le explote en la cara por culpa de la herrumbre —esta vez Rosalía terminó la frase con una risita.

Y a Sinesio se le escapó un bufido de fastidio contenido que pretendía decir que la mofa tampoco había sido tan graciosa. Sin embargo, sonreía.

Rosalía continuó.

—Mira, si te parece bien vamos a asociarnos. Me has contado tantas cosas interesantes que tengo el deseo de involucrarme. Si te apetece, yo intentaré que mi padre, y mi hermano si se tercia, me cuenten algo. Va a ser mucho más fácil que me lo digan a mí, aunque también me va a costar lo suyo. —Rosalía hizo una pausa intencionadamente más larga de lo necesario—. Quizá podamos averiguar algo —lo dijo haciendo especial hincapié en la forma plural—. Y luego nos vemos por la tarde en la capilla, a la misma hora que hoy, cuando mi padre sale a pastorear.

Como Sinesio se limitaba a mirarla embobado, Rosalía continuó hablando:

—Además, así podré escuchar las psicofonías, incluso podemos intentarlo con una nueva sesión. ¿Qué opinas?

Sinesio accedió sin pensárselo dos veces, no tanto porque confiase en lo que Rosalía pudiese averiguar por su cuenta, sino porque estaba deseando volver a verla.

Sinesio condujo hacia la ciudad a paso de tortuga, embobado por el recuerdo de Rosalía. Y, sin querer reconocer que para considerarse un verdadero investigador debería estar dirigiéndose a la capilla.

Presa de la inquietud, en la cama no hizo otra cosa que dar vueltas y vueltas, aunque esa noche se debió a la expectativa de volver a verla y no a sus miedos. Se levantó temprano, pero no se sentía cansado o adormilado, estaba demasiado nervioso como para dejarse vencer por la falta de sueño.

Llamó de nuevo al ayuntamiento para excusarse, aunque ese día le costó bastante que le creyesen. Sin embargo, no le importó. Tenía muy clara la agenda.

En la biblioteca, devolvió el libro de historia que había cogido prestado el día anterior. Impulsivamente, se decidió por abandonar aquella línea de investigación por el momento.

Luego se llevó la gran alegría del día.

En cuanto entró por la puerta, la sonrisa del dependiente fue suficiente confirmación.

—¿Ha llegado? ¿Verdad? Dígame que sí.

El hombre tras el mostrador no contestó, se limitó a moverse hasta una estantería y hacerse con una caja de cartón que bajó con cuidado.

—Ha tenido usted mucha suerte, mucha. Resulta que la he encontrado en un almacén de Madrid, a través de un amigo. La tenían allí olvidada desde que se había

descatalogado. La mandé traer por transporte urgente —concluyó el dependiente con intención.

—No se preocupe, si hay que abonarle algo adicional se hará. Lo importante es que haya llegado —se apresuró a decir Sinesio, abalanzándose sobre el mostrador.

—Pues aquí lo tiene, una Bajazzo de Telefunken.

Era exactamente el mismo modelo que había usado el propio Jürgenson, tal y como describía en el artículo leído de la revista *Mundo Desconocido*. La tenía. Ya podía intentar llevar sus experimentos un paso más allá. Y una agradable y cálida sensación de excitación le recorrió el cuerpo.

Regresó corriendo a casa para leer con calma el manual de instrucciones del aparato y preparar las notas que le permitiesen hacer el montaje pertinente para poder hacer su primera intentona ese mismo día.

El tiempo se le pasó volando, buscando en sus libros y revistas las opciones que había valorado y visto, decidiéndose por el mejor modo de conectar su recién comprada Bajazzo con el magnetófono.

Cuando se dio cuenta de la hora temió que se le hubiera hecho tarde y comenzó a prepararse apresuradamente.

Se quedó en la bañera hasta terminar arrugado como una pasa y se aseó tan concienzudamente como cuando su madre le limpiaba las orejas siendo un chiquillo. Incluso pretendió ser cuidadoso con el vestuario. Se pasó diez minutos buscando la última camisa que había comprado, todavía la tenía empaquetada, porque al llegar a casa desde la tienda le había dado pena estrenarla y había decidido guardarla para el funeral de la tía Paulina.

Gable se lo pasó en grande correteando por el dormitorio con las presillas de cartón que Sinesio quitó del cuello de la camisa nueva. Había recogido su equipo, un par de libros y unas revistas que quería enseñarle a Rosalía. Había atendido al gato, que lo miró con cara de disgusto cuando se fue. Y había regresado a Dúbriga llevando el viejo motor del destartalado coche al máximo de revoluciones.

Esta vez sí que tomó el desvío antes de llegar al pueblo.

Había llegado dos horas antes de lo previsto, y lo había hecho porque quería estar seguro de que estaría allí cuando ella se presentase. Le horrorizaba imaginar que si Rosalía aparecía y no lo veía pudiera cambiar de opinión y marcharse.

Esperó, con el coche aparcado donde lo había dejado la última vez, pretendiendo escuchar la radio mientras repasaba sus notas para el nuevo aparataje. Luego pulió las notas que había tomado en la biblioteca, hurgando en la memoria e intentando recordar qué podía haber leído sobre lugares sagrados y pozos, queriendo ahondar en lo que había oído en la taberna. Le había resultado curioso pensar que aquel punto coincidiese con otra de las cosas que le había contado su tía, aquello de los baños con agua del sepulcro.

El primero en aparecer fue *Tuso*, que trotaba tranquilo hacia donde él estaba. Poco después pudo vislumbrar a Rosalía, que iba envuelta en un chal y caminaba con

ligereza. Le dio un vuelco el corazón. En cuanto salió del Citroën para recibirla sintió la imperiosa necesidad de estirarse la pechera de la camisa y pasarse una mano nerviosa por las hombreras para deshacerse de la caspa que podía haberse acumulado.

—Hola —saludó ella—, me alegro de verte de nuevo.

Mientras hablaba miraba a Sinesio de hito en hito. Se dio cuenta de que estrenaba camisa por todas las rectas arrugas de empaquetado que le cruzaban el torso. Y no pudo evitar que una expresión maternal le modelase el rostro al percatarse de que el calcetín izquierdo de Sinesio estaba arrugado y a la altura del tobillo. «Es como un niño grande», pensó ella.

—Hola —respondió Sinesio sonriendo mientras revolvía los dedos inquietos.

Fingía entretenerse acariciando a *Tuso* entre las orejas. Era evidente que para el perro la relación entre ambos ya podía considerarse consagrada, aunque a Sinesio le seguía resultando aterrador. De hecho, si no fuese porque deseaba evitar los ojos de Rosalía no se habría atrevido a pasar la mano cerca de aquellos dientes.

Ella adoptó una posición más erguida y, con voz que pretendía ser solemne, anunció complacida:

—Mi apreciado socio, me veo en la necesidad de requerirle para una reunión conjunta de carácter urgente —lo decía mientras sonreía con picardía—. Me complace informarle que los esfuerzos realizados anoche han logrado arrojar luz sobre nuestras dudas, aun teniendo en cuenta que los sujetos del experimento no se mostraron receptivos.

—¿En serio? ¡Es fantástico! Yo también tengo noticias.

—Ah, muy bien, pero supongo que seguirás esa máxima de las damas primero, ¿no?

—Claro, claro, perdona, cuéntame.

1981

Después de que ella se hubiera marchado, dejando tras de sí el aroma de su perfume floral, Takeda se acercó hasta donde había estado sentada.

Olió y lamió el acolchado de la sencilla silla.

Y juró que se la comería.

Luego lloró porque no era suya y la quería. Lloró porque ella no le comprendía.

Y juró que se la comería.

Takeda Kawo tenía apenas veintitrés años, recién cumplidos. Había nacido en la ciudad portuaria de Kōbe, en la prefectura de Hyōgo, al sur de la isla japonesa de Honshū. Y siempre se había sentido diferente.

Había sido un niño atormentado por sus pesadillas que se crio entre algodones gracias a la infinidad de institutrices que el dinero de los astilleros de su padre había podido proporcionarle.

Era muy bajito, apenas un metro cincuenta, enclenque como una cerilla quemada. Lo había sido siempre, hasta para los de su raza.

Takeda tenía unos altos pómulos que marcaban su delgadez extrema porque redondeaban unas mejillas ligeramente asimétricas, llenas de viejas cicatrices de acné juvenil, que contrastaban llamativamente con una barbilla escurrida y unos diminutos ojos demasiado juntos que se perdían en miradas absortas bajo una frente despejada en la que, muy arriba, nacía un cabello fino, como hebras de telaraña y con el color de la axila de un cuervo, que ridiculizaba su rostro imberbe e inmaduro.

Había sido un chiquillo con la cabeza repleta de ensoñaciones y ahora era un amago de hombre que seguía viendo el mundo a través de una lente propia y deforme que hacía que a su alrededor todo mutase.

Pero, aunque era muchas cosas despreciables, Takeda estaba muy lejos de ser tonto. Había destacado muy pronto en los estudios, y enseguida se había interesado por la música y por la literatura, a pesar de que le dolió descubrir que ser diferente le alejaba de sus demás compañeros.

Y había sido su cerebro privilegiado (y el dinero de su padre) el que lo había llevado a La Sorbonne, tras un par de años destacando en la universidad de su Kōbe natal.

Estaba en París cursando un programa avanzado de literatura comparada, desvelando las filigranas de los grandes autores europeos. Había descubierto con

placer los poemas de Rilke y se había asombrado con las maravillas de la literatura alemana. Aunque, por desgracia, también había descubierto las largas piernas y las voluptuosas curvas de todas las estudiantes occidentales que se mezclaban en sus clases.

Takeda se había quedado anonadado al ver mujeres tan opuestas a las de su Japón natal. Le gustaban todas, pero se había enamorado de las más altas y rubias. De las más desvergonzadas, de aquellas que escudriñaban los libros con ojos azules mordiendo sensualmente lápices amarillos con sus labios pálidos. Eran objetos de deseo y veneración en los que Takeda veía incrédulo a las diosas nórdicas.

Y durante su primer año en la ciudad del Sena se había limitado a mirarlas con timidez, a espiarlas por los ventanales de los *bistrós* del barrio latino, a desnudarlas con el deseo de una mirada de sus pequeños ojos oscuros. Pero siempre desde la distancia, acobardado por el miedo al rechazo. Había practicado mil veces delante del espejo. Ensayando posibles fórmulas de acercamiento, invitando a tomar un café, preguntado por un autor, sugiriendo algo sobre un libro abierto; lo malo era que el reflejo que veía le resultaba ridículo al propio Takeda.

Había sido un pusilánime muñeco arrastrado por sus temores. Sintiéndose en todo momento como un espectador ajeno a la función que se representaba a su alrededor. Viendo con envidia a las parejas que paseaban juntas por el Jardin des Plantes. Atragantándose con los celos, que se le enquistaban en el pecho al ver como hombres más altos y fuertes besaban los labios de aquellas altas mujeres de sensuales curvas.

Llegó a convertirse en una rutina cómoda, similar a la que tendría un preso, sobrellevada con resignación. Se había acostumbrado tanto que hasta que ella apareció no se había planteado aceptar otra opción.

Ella se llamaba Monique Dorrion, una belga de las Ardenas con un cuerpo esculpido por la pasión y el deseo carnal. Hablaba francés, flamenco, inglés y alemán, y había aprendido a adorar los libros mientras paseaba en los bosques de las orillas del Ourthe, por eso había decidido estudiar literatura comparada en París, y por eso se encontró con el medroso Takeda.

Se había pasado semanas espiándola a hurtadillas, le había escrito poemas, y se había atrevido a tomarle unas cuantas fotografías unos días atrás. Ahora que el verano empezaba Monique estaba adorable con sus cortos vestidos de estampados florales. A él le gustaba especialmente uno azul, de seda ligera, porque hacía juego con sus ojos. Era un vestido de escote fruncido que se sujetaba con dos estrechas tiras de tela que resbalaban a menudo por sus hombros de piel nacarada, y a Takeda le encantaba ver cómo ella se colocaba distraída los tirantes con gestos sencillos. Y también cuando sus manos se enredaban en la larga melena rubia, o cuando se pellizcaba pensativa el mentón.

Las imágenes, como supo después, eran de mala calidad, Takeda no tenía ni idea de fotografía. Pero él las había recogido en la tienda de revelado como si hubiese sido un caballero templario haciéndose cargo de las reliquias de Santa Brígida. No había

abierto el gran sobre de brillante amarillo hasta llegar a su pequeño apartamento, de apenas cuarenta metros cuadrados en la Rue des Ecoles, en el corazón del *V arrondissement*. Su padre podía haberse permitido un apartamento mucho mayor o con muchos más lujos, pero, a Takeda le hacía ilusión que fuese así. Como el tópico, rozando la insalubridad de un pobre muerto de hambre, como Picasso, como Hemingway.

Takeda vivía en la sexta planta, y solo había ascensor hasta la quinta. Había subido el último tramo de escaleras saltando los escalones de dos en dos, con sus diminutos pies de dedos amartillados reverberando en el interior de unos zapatos que le quedaban grandes. Con el sobre pegado contra el pecho hundido y el corazón latiendo desbocado.

Era poco más que un cajón con un par de balconcitos. Un pequeño dormitorio en el que la cama solo dejaba espacio para pasar por uno de los lados, un baño con ducha pero sin bañera. Y un espacio común que hacía las veces de comedor, salón y cocina. Estaba pintado de un blanco que se pudría por las humedades y que ya empezaba a parecerse al color de las muelas cariadas.

Había acertado con la cerradura de milagro, empujando con suerte la llave justo en el momento en que su mano temblaba por los alrededores del ojo. Se había quitado la chaqueta, dejándola sin más en el gastado tresillo de piel sintética que tenía en el saloncito. Había buscado una botella de vino en la cocina y había encendido la radio. Quería que el marco fuese perfecto, con todos los detalles necesarios para disfrutar de unos momentos memorables ya que, por fin, tenía algo de Monique, algo de ella. Tras seleccionar en el dial el canal de clásicos de la onda media, se había sentado en su cama revuelta con el sobre amarillo en una mano y una copa de vino en la otra.

Sonaba algo que Takeda asoció con Wagner, como siempre con interferencias por la mala recepción. Lo que le había molestado, porque adoraba la música wagneriana, especialmente sus óperas. De hecho, muchas veces, cuando paseaba por París, podía imaginárselo caminando por las callejuelas de la *rive gauche*, lleno de desesperante pobreza e incomprendido. A Takeda le gustaba pensar que tenían mucho en común.

Había esparcido las fotos por la sucia sábana y las había contemplado con la veneración de un devoto. No eran buenas, y a él le parecieron frías y vacías, le habían supuesto una terrible decepción. Era ella, pero eran solo imágenes inconexas, les faltaba su gracia, su voz dulce, el movimiento suave y cadencioso de sus caderas. Le habían resultado simples y burdas, insuficientes. Se había sentido frustrado.

Entrecortada por las interferencias, la voz de un locutor anunció que se seguiría el arreglo que Korsakov había hecho del poema sinfónico de Mussorgsky *Una noche en el Monte Pelado*. A Takeda le encantaba aquella pieza, la leyenda rezaba que la obra recogía rumores subterráneos sobre voces sobrenaturales, actos de brujería y misas negras. Y, como japonés que era, Takeda adoraba las historias de fantasmas y brujas.

La frustración tuvo, sin embargo, algo bueno: había sido capaz de despertar en Takeda el coraje suficiente como para decidirse a hablarle a Monique. Al ver las

fotografías se había dado cuenta de que debía hacer algo si quería tener más… Más que sencillas imágenes e ilusiones.

A la mañana siguiente, en cuanto tuvo oportunidad, Takeda se había acercado tímidamente a ella y se había atrevido a decirle lo que tantas veces había practicado ante el espejo. Le preguntó si le apetecería quedar aquella tarde para comparar algunas notas sobre un trabajo alrededor de la obra de Grass que tendrían que entregar unos días después.

Monique había pensado que era una buena oportunidad. Había visto a Takeda destacar en clase en multitud de ocasiones, así que, había accedido. En parte por oportunismo y en parte porque la expresión avergonzada de Takeda le había resultado divertida.

Pocos días después volvieron a verse en un pequeño café de la Rue de Cesnier, no lejos de la universidad y del piso de Takeda. Fue de nuevo una excusa académica, y Takeda se había atrevido a sugerir que para la tarde siguiente Monique podría acercarse a su casa, para tener a mano todos los libros que pudiesen necesitar consultar.

Takeda la había esperado impaciente y había disfrutado cada segundo que había estado con ella.

Pero se había sentido frustrado de nuevo. Cada vez que ella hablaba, él deseaba besarla, y no se había atrevido. Si ella movía su mano para escribir él prefería imaginar que podía estar acariciándolo. Cuando ella miraba atenta las páginas de un libro él sentía una envidia corrosiva que le subía amargamente por la garganta.

Se había sentido desesperantemente privado de lo que ansiaba, había sido un desengaño aplastante. Una sensación de ahogo que encendía instintos tan bajos que Takeda ni siquiera conocía. Y que susurraban tentaciones impías en alguna circunvolución demasiado retorcida de su cerebro, haciéndolo pulsar dolorosamente.

Miraba a Monique, con las pupilas clavadas en el fondo de sus pequeños ojos, como un pobre vagabundo hambriento contempla los restos de comida podrida que rodean el contenedor de basura del callejón trasero de una tasca de mala muerte de un barrio bajo, con ansia, pero sin atreverse a disputarla con los perros callejeros.

Llegó a dolerle la cabeza.

Y ahora ella se había ido. Porque había quedado con un amigo, había dicho. Se había ido.

Y ahora que ella se había ido Takeda olió y lamió el lugar en que ella se había sentado y juró que se la comería.

Le dolía la cabeza.

1977

—Ni en un millón de años adivinarías todo lo que he descubierto —le dijo Rosalía a Sinesio con sorna, disfrutando de la expectación que causaría su comentario.

Él la miró sin saber muy bien cómo interpretar sus palabras. Estaba a punto de preguntar de nuevo cuando Rosalía volvió a hablar sin darle oportunidad.

—A ver, antes de contarte lo que he podido averiguar, aclárame una cosa. Me explicaste que algunos investigadores creen que las psicofonías pueden ser algo así como voces que permanecen en un lugar, fijadas… O, no sé, atrapadas en el tiempo. ¿Mejor así? Vamos, que se quedan ahí porque… Porque están asociadas a hechos o situaciones que fueron especialmente traumáticos o, si lo prefieres, de mucha intensidad emocional. Esa era una de las teorías, ¿no?

—Sí, bueno, pero no la única. Le llaman impregnación y hay otras…

—Eso, impregnación —interrumpió Rosalía—, lo tenía en la punta de la lengua. Suena muy poco creíble, la verdad. —Sinesio, dándose cuenta de que ella parecía tener mucho más que decir, prefirió guardar silencio. Además, él no tenía demasiado claro por qué hipótesis se decantaba—. Pero también dijiste que hay parapsicólogos que opinan que son voces, digamos, de los muertos…, de fantasmas… Como si hubiese quien tras haber fallecido quisiese comunicarse. ¡Los espíritus! Podría decirse que serían almas en pena, ánimas, o algo así, ¿no? —Y continuó hablando sin esperar respuesta mientras Sinesio afirmaba levemente con la cabeza—. Eso a mí me suena mucho más… Bueno, no, tampoco… Pero, vamos, al menos eso es algo que he oído muchas más veces. No te puedes imaginar cuántas historias sobre ánimas he escuchado desde que era niña, por no hablar de la cantidad de *escritos* que se han expedido en mi propia casa a ese respecto, ¡ni te lo imaginas!

»¿Sabes cuánta gente cree que algún pariente muerto los visita? —era una pregunta retórica—. Y muchas veces con algún trasfondo siniestro, como para reclamar una deuda o cosas así… De todos modos, esas almas en pena, esos fantasmas… Me dijiste, y también le he oído a mi abuelo decirlo, que pueden ser espíritus de los que han dejado cosas pendientes, o que al menos murieron pensando que las dejaban, o que les había pasado algo malo que sentían debía arreglarse, ¿no?

Rosalía lo miraba fijamente, como esperando a que dijese algo.

—Sí… —aventuró Sinesio titubeando.

—O sea, que bien por una u otra teoría… Necesitas saber si algo excepcional pasó aquí —Rosalía hablaba señalando la capilla con la mano abierta—. Porque si encontrásemos alguna situación terrible, o angustiosa, o… Bueno, fuera de lo común

por lo malo… Pues que eso podría darnos pistas sobre las psicofonías que grabaste y explicar algunas cosas, ¿verdad?

—Sí, básicamente —se atrevió a decir Sinesio.

—Pues creo que puedo desvelar gran parte del misterio —afirmó Rosalía con una enorme sonrisa que bailó entre sus pecas.

Sinesio no supo decidirse entre creerla o no, temiendo que si se dejaba llevar la decepción podría ser mucho más difícil de aceptar. Y como no tenía muy claro lo que pensaba, tampoco fue capaz de imaginarse algo apropiado que decir. Se limitó a darle unos cuantos mimos a *Tuso*, que reaccionaba de una manera más predecible que Rosalía, agitando contento el rabo.

—Ven, vamos a sentarnos —dijo Rosalía al tiempo que echaba a andar.

Sinesio y el perro la siguieron, ambos obedientes. Rosalía entró en la parcela descuidada de la capilla y la rodeó por su lado más largo. Cuando llegó a la altura de la fachada posterior torció a la izquierda, levantando mucho los pies en cada paso, intentado evitar arañarse las pantorrillas con las espinas de los tojos y zarzas que crecían por allí. Luego, descendió la suave pendiente que, escondida tras la ermita, se escurría hasta el cauce del pequeño arroyo que serpenteaba desde el bosque.

Se detuvo junto a un pequeño grupo de espigados abedules jóvenes que relucían al sol de primavera con sus blancas cortezas. Los arbolillos se esparramaban por entre algunas elevaciones que hacían el terreno irregular, echando sus raíces en medio de helechos que empezaban a brotar y restos de maleza seca de las plantas estacionales de la temporada anterior.

—Fíjate bien —le encomendó Rosalía al tiempo que *Tuso* salía corriendo tras un caballito del diablo—. Son piedras, están tapadas por la vegetación y no son más que ruinas sin forma, pero son piedras, y algunas de ellas muy grandes.

Sinesio obedeció complaciente y advirtió que ella tenía razón, las subidas y bajadas del terreno no eran lo que parecían. Observando con atención, descubrió bloques variados de granito, semienterrados, que dibujaban una ilusión de abultamientos y badenes y que eran, en realidad, los responsables de las desfiguraciones del suelo. Incluso pudo ver que en uno de los lados de la pieza que tenía un mayor trozo fuera de la tierra se apreciaban varias tallas. Eran petroglifos, similares a espirales enlazadas con algunos trazos rectos inconexos. A él le recordaron a los sencillos laberintos circulares que aparecían en las revistas de pasatiempos infantiles.

—Es cierto —dijo Sinesio—. No me había fijado. No se ven desde el camino, los tapa la capilla. A esto se debía de referir el paisano de ayer en la taberna.

—Algo me contaste al respecto —dijo Rosalía—, creo que debía de ser Felipe *o Moucho*. No me extraña que supiera algo, es mayor que mi padre. Yo no tenía ni idea de que esto estaba aquí, lo cierto es que es la primera vez que vengo…

—¿Felipe qué? —no pudo evitar preguntar Sinesio.

—*O Moucho*, el búho, lo llaman así porque apenas habla y siempre está

mirándolo todo con esos ojos tan grandes que tiene —explicó Rosalía abriendo mucho los párpados y componiendo un gesto abúlico.

Ambos se rieron.

Rosalía tendió su chal en una de las piedras y se sentó encima, dando palmaditas en el espacio libre a su izquierda, invitando a Sinesio a acompañarla.

—¿Sabes? He visto algo parecido en uno de los libros de la biblioteca. Eran unas fotografías de… Ah, ¿cómo se llaman? De, bueno, de chismes celtas. Estos dibujos en las piedras. No recuerdo el significado, pero era algo celta, seguro.

—Anda, ven —le insistió Rosalía.

Sinesio dio un paso antes de detenerse en seco y, mirándola directamente a los ojos, preguntó a Rosalía:

—Un momento, pero ¿cómo sabías que estaban aquí? Has dicho que es la primera vez que vienes.

—Lo sé porque me lo dijo mi padre —le contestó ella con un tono enigmático.

—Ah, entiendo, pero…

—Venga, siéntate y te lo cuento todo —volvió a insistir Rosalía.

Sinesio obedeció vacilante. No podía dejar de pensar en lo que había leído en los libros de la biblioteca. Intentaba recordar el significado de aquellas espirales grabadas en la piedra.

—Anda, hazme caso —lo instó Rosalía al advertir que él parecía distraído—. Verás, mi hermano llegó poco después de que tú te marchases, pero no fue de mucha utilidad. Se empeñó en ponerse a reparar el tractor con las piezas que acababa de comprar en la ciudad y, si de verdad sabe algo de interés, yo no fui capaz de que se sincerase.

—Pues qué pena, pensé que, a lo mejor, con eso de que la tradición ha pasado de padres a hijos…

—Ya, puede que sí sepa algo, pero el caso es que a mí no me dijo nada. Sin embargo, todavía quedaba mi padre.

—E intuyo que a tu padre sí que lograste sonsacarle algo, ¿verdad? —aventuró Sinesio.

—Sí, a mi padre sí. Aunque no fue fácil. Cuando regresó cenamos, y lo cierto es que apenas me limité a jugar con la comida. No sabía cómo preguntarle para evitar que se amoscara. Pero tuve suerte, en cuanto se tomó un café mi hermano dijo que se iba a terminar el trabajo con el tractor, porque lo necesitaba para hoy. Así que me quedé a solas con mi padre mientras él se liaba un cigarrillo de picadura. Le gusta mucho fumarse uno después de las comidas. A mí me parecía que así sería más fácil. Eso sí, no tenía ni idea de cómo sacar el tema, así que le pregunté por las tierras de los Castro, por la herencia y eso.

—¿Por qué? No veo la relación.

—Pues porque sabía que le haría gracia lamentarse sobre el desperdicio de estas tierras, ya sabes, es un hombre mayor que lleva toda la vida ganándose el pan gracias

al trabajo en el campo. Pensé que estaría encantado de tener una excusa para quejarse de que nadie las cultiva. Que si no se pastorea, que si es una pena y ese tipo de cosas.

—Ah, ya.

—Pero me equivoqué, no reaccionó con tanta chispa como lo habría hecho si le hubiera hablado de otras tierras. Tuve que insistir un par de veces para tirarle de la lengua. Al final, y después de despotricar unos minutos, empezó a hablarme de los viejos tiempos. De que si en el pazo tenían rebaños de no sé cuánto, de lo buenas que eran las huertas y de cuánta leche vendían. Ese tipo de cosas. Y en cuanto mencionó una pradería concreta, esa de allí —Rosalía señalaba una verde extensión al otro lado del arroyo, que se distinguía parcialmente entre los árboles y que corría a lo largo del murallón del caserío—. Aproveché para preguntarle directamente por este terreno y por la capilla…

—¿Y? —dijo Sinesio impaciente.

—Pues que me llevé una sorpresa. Si al principio se había mostrado algo reticente, en cuanto dije «capilla» se puso como si le hubiesen prendido fuego a la silla. Y, claro, a mí eso me pareció un indicio fantástico —se le escapó una risita nerviosa—, me sentía como los detectives de las películas americanas.

—Imagino, estos días he pasado por algo parecido —aunque Sinesio no comentó nada de la otra cara de la moneda. Del miedo, o de cómo se sintió cuando se orinó encima.

—El caso es que me acerqué un poco a él y, poniéndole cara de cachorrillo, le pregunté qué pasaba. Si había dicho algo malo y ese tipo de cosas, intentando que hablase pero sin que pareciese que lo pretendía. Vamos, aprovechándome de que soy la niña de sus ojos, como se suele decir. Después de unos segundos se lio otro cigarrillo, algo muy raro en él, y me preguntó si alguna vez había venido yo hasta aquí.

Rosalía se tomó unos instantes, como para organizar sus pensamientos, y miró a Sinesio con ojos brillantes. Él reunió valor para hacer lo que había deseado desde el día anterior y adelantó la mano hasta que quedó al lado de la de Rosalía, rozando los dedos de ella con su meñique.

Rosalía bajó la cabeza, y al ver la mano de Sinesio reaccionó rápidamente, cogiéndola. Ambos apretaron suavemente y se miraron a los ojos. A Rosalía no le importó que la mano de Sinesio estuviera empapada en sudor.

Al poco siguió hablando.

—Me hizo darme cuenta de algo muy curioso. La respuesta era no. Había pasado muchas veces por el camino ese de ahí, pero nunca había entrado en este terreno hasta hoy. De hecho, a excepción de las tierras que hay más cerca del pueblo, nunca he puesto un pie en lo que fueron los dominios de la familia Castro. Sin embargo, lo raro es que nunca había pensado en ello. Es cierto que están apartados del pueblo y que, salvo ese camino de ahí, no hay ningún otro paso… ¿No te parece raro?

Sinesio encogió levemente los hombros y contestó tras tomarse un instante:

—Pues supongo que sí, no sé. Realmente, por ahí, ¿al norte? Bueno, no sé si es el norte… Vamos, que hacia allí está el pueblo, pero los otros lados están rodeados por bosques, no hay mucho adonde pueda uno querer ir.

—Ya, pero, no sé, en mi familia tenemos pequeños terrenos en algunos de esos bosques, como muchos otros en el pueblo. Se usan para cultivar pinos, o chopos, árboles de crecimiento rápido, por la madera. Y cuando lo pensé, me di cuenta de que el camino que seguimos, por allí —señalaba a un costado—, que sí que es el norte, es mucho más largo que si atravesásemos por las tierras de los Castro.

—Es lógico. El camino se haría hace años, cuando las tierras todavía se cultivaban y eso.

Rosalía pareció considerar por un momento las palabras de Sinesio, pero luego pareció reafirmarse en sus ideas.

—Ya, ya, pero llevan casi setenta años abandonadas. ¿No sería razonable pensar que se podría haber ido abriendo otro camino? Ya sabes, aunque solo fuese de ir pasando una y otra vez. Primero personas, luego animales, etcétera. Supongo que así es como van surgiendo los caminos.

—Sí, no lo sé, supongo que suena plausible —le contestó Sinesio.

—Pues me dijo que era así por costumbre. Yo, no entendí muy bien a qué se refería, así que le pregunté de nuevo. Y se arrancó como si fuera algo que llevaba tiempo deseando contar. Según él, los jóvenes como yo ni siquiera nos damos cuenta de ello. Simplemente no pasamos por aquí porque no lo hemos hecho nunca, porque nuestros padres y abuelos, cuando nos llevaban de un lado a otro, tampoco lo hacían. Y que además, si nos decían cómo llegar a algún sitio, lo hacían con trayectos que no cruzan este terreno.

—Bufff… Un poco cogido por los pelos, ¿no? De todos modos eso tampoco explica por qué esos padres y abuelos no lo hacían en un principio. ¿O es que también era costumbre?

—No, no, por lo que me dijo ayer, ellos lo evitaban.

—¿Cómo que lo evitaban? ¿Qué quiere decir eso? —Sinesio no pudo impedir ni la sorpresa ni las preguntas.

—Sí, eso parece. Por lo que me dijo mi padre, cuando él era niño mi abuelo le advirtió que no debía parar por aquí nunca. Incluso me dijo que, aprovechando que por aquí no pasaba nadie, se le ocurrió venirse a pescar unas truchas, pensando que habría muchas. Así que se vino con otros zagales del pueblo, unos amigos. Pues parece que cuando mi abuelo se enteró le dio tal azotaina que estuvo tres días sin poder sentarse —mientras lo decía Rosalía abría las manos en un gesto grandilocuente.

—Pero eso no explica el porqué, solo es un ejemplo de que no les parecía bien pasearse por aquí. Además, eso podía ser porque a tu abuelo no le gustó que tu padre se dedicase a pescar en las tierras de otros.

—Sí, tienes razón. Pero es que no especificó, no me dijo de dónde venía esa

creencia. Solo me dijo que este terreno tenía algo malo, que, de hecho, era el único de todos los dominios del pazo que no se cultivaba o se usaba como pasto. Que no se le sacaba provecho…

—Eso podría explicar por qué a la niña le gustaba venir aquí —intervino Sinesio —. Si pensamos que en los alrededores habría ganado o huertas, no tendría mucha más elección si quería salir del recinto amurallado del caserío.

—Puede ser, aunque aún tengo mucho que contarte respecto a la niña y este lugar. Pero, dejando eso a un lado, como tú bien has dicho, yo también me di cuenta anoche de que mi padre no explicaba de dónde habían salido semejantes ideas. Así que insistí, sin embargo, no me dio respuestas concretas. No sé si realmente lo sabía, a lo mejor es que no quería decírmelo —conjeturó Rosalía.

—Puede ser, de todos modos, ¿qué te dijo?

—Vaguedades, me habló de que el ganado que abrevaba en este tramo del riachuelo enfermaba, que los pájaros nunca anidaban aquí, que le habían contado que un lobo herido por un cepo había venido a morir aquí… y media docena de paparruchadas más de ese tipo.

—Ya, bueno, no sé, como te decía ayer —argumentó Sinesio—, detrás de muchas leyendas hay un elemento real.

—Vale, sí, pero mi padre es de los que piensa que si mientras pastorea las ovejas llega una tormenta puede evitar que le caiga un rayo cerca si hace un fuego con leña de laurel. Y dice que si te muerde una comadreja te mueres al día siguiente. Y que aquí cerca hay un sepulcro que si lo llenas de agua y luego la utilizas para empapar un pañuelo te librarás de tus enfermedades si te lo pasas por la cara, o algo así…

Sinesio se acordó de lo que le había dicho su tía Paulina. Pero no perdió el tiempo e intentó replicar:

—Vaya, y eso lo dice alguien de la casa de los *escritos*.

—Pero…, pero ¡eso es diferente! —exclamó Rosalía con indignación—. Yo soy creyente, tengo fe en los *escritos* porque es algo que se desprende de mi religión.

—Yo creo que no es tan distinto…

—Pues yo creo que sí —sentenció Rosalía levantándose—. Muy distinto.

Como Sinesio se dio cuenta de que llevaba todas las de perder prefirió no seguir con la discusión y desviar la atención de Rosalía buscando una nueva vía en la conversación.

Rosalía ya se había alejado unos pasos, dándole la espalda a Sinesio, cuando a este, por fin, se le ocurrió algo que preguntar:

—Y, digo yo, ¿construyeron la capilla aquí por eso? ¿Para santificar un lugar *maligno*? No sé, no parece tener mucho sentido, ¿no?

Rosalía se volvió rápidamente, con una sonrisa en los labios y un precioso brillo incandescente en sus ojos esmeralda, con el enfado ya olvidado.

—¡Ajá! Eso mismo dije yo. Y entonces vino la mejor parte —concluyó ella ilusionada.

—Menos mal, a ver…

—Sí, si esto te había parecido poco interesante, no te vas a creer lo que viene ahora. Además, me contó lo que le había pasado en realidad a la hermana del señorito Diego.

Sinesio enarcó las cejas interesado y Rosalía volvió a su sitio en la piedra, dispuesta a seguir contándole lo que su padre le había revelado la noche anterior.

2009

En el aterrizaje en Barajas, volviendo de Nueva York, a Thomas le había tocado el asiento del observador. Y había disfrutado ladinamente cuando sus compañeros tuvieron que frustrar la maniobra en el primer intento. Las poco apropiadas instrucciones del control se habían unido a la falta de pericia de los hombres a los mandos, y el avión había terminado demasiado rápido y alto en el tramo final de la aproximación.

Los cuatro motores habían rugido, ajustados a su máximo empuje, y los pasajeros, como era habitual en ese tipo de maniobras, habían protestado en cuanto se les había pasado el miedo. Habían ascendido hasta cinco mil pies, siguiendo el procedimiento de navegación instrumental publicado, hasta que los servicios de control les pidieron mantener altitud y comenzaron a asignarles rumbos concretos para volver a colocarlos en una posición razonable para un nuevo intento.

Habían necesitado otros veinte minutos, además de algo más de dos toneladas de combustible, para volver a entrar en secuencia de aproximación y poder aterrizar por fin. Y Thomas había disfrutado todos y cada uno de aquellos minutos por el hecho de no estar en ninguno de los dos asientos delanteros.

Se había escapado como había podido, rellenando solo el papeleo obligatorio y evitando las despedidas efusivas. Desde la toma de tierra hasta que había logrado rescatar su Porsche 911 negro del aparcamiento para tripulaciones habían pasado cuarenta minutos que se le habían hecho eternos. Ahora conducía a toda velocidad hacia su casa, su refugio en las montañas. Había descapotado el deportivo y disfrutaba de los remolinos de aire fresco que revoloteaban en el habitáculo. Lo único que tenía en mente era su ansia por ver qué tal se estaba curtiendo el pedazo de piel con el *kanji* del dragón.

Era la última pieza de su colección y ya le había tomado cariño.

Era una mañana radiante de otoño y el tráfico de primera hora se embotellaba en los carriles de sentido opuesto, llenos de gente agobiada por llegar a tiempo a sus trabajos en Madrid.

Algo de Bach sonaba por los altavoces y Thomas se alegraba de los tres días que tenía por delante antes de volar de nuevo, a Lima.

Apenas le dolía la cabeza.

Y una sonrisa fría se cicatrizó en sus labios mientras los mechones negros de su frente bailaban en el aire que se colaba tras el parabrisas.

Sonreía porque en las últimas semanas sus frecuentes dolores de cabeza solían ser

tan constantes y habituales que cualquier alivio, por leve que fuese, suponía un enorme y bienvenido descanso.

Thomas esperaba que durante los días que tenía por delante en España la cabeza no le molestase, no le agradaba pensar en la idea de matar cerca de casa y todavía seguía reprochándose el error que había cometido con aquellos dos desgraciados del coche patrulla, al dejarse llevar por simple desprecio. Y no podía dejar de pensar en el desastre de Bangkok, en plena calle y sin haber tomado precauciones. Y por una envidia estúpida. Por algo tan mundano como los celos.

No le gustaba admitirlo, pero en los últimos tiempos el ansia de matar lo había vuelto descuidado.

No le gustaba en absoluto.

La tranquilidad había durado muy poco; había disfrutado de su colección y de noches de chimenea, clásicos de la literatura y whisky de Islay. Había hecho un pequeño viaje a la costa, conduciendo con calma y perdiéndose en las largas piernas de una turista que se había rezagado a destiempo en las playas mediterráneas por culpa de un amorío que salió mal. Había sido agradable; sin embargo, había llegado a hartarse. Los tres días se habían hecho interminables. La necesidad de matar había aparecido, despuntando como la cabeza de una rata saliendo de una pila de excrementos humeantes y convirtiendo esos días ociosos en un desagradable infierno de impaciencia.

Tocaba volar a Lima y las cosas habían empezado a estropearse antes siquiera de despegar.

Thomas había llegado pronto, como tenía por costumbre, y el despachador de vuelos le había tendido la documentación correspondiente: los informes meteorológicos, las notificaciones de los servicios aéreos a las tripulaciones técnicas, los planes de vuelo computarizados y un montón de papeluchos más con información variada de la compañía, sus aviones y otros datos.

Pero había un problema. El despachador también le informó de que el avión programado para Lima estaba siendo inspeccionado por mantenimiento. Al parecer, en su anterior vuelo, desde Miami, el comandante había informado de que los indicadores de cantidad de combustible habían fallado. El despachador le dijo lo poco que sabía.

Thomas se hizo una composición de lugar rápidamente. En algún vuelo previo se había repostado combustible contaminado con agua, lo que habría terminado por afectar a los sensores dieléctricos de los depósitos de combustible, implicando que no fuesen capaces de transmitir una señal de nivel fiable. Era una avería eventual en los vuelos a Sudamérica, donde había ciertos suministradores de combustible de dudosa honradez.

—Por lo que veo en el plan de vuelo es el YYN —quiso asegurarse Thomas con

una afirmación que arrastraba un leve tono interrogativo.

—¿Perdón? —El despachador no había captado la pregunta implícita en las palabras de Thomas, estaba abstraído preparando los informes del vuelo que saldría después, un Bogotá.

—¿Que qué avión es? ¿La matrícula? ¿*Yanqui, yanqui, november*, como pone el plan de vuelo… ¿O vais a programar otro por la avería?

—Ah, no, no. En principio, como queda algo de tiempo, sigue siendo el mismo pájaro —contestó, al fin, el despachador—. Desde arriba no han dicho otra cosa.

—Y… ¿Sabes si la bomba hidráulica auxiliar que estaba averiada ha sido reparada? Es que lo volé el otro día y no le faltaba mucho para que se pasase de fecha.

Thomas había regresado de Nueva York en ese mismo avión, y aunque los requerimientos de aeronavegabilidad permitían que el avión volase con una bomba hidráulica auxiliar inoperativa, existía una fecha límite para su reparación. Thomas había hecho la pregunta porque recordaba, con toda seguridad, que ese período de gracia para subsanar la avería terminaba ese mismo día.

—No tengo ni idea, eso no es cosa mía. Pero cuando hable con mantenimiento por lo de la indicación de combustible les pregunto.

—Está bien —asumió Thomas, dándose la vuelta para ir a sentarse y echar un vistazo al resto del papeleo. Aunque finalmente cambiasen el avión, las condiciones meteorológicas y la ruta de vuelo serían las mismas.

El resto de la tripulación fue llegando con cuentagotas, y la sobrecargo apareció justo en el último minuto. A Thomas le molestó que el comandante se limitase a sonreírle sin más. Pensaba que una reprimenda habría sido apropiada.

Los mecánicos dieron su visto bueno al A340 con algo de retraso. En teoría, deberían haber despegado media hora antes. Y la tripulación llegó al avión con las prisas clásicas en esos casos. Desde el mismo momento en el que todos embarcaron, tanto los técnicos como los de cabina de pasaje, se esforzaron al máximo por terminar los procedimientos obligatorios que debían preceder al vuelo lo antes posible.

Como el comandante les dijo que llevaba mucho tiempo sin aterrizar en Lima ambos copilotos se habían ofrecido para cederle el turno a los mandos en ese trayecto. Y Thomas, que empezaba a temer que el dolor que arrastraba aumentase, le comentó al otro copiloto que prefería descansar en el primer turno. Lo que venía a significar que Thomas despegaría en el asiento del observador y, a la media hora, se retiraría para intentar dormir malamente en las literas que se escondían tras la cabina de mando.

Mientras el comandante, cumpliendo con la preparación del vuelo, repasaba con las azafatas los procedimientos de emergencia y evacuación, el otro copiloto salió para hacer la obligatoria revisión del exterior de la aeronave. Lo que le dio tiempo a Thomas para echar un vistazo al registro de mantenimiento. Tenía curiosidad por saber cómo se habían resuelto los problemas mecánicos de los que había tenido

noticia.

Lo que vio no le gustó en absoluto.

En lo que respectaba al sistema de combustible, mantenimiento había determinado que el problema era únicamente debido a la indicación de los instrumentos de cabina. Sin dejar constancia en lugar alguno de la posibilidad de que los sensores se hubieran visto afectados por combustible contaminado. Así, asumiendo que debía ser reparado en los diez días siguientes, legalmente se aceptaba que el avión podía volar con esa pequeña avería. Había que repostar un par de toneladas de combustible adicionales para salvaguardarse en el caso de que indicase de menos. Y tener en cuenta que las masas operativas de la aeronave deberían calcularse con un cierto margen. Nada excepcional, siempre y cuando fuese cierto que el problema era únicamente de indicación y no una contaminación real, que pudiese afectar al suministro de carburante a los motores.

En el caso del sistema hidráulico, la bomba auxiliar estropeada había sido la suplente de la que iba conectada a la caja de accesorios del motor número dos, y esta había sido reparada. Sin embargo, curiosamente, ahora fallaba la auxiliar que daba presión para las conducciones hidráulicas del motor número tres. Para Thomas resultaba evidente que habían intercambiado la una por la otra sin llegar a realizar reparación alguna.

Así pues, Thomas tenía que asumir que todo estaba en orden y que los requerimientos legales aplicables permitían que el avión volase. No eran más que fallos menores de poca importancia. Sin embargo, a pesar de que sobre el papel todo pareciera correcto…

Thomas echó la vista atrás desde la cabina de mando y vio al comandante apurando a las azafatas para que terminasen lo antes posible. Era evidente que le preocupaba sacar el avión de Madrid rápidamente para intentar recuperar algo de tiempo en el crucero, y poder así aterrizar dentro del horario. Por unos segundos se planteó la posibilidad de mencionarle al comandante sus sospechas. Desechó la idea rápidamente, al darse cuenta de que, en buena fe, el comandante no tenía elección. Según los registros, y acorde a la normativa, todo estaba en orden. No había motivos para que ninguno de los pilotos se negase a volar o pusiese objeciones al estado del avión. Y Thomas sabía que, aunque a él le diese igual, el comandante no podía arriesgarse a retrasar aún más el vuelo y ser malamente presionado por la compañía con veladas amenazas de despido.

Thomas solo pudo masajearse la frente y echar de menos la aviación de tres generaciones antes, cuando las obligaciones comerciales nunca lograban imponerse y las cosas no se hacían en el límite legal, sino con un margen adicional en el que la palabra de un comandante no se ponía en duda.

Lo que había sido una simple molestia se empecinó en convertirse en una jaqueca.

Aceptando que poco más podía hacer se sentó en el asiento del observador a

rellenar algo del papeleo del vuelo. Lo hizo por cortesía, para descargar de trabajo al otro copiloto. Pero también lo hizo porque tenía ganas de pensar en otra cosa.

Pocos minutos después, ya sentado en su asiento a la izquierda de la cabina, el comandante repasaba el registro de mantenimiento; y Thomas pudo advertir que el hombre dudaba por unos instantes. Probablemente había llegado a su misma conclusión, pero poco podía hacerse.

—Estoy seguro de que los mecánicos han pensado exactamente lo mismo —le dijo Thomas en inglés.

Como el comandante no contestaba el otro copiloto se inclinó desde el asiento de la derecha para echar un vistazo por encima de los antebrazos del experimentado piloto.

—¿Cuál es el problema? Todo parece en orden —dijo el copiloto del asiento de la derecha—. Un fallo de una bomba auxiliar e indicación imprecisa de la cantidad de combustible. Según los requerimientos del listado de equipo mínimo podemos salir sin mayores complicaciones.

Thomas y el comandante se miraron con una insólita expresión cómplice.

El comandante habló con una sonrisa sarcástica que hizo aflorar pequeñas arrugas en sus párpados.

—Sí, seguro —y cuando parecía que estaba pensando en qué palabras elegir para continuar, la sobrecargo entró en la cabina de mando pidiendo permiso para el embarque.

El comandante, mirando de nuevo a Thomas, esta vez con un deje que podría interpretarse como nostálgico, le dijo que sí a la muchacha y encendió la luz de «ABRÓCHENSE LOS CINTURONES».

Los casi trescientos pasajeros facturados comenzaron a embarcar con tres cuartos de hora de retraso. Todos estaban molestos, aunque unas horas después el retraso sería la menor de sus preocupaciones.

2009

Osvaldo Cifuentes era un gigantesco mulato que había tenido la fortuna de quedarse con los ojos verdes de su padre holandés y el infortunio de que ese mismo marinero flamenco solo le había dejado a su madre un paquete olvidado de cigarrillos y las manos atadas con sus propias bragas tras una noche de pasión tropical en una casucha de Puerto Limón.

Había tenido una vida llena de dificultades y esfuerzos. Le costó sangre, sudor y lágrimas acabar sus estudios. Luchaba contra el sueño que tenía que robarle a la noche para ganar algunos cuartos con los que ayudar a su madre; que apenas ingresaba unos pocos colones, trabajando como camarera en el mismo hotelucho en el que había conocido al padre de Osvaldo.

Uno de los pocos que siempre había creído en él y que había estado dispuesto a echarle una mano en cualquier momento era su superior directo, el jefe Kadden. Por eso, y porque hacía muy poco que le había ayudado a superar el examen de ascenso a analista criminal, Osvaldo había decidido llevarse a Günther a tomar un buen café y charlar un rato. La sugerencia había salido de sus labios al ver las ojeras y el gesto contrito de su superior.

Estaban sentados en una de las mesas de madera clara del Café Terruño, a solo un par de manzanas de la autopista Panamericana. Y, tras haber pedido un par de solos, Osvaldo veía cómo Günther releía por enésima vez la misma página del periódico. Era el artículo que *La Nación* había publicado sobre el hallazgo del cadáver de una mujer en una de las playas del parque natural Manuel Antonio.

—Estos días atrás tan contento y hoy como si le hubieran metido un cangrejo en los calzones, ¿qué anda mal? —se interesó el gigantesco mulato.

Günther pareció echar un último vistazo a las páginas impresas y levantó la mano para pedirle a un camarero que pasaba algo un poco más fuerte.

—Es que no he dormido muy bien. Lis se ha pasado la noche llorando y… Y no ha sido fácil —contestó al fin el germánico.

—Jefe, ¿está seguro de que esa relación le merece la pena? —Planteó el mulato cambiando el tema y sincerándose con su superior—. Supongo que sabe que le traerá problemas.

El aludido miró a Osvaldo con los ojos entornados, como sorprendiéndose por su color de piel. Con la nariz ancha, los labios gruesos y el pelo ensortijado, el mulato parecía haber desteñido en un baño a demasiada temperatura.

—Puede ser, pero desde que… Desde que pasó lo que pasó, es la primera mujer

que me hace feliz y… Y la verdad, me la trae al pairo lo que puedan pensar los demás. Creo que le voy a pedir que nos casemos —y Günther se quedó callado y pensativo.

Osvaldo Cifuentes, al que en la OIJ todos sus compañeros llamaban Toro Cifu por su enorme corpachón, se quedó como petrificado. En una postura antinatural que tenía algo de cómico al permanecer colgado en el asiento de la pequeña silla de moderno diseño. Boqueaba intentando tragar la noticia como si fuese plomo derretido, sin verse capaz de comentar algo al respecto.

—De todos modos —continuó Günther—, lo que nos debe preocupar ahora es esto —dijo con tono firme mientras apoyaba la mano en el diario—. Tenemos que esforzarnos al máximo, hay que saber qué es lo que ha pasado.

—Pero si no era más que una… —y Osvaldo se arrepintió de inmediato de haber recuperado el habla después de la sorpresa que se había llevado.

Günther miraba fríamente al mulato, intentando controlarse.

—Lo siento jefe, pero, es cierto —y la voz encogida del mulato no parecía corresponderse a su enorme corpachón. Osvaldo presumía de no tenerle miedo a nada ni a nadie, aunque si había algo a lo que temía era a defraudar a su amigo.

Y Osvaldo no se sentía intimidado porque su jefe fuese un hombre casi tan grande como él mismo, sino porque sabía que no podría perdonarse haberle fallado a quien lo había ayudado tantas veces, y al que le debía la vida por un incidente en una taberna de Heredia que prefería mantener en un rincón oscuro de la memoria.

Finalmente, en un intento por recomponerse, el mulato se las arregló para hablar de nuevo. Diciendo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—No estará pensando en que tenemos a otro *psicópata* entre manos —Osvaldo se refería a un viejo caso nunca resuelto, el del único asesino en serie estudiado y documentado en la historia de Costa Rica.

—No, hombre, no, de eso hace ya más de diez años. Y aunque nunca lo cogimos… No, no creo. Además, aunque sí es una mujer, Iola… La víctima murió por asfixia, no hubo ningún disparo.

—Sí, es cierto —aceptó el mulato aliviado al ver que su jefe volvía a relajar su postura y gestos.

Y como Günther parecía no tener nada más que decir Osvaldo se empeñó en hablar del caso del *psicópata*.

—Yo nunca llegué a creerme que aquella M3 que encontraron en ese jardín del sur de la ciudad fuera la ametralladora de ese mal bicho. Las pruebas de balística no coincidían, pero la prensa se hartó de hacer hipótesis. De todos modos, sería agradable poder darle explicaciones algún día a esas veinte familias. La verdad, esa es la mejor parte de este trabajo, cuando uno tiene la sensación, tras haber encajado las piezas, de que lo ha puesto todo en su sitio. ¿Sabes? Con el asesino en la cárcel, el muerto en su tumba…

—Creo… Creo… —interrumpió Günther bruscamente—. Creo que podríamos

considerar esa posibilidad.

Osvaldo vio que los ojos claros de su superior brillaban inspirados, pero no llegó a captar a qué se podía referir.

—Jefe, no sé a qué… ¿De qué posibilidad estamos hablando? Para ser sincero, yo solo estaba largando por largar.

Günther no contestaba, mirando las fotos en blanco y negro del periódico.

—Era un tatuaje, me lo dijo Lis… Podría ser un signo del comportamiento de un depredador.

—Pero ¿de qué está hablando, jefe?

—Pues de que también podría tratarse de un asesino en serie —se explicó al fin Günther—. Tapó el rostro con una bolsa de plástico, no hemos encontrado rastros evidentes y, lo más importante, se llevó un trofeo. Recortó un pedazo de piel en el que había un tatuaje, como un premio. Es un modus operandi que bien podría ser el de un asesino en serie.

—¡Carajo! Es cierto, podría ser.

Ambos parecieron cavilar por un momento hasta que el germano se animó a hablar de nuevo.

—Lo que pasa es que no me suena nada similar —confesó Günther.

—A mí tampoco, jefe, ha tenido que ser la primera vez…

—No, no, piensa en ello. No es su primer asesinato, seguro. Un lugar apartado, una cala perdida, nadie recuerda nada, no hay evidencias de ningún tipo. No es el trabajo de un novato. No puede serlo.

—Sí, supongo —concedió el mulato.

—Vamos a la oficina, hay que hacer un par de consultas en los archivos, estoy seguro de que no es la primera vez —dijo Günther poniéndose en pie—. ¡Vamos!

Durante todo aquel día y la mañana del siguiente rebuscaron en la base de datos computarizada. Y en los viejos archivos, barajando infinidad de carpetas de blando cartoncillo marrón. Hablaron con los conocidos del Organismo de Investigación Judicial que les merecían más confianza. Vieron infinidad de desagradables fotos estáticas de cadáveres mutilados, infinidad de ojos apagados que se perdían en un horizonte más allá del objetivo. Y aunque no lo hubieran reconocido, también se les encogió el alma cuando, desesperanzados, comenzaron a revisar los casos en los que las víctimas no eran más que niños.

—¡Jefe, Osvaldo! —Era Graciano, un investigador de clase uno que llevaba unos pocos meses en el cuerpo y siempre estaba dispuesto a adular a un superior, los llamaba desde el quicio de la puerta del despacho de Günther.

Los dos gigantones alzaron sus cabezas a la vez y Graciano, que era tan pequeño como para no ser más que un adulto en proyecto, se sintió intimidado por las miradas serias y las macabras imágenes desparramadas por la mesa.

—¿Qué, te has dejado la lengua en el culo de alguien mientras venías? —le increpó Günther fastidiado por la interrupción.

Graciano, que en su afán por agradar a un superior pareció no darle la más mínima importancia al comentario de Günther, se animó a hablar finalmente.

—No, no —dijo riendo en falsete mientras repasaba con la mano su pelo repeinado con gel—. Es que Malaquías me ha dicho que andaban buscando…

—Ese condenado Malaquías no sabe tener la boca cerrada, es como las putas pirañas —saltó Osvaldo abriendo mucho los brazos y haciendo que Graciano diese involuntariamente un paso atrás.

—Bueno, bueno, haya paz. Si el *jodío* de Malaquías se ha ido de la lengua ya no podemos hacer nada —intervino Günther intentando calmar los ánimos crispados del mulato—. A ver, ya imaginamos lo que te ha dicho ese desgraciado, ¿hay algo que quieras contarnos?

Graciano, que pareció ganar confianza con las palabras del jefe se animó a continuar, aunque miraba con recelo los ojos verdes encendidos del mulato.

—Sí, sí. Hace tres meses hubo un asesinato similar en Caracas, una prostituta abandonada en una playa cerca de Maiquetía. Aunque se sospechó que había sido asesinada en un hotel. Y, según parece, le recortaron los pezones, recuerdo haberlo visto en la televisión. Ah, y la estrangularon. Si quiere, jefe, puedo hacer un par de llamadas y conseguir una copia del expediente.

—Pero, pero… ¡Tú eres bobo! Y qué leches tiene que ver una puta venezolana con lo que ha pasado aquí —rugió Osvaldo con voz de trueno, medio incorporándose.

Günther, sin embargo, guardó silencio pensando en lo que había dicho Graciano.

—Venga, fuera de aquí si no quieres que te retuerza el pescuezo como a una gallina vieja —le gritó el gigantesco mulato a Graciano mientras terminaba de levantarse.

Graciano se echó a andar de espaldas mientras miraba a Günther, que permanecía en silencio.

—*'Ta bueno*, calma… Oiga, jefe, recuerde, si necesita ayuda no tiene más que decírmelo —insistió Graciano.

—Anda, márchate —le ordenó el mulato mientras cerraba de un portazo tras haberse acercado con un par de zancadas—. Será desgraciado el enano huevón —dijo Osvaldo con un tono más relajado y dirigiéndose a Günther, al tiempo que regresaba a su silla—, el muy ladino no pierde oportunidad de abrir la boca, aunque sea para soltar una pendejada cualquiera.

Günther, que había vuelto a mirar de reojo los expedientes, habló al fin:

—¿Y si tiene razón?

—¿Razón? Pero ¿cómo va a tener razón el *mediometro* ese? Si estoy seguro de que cuando va a mear tiene que encontrarse la picha palpando. Tiene menos cerebro que un cangrejo morado.

—Ya, ya sé que suena descabellado. Pero piensa por un momento. No es algo tan

habitual, ese tipo de mutilaciones y que las dos mujeres fueran…

Günther calló, pensativo. Y tras meditar unos instantes le dijo al mulato que merecía la pena intentarlo.

—¿Por qué no buscamos algo de información? No solo en Venezuela, sino en toda Sudamérica.

—Pero, jefe, ¿qué pretende?, que llamemos a todas las comisarías desde México a Buenos Aires… Hombre, yo tengo un amigo en Tegucigalpa que…

—No, pendejo. No, primero vamos a echar un vistazo a los periódicos digitales, eso es fácil con internet. Ya sabemos que en Costa Rica no hay nada más, o eso parece. Pero vamos a ver si encontramos algo en otros países —concluyó Günther girándose en la silla y tecleando algo en el ordenador.

—OK, usted manda, jefe, pero no sé yo… Y créame, pase lo que pase no le daré jamás la razón a ese enano huevón. Eso nunca.

—Ya, ya…

Y en poco más de media hora encontraron algo que no habrían esperado.

1977

De nuevo sentada, tras tomarse unos pocos segundos, Rosalía se olvidó de su pequeña rabieta y miró a Sinesio con sus vivos ojos verdes. Él no supo ver lo que significaba aquella expresión en el rostro de la mujer, en parte porque le habría costado imaginarlo incluso aunque ella lo hubiera confesado, y en parte porque él no era un hombre muy perceptivo. Además, todavía seguía dándole vueltas a sus recuerdos, intentando encontrar el significado de aquellos petroglifos que les acompañaban.

—¿Quieres saberlo o no? —preguntó ella al fin, disfrutando de la picardía de sus palabras.

—¡Claro!, claro que quiero saberlo —contestó rápidamente Sinesio—. No sé por qué le das tantas vueltas, ¿te gusta hacerme esperar?

—Puede… —le contestó ella coqueta—. Puede que sí. ¿Quizá quiera saber cuánto tiempo podrías esperarme?

Sinesio no fue capaz de ver la evidente doble intención de la pregunta. Y, como tampoco fue capaz de contestar la frase romántica y apropiada que hubiese correspondido, Rosalía tuvo que tragarse una pequeña píldora de amarga decepción. Aunque también llegó a pensar que aquel despiste eterno del que Sinesio parecía dueño tenía cierto encanto.

—¿Y bien?

—Vale, vale —respondió Rosalía saliendo de su ensimismamiento—. Verás, resulta que mi padre me confesó anoche que la señorita María del Carmen Xián de Villafins e Castro había sido su primer amor —dijo haciendo una pausa marcada al final de la frase.

—¿En serio? ¡Asombroso!

—Pues sí —continuó ella—, parece ser que sí. Mi padre me dijo que cuando él era un niño se había prendido de la señorita del pazo. Supongo que no es tan difícil de imaginar. Seguramente no era el único zagal del pueblo que bebía los vientos por ella. Aunque supongo que con esa edad eran, más bien, amores inocentes. Creo que aquí se puede aplicar eso de *cosas de niños*.

—Supongo que sí, pero no veo la relación con lo de la capilla —expresó Sinesio un tanto perplejo—. Entiendo que te haya podido hacer chiste saber que tu padre estaba interesado en la chiquilla, pero, insisto, no sé qué tiene que ver con lo que pretendemos averiguar.

—Desde luego, ¡mira que eres impaciente!, ¿eh?

—Es que…

—Ni es que ni es *ca*, espera y verás —interrumpió ella—. Mira, pues que mi padre, como estaba enamorado de la niña. O, bueno, digamos mejor, como creía estar enamorado de la niña, se interesó más de lo debido en una conversación que no tenía que haber oído.

Sinesio se pensó por un momento si debía o no decirle a Rosalía que no entendía muy bien adónde quería llegar con aquellas palabras. Pero temiendo una nueva reprimenda se quedó en silencio esperando que ella continuase.

Rosalía, que se dio cuenta de la cara de circunstancias de Sinesio, no pudo evitar sonreír.

—A ver, recapitulemos. El señorito Diego cogió la tuberculosis y empezó a morirse en vida. A lo que, por si fuera poco, le siguió el terrible accidente de los señores. Pobres… Que, por cierto, fue contra un enorme roble que estaba ahí mismo —dijo mientras señalaba la suave curva del alto del camino, un poco más allá de la capilla, a unos veinte metros de donde se sentaban—. Parece ser que un rayo le cayó hace unos cuarenta años y que se murió poco a poco, sin lograr recuperarse de la herida. Luego se fue pudriendo, y hoy, como puedes ver, no queda ni un tocón.

Sinesio miraba al pequeño otero que daba lugar al escaso valle del arroyo donde ellos estaban. Lo veía un poco más allá, por encima del techo descolorido de su viejo Citroën. No le costaba mucho imaginarse el flamante Hispanosuiza azul, con la parrilla delantera destrozada y el radiador humeando.

—Qué coincidencia más desagradable. Sin embargo, no sé yo si el hecho de que el accidente fuese aquí cerca puede explicar… —su tono de voz revelaba una cierta decepción.

—No, hombre, lo del accidente es lo de menos. No, ¿pero qué digo? Al contrario, es muy importante… Espera… Verás, después de la tragedia el señorito Diego se quedó a cargo de la finca y de su hermana. Y como sabía que no le quedaba mucho, intentó dejar las cosas arregladas para la pequeña, hizo algunas inversiones y fue a la ciudad a ver abogados y notarios, esa clase de cosas —Rosalía titubeó—. ¡Tengo que contarte esto de otro modo!

—Eso creo, porque, la verdad, no te sigo —dijo Sinesio.

—Lo sé, lo estoy liando todo… Mira, una tarde, mi padre no recuerda exactamente cuánto había pasado después del accidente, el señorito Diego se presentó en casa para pedir un *escrito*.

—Sí, eso ya lo sabíamos, creo que te comenté que mi tía me lo había dicho.

—Ya, pero lo que no sabes es el motivo por el que se presentó allí.

—Para intentar sanar de la tuberculosis, ¿no?

—Pues no, eso es lo que pensó todo el pueblo, pero fueron los trabajadores del caserío y las tierras los que extendieron ese rumor, no sé si porque el señorito se lo hizo creer de verdad o porque les dio alguna propina. Pero, vamos, que esa no es la verdad… A ver, espera, que me estoy adelantando otra vez.

—Ya. Sí, será mejor que vuelvas a empezar.

—Es cierto. Verás, como te acabo de decir, el señorito Diego se presentó en mi casa una tarde, pidiendo un *escrito*. Mi abuelo, que estaba en la era con mi padre, le dijo que no estaba muy seguro de si el *escrito* le serviría para curarse de la tuberculosis, que el propósito de los *escritos* no era sanar las enfermedades, sino combatir otras cosas. Como el mal de ojo y demás maldiciones, como ya sabes. De todos modos, mi padre recuerda haber tenido la sensación de que el señorito pareció dudar un momento. Y luego admitió que ya lo sabía, pero que los rumores que mi abuelo hubiera podido haber oído no tenían nada que ver con su enfermedad. Que había dejado que las habladurías se extendiesen porque, en realidad, quería evitar un escándalo. Que el problema tenía que ver con la niña Carmen.

—¡Coño! —se le escapó la interjección a Sinesio.

—Eso mismo. Pues bien, como mi abuelo era un hombre sensato, y ya te he dicho que en mi familia estas cosas de los *escritos* siempre se han tomado como si fueran confesiones o algo así, mandó a mi padre a recoger leña e invitó al señorito a pasar a la cocina para hablar con calma.

—Y si te pareces un poco a él, seguro que le ofreció también café.

Rosalía no pudo evitar sonreír ante el comentario.

—Oye, que si lo que te apetece es bromear ya te contaré lo que el señorito le dijo a mi abuelo otro día.

—No, no, perdona, es que no he podido evitarlo. Por favor, continúa.

Rosalía se tomó un momento para recuperar el hilo antes de seguir con su historia.

—Bueno, pues como mi padre estaba loco por la niña Carmen le bastó oír su nombre para saber que desobedecería. Por lo que me dijo anoche, en el momento en que ellos cruzaron la puerta él se escurrió hasta el establo, lo que hoy es la cochera, y se escondió lo mejor que pudo junto a una piedra medio suelta que quedaba al lado del tiro de la cocina. —Como Rosalía vio que Sinesio hacía un gesto de aquiescencia, imaginándose la situación, continuó—: Ya sabes, uno de esos lugares que todos los niños conocen en sus propias casas y que mi padre sabía que le serviría para oír la conversación.

Rosalía esperó un segundo antes de proseguir, para ordenar sus ideas. Y tras tomar aire siguió hablando, esforzándose por contarle a Sinesio todos los detalles de lo que su padre le había dicho la noche anterior.

—Mi padre me dijo que en un principio le pareció que el señorito Diego lloraba. Eso le impresionó mucho porque pensaba que los adultos no hacían esas cosas —mientras lo decía se encogió ligeramente—. Aunque, claro, eso no es lo importante de esta historia. Después, el señorito le confirmó a mi abuelo que había acudido al sepulcro ese de Trasmonte y que lo había hecho con la niña. Y que había ido a ver a una vieja bruja, creo que se llamaba Severina, aunque eso también da igual. Lo importante es que mi padre pudo escuchar que, a pesar de que el señorito Diego hizo

todo lo posible porque la gente pensara que estaba intentando apañárselas para ver si encontraba el modo de sanar, la verdad es que había hecho aquellas cosas para curar a la niña Carmen. Y que por eso mismo estaba allí.

—Pero, entonces, ¿qué le pasaba a la pequeña? —preguntó impaciente Sinesio.

—Espera, ahora lo sabrás. Mi padre oyó cómo, a fin de preservar el secreto y antes de contarle nada, el señorito le ofrecía dinero a mi abuelo por no revelar lo que iba a oír, jamás. Algo que, al parecer, ya había hecho con la bruja y con la yaya de la niña, que los había acompañado hasta Trasmonte. Mi padre no se acuerda de la cantidad que el señorito le ofreció a mi abuelo, pero, por lo que me dijo ayer, debió de ser mucho, porque me confesó que nunca se había imaginado que existiese tanto dinero. Aunque, supongo que puedes hacerte una idea, el criterio de un niño para el dinero no es que sea muy fiable. Mi abuelo declinó la oferta y se brindó a ayudarle como a cualquier otro, intentando convencer al señorito Diego de que no tenía por qué preocuparse. Que le guardaría el secreto, que aquello que le contase sería como…

—Como si fuese secreto de confesión —terminó la frase Sinesio.

—Exacto, graciosillo —fingió reñirle Rosalía—. Pues bien, que mi abuelo le dijo que se tranquilizase y le contase el problema, que ya se vería lo que se podía hacer. Por lo que parece le costó un tiempo que el señorito Diego recuperase la compostura y se decidiera a hablar.

—Eso suena un poco exagerado, ¿no crees?

—Bueno, si solo la mitad de lo que se supone que le pasaba a la niña es cierto, te aseguro que no es ninguna exageración. Confía en mí.

—Claro, continúa por favor.

—Pues mi padre me dijo que aquella tarde oyó al señorito Diego decirle a mi abuelo que su hermana no estaba bien. Que a la niña Carmen le estaba pasando algo horrible. Ahora, aquí me tienes que permitir una pequeña aclaración.

—¿Cuál?

—Verás, yo no sé cuánto hay de cierto o de falso, pero lo que sí sé es que mi padre era un niño y que incluso de adulto sigue estando lleno de supersticiones. Por lo que creo que por muy extravagante que suene lo que voy a contarte debemos esforzarnos por verlo a través de un prisma adecuado. No sé si me explico.

—Te entiendo —la tranquilizó Sinesio comprensivo—. De verdad que te entiendo, no te preocupes, no voy a pensar que a tu padre le falta un tornillo ni nada semejante. Muy injusto sería que precisamente yo juzgase a alguien por creer en… Bueno, en cosas raras. No, no te preocupes, no dudaré de tu padre. En todo caso, si tuviese que dudar de alguien lo haría del señorito Diego y de lo que le contó a tu abuelo, pero no de tu padre.

Rosalía, que había estado mirando a Sinesio con fijeza, no pudo evitar abalanzarse sobre él con los brazos muy abiertos en cuanto dijo la última palabra. A Sinesio aquel contacto le sorprendió extrañamente; sin embargo, aunque no estaba muy seguro de lo que se esperaba de él, se fundió, deseoso y feliz, en el abrazo.

—Y ahora ¿me lo vas a contar por fin?, ¿o no?

—Sí, ya te he dicho mil veces que sí. Mira que eres impaciente. Eres terrible, de verdad.

—Lo siento —se disculpó Sinesio.

Con un femenino gesto de reproche, Rosalía se tomó un par de segundos más, como castigo.

—El problema, como puedes imaginar, son los detalles. Cuando escuches lo que voy a decirte —Rosalía lo miró con clara intención para pedirle silencio—, te darás cuenta de que hay un montón de cosas sobre las que, me temo, nunca podremos estar seguros. Piensa que el señorito Diego le contó su versión a mi abuelo, que mi padre lo escuchó siendo un niño hace unos setenta años y que yo, ahora, aunque intente ser todo lo fiel que pueda a lo que escuché anoche, te daré una versión propia. Así que, me imagino que la cantidad de cabos sueltos es enorme, pero es lo único que tenemos, ¿lo entiendes?

—Sí —fue lo único que pudo contestar Sinesio ante la mano levantada de Rosalía, pidiéndole brevedad en la respuesta e, implícitamente, rogándole que no la atosigara con más preguntas.

—Mi padre pudo escuchar cómo el señorito le decía a mi abuelo que la niña Carmen estaba enferma. Ante lo que mi abuelo no pudo evitar insistir en la idea de que los *escritos* no tenían efecto si se trataba de curar un mal del cuerpo. Palabras que sirvieron para que el señorito Diego se explayase un poco más. Al parecer, la niña Carmen llevaba meses comportándose de una manera muy, ¿cómo lo diría?, extravagante —y ante la pregunta reflejada en los ojos de él, Rosalía intentó ser un poco más explícita—. Según pude entender, la pequeña había empezado torturando pequeños animalitos, pájaros y lagartijas, cosas así. Los cazaba, se los llevaba a su habitación y, con cuchillos, agujas de punto o cualquier otra cosa que se le ponía a mano se dedicaba a destriparlos, descuartizarlos… Y cuantas barbaridades se le ocurrían. Vamos, que se comportaba de un modo muy poco apropiado para una muchachita de su edad. Algo que, aunque molesto y reprochable para los señores Castro, no era tan preocupante como la posibilidad de que la servidumbre se enterara y los rumores se extendiesen.

Antes de continuar Rosalía pensó por un momento en sus últimas palabras, como dudando de su juicio. A fin de cuentas, como ella conocía el final de la historia, no podía estar segura de si los Castro habían actuado o no de la manera correcta.

Sinesio permaneció en silencio, expectante.

—Estas nuevas manías de la niña obligaron al señorito Diego, por encargo de los padres, a hacerse responsable de la situación —continuó Rosalía—. Vigilando a la pequeña todo lo posible, limpiando sus estropicios e intentando ocultar su extravagante comportamiento, que además parecía agravarse semana a semana. La chiquilla pasó pronto de los animalillos a los perros de caza de su padre, incluso a los animales del establo. Y comenzó a tratar con muy poco respeto a sus mayores,

contestando de mala manera a sus reprimendas, cuando hasta pocos días antes se había limitado a asentir apesadumbrada y abducir que no recordaba por qué había hecho lo que había hecho.

Rosalía se detuvo al sentir un escalofrío de consciencia.

—Al poco tiempo el señorito cayó enfermo, y aprovechó sus visitas al hospital de la ciudad para hacer unas cuantas preguntas discretas. No puedo decirte mucho más, porque parece ser que mi abuelo tampoco supo mucho más por boca del señorito Diego —aclaró Rosalía—. Un par de semanas después de que el heredero empezase a recibir tratamiento la familia acordó con un tal doctor Doel, mi padre no supo aclararme si era psicólogo o psiquiatra, que se hiciese cargo de la pequeña, internándola discretamente. Sin embargo, las cosas no salieron como la familia había planeado. El día que se la llevaban a la ciudad para dejarla bajo la tutela del doctor fue, precisamente, el día que el coche se estampó contra el roble.

Rosalía señalaba de nuevo el lugar en el que debía de haber estado el viejo árbol tantos años atrás.

—Sin embargo, el accidente no es lo importante, aunque lo parezca. Lo verdaderamente importante es la escena que se encontró el señorito Diego cuando llegó hasta el lugar del siniestro, avisado por un aparcero que había visto al Hispanosuiza perder el control, y al que el señorito Diego pagó billete y gastos para que emigrase a América y no volviese jamás. Creo que ese hombre fue el verdadero motivo por el que el señorito Diego invirtió sus cuartos en los ingenios azucareros cubanos, para comprar su silencio.

Y Sinesio no pudo evitar interrumpir.

—Ya, ya, pero ¿qué fue lo que se encontró el señorito Diego?

Rosalía lo miró condescendiente y no quiso reprenderle de nuevo. Si debía ser justa, ella había sido prácticamente igual de insistente y machacona la noche anterior, cuando su padre le contaba la versión de la historia que recordaba.

—Se encontró un pedazo del infierno en la tierra, o al menos eso le dijo a mi abuelo. La niña Carmen correteaba alrededor del coche empotrado en el árbol, al parecer indemne. Con unos cuantos rasguños, algo pálida, pero ilesa. Yendo de un lado a otro y dando pequeños gritos de alegría con un vestidito azul lleno de volantes y lacitos que tenía la pechera llena de sangre, como sus manitas, en las que parecía llevar guantes de terciopelo granate. Eso fue lo que vio el señorito Diego. Y cuando se acercó a los restos del automóvil, vio los cuerpos de sus padres, con los rostros deshechos, las narices aplastadas y sus caras cuajadas de trozos de cristal del parabrisas. Y cuando se pudo acercar un poco más pudo ver un brillo marcando el sol en la nuca de su padre. Y cuando estuvo al lado de la portezuela arrugada lo reconoció…

El vello de los antebrazos de Rosalía se erizó. Sus ojos dejaron los de Sinesio a un lado y miraron el suelo. Y en el gesto su cabello castaño se movió lo suficiente como para que a él le llegase el leve aroma a lavanda y espliego del jabón que Rosalía había

usado para asear su melena aquella mañana.

—… Lo reconoció. Era plata repujada con barrocos diseños. Hojas de roble y ramillas entretejidas de hiedra que sujetaban un escudo con seis círculos sólidos. Era su escudo… Era el mango de uno de los cuchillos de carne de la cubertería de los Villafins e Castro. Y… Y, cuando la niña lo vio, rio abiertamente, con infantiles gorgoritos llenos de alegría, como si la hubiesen atrapado en una travesura.

2009

En las horas que les quedaban de mañana, Osvaldo y Günther se saltaron el almuerzo y trabajaron sin descanso para acabar encontrándose con tantas referencias cruzadas e inútiles como para que el mulato desesperase rápidamente.

—Jefe, la verdad —dijo tímidamente Osvaldo—, no tengo yo muy claro que esto vaya a servirnos de algo. No me había imaginado que tantas p… Que tantas señoritas de trabajo nocturno hubieran sido atacadas en los últimos tiempos.

Günther, alzando los ojos de la pantalla del ordenador, le agradeció la delicadeza al mulato con una sonrisa que transformó el cigarrillo que colgaba de sus labios en un funámbulo eventual.

—Me parece a mí que los árboles no te están dejando ver el bosque —rebatió finalmente el jefe de investigación—. Es cierto, o eso parece según los periódicos, que ha habido muchos casos. Maltratos, agresiones, homicidios e incluso violaciones. Eso no puedo negártelo; sin embargo, tienes que dejar que tu olfato te guíe, hay algunos de ellos que son muy, muy parecidos a lo que nos hemos encontrado aquí.

—Pero, jefe, ¡claro! Entre dos asesinatos cualesquiera siempre existe alguna coincidencia. Para empezar, el muerto. Y eso no quiere decir que estén relacionados.

Al escuchar el alegato del mulato, Günther volvió a apartar la vista de la pantalla y miró a Osvaldo. Sin saber muy bien si reprenderle, reírse a carcajadas como le pedía el cuerpo o simplemente callar y otorgar. Finalmente, con una sonrisa cínica medio escondida en los labios, le dijo a Osvaldo lo que pensaba.

—A ver, paso a paso, ¿has llamado a Cozumel por lo del mendigo ese que apareció con la cara tapada por una bolsa? —Osvaldo, como respuesta, mostraba las hojas impresas de un fax que habían recibido unos minutos antes—. Está bien, pues entonces merece la pena que recapitulemos. ¿Te parece?

—Me parece, jefe, me parece. Porque yo ni olfato, ni vista, ni oído. Lo único claro para mí es que tenemos aquí un *descarajal* de papeles de mil demonios.

Günther se tomó unos instantes para echar un vistazo a su mesa y al *descarajal* al que se refería el mulato. Intentando ordenar sus ideas y pensando que hablar en alto de ellas, exponiéndoselas a Osvaldo, les ayudaría a ambos a hacerse una mejor composición de lugar y discernir si habían o no llegado a algo en claro.

—En primer lugar, si a la palabra «homicidio» le añadimos algún otro criterio de búsqueda, como prostituta, o mujer, o tatuaje, o cara cubierta, o playa, o bolsa de plástico, etcétera, etcétera… Obtenemos un número asombroso de casos, de los cuales, que sepamos, muchos están por resolver. Aunque esto no es muy fiable,

porque en la mayoría de ocasiones los periódicos hablan del crimen, pero no del juicio o la condena. Sin embargo, aun así, sigamos. Si le damos la vuelta a la tortilla —y Günther volteó su mano derecha para ilustrar la idea—, y hacemos la búsqueda con todos los criterios a la vez, la cosa cambia —hizo una pausa para encenderse un nuevo cigarrillo—. Entonces solo nos aparece un caso, en Buenos Aires —Günther aspiró con ansia la primera calada y continuó su exposición exhalando el humo azulado—. Una tal Catherina Gurruchaga Neuhaus, prostituta de alto nivel, asfixiada; con el rostro y la dentadura desfigurados post mórtem. El cadáver fue hallado en un callejón no lejos del cementerio de la Recoleta y, además, había sido mutilada, también post mórtem. Todo eso, según sabemos por la serie de artículos que a lo largo de enero del 2008 publicó el *Clarín* argentino. ¿Estamos de acuerdo? —preguntó en último lugar, antes de darle una nueva calada a su cigarrillo.

—De acuerdo, jefe, hasta ahí llego —contestó el mulato mientras agrupaba los folios impresos con la serie de noticias y aquellos en los que había imprimido el correo electrónico de sus homólogos argentinos.

—Además, gracias a esto que nos han enviado, también tenemos algún dato más. Que la víctima tenía veintitrés años, que su padre era un desgraciado que había muerto alcoholizado, que trabajaba en un club de los más lujosos de Buenos Aires, que la tuvieron que matar donde encontraron el cuerpo y, que el caso nunca se resolvió. No había evidencias concluyentes y, a fin de cuentas, no era más que una… Una puta, de lujo, pero puta. Por lo que pude oír mientras hablabas con los argentinos se la traía bastante al pairo el asunto —concluyó Günther alzando las cejas y apagando el cigarrillo en un cenicero rebosante.

—Sí, eso es cierto, jefe, pero permítame decirle que para mí, por mucho criterio de búsqueda y mucha pendejada que se empeñe, los dos casos siguen siendo muy distintos —argumentó el mulato—. El suyo, en la ciudad; el nuestro, en la playa. En uno le desfiguran la cara, en el otro no. Además, el de Buenos Aires es como mucho más chapucero, aunque no hubiese rastros fiables. Yo no sé cómo trabajan los argentinos, pero en nuestro caso aquello parecía un quirófano y no el escenario de un crimen. Lo siento, no veo yo la relación. Y no es por desanimar.

Günther, como buen analista y superior, consideró por un momento las palabras del mulato antes de replicar:

—Tienes razón, aunque solo en parte. El asesinato de Buenos Aires bien podría ser obra del mismo tipo, como has dicho, es más chapucero, pero es que hace año y medio de eso. Piensa, el muy cabronazo se va refinando, y ahí tienes una explicación. Además, tú mismo has sacado lo del *psicópata*, ¿acaso no es cierto que ni siquiera tenemos la seguridad de qué víctimas podemos atribuirle?

Osvaldo se pensó por un momento las posibles réplicas, pero no se sintió capaz de negar o afirmar nada.

—Ya, puede ser. Pero en lo que se refiere a este caso no hay modo de demostrar la relación. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas —admitió Günther—. Ahora bien, piensa por un momento. Tenemos… —miraba alternativamente los distintos montones de papelotes sobre la mesa—. A ver, cronológicamente, y si nos centramos en las prostitutas, una en Quito a finales del 2007, o sea, un mes antes que la de Buenos Aires. En este caso, sin mutilar y muerta a golpes, lo que es distinto, pero con la cara también cubierta.

—Vamos, jefe, no puede estar pensando en serio que ambas muertes tienen algo que ver. A esa de Quito la taparon con su propio bolso —intervino el mulato.

—Sí, tienes razón, pero deja que sigamos. Puede que no sea concluyente, es cierto. Sin embargo, a lo mejor, nos deja llegar a alguna parte.

—Está bien, adelante.

—Pues, otra más en Bogotá, en julio del 2008, asfixiada con la misma bolsa que le cubría la cara y con varios cortes en el cuerpo, aunque no se averiguó el motivo de estas mutilaciones —Günther pasaba hojas de un lado a otro, repasando datos y comprobando fechas y detalles—. Un mes después, otra en Buenos Aires, esta vez con el rostro descubierto, aunque también con un tatuaje recortado. Ya en el otoño, hace solo un año, una joven ama de casa, con la cara destrozada y varias heridas de arma blanca, abandonada en una playa de Valparaíso, en Chile. Un par de meses después dos prostitutas, de esas que cobran por noche lo que tú en todo el mes —dijo sonriendo con esfuerzo—, no lejos de un complejo hotelero de lujo de Punta Cana, atadas la una a la otra y con los pezones de ambas recortados —esta vez se le escapó un gesto de disgusto—. En enero de este mismo año, una turista alemana, también en una playa, cerca de Los Jardines de la Reina, en Cuba. Aunque en esta ocasión no hay ni mutilaciones ni rostro cubierto, simplemente muerte por asfixia. Si es que a eso se le puede llamar simple…

Günther se detuvo por un momento para encenderse otro cigarrillo y revolver los papeles hasta encontrar el siguiente caso. Esperó a la primera calada para continuar hablando por entre las volutas de humo.

—Durante la primavera otra más, en las laderas del volcán Cotopaxi, al sur de Quito. Asfixiada y con la cara tapada, pero sin mutilar. Y hace solo unos meses tenemos otra pareja de prostitutas de alto *standing*. Estas, tiradas en una playa cerca de Punta Mariato, que está en el parque nacional de Cerro Hoya, en Panamá. Una sin pezones, la otra sin un tatuaje, y ambas con las caras descubiertas y algunos cortes, aunque sin atar… Y creo que eso es todo. Ah, no, no es todo. Como bien ha dicho nuestro queridísimo Graciano —y acompañó el comentario de una reverencia burlesca—, hace poco más de dos meses, según las reseñas de *El Nacional* venezolano, una prostituta. De nuevo en una playa y de nuevo con los pezones recortados, aunque en esta ocasión fue algo más sangriento. La pobre parece un alfiletero en las fotos que nos han enviado los compadres venezolanos…

Günther repasaba el escritorio cerciorándose de que no se había dejado nada en el tintero cuando, tras rumiar las palabras de su jefe, Osvaldo se sintió con ánimos de replicar:

—Jefe, todo eso es tremenda tontería. También tenemos un mendigo asfixiado en una playa de la isla de Cozumel que fue encontrado con la cabeza en una bolsa de plástico. Y un vagabundo en una calleja infecta del puerto de Colón, a medio despellejar y sin que sepamos si tenía tatuajes o no, pero con la cara metida en un cubo de meados y mierda que usaban otros sin techo. Incluso un anciano al que abandonaron tras asfixiar, en una playa de Punta del Este. Y no me diga que no tengo razón, porque respecto a estos dos casos ni siquiera ha querido que pida los informes a las correspondientes policías.

—Correcto, también hemos dado con esos dos casos, y algunos más. Y tengo que reconocer que no podemos atribuírselos todos a nuestro depredador, si te sirve que le llamemos así. Ahora bien, no puedes negarme que hay algunos especialmente parecidos.

Osvaldo parecía necesitar un antiácido para poder tragarse los argumentos del jefe y prefirió guardar silencio para meditar bien su respuesta. Momento en el que Lis acudió en su ayuda involuntariamente, llamando a Günther. Lo que dio al mulato unos minutos para echar un vistazo a todos los expedientes y hojas impresas de las ediciones digitales de multitud de periódicos de Sudamérica que tenía ante sí.

Mientras Günther hablaba, una parte del cerebro de Osvaldo fue capaz de darse por enterado de lo cariñoso que se mostraba su jefe, y no pudo evitar encontrar sentimientos enfrentados en su interior. Algo de ternura y algo de incertidumbre se mezclaban con una porción de pena, sabedor como era de que si Günther decidía seguir adelante con aquella relación tendría problemas. No era algo fácil de aceptar.

Cuando el jefe de investigación colgó, el mulato todavía miraba con aire de desconcierto la extravagante colección de papelorios de la mesa.

—¿Y?

Osvaldo, al que siempre le había costado concentrarse, se sobresaltó en el momento que fue consciente de que la pregunta iba dirigida a él y que su jefe ya había dejado de hablar con Lis.

—Bueno… Hay dos cosas que… —titubeaba el mulato—. Al menos hay dos cosas que no entiendo.

—Coño, pues dilas, hombre, dilas.

Osvaldo no parecía muy seguro de sí mismo cuando se atrevió a expresar en voz alta sus dudas. No le agradaba pensar que hubiese captado algo que se le había escapado a Günther.

—Verá, jefe, lo primero, acabo de caer en la cuenta de que solo hemos buscado con la carajada esa del ordenador en castellano, ¿no? —Günther abrió sus ojos desmesuradamente, al tiempo que sus manos se quedaban a medio camino al paquete de cigarrillos—. Y, claro, con eso dejamos de lado Brasil, las Guayanas, Jamaica, Bahamas y… ¡Qué leches! Y a la mitad del mundo entero…

—Tienes razón —admitió Günther, dándose cuenta de que se le estaba escapando de las manos su planteamiento.

Osvaldo, que miraba a su jefe intentando adivinar cómo se había tomado su apreciación, se sintió animado a seguir al haber oído que le daban la razón.

—Al pensar en eso del idioma, me he dado cuenta de otra cosa. Admitamos por un momento que, no sé, media docena de todos esos casos se parecen lo bastante como para que pueda aceptarse que tienen el mismo autor. Los de Buenos Aires pueden ir en el paquete —continuó el mulato abriendo las manos y encogiéndose de hombros—. Sin embargo… Aun así, aunque solo nos quedemos con seis casos estamos hablando de tres o cuatro países, y eso, repito, considerando solo en los que se habla español… ¿voy muy desatinado?

—No, no. Tengo que reconocerlo. Lo cierto es que tienes toda la razón. La idea no parecía mala, pero se me ha ido de las manos. Costa Rica, Argentina, Colombia, Cuba, Venezuela, Panamá, Ecuador y uno de los mendigos en México… Y todo eso en un par de años… —Günther parecía desconsolado—. No, tienes razón. Me he dejado llevar por culpa del hideputa de Graciano y, tirando del hilo, me lo he acabado por echar al cuello. ¿Cómo iba un asesino a andar así, de un lado para otro con tanta facilidad?

Ambos se quedaron en silencio durante un rato, con el murmullo del aire acondicionado planeando sobre sus cabezas.

—Es una pena —reconoció pesimista Günther, mientras Osvaldo seguía pensativo—, empezó bien…

Y Günther siguió lamentándose hasta que el mulato volvió a abrir su bocaza con los verdes ojos brillando.

—Jefe, ¿alguna vez le he dicho quién era mi padre?

Günther, sorprendido, se calló, sin saber muy bien qué decir.

—Eh… Pues… —Titubeó el jefe de investigación, intentando no reconocerse a sí mismo que para aquella pregunta ni el propio Osvaldo tenía la respuesta.

—Verá, era marino, un marinero holandés. Un tal Jan Oort, o algo así. Mi madre sigue repitiéndome todos los días que era el hombre más guapo que había visto en su vida. Y que tuvo que pelearse como una leona para arrebatárselo a las otras chicas que atendían los garitos del puerto.

—Osvaldo, lo siento, pero no sé adónde quieres llegar. No te entiendo.

El mulato reagrupó sus ideas y dejó sus recuerdos a un lado para poder decirle a su jefe lo que se le había ocurrido.

—Jefe, mi padre llegó a Limón, descargaron y cargaron, avituallaron el barco o vaya usted a saber si es que lo pintaron. A lo mejor lo hundieron y lo reflotaron y luego se lo llevaron para atrancarlo en la mitad del canal de Panamá, no tengo ni la más zorra idea. Pero, el caso es que, tal como vino se fue, y detrás quedé yo, o mejor dicho, el barrigón de mi madre, las deudas y un montón de *mierdeo* que tuve que aguantar por no ser *ni chicha ni limoná*.

—Ya, ya, no debió de ser fácil, aunque sigo sin entenderte —reconoció Günther.

—Carajo, jefe. Pues que igual que quedé yo en Puerto Limón pudo quedar otro en

Puerto Plata y otro en Puerto Aisén y… ¡Y otro en Puerto Barrios! ¡Qué sé yo…

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? ¡Jefe! Que, salvando las distancias, si mi padre se dedicó hace treinta años a dejar a negritas apasionadas preñadas, otro marinero bien podría dedicarse ahora a dejar ese rastro de dolor y muertes que estamos olisqueando. ¿O no? Porque con tantas vueltas como llevamos con esto yo ya no sé ni qué número calzo, así que, a lo mejor, ya no digo más que pendejadas.

Günther meditó por un momento las palabras del mulato.

—No. Al revés. Eres un genio, ¡un genio! Claro, esa es la respuesta, tienes toda la razón, es un marino. Tenemos que empezar a llamar a las compañías navieras. Hay que buscar los registros de los barcos que hayan estado en las mismas ciudades de los crímenes que se parezcan más al del parque Manuel Antonio. Podemos empezar por los tres o cuatro casos más similares y cotejarlos con los listados de tripulantes… —y mientras decía esta última palabra Günther se dio cuenta de que la teoría cojeaba—. ¡Mierda! No cuadra. ¿Tú sabes cuánto tarda un barco en llegar de la costa del Pacífico panameño a Maiquetía?

Ahora era Osvaldo el que estaba perdido.

—¡Hala, jefe! Que mi padre dejó preñada a mi madre, no se dejó olvidado el cuaderno de bitácora… Y yo qué sé.

—Pues yo tampoco tengo ni idea. Sin embargo, no cuadra, hay casos que son muy seguidos, con apenas un par de semanas entre uno y otro. No sé, no me encaja con un marino. Muy rápido me parece eso para un mercante, ¿no crees?

—Yo, la verdad, si no es en coche o andando, no me hago idea. Pero, de todos modos, hay muchas más profesiones con las que se anda viajando todo el rato. No se acuerda del ingeniero ese de la Chevron al que atracaron el año pasado. Nos contó que pasaba, como mucho, un mes en cada sitio. Y Julianita, aquella morochita de la que anduve encoñado hace un par de años, ¿se acuerda? Trabajaba de azafata para Copa y se pasaba la mitad del mes dando tumbos por ahí. Vamos, que hay muchos más trabajos que el de marino en los que uno se pasa la vida fuera de casa.

Günther, ya medio mareado con tanto alegrarse y decepcionarse, aceptó este último razonamiento del mulato con más resignación que emoción.

—Supongo que tienes razón, pero ¿y ahora?, ¿dónde buscamos a un tipo que en el último par de años ha pasado por media Sudamérica y Centroamérica? *¡Ausgekochtes Schlitzohr!* —Se le escapó a Günther en el marcado acento bávaro que había heredado de su padre—. Y eso suponiendo que, como bien decías, no nos hayamos dejado algún otro país en el que no publiquen periódicos en castellano. Ya me dirás, aun descartando eso tenemos: Costa Rica, Argentina, Venezuela, Panamá, Uruguay, Colombia…

1981

Los celos habían sido un baño de ácido correoso que le había carcomido las entrañas. Se preguntó mil veces quién era el amigo de Monique, por qué se había ido con él. Tenía un sádico tallista en miniatura labrándole las meninges. Casi podía asegurar que sentía cada pasada de la escofina.

Sin embargo, y de manera similar a como le había sucedido con la frustración provocada por las pobres fotografías, esos celos también sirvieron para darle a Takeda el coraje que le faltaba.

No durmió pensando en cuanto la ansiaba.

La necesitaba.

La quería.

Y, como un sonámbulo, dejó atrás las sábanas revueltas y empapadas en sudor. Una vez, dos veces, tres… Hasta que perdió la cuenta.

Se levantaba con el regusto amargo en la garganta de un enfermo de dispepsia, para sentir una y otra vez el regurgitar amargo y acre de sus sentimientos.

Y cada vez que se levantaba iba hasta la silla en la que Monique se había sentado por la tarde.

Y olía y lamía el acolchado.

Y juraba que se la comería.

Una vez, dos veces, tres… Hasta que perdía la cuenta.

Y luego lloraba. Porque no era suya y la quería. Porque ella no le comprendía.

Tantas veces que perdió la cuenta.

Su querida emisora de clásicos rezumaba, entre la estática de la mala recepción, la *Misa de Réquiem* de Fauré. El *kyrie*.

Y Takeda se sentía enfermo de impaciencia esperándola de nuevo.

Aquella mañana había conseguido que ella accediera a pasar unas horas con él esa misma tarde. De nuevo con la excusa del trabajo que debían presentar.

Cuando ella llegó Takeda se empleó a fondo. Buscando el modo de agradar, de complacer. Y en cuanto tuvo una oportunidad le pidió a Monique que leyese sus poemas preferidos de Rimbaud para poder grabar su voz en un pequeño magnetófono.

Takeda consiguió convencerla de que se quedase a cenar. La invitó a sentarse en el suelo, como en casa, y sirvió té. Aunque había mezclado en la infusión una

generosa dosis de whisky para que ella fuera más accesible. Porque él ya había decidido la noche anterior que debía declararle su amor.

Sin embargo, las ilusiones de Takeda se hicieron añicos, como un cacharro viejo y cuarteado que se cae del anaquel más alto de una estantería para esparcir las cenizas de la abuela que se llevó el cáncer. Él le dijo que la amaba, que podía pedirle la luna y que se la traería. Le explicó con palabras que robó a sus poetas preferidos que ella era su verdadera razón para vivir y que no podía imaginarse despertar un día más sin tener su rostro para perderse a medida que el amanecer lo fuese desvelando.

No sirvió de nada.

Ella fue amable, sonriendo comprensivamente y hablando con dulzura. Fue considerada y empleó palabras cuidadas. Usando un tono de voz suave como el terciopelo recién tejido y meloso como los caramelos de los sueños infantiles.

Y él no pudo aceptar la negación. O no supo.

Takeda se levantó con las manos apretando sus sienes palpitantes y volvió a oír como si algo chirriase en su cabeza. Lágrimas amargas hacían de trapecista esquizofrénico en sus párpados.

Ella, que era buena y tierna, se sintió culpable. Ella se recriminó no haber previsto aquella situación. Se sentía incómoda y vulnerable y lamentaba con toda su alma no haber sabido decirle que no antes sin causarle tanto daño.

Él, que no era ni tan bueno ni tan tierno, se sintió frustrado. Él se enfadó con ella por haberle rechazado. Se sentía inquieto y dolido y lamentaba con toda su alma haber llegado a ese punto.

Takeda, dándole la espalda a Monique, hurgaba en sus cajones mientras le decía que no se preocupase sin conseguir que ella no se sintiera peor a cada segundo. Ella se inquietaba al interpretar que él estaba intentando mostrarse fuerte y poco afectado y, por eso mismo, Monique se esforzaba más en sus palabras de consuelo. Sin embargo, Takeda no estaba fingiendo una fortaleza que no sentía, solo estaba intentando que ella no se diese cuenta de que tenía algo entre las manos.

Al principio Takeda se asusta al ver tanta sangre. Intenta limpiarlo todo.

Takeda lucha por controlarse y dejar a un lado el dolor que siente reverberar en su frente. Está confuso y no logra hacerse una idea de cómo ha sucedido todo. Sin embargo, sabe que toda esa sangre está, de algún modo, mal.

Y entonces se da cuenta de que ella ya no puede negarse, de que ahora le pertenece, de que pueden estar juntos. Monique ya no podría decirle que no, y aunque él no podría pedirle que volviese a recitar poemas, al menos, ella ya es suya.

Monique no lleva su vestido azul, pero está igualmente preciosa, con su rostro de porcelana brillando sobre la sangre carmesí. Tiene puesto otro vestido, uno blanco con un suave estampado floral, de crepé de lana ligera, y Takeda se lo quita dando tirones, sin abrir todos los broches de la espalda. El escote del vestido se engancha en su mentón definido y bello, él insiste con brusquedad, jalando la tela con fuerza. La cabeza de Monique se levanta para caer con un ruido sordo sobre el charco de sangre,

lanzando diminutas gotas en todas direcciones. No lleva sujetador y sus pechos son plenos y maduros y Takeda se llena las manos con ellos. Viste unas sencillas braguitas de algodón blanco con lacitos brillantes de color azul y él se las quita ansioso. Está desnuda y Takeda la contempla.

Va trastabillando. Se hace con un cuchillo.

Recorta el pezón izquierdo. Recorta un pedazo de la nariz, que había sido pequeña y bien delineada, con fosas bien igualadas y un puente de suaves curvas.

Corta un pedazo de carne de sus nalgas.

Y se pregunta qué debería morder primero, mientras mira los trozos sanguinolentos resbalar viscosamente entre sus dedos.

Ve sus muslos resplandecer en la luz artificial y corta dos buenos pedazos, filetes que se llevan parte del aductor mayor y del aductor corto de la pierna derecha de Monique. Hay células grasas del tejido adiposo que se escapan, le recuerdan al maíz amarillo. Aunque le parecen inodoras y no le gusta su sabor. Sin embargo, los pedazos de carne roja se le antojan lo más delicioso que ha probado jamás, mejores que el *sushi* de atún más exquisito.

Se llena la boca de la carne fresca de Monique y deja que la sangre aún caliente resbale por su gaznate con verdadera gula.

Cuando se cansa de cortar, se hace con un cuchillo eléctrico y empieza a trabajar como un aprendiz de carnicero, tropezando con huesos y tendones que hacen chirriar la hoja. Salpicándose con sangre vaporizada por los cortes.

Come pedazos crudos y guarda raciones pulcras en el refrigerador, pensando en templarlas en *sauté* y acompañarlas de mostaza de Dijon.

Y le dice muchas veces que la ama. Se lo dice hasta quedarse sin aliento. Abrazando los pedazos descuartizados. Besando las heridas abiertas, que, sin un corazón que lata, simplemente se encharcan con la sangre acumulada.

Escucha la grabación que ha hecho de Monique, recitando los versos que él había escogido para ella. Se imagina que le habla y él le responde que la ama con toda su alma. Usa sus braguitas como servilleta, embriagándose con su olor femenino y salado. Recuerda el mar.

Corta sus senos y perfora el ya inútil pulmón izquierdo de Monique. Curiosea. Palpa los lóbulos mamarios y prueba la carne tímidamente. Le asquea su consistencia grasosa de gelatina pasada y regresa a los muslos.

Queda poco más que un torso desfigurado y, cuando el cansancio lo vence, se lleva los restos a su cama de sábanas revueltas para dormir abrazado a su amada mientras los lamparones de sangre empiezan a secarse, resquebrajándose como los óleos viejos.

La mañana le sorprende rendido en los brazos desmadejados de su amada, que se mantienen rígidos y fríos. Llora mientras le repite una y otra vez que la quiere y la gula se sirve de nuevo de su cerebro enfermo. Muerde y mastica el bíceps derecho de Monique, desgarrando la piel del brazo con sus pequeños dientes cuadrados que

desalinean su macabra sonrisa. En un momento sonríe feliz y al siguiente llora desconsolado.

Le encanta sentir que el cadáver no huele mal.

Y mientras nota su primera erección palpa la vulva seca y rígida de Monique. Fuerza los muslos desgarrados y, metiendo el cuchillo entre los restos de las piernas, recorta el ano con sesgos zigzagueantes como las puntadas de una mala costurera. Se lo pone en la boca y su fuerte olor le hace escupir. Prueba a freírlo, y como le sigue disgustando, lo devuelve al cuerpo de su amada mientras besa los labios fríos.

Cuando algunos moscardones comienzan a revolotear sobre Monique (su mujer) Takeda se desilusiona, se da cuenta de que la va a perder para siempre y llora de nuevo. Dejando regueros blanquecinos en la sangre seca de sus mejillas hinchadas que desvelan las asimetrías de su pequeño rostro.

Empieza a cortar el cadáver en trozos aún más pequeños, y el contacto de la piel fría y sin vida de Monique le excita. Empieza a besarla con pasión, arranca los labios y lo que queda de la nariz a mordiscos y busca su boca de nuevo. Quiere besarla y sentir su lengua, pero la mandíbula de Monique permanece firmemente cerrada y Takeda babea inútilmente pasando su lengua rasposa por los regulares dientes de ella, sin lograr alcanzar el interior de la boca de su adorada mujer. Finalmente, haciendo fuerza con sus pequeñas manos de niño pervertido consigue abrir la boca de Monique y succionar la lengua que ha empezado a hincharse. Cuando la tiene dentro de su propia boca Takeda muerde con fuerza, saboreando. Consigue arrancarla echándose de golpe hacia atrás, curvando la espalda como un amante en el orgasmo, y se excita. Y su pene arrugado crece hasta una ridícula erección fláccida.

Con la lengua de Monique llenando sus carrillos, corta el brazo de Monique y se masturba mirándose en el espejo ante el que tantas veces ha practicado. En pocos segundos alcanza el orgasmo y eyacula mientras muerde con fuerza la lengua de Monique. La hace estallar en su boca y se contempla masticándola.

Y comprende que es un verdadero caníbal.

Pocas horas después, la pequeña figura encorvada de Takeda arrastraba con dificultad una maleta sospechosamente pesada por los caminos del enorme parque del Bois de Boulogne, al oeste de la Ciudad de las Luces.

La maleta cayó con un chapotear espeso en el lago inferior de la gran cascada.

Y Takeda pensó que si le descubrían se volaría los sesos y se encontraría con Monique, para ser felices por siempre. Amándose como en los poemas.

El único testigo se llamaba Chantal, una puta coja y bizca que malvivía de lo poco que podía sacarles a los que se paseaban por el Jardin d'Acclimatation.

1977

Sinesio no se sintió con fuerzas para articular palabra alguna y se limitó a buscar la mano de Rosalía para apretarla suavemente.

—¿Te lo puedes imaginar? —preguntó ella con voz temblorosa.

—No, la verdad es que no. Creo que por mucho que nos esforzásemos no seríamos capaces de… De comprender lo que…

Y como no sabía qué decir, o cómo expresarlo, Sinesio dejó morir el escueto diálogo, mirando fijamente al lugar en el que se debía de haber producido el *accidente*.

Tuso, que había estado un rato yendo de un lado a otro, buscando con qué entretenerse, regresó a su lado. Giró sobre sí mismo un par de veces y se acostó tras mirar aprobadoramente la hierba mullida que había aplastado con su gesto. En cuanto dejó caer su cabezota sobre las patas delanteras, soltó un gemido de satisfacción que acabó convirtiéndose en un bostezo.

—Anoche, mientras mi padre hablaba, se le empañaron los ojos. Y no recuerdo haberle visto llorar cuando mi madre falleció. Es increíble lo que puede marcarnos el amor cuando somos niños, ¿no te parece? —Rosalía no esperó la respuesta de Sinesio y continuó hablando—. Aunque podría ser que se sintiese así por lo que me contó después y no por lo que había pasado con el coche —y se encogió de hombros, haciendo bailar su trenza.

Sinesio tardó unos segundos en procesar la información implícita en las palabras de Rosalía.

—Ah, pero ¿hay más?

—Sí, hay más, mucho más…

Rosalía soltó la mano de él con un gesto suave y cariñoso mientras lo miraba directamente a los ojos. Se puso en pie y dio unos pasos hasta quedarse frente a Sinesio, dándole la espalda a la fachada posterior de la capilla y contemplando con vaguedad el agua limpia del riachuelo por unos instantes. En aquel sol primaveral de tarde que declinaba una parte de Sinesio pudo dejar a un lado todo el interés y la curiosidad, reconociéndose a sí mismo que aquella pequeña mujer que tenía ante sí era para él la criatura más bella y maravillosa que había conocido.

Efémeras de alas delicadas y largas patas volaban a su alrededor, robándole destellos al ocaso que quería empezar. Rosalía siguió contándole lo que podía recordar de las palabras de su padre.

—Como puedes imaginar, el señorito Diego le reconoció a mi abuelo que todo

aquello se le escapaba de las manos. Y, la verdad, ¿cómo culparle por lo que iba a hacer?

Rosalía volvió junto a Sinesio y, al tiempo que le cogía la mano, se sentó en el megalito.

—Encerró a la niña Carmen en las habitaciones altas del pazo. Y él mismo se ocupó de atenderla siempre que le era posible, intentando ocultar el monstruo en el que la niña parecía haberse convertido. La pequeña pasaba la mitad del día gritando insultos y amenazas. Incluso con palabras que nadie conocía y que a todos les sonaban a un idioma extraño. Por lo que podían entender, exigía su libertad y juraba que se iba a cobrar todo aquello, y que ya había hecho cosas malas y divertidas, y que las seguiría haciendo. De hecho, el señorito Diego le confesó a mi abuelo que llegó a tener la horrible certeza de que su contagio había sido culpa de la niña. Por lo que parece, estaba bastante seguro de que la pequeña había mezclado la leche de una vaca que sabían enferma con la que se llevaba a la casa para el consumo diario… Si tan solo la mitad de lo que parece es cierto… ¡Dios del cielo! Ya solo con la mitad, yo no puedo explicarme de dónde sacó tanta crueldad una niña tan pequeña. Cuesta creerlo. Cuesta mucho creerlo —Rosalía se detuvo mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

Tuso, como si presintiese el malestar de su ama, levantó pesadamente sus párpados para mirarla con ojos adormilados. Rosalía, advirtiéndolo, le dedicó una dulce sonrisa al perrazo y este, que pareció comprender sin más que se había preocupado en vano, intentó recuperar el sueño.

—Y a lo que ya hemos hablado se le añadieron más intentos de curar a la niña, a cada cual más estrambótico —continuó Rosalía—. El señorito hizo traer a un par de curanderos de fama reconocida desde las montañas de más al interior, mi padre no recuerda los detalles. E incluso trajo a un cura que presumía de exorcista y cuya fama de santo le precedía adonde quiera que fuese. De nada sirvió. La niña se comportaba peor día a día, como si un mal insaciable hubiera hecho presa en ella. —Soltando la mano de Sinesio y haciendo gestos grandilocuentes con sus brazos, Rosalía apresuró su relato—. Una noche, se escapó, y el señorito Diego no se dio cuenta de ello hasta la mañana siguiente, cuando, con el corazón encogido, le llevaba unas inútiles gachas que la niña se negaba a comer un día tras otro. Por lo que oyó mi padre el pobre tuvo que tragarse de nuevo el corazón, que se le había subido hasta el cielo del paladar del susto e, inmediatamente, organizar un pequeño grupo de confianza que la buscase intentando no levantar las sospechas de los del pueblo. No les costó mucho encontrarla…

Como en otras ocasiones a lo largo de su extensa narración, Rosalía pareció necesitar de unos segundos para pensar en lo que iba a decir.

—Había ido al establo. Y había matado a uno de los caballos con una horca para el forraje. Se la había clavado en el cuello, y el señorito le comentó a mi abuelo que no se imaginaba de dónde había sacado la niña fuerza semejante para eso. Pero lo

terrible no fue la muerte del caballo, sino que cuando la encontraron estaba como un animal salvaje, con la cabeza metida en las entrañas de la pobre bestia, masticando las vísceras como un lobo con la carroña fresca… Como una alimaña cruel —Rosalía no pudo evitar que se le escapase un gesto de disgusto—. Los jugos gástricos le habían quemado la piel, estaba bañada en sangre y farfullaba incoherencias… Dios misericordioso, debió de ser terrible, terrible… —Rosalía hizo una nueva pausa que aprovechó para santiguarse mirando al cielo—. Cuando los hombres se sobrepusieron de la impresión intentaron reducirla. Ella se puso hecha un basilisco, lanzando dentelladas y patadas a todo el que se cruzaba en su camino. Se defendía como podía, con el rostro desencajado y lanzando espumarajos sanguinolentos…

Sinesio escuchaba anonadado. Intentando retener el calor que quería escaparse de su cuerpo. Su corazón latía desbocado y arrítmico. Respiraba entrecortadamente. Le sudaban las manos.

—Eso había sido tres noches atrás —continuó Rosalía—. Y, por lo que oyó mi padre, mi abuelo y los *escritos* eran el último recurso al que el señorito Diego podía acudir. O eso había pensado él que, según confesó, no había ido antes a la casa de los *escritos* de Crecente por miedo a que no se pudiese mantener el secreto. Así que el señorito le pidió ayuda a mi abuelo…

—¿Y? —se le escapó irremediablemente a Sinesio.

Rosalía no quiso reprenderle esta vez y se limitó a continuar con la historia. Ella podía notar la excitación de Sinesio y, por unos instantes, le disgustó entender que aquel hombrecillo, del que estaba empezando a enamorarse, pudiese ser tan sádico y macabro como para que una historia así le sugiriese tanto.

Aunque, Rosalía no se dio cuenta de que aquel misterio también estaba suponiendo para ella una especie de oscura revelación. Un secreto escondido e inconfesable cuya historia y consecuencias la atraían como la bombilla desnuda de una buhardilla olvidada atrae a las polillas.

—Mi abuelo no se atrevió a sugerir una solución, confesándole al señorito Diego que no sabía lo que podría hacerse. Le expresó sus dudas, a pesar de toda su fe y su firme convencimiento, no estaba seguro de que los *escritos* pudiesen ayudar a la pequeña. Finalmente, ante la insistencia del señorito, mi abuelo accedió a hacer todo lo que estuviese en su mano. Aunque, yo sospecho que fue más una sincera caridad cristiana la que lo motivó. Creo que deseaba ayudar, del modo que fuese, independientemente de los *escritos*.

—Ni que eso importase —interpeló Sinesio—, lo único importante en ese momento era ayudar a la niña, fuesen cuales fuesen los motivos. Sinceramente, no veo yo que la fe, la iglesia o la caridad tengan mucho que ver con la voluntad necesaria para ayudar a esa cría. Excusarse y no hacer nada habría sido de desalmados.

Rosalía consideró la posibilidad de argumentar lo que ella pensaba de su Dios y la fe. O intentar explicar cuán profunda había sido la devoción de su abuelo, pero,

sabedora de que era un esfuerzo que no merecía la pena en ese día y momento, prefirió dejarlo pasar. Prefirió ser optimista y aceptar que la actitud de Sinesio podría cambiar con el tiempo. Convencida de que ella podría enseñarle a apreciar aquello que por el momento no entendía, se limitó a seguir con su narración.

—Como mi abuelo no estaba seguro de lo que podría hacerse terminó por preguntar lo más obvio. Si la niña se había escapado, ¿lo había hecho únicamente para acabar con aquel indefenso animal y así, alimentarse de tan salvaje manera tras días de ayuno?, ¿o el episodio del establo era solo una etapa?

—Ya, entiendo, digamos que tu abuelo quería saber si, al escaparse la niña, buscaba ir a algún sitio o hacer algo concreto.

—Exacto, él planteó que, si descubrían adónde iba la niña, a lo mejor podían entender lo que le pasaba… Vamos, que si sus correrías tenían un destino o un objetivo concreto, quizá, el saberlo, les ayudaría.

—Es razonable, aunque también podían haber sido simples actos sin sentido.

Rosalía asentía levemente mientras él aceptaba sus palabras.

—Puede ser, puede ser. Sin embargo, siguieron ese razonamiento. Mi abuelo pensó que debían dejar que la niña se volviese a escapar e intentar averiguar qué haría.

—Así que ¿la dejaron escapar esa noche?

Rosalía asintió una última vez, moviendo suavemente el mentón, y le contó a Sinesio la parte más desagradable de la historia en la que su padre se había visto envuelto décadas atrás. Le contó el final.

2009

A pesar de que en el vuelo todo parecía ir bien, Thomas se sentía cada vez peor. Se había disculpado con prisas para encerrarse en el pequeño habitáculo de las literas en cuanto habían pasado con el control del espacio aéreo portugués, cuando desde cabina ya se distinguía la mancha casi infinita del océano Atlántico.

Había apagado todas las luces y estaba tumbado boca arriba, frotándose las sienes, oyendo el murmullo de la radio en la cabina anexa a través del frágil mamparo.

Años antes, la suave vibración del avión y el monótono ronroneo de los motores siempre ejercían sobre Thomas un agradable efecto soporífero. Le bastaba perderse unos minutos en las páginas de cualquier libro para dormirse rápidamente y aprovechar al máximo sus turnos de descanso en vuelo. Pero, eso había quedado atrás.

Thomas era incapaz de encontrar acomodo. Cada vez que se movía sentía su cerebro revolverse como si lo estuviesen batiendo con saña. El padecimiento llegaba hasta la base de la espina dorsal, enroscándose en todas y cada una de sus terminaciones nerviosas y atenazando sus sensaciones con pinzas ardientes que punteaban su incomodidad, como sal esparcida en la carne viva de una herida recién abierta.

A lo insaciable de su calvario se unía la terrible vulnerabilidad que lo arropaba. No podía deshacerse de la idea de que había sido muy poco cuidadoso en Bangkok.

Sentía un irrefrenable estremecimiento que le urgía a matar, cuanto más mejor. Y solo el escaso autocontrol que podía interceptar por entre la oscura telaraña de confusión que se empeñaba en enredarse en su dolor podía evitar que saliese de aquella pequeña habitación para degollar uno a uno a todos los pasajeros de primera clase.

Uno a uno.

A todos los pasajeros de gran clase.

Y a todos los de primera clase.

Uno a uno.

Y a todos los de clase turista.

Bañarse en sangre caliente.

Y suspirar satisfecho por el enorme alivio. Con las manos trémulas goteando desde sus dedos de cuidada manicura perlas de brillante carmesí. Con el corazón recuperando el paso como un caballo tras una carrera desbocada.

No podía dormir, ni siquiera podía mantener los ojos cerrados durante poco más que unos segundos sin que terribles imágenes de desolación le desvelasen secuencias de muerte y agonía.

Tenía presentimientos terribles a los que no estaba seguro de querer enfrentarse.

Apenas un par de horas después y mucho antes de lo que le hubiese correspondido, Thomas marcaba molesto el código de seguridad que aquel avión tenía asignado para ese mes en el pequeño teclado numérico anexo al quicio de la puerta de seguridad de cabina.

Aún desde el exterior, pudo oír los pitidos que en la cabina de mando producía la secuencia correcta de dígitos.

3.

7.

6.

0.

Y almohadilla para confirmar.

En el interior de la cabina, el comandante y el copiloto oyeron aquellos pitidos y echaron un vistazo al monitor de vigilancia que tenían a sus espaldas, en la parte superior del panel posterior de cortacircuitos. En la pequeña pantalla podían ver un plano picado de Thomas en blanco y negro. Se distinguía un rostro compungido bajo un ceño fruncido en el que destacaba un rebelde mechón de pelo negro.

A ambos pilotos les sorprendió el temprano regreso de Thomas. Tiempo atrás habían pasado con el control oceánico y el vuelo se había convertido en una rutina monótona de comprobaciones y confirmaciones de rumbo, altitud y posición que solo se rompía eventualmente para hacer los informes radiofónicos pertinentes. Estaban en el tramo más pesado del largo trayecto y para el comandante, que había pedido el segundo turno de descanso, fue un alivio ver que Thomas regresaba pronto.

—Soy incapaz de dormir —anunció Thomas mientras franqueaba la entrada y cerraba la puerta a su espalda.

—Pues no tienes muy buena cara —le replicó el otro copiloto.

Thomas lo miró por un momento y luego se giró con un gesto interrogativo en el rostro, volviéndose hacia al comandante.

—Entonces, ¿has venido a sustituirme o solo para charlar un rato antes de volver a intentarlo?

—No. Puedes irte a descansar si quieres, aprovecha el resto de mi turno si a él le parece bien —contestó Thomas indicando al otro copiloto con una expresión en el rostro que podía ser desprecio, desgana o simple cansancio.

Le dolía la cabeza, pero pensar en mantenerse relativamente ocupado suponía un escaso alivio al que estaba deseando dar la bienvenida.

Thomas no había regresado por compañerismo o solidaridad con el comandante.

Era, de hecho, un acto lleno de hipocresía. Había decidido que si seguía encerrado en el cuartucho de las literas terminaría por volverse loco, viendo una y otra vez cómo sus más macabros deseos se transformaban en imágenes que se grababan en sus retinas. Prefería darle una oportunidad a la rutina automatizada del crucero sobre el Atlántico para intentar desviar su atención. Sin embargo, había preferido presentarle su comportamiento a los otros dos tripulantes como mero insomnio, a fin de no tener que dar explicaciones.

Cruzaron algunas palabras más y Thomas intentó concentrarse cuando recibió los detalles sobre posición, combustible y estado de la aeronave. En la pantalla central inferior los números asociados a la indicación de cantidad de combustible aparecían con sus dos últimas cifras cruzadas con dos guiones paralelos de color anaranjado, no eran precisos; sin embargo, el combustible adicional que habían cargado aseguraba que, a pesar del posible error debido al fallo del sistema, no tendrían escasez.

Cuando el comandante se fue finalmente a ocupar la estrecha litera, que aún conservaría parte del calor corporal de Thomas, el otro copiloto intentó entablar conversación con banalidades sobre las perspectivas de futuro de la compañía. A pesar de las respuestas monosilábicas, tardó unos minutos y un par de estúpidos tópicos más en darse cuenta de que no conseguiría entretenerse con la compañía de Thomas. Que, sin escuchar, intentaba deshacerse del malestar que venía padeciendo al tiempo que procuraba dejar atrás las desagradables visiones y la terrible percepción de sentirse aprisionado.

Thomas se sumergió en la revisión del estado de todos los sistemas de la aeronave. Estimó su posición y repasó mentalmente los aeropuertos alternativos más cercanos a los que dirigirse en caso de producirse una avería. Analizó el comportamiento del piloto automático y revisó la integridad de los inerciales.

El problema fue que no le sirvió de mucho.

Perseguían el día alejándose del ocaso que dejaban al oeste y, sobre la inmensidad del océano, el trabajo en la cabina de mando era escaso.

Antes de darse cuenta, la sensación de claustrofobia regresó. El miedo a las consecuencias por las pocas precauciones de Bangkok se volvió a presentar. Y el dolor de cabeza se intensificó.

Y aquel desconsiderado inútil no pudo elegir momento más oportuno para intentar, de nuevo, entablar una conversación, en el preciso instante en el que Thomas levantaba su mano con parsimonia para masajearse las sienes.

Cuando Thomas se giró, el desprecio y el odio más profundo rezumaban desde sus ojos, como el pus corrupto de una herida infecta que hubiera sido bañada en la porquería de una alcantarilla.

Necesitaba silencio para analizar cómo es que se sentía de ese modo, para sacarle sentido a los miedos que le estaban embotando la mente. Y aquel desgraciado no podía callarse, impidiéndole dejarse llevar por la rutina y mantener la mente ocupada.

Le resultó repulsivo, no solo porque no se callase, sino también porque Thomas

se sintió cazado en un renuncio, teniendo que reconocerse a sí mismo que no estaba seguro de lo que necesitaba o quería.

En el Airbus A340, con más de trescientos asientos, había dos hachas para la lucha contra el fuego y otras emergencias. Una de ellas en la parte posterior, fuera de la vista del pasaje, escondida en el *galley* trasero. La otra en cabina de mando, al lado del asiento del observador. Eran hachas pequeñas, de una sola hoja ancha de suave curva que terminaba en el lado contrario con culatín afilado en forma de pico de loro. El mango iba forrado en plástico que se suponía aislante en caso de contacto con cables de conducción eléctrica. Eran recias y cortas, de apenas un par de palmos de largo y con un eje contundente. Se guardaban en fundas de cuero firme con un broche que las mantenía aseguradas en su posición. Algunas compañías sustituían una, o las dos, por patas de cabra, pero Ocean Skies las había dejado allí porque nadie había considerado que pudiesen tener un uso inapropiado. Formaban parte de la dotación de emergencia, como los botiquines, los guantes de amianto, los extintores, las máscaras autónomas de oxígeno y otros elementos que exigía la normativa aplicable.

Se suponía que podían servir para romper mamparos y acceder a una zona en llamas con el fin de extinguir un pequeño incendio. O también para forzar una puerta atrancada. Quizá para servir como material de salvamento tras un accidente. Podían tener muchos usos, siempre pensando en ayudar, en resolver un problema, en evitar una desgracia mayor.

Sin embargo, el inspector de las autoridades de aviación estatales que aprobó aquel modelo concreto nunca llegó a imaginarse que serviría como ridículo alfiler de corbata, sobresaliendo de forma malsana del pecho huesudo de un cadáver de mirada asombrada.

Thomas escuchaba impaciente, esperando el silencio que llegaría, y pensaba en si debía volver a la rutina del trabajo o a intentar dilucidar por qué se sentía tan incómodo e inseguro, tan vulnerable. Pero, en ningún momento se planteó si los estertores burbujeantes que bisbiseaban por el pecho agujereado de su compañero eran o no apropiados. Solo le incomodó darse cuenta de que, si ahora aquel desgraciado no parecía hablar, sí parecía empecinado en molestarle e incordiarle con aquel fastidioso ruido sibilante.

Cuando la cabeza de aquel despreciable maleducado cayó en un mal ángulo sobre su pecho escuálido, Thomas regresó a su asiento, miró con curiosidad el horizonte artificial y advirtió el leve cambio de rumbo que el piloto automático ejecutaba tras sobrepasar uno de los puntos de su ruta. Seguían a nivel de vuelo FL360 y manteniendo número de Mach 0,81, cruzaban el espacio aéreo de las islas Azores. Cambiaban de rumbo adentrándose en el océano.

Abrió la frecuencia de HF oportuna, que le saludó con su desagradable ruido de estática, y transmitió el informe de posición correspondiente con total calma, respirando serenamente. Su voz no delataba emoción alguna.

1977

—Aquella noche, tras acordarlo con mi abuelo, el señorito Diego le llevó a la niña una cena que, como sabía con toda seguridad, se quedaría intacta; y aprovechó para fingir el descuido. Se dejó el pestillo de la puerta de la habitación de la pequeña sin echar.

Rosalía hablaba pausadamente, eligiendo con cuidado sus palabras e intentando recordar en detalle la historia que su padre le había desvelado la noche anterior.

Tuso seguía dormitando tranquilo.

Sinesio escuchaba inquieto, carcomido por la curiosidad.

Y la tarde decaía con pereza.

—Algunos hombres de confianza fueron enviados al establo, aunque mi abuelo no estaba seguro de que la niña repitiese sus movimientos. Él, el señorito y otros dos aparceros se quedaron en el jardín, delante de la entrada principal de la casa, y todos esperaron acontecimientos.

—¡Un momento! —dijo Sinesio—. ¿Cómo puede ser que tu padre sepa todo eso? En ese momento el señorito y tu abuelo ya no estaban en la cocina. No lo entiendo.

—Tienes razón, me he dejado algo en el tintero. Mi padre sí escuchó a mi abuelo desgranar el plan en la cocina, pero el resto de la historia no la escuchó, la vivió como testigo.

—¿Cómo?

—Pues, como escuchó el plan, pudo escaquearse aquella misma noche. Necesitaba saber qué era lo que pasaba con su niña Carmen, con su amor. Se limitó a espiar a sus mayores y contemplar las desgracias que habrían de venir.

—Ya, entiendo… Está bien, continúa —concluyó Sinesio una vez comprendió.

—La niña Carmen no tardó mucho en aparecer, una pequeña sombra con los rizos dorados enmarañados y el vestido sucio, prácticamente hecho jirones. Creo que ya te he dicho que no se dejaba atender y, mucho menos, ser aseada… En cuanto traspasó la puerta, la niña echó a correr hacia el murallón que rodeaba la propiedad —Rosalía miró en la lejanía los restos de piedras descolocadas que había dejado el tiempo tras de sí—. Mi padre lo vio todo agazapado tras unos cuantos frutales que supongo que hace años que se convirtieron en ramas secas. Se dio cuenta de que no podría seguir a la niña sin delatarse y siguió a los hombres que, a su vez, se habían puesto en marcha, en pos de la pequeña. Así, la niña, el grupo y mi padre se dirigieron precisamente hacia aquí.

—¿Aquí? ¿A la capilla?

—No, hombre, la capilla no existía en aquel tiempo.

—Ah, es verdad —dijo Sinesio sin poder evitar sonrojarse.

Rosalía resopló condescendiente al tiempo que negaba suavemente con la cabeza. *Tuso* gimió como si le contestase y giró sobre sí mismo enseñándoles la panza, satisfecho con su siesta.

—Creo —continuó Rosalía— que ya hemos hablado de que aquí, además de estos pedruscos —Rosalía palmeó el megalito en el que estaban sentados—, solo había un pozo artesiano bastante grande que tenía el brocal prácticamente derruido. ¿Algo de eso te había dicho o Moucho? ¿No?

—Sí, bueno. No fue muy descriptivo. Pero sí, algo dijo…

—Bueno, lo importante es que había un pozo —acotó ella—. Y hasta aquí vinieron. Mi padre los siguió de lejos y se tumbó por ahí —Rosalía hizo un gesto impreciso hacia el otro lado del arroyo—, para poder verles… La niña parecía tener las ideas muy claras, no llegó a advertir que la vigilaban. Cuando llegó hasta aquí —ahora ella señaló el lugar en el que ambos se encontraban—, la niña se sentó en la hierba húmeda y empezó a canturrear algo que mi padre no llegó a comprender. Aunque no supo aclararme si se debió a la distancia o a que la niña estaba hablando con aquellas palabras extrañas que había mencionado el señorito.

—Y… ¿ya está? ¿Se quedó ahí, canturreando? —preguntó Sinesio, inquieto—. Pues menudo final con tan poca sustancia.

—¡No! Espera, por desgracia hay más. Aunque supongo que el señorito y mi abuelo debieron de pensar lo mismo, porque en algún momento parecieron entender que poco más podían esperar de la niña. Quizás interpretaron que su plan había fallado y que no iban a sacar nada en claro. No sé. De todos modos, intentaron acercarse a la pequeña. Lo malo es que, por lo que recuerda mi padre, ella se puso histérica en cuanto se dio cuenta de que estaban allí. Empezó a gritarles incoherencias, plantándoles cara como si pareciese estar dispuesta a entablar una batalla sin sentido. La pequeña gesticulaba inquieta y el grupo de hombres se acercaba con parsimonia. Mi padre me dijo anoche que los comprendía, era más que evidente que no podían estar seguros de cómo reaccionar ante todo aquello… Yo tampoco lo hubiese sabido…

Rosalía, una vez más, se tomó unos segundos para ordenar sus ideas e hilar sus siguientes palabras.

—El señorito Diego se adelantó, y aunque mi padre tampoco pudo distinguir lo que decía, el tono era, obviamente, amistoso. Supongo que intentaba razonar con ella. Lo más probable es que, viéndola como la veía, y sabiendo lo que sabía… Bueno, que debía sentirse fatal, intenta imaginarlo por un momento…

Y ella volvió a tomarse un momento en el que Sinesio logró, milagrosamente, permanecer en silencio, expectante.

—Ella… —Rosalía titubeaba—. No sé si puedo contar esto sin ser demasiado subjetiva. No estoy segura de lo que pasó a continuación, ya no sé si es lo que le

pareció ver a mi padre, o lo que yo pienso que me dijo, o si realmente es lo que sucedió…

Y, como volvió a callar, Sinesio sintió que debía decir algo apropiado.

—¿Por qué no lo cuentas sin más? Luego, si quieres, intentaremos sacar algo en claro.

—Está bien —concedió Rosalía—. El señorito se acercaba, la niña gritaba, mi abuelo no sabía qué hacer, los otros dos daban tímidos pasos hacia atrás y mi padre lo veía todo sin saber si intervenir o no. Finalmente, la niña chilló y se echó a correr en círculos mientras se arañaba la cara con sus manitas mugrientas. Y luego los brazos, lanzando alaridos y braceando hasta desgarrarse el vestido por completo y terminar dando saltos, corriendo casi desnuda, sin destino aparente. Yendo y viniendo. El señorito Diego seguía hablando, había elevado la voz, pero seguía siendo cariñoso.

—Debió de ser dantesco…

—Estoy segura. Lo fue. Lo fue.

Volvió a callar y miró a Sinesio directamente a los ojos para dejar caer el final de la historia como el perturbado que deja caer una piedra al transeúnte que ve allá abajo, en la acera, diminuto como un insecto desde su atalaya en el balcón del último piso. Esperando impaciente que la piedra dé en el blanco y los sesos del peatón se desparramen sobre la acera como semillas al viento.

—Ella se detuvo mirando con ojos llameantes al señorito Diego. Y, cuando estuvo a apenas unos pasos, ella echó a correr de nuevo. Se llegó hasta el pozo, y se tiró de cabeza mientras el señorito gritaba y alzaba inútilmente los brazos al aire, asiendo solo la estela de la niña y contemplando cómo su hermana caía hasta su muerte… ¡Se tiró al pozo…!

Y ahora fueron ambos los que se quedaron callados. Sin saber qué decir durante unos minutos que se hicieron eternos y efímeros al tiempo.

—Entonces… ¿construyó la capilla aquí por eso? Por lo que había pasado con la niña.

Rosalía se limitó a asentir.

1977

Antes de reunirse con Rosalía, y tras haber recogido su nuevo equipo, Sinesio había tenido tiempo de preparar lo que necesitaría para la sesión que pensaba llevar a cabo esa misma noche.

Si todo era correcto, estaba seguro de que podría entablar un diálogo directo, sin tener que limitarse a escuchar sin más.

Para *Gable* había sido toda una experiencia, con una caja de cartón nueva en la que esconderse y trozos de cable con los que jugar y a los que perseguir por encima del linóleo gastado del pequeño apartamento.

La clave había estado en el artículo de Jürgenson. Sinesio había leído sobre otros sistemas y métodos. Incluso había considerado comprar un magnetófono de los denominados de bobina abierta, que permitían escuchar al tiempo que se grababa. Sin embargo, al final se había decidido por el sistema propuesto por el parapsicólogo sueco. A su modo de ver, el simple hecho de que la frecuencia de los 1450 kilohertzios se hubiese bautizado como onda Jürgenson resultaba muy significativo. Las palabras clave le llenaban la boca con su rotundidad, inclusiones psicofónicas dialogantes.

Estaba seguro de que con el pequeño aparato de radio de Telefunken podría seguir los pasos del célebre investigador. Ese Bajazzo era exactamente el mismo que Jürgenson había utilizado, como también el magnetófono UHER.

Estaba tan lleno de esperanza que llegó a olvidarse por completo de cómo se había sentido, del miedo, del temor. Se habían quedado atrás con la ilusión.

Había tomado notas, releído páginas sueltas de libros y repasado artículos concretos.

Se había bañado, estrenado camisa y había dejado a *Gable* solo mientras corría a encontrarse con Rosalía.

Y ahora ambos estaban allí, junto a la capilla, asumiendo el final de la historia de Rosalía e intentando comprender algo que sabían se escapaba a su entendimiento.

—De todos modos —habló Rosalía—, puede ser que esa no sea la clave de las psicofonías. A fin de cuentas, quién sabe cuántas más cosas han podido pasar aquí sin que nosotros tengamos constancia de ello.

—Es cierto —admitió Sinesio—, tienes razón. Pero tampoco creo yo que en este lugar… —miraba en derredor considerando lo que pensaba—. Esto ha estado siempre deshabitado, no creo que mucha gente haya pasado por aquí.

—No sé, las probabilidades de que haya otros hechos traumáticos son escasas,

¿no?

—Creo que te estás equivocando Sinesio —le reconvino Rosalía—. Piensa en estos pedruscos, y en el pozo. No te olvides del pozo.

Ambos reflexionaron sobre lo que había dicho Rosalía y tuvieron que asumir su ignorancia e impotencia.

—Sea cual sea la respuesta también puede que las psicofonías no tengan su raíz en ese suceso excepcional que andamos buscando, ¿no? —planteó Rosalía.

—Sí, supongo que puede ser. Aunque, no sé —dudó Sinesio encogiéndose de hombros—. En muchos casos… En Bélmez, del que te he hablado, no solo están las psicofonías, también las teleplastias, e incluso fenómenos *poltergeist*.

—¿Fenómenos qué?

—Bueno, sería largo de explicar, simplifiquemos diciendo que fenómenos extraños.

—Ya, y también me dijiste que el pasado de la casa apuntaba malos modos…

—Sí, exacto —corroboró Sinesio excitado—, y hay muchos más casos así. Por eso es más fácil pensar que también aquí pase lo mismo.

Rosalía no añadió nada más, pero se quedó pensativa hasta que, ansiosa por cambiar de tema, se animó a preguntar:

—¿Y esas noticias que tenías?

A Sinesio, enfrascado en sus pensamientos, le costó reaccionar.

—Ah, sí. Bueno, es que ha llegado mi nuevo equipo. Ya verás, esta noche podremos dar un paso más, estoy seguro de que funcionará a la perfección. He investigado mucho. Anda, ven —pidió Sinesio al tiempo que se levantaba, encaminándose hacia el Citroën.

Tuso los siguió y Sinesio le explicó a Rosalía todo lo que pudo recordar de sus lecturas, hablándole de los experimentos de Jürgenson, de las distintas frecuencias de radio y de cómo iba a instalar el equipo.

Rosalía no comprendía ni la mitad de las palabras de Sinesio y tampoco era capaz de imaginarse las conexiones de las que este le hablaba. Sin embargo, disfrutó viéndole gesticular y especular; a ella le pareció adorable ese entusiasmo casi infantil que él parecía mostrar. Y no pudo evitar emocionarse con él, compartiendo sus esperanzas y dejando atrás sus miedos.

Rosalía se sintió culpable cuando, tras casi un cuarto de hora de disertaciones frente al maletero del destartalado coche, tuvo que interrumpirle.

—Sinesio…

Él siguió hablando de las posibles frecuencias de radio útiles, demasiado absorto para darse cuenta de que Rosalía tenía algo que decirle.

—¡Sinesio! —insistió.

Él pareció regresar de su mundo de ensoñaciones parapsicológicas y, dejando una frase a medias, la miró.

—Sí, perdona, ¿necesitas que te explique algo con más detalle?

Rosalía sonrió ante la inocencia de Sinesio, que parecía no ver más allá de sus investigaciones y psicofonías.

—Sinesio, escúchame. Yo no puedo quedarme aquí contigo esta noche. ¿Qué crees que pensaría mi padre? ¿Y mi hermano? ¿No te das cuenta? No es apropiado que pasemos la madrugada juntos. Por Dios, ¿qué pensaría la gente si lo supiese?

—La… la verdad, no había caído… Supongo que tienes razón, no creo que tu padre o tu hermano se lo tomasen muy bien… —Y sus ojos se iluminaron por una idea absurda—. Sin embargo, puedes mentirles, no sé. Puedes decirles que…

—Sí, supongo que sí. Aunque no tengo ni idea de qué podría decirles. En toda mi vida no he pasado ni una sola noche fuera de casa. Soy una chica de pueblo, y muy decente. ¿Qué te habías creído?

Ante la insinuación, Sinesio se ruborizó violentamente, avergonzado por la sola idea de lo que podía significar compartir una noche con Rosalía si no era con la excusa de las psicofonías.

—Mira —siguió hablando Rosalía—, si te apetece, mañana nos volvemos a ver aquí mismo, a la misma hora. Yo, por el momento, tengo que regresar a casa, hay cosas que atender y tengo la cena pendiente. Además, he de estar allí cuando mi padre regrese con las ovejas. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —fue lo único que se vio capaz de contestar Sinesio, todavía abochornado e incómodo.

Ella, enternecida por la actitud de él, levantó una mano hasta acariciarle la mejilla con suavidad, y Sinesio enrojeció más y más. Su rostro tenía el color de las manzanas cubiertas de caramelo de las ferias. Las manos de ella estaban agrietadas y enrojecidas por el trabajo en el campo y las enormes coladas de las que, como ama de casa, tenía que hacerse cargo. Sin embargo, a Sinesio le parecieron los dedos más suaves y maravillosos que había visto jamás.

Antes de que Sinesio pudiese reunir coraje para argumentar de nuevo a favor de que Rosalía se quedase ella habló intentando zanjar la cuestión sin más rodeos.

—Estoy segura de que mañana tendrás mucho que contarme. Seguro que consigues grabaciones interesantes.

Acarició de nuevo la mejilla de Sinesio e, inclinando la cabeza en un gesto dulce y femenino, se despidió con un «hasta luego» que fue casi un murmullo. Echó a andar con *Tuso* acompañándola. El perro agitaba feliz el rabo, caminando a la derecha de su ama.

Cuando apenas había dado unos pocos pasos y Sinesio aún no había tenido tiempo para reaccionar giró sobre sí misma.

—Ten cuidado, por favor. Ten cuidado. Promételo, por favor, prométeme que tendrás cuidado.

Sinesio no fue capaz de articular palabra, se limitó a asentir levemente con la cabeza, agitando su lacio cabello.

Y se fue, dejándolo indeciso, sintiéndose cerca del paraíso por el recuerdo en su

mejilla del tacto de aquellos dedos y atenazado por la desazón de su falta. Sin llegar a verse capaz de determinar cuál de los sentimientos predominaba.

Sinesio tardó en ponerse en marcha, y el ocaso ya se anunciaba en el oeste cuando se decidió a preparar el equipo. Era temprano para llevar a cabo sus experiencias, pero estaba impaciente por saber.

La capilla lo recibió en silencio, agazapada en sus propias sombras. Y el miedo que Sinesio había estado esquivando volvió a él con la pasión de un amante perdido años atrás. Fue un desagradable reencuentro en el que las caricias heladas de los revoltijos de brisa se calaron hasta sus huesos menudos. La curiosidad era más fuerte, y terminó de disponer el aparataje luchando contra los escalofríos eventuales que estrujaban su escroto.

Colocó el aparato de radio en el centro de la estancia y lo conectó a un altavoz adicional con el cable que había preparado aquella mañana. A unos pocos pasos dispuso el magnetófono con el mejor de sus micrófonos y, antes de empezar a grabar, salió fuera para tomar un aire que sentía le faltaba.

Necesitó de prácticamente diez minutos antes de volver a entrar. Cuando lo hizo, ya había empezado la noche, llevándose tímidamente las luces del día y dejando a la oscuridad los sonidos escondidos del bosque.

Intentó convencerse de que retrasaba el comienzo porque resultaba más conveniente aguardar a horas tardías; sin embargo, sus mentiras no llegaron nunca a calar, desde algún recóndito sótano de su conciencia una vocecilla le advertía de que su espera no era más que reflejo del miedo cerval que le ulceraba los intestinos.

Llevaba su cuaderno y sus notas, y se sentía inquieto y asustado en proporciones que no podía describir. Desplegó la silla y se quedó cerca de la radio de Telefunken.

Cada gesto, cada movimiento era una nueva excusa para perder algo más de tiempo, para tardar un poco más en enfrentarse a lo que deseaba descubrir.

Encendió el Bajazzo y seleccionó el modo de amplitud modulada en las frecuencias medias. El clásico ruido de estática ambientó la capilla. Sinesio pudo sentir cómo las venas de sus sienes palpitaban y notó cómo el calor se escapaba de su cuerpo dejándole los labios lívidos y el rostro con un color macilento.

Acercó los dedos de su mano derecha al dial e intentó recordar lo que buscaba sin tener que acudir a sus notas. Todo era parsimonia y laxitud, su mente bullía a un ritmo al que su cuerpo no respondía.

El regusto del miedo había quedado grabado a fuego.

Antes de empezar llevó el dial al tope inferior, a la frecuencia más baja. Y desde ahí comenzó a girarlo con suavidad. Pasaba por distintas estaciones de radio, sin detenerse en ninguna y entrecortando las voces de locutores variados. Buscaba un espacio en blanco entre dos emisiones potentes, un ruido de viento fuerte y vibrante del que solo había leído descripciones.

Había repetido la operación dos veces sin llegar a encontrarlo. Le asaltaron las dudas. Luchaba por localizar algo de intuición en un tenebroso océano de temores inconfesables. Y como no supo qué más podía hacer se limitó a probar suerte con lo que podía recordar, decidió intentarlo con la onda Jürgenson: 1450 kilohertzios.

Sonaba como un coro de niños murmurando, arrugando pliegos de papel de aluminio.

No estaba seguro de si aquello era lo que buscaba, pero, como tampoco tenía una idea exacta, asumió que aquel punto del dial era tan bueno como cualquier otro para empezar.

Y necesitó, de nuevo, tiempo y esfuerzo para evitar pensar. Fueron minutos en los que se evadió de mala manera de los horrores que quería, incongruentemente, descubrir. Apretó el botón de grabación del magnetófono y dijo en alto la hora y el lugar. Describió vagamente las condiciones ambientales y recordó a la cinta que estaba solo. Lo que le llevó a pensar en Rosalía.

Y así, con el recuerdo de la mujer a la que había empezado a amar, esperó.

2009

Sinesio había envejecido con poca gracia, y su menudo cuerpo se había encogido aún más, pegando su piel ajada y arrugada a los frágiles huesos. Se había quedado calvo y ya solo podía echar hacia atrás, por encima de sus orejas, unos escasos mechones blanquecinos que tendían a encresparse dándole un aspecto de loco con buenas maneras. Seguía teniendo una pertinaz caspa y ahora llevaba unas gafas con unos cristales tan gruesos como para montar unos prismáticos.

Parecía mayor de lo que era y seguía caminando encorvado hacia la dirección que su puntiaguda nariz marcaba con vehemencia. Pero su mente se mantenía ágil, y Sinesio estaba convencido de que aún le quedaban dos o tres años de dar tumbos por el mundo con sus investigaciones. Seguía teniendo la ilusión de los niños en las fiestas de Navidad. Y por ese mismo motivo Rosalía lo quería como lo había querido el primer día; con ese amor ciego e incondicional que en lugar de amargarse con los años se fortalece con los defectos. De hecho, ella seguía sonriendo cada vez que él le explicaba una de sus nuevas locuras. Cada una era como la primera, y para todas ellas Sinesio tenía la misma energía que había revelado treinta años atrás, al hablarle por primera vez de las psicofonías de la capilla del pazo de los Castro.

Estaban ambos sentados en la cocina de la casa de los Crecente, hacía ya veinte años que ambos se habían trasladado desde la ciudad para que Rosalía pudiese asistir al moribundo declive de su padre y atenderle en sus últimos días. Allí habían vivido felices, habían criado a sus hijos y habían planeado infinidad de viajes de investigación. Sobre aquella misma mesa habían aclarado sus puntos de vista, habían tenido ideas y habían preparado las intervenciones de Sinesio en los distintos programas de misterio y ocultismo en los que él había llegado a participar.

Sinesio nunca ganó premio alguno, pero desde su primer trabajo relevante, aquel en la capilla, había ido escalando puestos y ganándose el respeto de aquellos que se dedicaban al mundo de lo parapsicológico y lo paranormal. Había escrito tres libros, colaboraba como articulista en las revistas del ramo y, desde hacía unos pocos años, tenía su propio espacio diario en una radio autonómica, con algo más de treinta mil oyentes de media y al que, en honor a su admirado José Alés, había llamado *Madrugada*, pretendiendo dar a entender que era una forma de continuar con el legado dejado por *Medianoche*. En todo momento, Rosalía había estado apoyándole desde la sombra, ayudándole a corregir los manuscritos, repasando las reseñas y echándole una mano con los guiones de los programas de radio.

No les había ido mal, y ahora, tras haberse doctorado en psiquiatría, su hijo

mayor, Germán, se dedicaba en cuerpo y alma a ayudar a su padre, tomando el relevo de su madre y esperando llegar a tener su propio programa de televisión. Sus otras dos hijas, no tan interesadas por las actividades de sus padres, habían tomado caminos bien distintos. Clara, que se sentía avergonzada, había decidido irse a estudiar a Madrid y solo llamaba a casa cuando necesitaba dinero, tenía muy claro que nunca volvería al pueblo y, que si podía, no confesaría jamás quién era su padre. María, la menor, había abandonado los estudios y se había casado con un muchacho de Dúbriga, trabajaba en el campo y cuidaba su casa mientras esperaba con impaciencia su primer hijo.

Mientras Germán había ido a la ciudad a consultar un par de referencias en la hemeroteca, los esposos charlaban con calma. Rosalía, como era habitual en ella, tomaba un café tras otro, escuchando las ideas deslavazadas de Sinesio e intentando agregarles sentido para luego poder devolvérselas ordenada y coherentemente.

Sinesio, con sus manos manchadas por la vejez, señalaba las notas de letra diminuta de su eterno cuaderno y hablaba emocionado.

—Veremos qué encuentra Germán en los periódicos —dijo Sinesio—. De momento ya tenemos algo —y alargó la mano para acercarle a Rosalía un pequeño libro ajado de páginas amarillentas y tapa blanda—. Creo que es la mejor casa encantada con la que nos topamos desde hace años, mucho mejor aún que lo de la torre de Ochate, o lo del convento ese de Granada. La primera pista me la dio un oyente, un inmigrante que de vez en cuando escribe al programa, él me mandó el libro. Es *El cazador de fantasmas*, de un tal Humberto Vilchez Vera, un argentino que se hizo muy popular en la televisión colombiana en la década de los sesenta —Sinesio hablaba y Rosalía hojeaba el pequeño libro—. Por lo que parece, este tipo se enteró de lo que se decía de la casa… Espera… De la casa de Matusita. Así que decidió que no tenía nada mejor que hacer que pasar una noche allí y grabarlo todo. Lo anunció a bombo y platillo en su programa. Y a partir de ese momento empezaron a sucederse cosas extrañas.

—Sinesio —interrumpió Rosalía alzando la vista de las páginas del libro—, ¿de verdad crees que merece la pena? No he podido hacer más que hojearlo, pero él mismo reconoce aquí que tomaba drogas. Anfetaminas.

Sinesio sacudió su mano ajada, como restándole importancia al asunto.

—Sí, sí, pero es que no es solo lo que dejó este tío escrito, hay más. Ya verás. Por ahora, ¿me dejas seguir contándote?

Rosalía asintió con la cabeza, sonriente ante la habitual impaciencia de su marido.

—Pues esa misma noche, saliendo del plató de televisión, se cruzó con un hombre de aspecto lúgubre y cadavérico. Según escribió el tal Humberto, ese personaje le advirtió de que no hiciera lo que se proponía —Rosalía compuso un gesto de menosprecio ante el que Sinesio aceleró sus palabras—. Y cuando llegó a casa, ya de madrugada, recibió dos llamadas telefónicas, al preguntar quién era, la respuesta se repitió al otro lado de la línea: «uno de ellos», según cuenta en el libro. Y Humberto

no quiso, o no supo, ver en esos extraños hechos —Rosalía resopló, indicándole a Sinesio que le parecía que estaba siendo exagerado— que quizá había tenido una mala idea —continuó Sinesio, a pesar del gesto escéptico de su mujer—. Finalmente, él y su equipo se metieron en un avión y se fueron a grabar el programa. Parece ser que no duraron más que un rato, y lo sacaron de allí para que se pasase treinta y seis horas en coma en el hospital.

—Suena todo a delirios de grandeza con ganas de publicitarse.

—Puede ser, puede ser. Pero en el libro cuenta que, una vez en la casa, brumas extrañas lo cubrieron todo y escuchó sonidos incomprensibles. Se le aparecieron tres espectros con forma de monje sentados en extravagantes sillones que le hicieron amenazas apocalípticas, hablándole de arañas rojas y del año 1992.

—Mira, cariño, otras veces hemos tirado de cabos más sueltos, pero me parece a mí que en este caso no hay mucho que sacar. ¿Has comprobado siquiera que la casa esa exista de verdad?

—Pero si es que no es solo el libro de este tipo… Y sí, la casa existe. Por lo que pudimos ver Germán y yo en los mapas esos del ordenador, está en la esquina que forman las avenidas Inca Garcilaso y España, cerca del Hotel Sheraton y enfrente de lo que fue la Embajada de los Estados Unidos. Y Germán, además de encontrar la casa, también descubrió un montón de comentarios y referencias hablando de sucesos extraños. Voces, desplazamientos, de todo. Y creemos que sigue deshabitada.

Rosalía, acostumbrada a la desmedida ilusión de su marido por cualquier proyecto, intentó desempeñar su papel de mediadora con sentido común. Procurando separar la paja del trigo y analizando si aquello que le contaba su marido merecía el embarcarse en un nuevo propósito.

—Vamos a ver, ¿acaso sabes cómo empezó todo?

Rosalía aprovechó la pausa del final de la pregunta para tomar un largo sorbo de café y componer un gesto de satisfacción.

—En parte, la única fuente que tengo es la carta del oyente, que acompañaba al libro —Sinesio revolvió los papeles que tenía sobre la mesa hasta encontrar las hojas manuscritas—. Por lo que cuenta, ya de niño, en el barrio de Chorrillos, toda la chavalería bromeaba con la casa y las historias que circulaban. Parece ser que seguía deshabitada cuando él se vino a España.

Rosalía se terminó el café y preguntó de nuevo:

—Ya, muy bien. Pero ¿cuándo y cómo empezó toda la historia? ¿Te cuenta algo de eso?

—Sí, sí. Parece ser que hay varias versiones distintas, aunque, al menos, el principio es siempre el mismo. Por lo que escribe este hombre, y Germán me lo ha corroborado —aclaró Sinesio con un ademán grandilocuente—, después de la segunda guerra mundial hubo muchas familias japonesas que intentaron escapar del hambre emigrando a distintos países de Sudamérica, entre ellos y especialmente, Brasil y Perú. Pues bien, de ahí el nombre de Matusita, parece ser que es de origen

japonés. Se supone que es el nombre de la familia que habitó la casa a principios de los cincuenta; con la que empezó la leyenda. Y aquí es donde nos encontramos distintas versiones: bien puede ser que, empujados por el hambre y la desesperación, se dedicasen a matar mendigos y a vender la carne y la grasa como si fuera de animales; o bien, puede que el padre estuviese como una cabra y asesinase brutalmente a su numerosa familia… O bien podría ser que ellos, simplemente, se toparan con esos fenómenos paranormales, por lo que abandonaron la casa aprisa y corriendo, siendo los primeros en dar fe de semejantes sucesos, como en Amityville.

—O sea —concluyó Rosalía—, que no tienes nada fiable a lo que agarrarte. Porque todo eso te lo cuenta este hombre en su carta, pero nada más.

—Bueno, no, como te he dicho, Germán encontró ayer multitud de historias similares en el ordenador.

—Ya, ya, Sinesio —le dijo Rosalía con paciencia—, pero sabes de sobra que en internet puede escribir cualquiera, y que eso no significa que sea cierto.

—Sí, lo sé, por eso he mandado a Germán a la hemeroteca, a ver si encuentra algo más plausible en las fichas de los periódicos viejos, haciendo alguna consulta de esas interbibliotecarias… O como se diga. Supongo que allí también tendrán la información digitalizada…

Rosalía tenía serias dudas de que aquella investigación mereciese la pena, sin embargo, no tenía más remedio que admitir que su marido tenía una especie de sexto sentido que le permitía aventurar casos extraordinarios que otros investigadores habrían pasado por alto. Su mayor éxito hasta el momento, unas larguísimas e inquietantes psicofonías que habían sido grabadas en la plaza de Cervantes, en Santiago de Compostela, después de que Sinesio descubriese, rebuscando en el Archivo Histórico Nacional y en el General de Simancas, que una bruja había sido quemada allí por la Inquisición en 1579. Eran desgarradores lamentos y maldiciones en los que podría jurarse que se oía el crepitar de las llamas.

Cuando Germán regresó traía interesantes noticias. Básicamente se trataba de informaciones a medias sin mucha validez de por sí, pero que complementaban lo que habían descubierto en la *red*. Gran parte de sus notas se basaban en lo que había podido obtener con algunas llamadas telefónicas, pues no había registros digitales de periódicos tan antiguos.

Por lo que pudo averiguar, aquí y allá, a través de los años, diarios y revistas de toda índole habían publicado algún artículo refiriéndose a los extraños sucesos en la casa Matusita. Además, había podido confirmar que seguía en pie y deshabitada. Era un primer piso sobre unos bajos comerciales que compartían una sucursal bancaria y una tienda de productos cerámicos.

Padre e hijo se habían emocionado; sin embargo, ambos habían tenido que esforzarse para vencer la reticencia de Rosalía, que, aun así, fue mucho menor que la de la emisora de radio.

Tras arduas negociaciones consiguieron involucrar a una pequeña productora de

televisión y, además de planear varios especiales para la radio, iban a grabar un documental. Que no sería el primero en el que intervendría Sinesio, pero para el que esperaba una repercusión que hasta entonces se le había escapado.

Necesitaban unos meses de preparación. Sinesio dejó unos cuantos programas grabados, Germán se quedaría en Dúbriga y atendería la casa y los mensajes que pudiesen llegarle a su padre. Sinesio y Rosalía disfrutarían de un viaje relámpago que les hacía mucha ilusión. Él había insistido en que podían tomárselo como la luna de miel que nunca habían tenido. Ella dudaba de que fuese capaz de convencerle para hacer otra cosa que trabajar en la investigación.

Habían empezado a hablar de ello en el verano, y ahora, mediado el otoño, esperaban en la moderna y colorida terminal satélite de Barajas a que llegase la hora de embarcar para su vuelo, a Lima.

1977

«

27 de Marzo de 1977 Aprox. 21:30

Segunda sesión en la capilla de los Castro, Pazo del Señorío, Dúbriga.

Único investigador; Sinesio Amorós.

Noche en calma con ligeras brisas, temperatura descendiendo y alta humedad ambiental.

El receptor Bajazzo ha sido sintonizado en 1450 kilohertzios y el magnetófono, conectado a un único micrófono, está en modo grabación. Por la radio solo se escucha un monótono crujir de estática, parece una buena portadora. Concuerda con lo recomendado.

La grabación será de dos horas. La cinta está etiquetada como Capilla Pazo Dúbriga Dos.

No hay ningún ruido ambiental importante.

La portadora se mantiene estable.

l

Rosalía es… Creo que

Aprox. 21:53

Voz masculina ¿vez anterior? «No, no le…»

Se ha notado con claridad como la portadora se ha debilitado. Me ha parecido que la onda se modulaba. Escucho pensando posibles respuestas. Es como lo que he leído.

Aprox. 21:57 Voz infantil, de niña ¿la misma que el otro día? «Debe saber» o «Debe sanar» y la voz adulta vuelve a aparecer «No, ven»

De nuevo la modulación es evidente.

No hay ruido ambiental.

«Vet»

Aprox. 22:00 Voz niña «Vete» «Debes irte»

Pregunto «¿Quiénes sois?»

No hay respuesta, se oye cambio en la portadora. Mucho más ruido de fondo, como si subo volumen.

A 22:04 Hombre «Calla… No…»

22:05 «… Daño… Lo matará» la niña.

Pregunto «¿Qué queréis? ¿Quiénes sois? ¿Estáis muertos?»

Silencio, la portadora vuelve a bajar. Se oye menos. Sensación de frío.

«… Hará daño… Dolor…»

de la niña, 08.

2210 hombre «Deja… Vámonos»

Mucho más frío, la portadora sube de volumen. Muy alto, pitan los oídos. Ruidos extraños, ecos. Viento, frío. Falta aire, presión pecho.

2215 «Viene, ya viene» hombre y niña «No, no…»

Silla tiembla. Frío.

Portadora mucho ruido, mucho, oídos. Sangre. Duele.

19 «Escapa» niña «Viene… Dolor»

A o niña.

Respiracion, resuellos, al lado, se oye. Respiración, soplidos.

«Vete» hombre.

Presión pecho, silla arrastrada.

«Vidu…»… Biduneme «… Vidunemton…» voz un eva nueva, áspera, ronca, no se entiende «Vidunemeton» o «Bidunenton»… Oídos. La portadora muy alta.

Silla arrastra.

«Te matará, te matará…» niña.

«Ayúdale» niña.

La silla se mueve.

«roi… briganti kabar…» «briganti kabar icos» «Roib brigantio kawer ikos»
«Ayúdale» niña.
Voz ronca «Zo un anko» «ank» algo así.
Oig.
Silencio.
La portadora desciende.
22.30 la niña «Ayúdale»

Se oye respiración más cerca, portadora mucho ruido, me duelen oídes.
La portadora sube mucho.
Mucha estática, molesto.
Voz ronca «Roi… cabericos»
«Eman zo eun anko»

«so un ankou»
Mucho frío silla se arrastra, portadora sube de volumen, los oídos duelen.
«Anko»
ME empujan.
«Ankou»
Mempujan.

Los oídos todavía me sangran.
No se oye nada, todo está en calma, la radio está estropeada, muerta. He cambiado las baterías pero sigue sin funcionar. Ni siquiera se enciende y es imposible sintonizar. Huele a cable quemado.

No tengo muy claro lo que ha pasado, cuando la portadora alcanzó mayor volumen y me parecía que los oídos iban a estallarme me sentí empujado. Oía una respiración entrecortada. Fue como si me sacarán de la capilla en volandas.
Oí a la voz más ronca gritar algo más que no comprendí y la radio calló con un crujido. De golpe. Sin más.

No sé qué ha pasado.
Ha sido increíble, no solo las psicofonías, ha habido interacción.
¿Telekinesia?
Hay mucho más por averiguar.

Recogeré el equipo y repasaré la grabación en casa. En las siguientes páginas se pasará a limpio la transcripción.

Ha sido una experiencia única. Si la grabación es tan buena como parece…
Estoy deseando contárselo a Rosalía. Ella me entenderá.

Tengo que buscar un lingüista para ver si algo de todo esto tiene sentido.
»

2009

—Menudo fastidio.

Rosalía, que había estado prestando atención a su café, al tiempo que lamentaba lo que habían pagado por él, alzó los ojos y miró a su marido. Era el mismo de siempre, inquieto e ilusionado, soñador. A ella, a pesar de los años pasados, aquel niño grande de pequeños ojos inquietos le seguía pareciendo adorable.

Estaban en una anodina cafetería de impersonal decoración, sobrellevando las últimas noticias con el mismo desagrado impaciente que el resto de pasajeros que veían pulular por los alrededores.

Eran dos adorables ancianos de cuerpos encogidos y manos envejecidas que empezaban a dejar ver los signos de la artrosis. Llevaban ropa clara y holgada. Se sentaban el uno frente al otro y se miraban a los ojos como una pareja con treinta años menos que disfrutase de unos corazones libres de incómodas arritmias.

Rosalía le sonrió con dulzura antes de contestar:

—Vamos, deja de protestar, viejo gruñón. Esa señorita tan amable del mostrador ha dicho que no serán más que unos minutos. Además, tienes todavía doce horas de vuelo por delante. Poco importa media hora más o menos.

A Sinesio se le descompuso el rostro al recordar la duración del vuelo.

—¿Te has tomado ya el calmante para los oídos? —preguntó Rosalía mientras le cogía una mano con ternura.

—Sí, sí me lo he tomado. De todos modos, seguro que no servirá de mucho.

—Bueno, bueno.

Y llegó un silencio de esos que solo las parejas más felices sobrellevan con facilidad. De esos en los que no se siente la necesidad de hablar para romperlo y que, sin embargo, no resultan incómodos porque la confianza mutua no necesita alimentarse de palabrería apurada.

Impaciente por tener noticias, Sinesio se acercó de nuevo al mostrador de la puerta de embarque y le preguntó, por enésima vez, a la atenta y sonriente mujer que se cobijaba tras él.

Rosalía sonrió divertida al verle regresar, parecía que en lugar de un simple retraso murmurado por una displicente empleada de la Ocean Skies, Sinesio hubiese recibido de su médico de cabecera el informe del avance de un cáncer de colon.

Hablaron del nuevo proyecto. Repasaron las notas de Sinesio sobre la casa Matusita. Desplegaron un mapa de Lima y trazaron el itinerario desde el Hotel Las Américas. Revisaron la agenda de la siempre organizada Rosalía y aclararon el

calendario de trabajo, la investigación, las grabaciones de televisión.

Embarcaron con tres cuartos de hora de retraso y a Sinesio empezaron a dolerle sus maltrechos oídos en cuanto despegaron y los sistemas neumáticos del avión comenzaron a presurizar la cabina.

Sinesio volvió a protestar por el tiempo perdido y Rosalía volvió a sonreírle.

Con ese contradictorio dormir de los que ya han dejado atrás las preocupaciones por la figura, pasaron las primeras horas de vuelo entre conversaciones banales y sueños inquietos.

Tuvieron tiempo de decirse cuánto se querían una vez más. Y cuando se lo dijeron significó casi tanto como lo había significado treinta años atrás.

Ninguno de los dos pudo imaginar lo que pasaría.

Una vez concluido el informe de posición, y como su compañero no tenía mucho más que añadir, a Thomas le quedaba por delante un buen rato de tranquilidad. Hasta el siguiente punto de notificación.

Millas de océano que se oscurecía.

El primer punto sobre tierra firme sería Cayenne, en la Guayana francesa. Thomas tenía tiempo de sobra para decidir.

Necesitaba aclarar sus ideas.

El silencio era bienvenido.

Lo malo era el dolor de cabeza. Y la sensación de verse atrapado. Ambos parecían competir.

Indeciso. Solo tenía claro que le habría gustado seguir matando, refrescarse en el alivio que había descubierto al ver los ojos de alguien apagarse. Echó de menos a sus chicas, pensó en su colección.

Algo se le revolvía dentro.

Thomas solo supo concederse un instante de arrepentimiento, no por el hecho de haber matado a aquel lenguaraz, sino por las consecuencias. Era peor que lo de Bangkok. Había sido descuidado y el reproche fue creciendo en su interior. No soportaba cometer errores y le disgustaba inmensamente darse cuenta de que aquella había sido una de sus mayores equivocaciones.

Se sentía despreciable, se odiaba a sí mismo como había odiado al idiota que tenía a su derecha, como había odiado al orangután, como había odiado a aquellos dos imbéciles en uniformes verdes.

Era consciente de que necesitaba una vía de escape, una solución viable, pero no lograba concentrarse. Le dolía la cabeza.

No tuvo tiempo de darle más vueltas.

Los agudos pitidos fueron agujas atravesándole los tímpanos. La pantalla de vigilancia que tenía a sus espaldas se iluminó, dándole a la cabina un curioso ambiente de bar de solteronas. Se veía el rostro sonriente de la sobrecargo.

Y los dados dejaron de girar.

Thomas reaccionó rápidamente. Movió el pequeño control del pedestal central a la posición «LOCK» y se recordó a sí mismo que debía repetir la operación regularmente, como protegiendo la cabina de mando de una amenaza. Luego se tomó unos instantes para verificar su altitud, posición y velocidad.

Oyó murmullos lejanos más allá de la puerta de seguridad que daba acceso a la cabina de mando. Y le pareció distinguir como unos nudillos golpeaban mientras una voz femenina decía su nombre.

Estaba tan concentrado que ni siquiera se dio cuenta de que era incongruente sujetar todos los puntos del arnés de su asiento. Ya había decidido cómo salir del embrollo en el que se había metido.

En el sistema que rastreaba el espacio aéreo circundante en busca de tráficos que supusieran un peligro para una colisión en el aire, Thomas seleccionó una representación que mostraba los posibles aviones que volasen a niveles inferiores. No había ningún eco. Volaba por una ruta poco concurrida y en las cuarenta millas náuticas aproximadas que abarcaba el complejo sistema no parecía haber nadie más.

Miró al horizonte despejado. No había más que algunos cirros sueltos.

Volvió a accionar el cierre de la puerta de cabina de mando y abrió el canal de HF para oír los informes de otros tráficos y evaluar sus posibilidades de hacer un mayor daño.

Un acento neoyorquino daba coordenadas y tiempos. Thomas subió el volumen del altavoz para no oír los fuertes golpes que resonaban en la puerta.

Sabía que el tiempo se le acababa. Pronto avisarían al comandante, y aunque aquella maldita puerta se suponía a prueba de balas, había otra hacha a bordo.

Primero desconectó el piloto automático.

Le siguió el sistema de control de empuje. Llevó las palancas al mínimo.

Luego, alzando el brazo, apagó las tres computadoras principales que gestionaban los mandos de vuelo del Airbus A340. Solo dejó funcionando el par de secundarias. La cabina se llenó de ruidos y alarmas, la pantalla inferior del pedestal central se iluminó con mensajes para gestionar la emergencia, Thomas apretó consecuentemente los botones que cancelaban los avisos.

Volvió a mover la palanca que aseguraba los cierres de la puerta e inició un lento descenso.

El morro del avión cayó un par de grados sobre el horizonte y Thomas tuvo una grandiosa visión panorámica del océano Atlántico. Empezaba a sentirse como tantas veces en los últimos dos años. Era un familiar reencuentro con un viejo amigo. Sabía que sus problemas quedarían atrás. Sabía que sentiría el intenso alivio que tanto ansiaba.

Se lamentó al pensar en cuantas piezas para su colección se iban a perder. La información de masa y centrado que les había proporcionado el personal de tierra de Madrid declaraba que a bordo iban doscientos sesenta y ocho adultos, veintiún niños

y tres bebés. Sería una pena no aprovecharse.

La puerta volvió a resonar y aquella voz femenina se oyó aún con más fuerza.

El americano terminó de dar su informe de posición y la estática volvió a llenar los altavoces.

Estaba seguro de que no se equivocaba y solo lamentaba haber cometido errores tan impropios.

En sus fríos ojos azules apenas se distinguían las pupilas.

Poco a poco, el Atlántico se fue haciendo con el horizonte.

2009

Alessia se había sentido incómoda todo el día, especialmente porque no lograba decidir si le gustaba o no su cambio de imagen.

Una cómoda relación de casi cinco años se había hecho añicos dejándole un sinsabor indefinible y contradictorio. Y la tarde anterior no había podido evitar acercarse a su peluquería de confianza para cortarse el pelo y cambiarse el color. Desde entonces, cada vez que se había mirado al espejo había descubierto que sus vivos ojos avellana la sorprendían bajo un flequillo con trazos rubios que horas antes no había estado allí.

Además, había llegado muy justa a las oficinas de la compañía, prácticamente en el mismo minuto en el que se cumplía la hora de presentación. Todo había salido mal, desde el atasco inesperado a la carrera que se había hecho con el asa de la maleta. Había tenido que cambiarse las medias a toda prisa, sentada en el asiento trasero del coche y con la mitad de las piernas fuera. Y había tenido que aguantar un soez comentario lejano de un piloto que cruzaba el aparcamiento para tripulaciones.

Aunque había tenido la suerte de su lado al descubrir que en las oficinas la esperaba el amable Eric, que se limitó a sonreír y explicarle que saldrían con retraso por problemas de mantenimiento. La mayoría de los comandantes le hubieran echado en cara haber aparecido tan en la hora. Pero Eric era de esa clase de pilotos que había aprendido con los años a tratar a las azafatas con las maneras de un padre condescendiente. Ella sabía de sobra que Eric no se quejaría mientras sus errores no supusieran un abuso. Le gustaba volar con él. Siempre hacía que el trato entre los de cabina de mando y los de cabina de pasaje fuera fácil. Además, también era francés, y eso hacía que entenderse fuera un poco más sencillo.

Alessia había suspirado aliviada y afrontó la ronda de pertinentes saludos con la profesionalidad debida y preguntándose cómo demonios se apellidaba Eric para no tener que preguntarle antes de dar las voces al pasaje. Le molestó la lasciva mirada que uno de los copilotos dejó caer sobre su escote. Casi pudo sentir los ojos de él rebotando por sus pechos apretados en la ajustada camisa del uniforme. Sin embargo, se sintió mucho peor ante la frialdad del otro. Era un tipo alto y atlético, con una penetrante mirada azul que consiguió que se sintiese culpable al instante. Estaba segura de que nunca había volado con él, y también albergó la certeza de que debía tener cuidado. Parecía el clásico engreído que se cree comandante antes de tiempo. Se había presentado como Thomas, y si su trato no hubiese sido tan desagradable, Alessia le habría ofrecido una aspirina. No tenía buena cara.

Todo habían sido prisas, y cuando acabaron de dar el servicio, se sentó aliviada en la cocina delantera, esperando poder descansar un poco. Cada vez más a menudo se llevaba inconscientemente la mano al flequillo para apartárselo molesta.

Así la había visto Eric cuando pretendía pedirle un vaso de zumo antes de irse a dormitar un rato en las incómodas literas del cuartucho tras la cabina de mando.

—¿No es un poco pronto? —le preguntó ella en francés, por entablar conversación mientras le servía la bebida.

—Es que Thomas ha dicho que él no conseguía dormir. Así que me ha cedido su turno —le contestó, también en francés.

—Pues te deseo felices sueños. ¿Te despierto a alguna hora? ¿Alguna instrucción especial?

Eric Clovis, que rondaba las veinte mil horas de vuelo, que estaba a punto de divorciarse por tercera vez y que empezaba a echar de menos su juventud, le contestó que no se preocupase en cuanto acabó su zumo, mirando por encima del borde del vaso el generoso escote de la sobrecargo.

—No, lo habitual. Entra de vez en cuando en cabina para ver si están bien o necesitan algo.

Y así lo había intentado.

Tardó un poco más de lo habitual porque una de las chicas de atrás estaba teniendo problemas con uno de los hornos. Pero, una media hora después de que Eric se fuese a descansar, se acercó a la puerta de la cabina de mando y marcó el código de llamada.

3.

7.

6.

0.

Y almohadilla.

Los habituales pitidos sonaron. Sin embargo, no siguió el ruido de los pasadores de las cerraduras moviéndose, al tiempo que los pilotos abrían desde el interior de la cabina de mando.

Alessia esperó. No era extraño que la llamada coincidiese con una comunicación por radio o con alguna de las comprobaciones de crucero. Se acomodó el flequillo y dio a los dos copilotos diez segundos más.

Volvió a marcar el código.

3.

7.

…

Algo raro estaba pasando. Las pulsaciones no devolvían el leve chascarrillo agudo de película futurista. El teclado no estaba funcionando.

Volvió a intentarlo.

Empezó a ponerse nerviosa; era la primera vez que le sucedía algo semejante. El

entrenamiento recibido hizo entonces acto de presencia y se acordó de que existía un código de emergencia que le permitiría abrir la puerta incluso aunque desde el interior no le granjeasen la entrada.

Era algo pensado para el caso de que todos los ocupantes de la cabina de mando hubieran muerto o fueran incapaces de accionar el interruptor de apertura. Algo que los manuales mencionaban para el caso de humos tóxicos o ciertos accidentes.

Tuvo que pensarlo por un momento. Finalmente, recordó que el código de emergencia era el normal, pero al revés.

0.

6.

…

Aquello no estaba funcionando. El teclado no estaba encendido. No sonaba.

Alessia pudo sentir las pequeñas mandíbulas de un desagradable cosquilleo que se agitaba en la base de su espina dorsal.

No llegaba a entender lo que estaba pasando. Era la primera vez.

Era… era como si desde el interior de la cabina hubiesen bloqueado la puerta, como si estuvieran siguiendo el procedimiento para lidiar con un secuestro. Pero no tenía sentido. Ella no había dado la señal convenida para esa situación.

Entonces sintió un enorme alivio en su angustia, al darse cuenta de que aquel bloqueo tenía un tiempo limitado. Era incapaz de recordar cuánto. Pero sirvió de bálsamo.

«Probablemente —pensó—, uno de esos dos se ha equivocado y ha movido la dichosa palanquita a la posición de cierre en lugar de a la de apertura.»

Volvió a intentarlo. La llamada habitual.

3.

…

No funcionaba.

Y se dio cuenta de que si se hubieran equivocado les bastaría con volver a accionar el mando, en el sentido correcto, y estaría solucionado.

No se le ocurrió otra cosa que golpear con los nudillos.

Nada.

Y golpeó con algo más de fuerza mientras recordaba.

—¡Thomas!

…

—¡Thomas! ¡Laurent!

…

Nada.

Se puso tan nerviosa que se llevó las dos manos a un tiempo al dichoso flequillo, mientras sentía cómo el elástico de su tanga negro favorito quedaba holgado. Algo helado y amorfo se le estaba colando en las entrañas. Miedo, un horror malsano que le presentaba desagradables visiones.

Reaccionó como pudo, llamando a la otra puerta, la de la habitación de descanso de los pilotos, y retrocedió unos pasos hasta la cocina delantera para buscar a una compañera. No estaba segura de si Eric se habría despertado y se quedó paralizada al ver que sus compañeras habían salido a atender llamadas del pasaje.

Cogió el interfono torpemente e, intentando mantener la voz neutra, anunció que se requería en el *galley* delantero a la señorita Rego. Lo hizo lo suficientemente bien como para que el pasaje no le diese importancia, o eso pensó. En cuanto colgó de nuevo el interfono, regresó a cabina y volvió a llamar a la puerta del cuarto de descanso.

Volvió a probar el teclado. No funcionaba.

Llamó de nuevo.

—¡Thomas!

Se sobresaltó con la voz.

—¿Qué pasa? Estaba atendiendo a un par de vejetes la mar de simpáticos. No te lo vas a creer, él es el investigador…

—Entra y despierta a Eric —la interrumpió bruscamente Alessia—. ¡No llames! —gritó al ver que Susana Rego dudaba con la mano en alto—. ¡No llames! Solo entra y despiértalo. ¿Me oyes? Despiértalo. ¡Ya!

Y se giró de nuevo para aporrear la puerta de la cabina de mando. La golpeó con todas sus fuerzas.

El miedo creció, a oleadas de negra brea, como el escape de un viejo petrolero encallado que viola una playa paradisíaca. Le temblaron las piernas en cuanto sintió que el avión empezaba a descender.

Llevaba casi diez años volando y sabía que no se equivocaba. Estaban descendiendo, y lo estaban haciendo en medio del océano.

Descendiendo.

Por unos segundos volvió a ver todas las imágenes de accidentes aéreos que habían proyectado para ella en los distintos cursos de preparación y refresco que había hecho a lo largo de su carrera.

Descendían.

Habían llamado para pedir algo de beber. A pesar de que ella, entre risitas que sonaron como cloqueos, le había recordado que su próstata ya no era la de años atrás.

A Rosalía le hizo mucha más ilusión que al propio Sinesio. A él solo le había dado tiempo a ponerse como un tomate y agachar la cabeza. Ella había cogido su mano y había respondido por su marido.

—Sí, sí, es él.

Las colaboraciones de Sinesio en los canales nacionales de televisión no habían sido muchas, y la radio no ponía cara a los locutores. Por eso, Rosalía sabía que el hecho de que lo reconociesen seguía siendo una de las debilidades de su esposo.

Especialmente cuando se dirigían a él con respeto. Y es que, a pesar de los años dejados en el calendario y de los muchos logros, Sinesio seguía sintiendo un terrible complejo de inferioridad que le obligaba a meterse en un caparazón protector lleno de indignación cuando alguien dudaba de la veracidad de sus palabras o descubrimientos.

Rosalía sabía que a Sinesio le aterrorizaba que lo tomasen por un loco cualquiera que se dedicaba a hablar con los muertos, a adivinar el futuro o a contactar con los extraterrestres. Y ella había vivido suficientes experiencias paranormales a su lado como para saber que, aun con todos sus temores, Sinesio no tenía nada de lo que arrepentirse. Juntos habían visto tantas cosas imposibles que ella se esforzaba casi cada día en demostrarle que nadie tenía razones para dudar de él. Además, ella misma se empecinaba en manifestarle casi cada día esa confianza.

Por todo ello, Rosalía sintió un profundo agradecimiento hacia aquella jovencita amable y lamentó que se marchase tan rápidamente.

Cuando les hubo dejado, Sinesio seguía abochornado y con la mirada clavada en sus zapatos.

—¿Sabes, cariño? Sigues siendo como un chiquillo.

Y Sinesio la miró con adoración mientras apretaba su mano con dulzura.

El océano crecía y crecía. Thomas ya podía distinguir las ondulaciones del agua en el ocaso que huía hacia el oeste.

Cuando pasó a través de diez mil pies sobre el nivel del mar Thomas apagó el sistema de avisos de proximidad al terreno para librarse de sus alarmas. Volvió a bloquear la puerta accionando la palanca hasta la posición de «LOCK».

Por los altavoces del equipo de radio alguien con acento indefinido dio un informe de posición.

Volaba a trescientos nudos.

Redujo el régimen de descenso hasta que fueron solo quinientos pies por minuto. Estaba a solo dos mil sobre el agua. Y empezó a alabear suavemente, quería que el avión entrase de costado. Asegurar la mayor destrucción posible.

El impacto resonó en kilómetros a la redonda.

La punta izquierda del ala tocó la cresta de una pequeña ola y el avión se escoró por una fracción de segundo. El encastre del ala se desgarró como papel viejo, con un crujido ensordecedor. El combustible comenzó a esparcirse y el motor número uno explotó al sumergirse bruscamente en el mar, lanzando pedazos que atravesaron el fuselaje.

En la fila diecinueve, y antes de que el morro del avión se clavase en el agua, tres pasajeros fueron decapitados por un trozo de álabe de la primera etapa de la enorme

turbina. En la fila veinte un adolescente con acné que escuchaba música *rap* en sus auriculares quedó manchado por las gotas de sangre que escupieron las arterias pulsantes.

El avión entró en el océano girando sobre sí mismo. El costado izquierdo de la cabina de mando quiso rebotar y el parabrisas de Thomas saltó como el corcho de un espumoso. El frontal del fuselaje brincó como una piedra en un estanque y todo el cono de cola se agrietó como un óleo viejo. El impulso hizo que el fuselaje se arrugase igual que una lata de refresco vacía.

Una niñita de adorables ojos negros y uñas mordisqueadas le dijo a su osito que no debía tener miedo.

Thomas murió al instante, con el cráneo reventado por un pedazo de parabrisas.

Una pareja de la decimotercera fila de asientos se dio un último beso, velado por el regusto rancio de la muerte.

Los pasajeros que no se habían abrochado el cinturón de seguridad salieron despedidos hacia delante, impactaron contra los maleteros superiores, dejando los mismos regueros que un mal pintor de brocha gorda con un bote de carmín.

Los carritos con la mayordomía salieron despedidos. Y en el pasillo izquierdo uno de ellos atropelló a un maestro de historia de Madrid que soñaba con ver Cuzco.

A un par de niños les dio tiempo a llorar.

El motor número dos reventó.

Los restos, perdido gran parte del impulso, cayeron casi planos, girando en sentido contrario.

Un pederasta que iba a Lima buscando niñas de las que abusar sintió cómo se le relajaba el ano mientras por el boquete que se había abierto entraba el agua a raudales.

Apenas media docena seguían conscientes tras el impacto inicial. Fueron afortunados porque se ahogaron plácidamente.

No hubo supervivientes.

2009

Cuando esa mañana gris Anwar Mahfuz cruzó el Garona no pudo evitar que, con aquel panorama de nubes bajas, se le encogiera el corazón al recordar el sol radiante de su Asiut natal. Se le escapó un suspiro pensando en Egipto y rumiando aquel viejo dicho que aseguraba que el que había bebido el agua del Nilo no moriría sin volver a probarla.

Se sentía afortunado por el camino recorrido, pero casi cada día se arrepentía de haber terminado tan lejos de las crecidas y de la arena del suelo sagrado de su país. Casi cada día podía asegurar que odiaba un poco más Toulouse.

Cuando se acercaba a las instalaciones de Airbus, conduciendo por la Avenue Claude Gonin, se reconvino a sí mismo. Podía echar de menos Egipto, pero, tenía un buen puesto de trabajo y se ganaba bien la vida; si ahorraba podría regresar y vivir feliz. Era una esperanza tan buena como cualquier otra, y a él le gustaba consolarse con su vuelta a casa.

Hasta ese supuesto regreso para el que Anwar no había decidido fecha o modo seguiría siendo analista del Airbus Flight Safety Department. Y en pocos minutos empezaría su jornada de trabajo.

A lo lejos, en la plataforma del aeropuerto de Toulouse Blagnac, se distinguían tres de los transformados A 300-600 ST, grotescos aviones de transporte de piezas llamados cariñosamente Belugas por su exagerado fuselaje. Su desproporcionado tamaño tenía volumen suficiente como para que gigantescas partes de los distintos modelos de Airbus pudieran viajar de un lado a otro de Europa entre las distintas cadenas de montaje del fabricante. Tras las colas sobredimensionadas se distinguía una consistente capa gris de nubes bajas y espesas.

«Y todavía no ha llegado el invierno», pensó Anwar.

El industrial e impersonal edificio de apagados colores tampoco ayudó a que se sintiese mejor.

Anwar se escaqueó en cuanto pudo de la monotonía y aburrimiento de su puesto de trabajo y se fue a buscar un insípido té de la máquina de la sala de descanso, una reducida estancia con unos pocos asientos de tapizado gris decorados con viejos lamparones. Recibía algo de luz natural de un tragaluz sucio y dos ficus descuidados luchaban por sobrevivir en una tierra en la que había más colillas que nutrientes.

Con los codos apoyados en una mesa alta, dos de sus compañeros charlaban por encima de vasos de plástico. Eran Yi-Jie y Stanislaw, que discutían acaloradamente sobre el último accidente sufrido por un Airbus.

Dos semanas atrás, un A340 de una compañía con poca trayectoria, Ocean Skies, había caído al Atlántico en un trayecto de Madrid a Lima. Por el momento no tenían más información que la que habían facilitado los sistemas de telemetría, y hasta que se recuperasen las cajas negras solo se podía especular. Anwar habría preferido que estuviesen hablando de deportes o de las preciosas piernas de la nueva recepcionista, pero sabía que cada vez que uno de los aviones de la casa madre se caía el ambiente se enrarecía durante unas semanas, convirtiéndose en el centro de especulaciones y origen de miles de rumores. Se suponía que ellos eran profesionales objetivos que debían alejarse de ese tipo de elucubraciones y esperar a que los informes oficiales ofreciesen un dictamen; sin embargo, también era cierto que ellos estaban involucrados en la elaboración de dicho informe oficial. Por eso, aunque se suponía que solo debían reunir datos objetivos, siempre terminaban hablando más de la cuenta.

Yi-Jie y Stanislaw parecían no ponerse de acuerdo en los datos que el sistema ACARS había comunicado a la central de mantenimiento de la aerolínea y, mientras retiraba su propio vaso de polipropileno, Anwar decidió intervenir en la conversación, mencionando la primera llamada que había recibido al llegar hasta su mesa.

—Me ha dicho Claudia que el organismo de Aviación Civil española ha accedido a que el Bureau d'Enquêtes et d'Analyses y los americanos de la NTSB participen en la investigación. —Los otros dos se interrumpieron y lo miraron haciendo leves gestos de saludo—. Vamos a tener que hacer un montón de papeleo.

—¡Menuda novedad! —dijo el chino con cara de pocos amigos, al tiempo que Stanislaw le daba la razón con una inclinación de cabeza.

Hablaban en un inglés afrancesado que tenía la particularidad de resonar de un modo mucho más meloso que la versión original.

—¿Tú qué opinas, Anwar? —preguntó el polaco—. ¿Qué crees que puede haber pasado… Si los datos son ciertos, nos enfrentamos a una de las pocas veces en que ha habido un fallo múltiple de las computadoras de mandos de vuelo. Tiene mala pinta. Como decidan sacar una directiva de aeronavegabilidad para cambiarlas van a parar la flota de medio mundo.

—Me parece que estás yendo demasiado rápido —contestó el egipcio antes de que a Yi-Jie le diese tiempo a interrumpir—. Creo que falta mucho para poder afirmar nada. Además, para que saliese una directiva así habría que demostrar que la posibilidad ante el fallo de las primarias es mayor de lo que se había certificado. No, tenemos que ser cautos, no te aceleres.

—Lo sé. Pero me parece que después de lo del tres treinta de Air France que se cayó al principio del verano las cosas no pintan bien.

Anwar tuvo que guardarse su respuesta en la boca. Yi-Jie había saltado como una trampa para ratones.

—No, no, es pura estadística —apuntó bruscamente el chino mientras movía un

dedo en el aire intentando dibujar el carácter que representaba su pensamiento—. Ahora pueden pasar diez años más sin que volvamos a tener un accidente semejante, es una mera coincidencia. Ha sido una casualidad. Una simple casualidad. Sabéis tan bien como yo que, en el mundo civilizado, los números cantan, solo una de cada millón de salidas sufre un incidente.

—Me parece que son casos distintos. Hay algunas diferencias entre Air France y la compañía esa… Ocean Skies —dijo Stanislaw.

—¡Da igual! ¡Da igual! Los aviones son los mismos al salir de fábrica, sean para el operador que sean, todos iguales. Y las tripulaciones y el mantenimiento deben cumplir con la normativa y la regulación. Entran en el mismo saco, la misma estadística, por eso hay tantos requisitos, para garantizar la seguridad. Las diferencias entre ambos accidentes no tienen nada que ver con la compañía, es simplemente que han sido fallos o errores distintos. Tanto las de bandera como las de bajo coste tienen que cumplir con las mismas leyes.

Stanislaw se quedó mirando a Yi-Jie, impresionado por tanta vehemencia, sorprendido por la enorme fe del chino. Y, dándose cuenta de lo diferente de sus posturas, no pudo evitar reírse pensando en uno de esos chistes típicos: «Van un polaco, un chino y un egipcio…».

—Repito, no creo yo que se pueda comparar entre Air France y Ocean Skies. Estoy bastante seguro de que no tienen los mismos recursos —dijo el polaco con sorna.

—Y eso qué más da. Todos los aviones cumplen los mismos requisitos mínimos, todos los programas de mantenimiento… —respondió exaltado Yi-Jie—. Y todas las tripulaciones, sean de la compañía que sean, tienen que superar los mismos ciclos de entrenamiento y los mismos reconocimientos médicos.

Anwar, que tenía unas ideas menos radicales en cualquiera de ambos sentidos, se decidió a intervenir conciliador:

—Opino que ambos tenéis parte de razón. Es cierto que la legislación es la misma para todos, y también es cierto que cada Estado no puede hacer otra cosa que ser más restrictivo con respecto a los mínimos que recomiendan los expertos de la Organización de Aviación Civil Internacional —dijo Anwar mirando a Yi-Jie—. Es verdad, y también lo es que los aviones salen de fábrica cumpliendo los mismos estándares; sin embargo —continuó mirando a Stanislaw—, por lo que yo sé, los pilotos de compañías como Air France pasan por cuatro sesiones de entrenamiento y verificación en simulador al año, y pilotos como los de Ocean lo hacen solo dos, el mínimo legal. Y también se me ocurre que es raro que un comandante de una compañía de bandera tenga menos de, digamos, ocho mil horas de vuelo. Sabes de sobra que no es raro que en ese tipo de compañías los copilotos se pasen diez años a la derecha antes de ser ascendidos, en otras líneas aéreas no es difícil que los asciendan después de un par de años, basta con que necesiten comandantes en ese momento.

—Y el mantenimiento —intervino Stanislaw—, no te olvides del mantenimiento. Los programas de seguimiento y análisis de las grandes compañías no son ni siquiera comparables.

Yi-Jie negaba una y otra vez con la cabeza.

—¡No! No, no tenéis razón. Para eso están los mínimos legales, y son lo suficientemente altos como para garantizar la seguridad. Y funcionan, funcionan muy bien, sabéis de sobra que el transporte aéreo es el medio más seguro, y con mucha diferencia, lo sabéis.

El polaco se disponía a seguir con la bizantina discusión cuando Anwar decidió intervenir de nuevo:

—Venga, dejadlo. Es evidente que los mínimos de los que tanto habla Yi-Jie funcionan, y también es evidente que no todas las compañías aéreas cumplen esos mínimos con el mismo margen. Además, esto no forma parte de nuestro trabajo. De momento nos tenemos que limitar a lo que ha llegado a través del ACARS y esperar que encuentren las cajas negras antes de que las balizas dejen de transmitir. Hasta entonces, ya tenemos bastante tratando de saber si las computadoras de mandos de vuelo fallaron o si las desconectó el piloto por algún otro fallo adicional, que sería la única explicación.

Yi-Jie y Stanislaw parecían dispuestos a seguir discutiendo durante horas, y Anwar decidió acabar su insípido té de un trago y regresar a su anodina mesa para dejar pasar el día sin más, añorando Asiut y las riberas del Nilo.

Aquella misma noche, mientras Anwar intentaba pasar una grasosa lasaña precocinada que había preparado en el microondas, un noticiario de última hora comentaba que, gracias a un batiscafo de última generación que se había usado en unas investigaciones en la Fosa de las Aleutianas, se había logrado recuperar una de las cajas negras del A 340 de Ocean Skies.

Anwar recibió la noticia con su apatía habitual. Cuando ya estaba fregando el barato plato de cristal en el que había cenado la lasaña congelada, el presentador ya había pasado a otro tema:

«… y en otro orden de cosas. Ayer, escoltado por la Guarda Nacional, el crucero de lujo Spirit de la naviera italiana Vallentina atracó en el puerto de Miami en una escala imprevista que decidió el capitán del navío tras la serie de trágicas desgracias que habían sufrido.

Al parecer, uno de los oficiales de menor rango enloqueció hace catorce días y comenzó a asesinar y descuartizar a los pasajeros del crucero turístico. Todavía no disponemos de todos los detalles, sin embargo, parece que fueron un total de dieciséis víctimas brutalmente ejecutadas hasta que dicho oficial se voló la cabeza con una pistola de bengalas en el puente de mando.

Las autoridades…»

2010

Había pasado el tiempo.

Habían encontrado las cajas negras y, además, contaban con la información que los ordenadores de monitorización de sistemas del propio avión habían enviado por satélite. Anwar no entendía por qué la comisión de investigación no había llegado a emitir un informe oficial.

Incluso teniendo en cuenta lo aparatoso del accidente y el hecho de que los registradores de datos de vuelo y de voz habían terminado a más de tres mil metros de profundidad, todo parecía haberse ido resolviendo satisfactoriamente. Sin embargo, todavía no había conclusiones oficiales, y la prensa se estaba aprovechando de ello para hacer elucubraciones de todo tipo. Algo que, como parte activa de la industria aeronáutica, disgustaba a Anwar por las implicaciones que tales especulaciones tenían sobre la compañía en la que trabajaba. Solo tres días atrás había dejado a medias un artículo en el que el redactor se había atrevido a plantear, sin más aval que su intuición, la posibilidad de que el A340 fuese un avión inseguro, y que, habiéndose demostrado tras el accidente del Ocean Skies, Airbus había presionado a las autoridades para evitar la difusión de una información tan comprometedora.

Anwar no era el único que se preguntaba las razones de la tardanza, sus compañeros en el departamento de seguridad de Airbus también buscaban explicaciones donde no las había y, naturalmente, los rumores se habían extendido con su clásica rapidez y su habitual carácter malsano. Para el egipcio, todos y cada uno de ellos sonaban a disparate.

Cuando alguien se refería al registrador de voz en cabina de mando solía hacerlo por el acrónimo de su nombre en inglés, CVR, de *Cockpit Voice Recorder* y, aunque no era la especialidad de Anwar, este sabía que ese tipo de dispositivos permitían registrar, en referencia a una escala de tiempo, distintos canales. Y de cuáles se trataba era lo que Anwar intentaba recordar mientras hojeaba los folios grapados que le mostraban.

—Se me ha ocurrido preguntarte por si es árabe. De lo que estoy seguro es de que no es inglés, francés o… O polaco —se explicaba Stanislaw—. Hasta le he preguntado a Yi-Jie, y tampoco es chino. Nadie parece tener idea de lo que es.

—Pero, por lo que has puesto aquí —dijo Anwar señalando una de las líneas

impresas—, esto se grabó en el canal de radio, como si fuera una transmisión. Digo yo que será en inglés.

El polaco negaba una y otra vez con la cabeza.

—No, no lo es. Si ni siquiera sabemos cómo transcribirlo. Es un galimatías. Además, no tenían que hacer ningún informe de posición, y tampoco parece una señal de socorro.

—No… No lo parece…

Y ambos se quedaron callados unos instantes hasta que a Anwar se le iluminaron los ojos.

—He tenido una idea —dijo risueño el egipcio—. ¿Qué sabéis de los pilotos? ¿Qué idiomas hablaban?

Ante aquella pregunta, Stanislaw pareció ofenderse.

—Pero ¿qué te has creído? Eso ya lo comprobamos… Eran los dos copilotos. El comandante se había ido a descansar poco antes. La conversación está grabada —aclaró el polaco mientras echaba hacia atrás un par de hojas—. El del asiento de la derecha hablaba inglés y francés, creo que flamenco también, era belga. El de la izquierda es algo más complicado, el tipo era todo un cerebrito, un español de padre estadounidense, que sepamos, hablaba con fluidez inglés, español, francés, italiano y alemán.

—Pues está claro que tampoco es italiano. Ni alemán. Y tampoco español. Y, por supuesto, puedo asegurarte que eso no es árabe. Lo siento, no tengo ni idea…

—De todos modos —interrumpió Stanislaw—, lo del idioma es solo una de las cosas que no cuadran. Hay más.

Anwar irguió una ceja en un gesto de incomprensión.

—¿Cómo que hay más? ¿Qué quieres decir?

—Pues no lo sé, no lo sé. Es que no tiene sentido, y eso que lo hemos repasado una y otra vez, una y otra vez…

—Va a ser mejor que te esfuerces por explicarte un poco mejor —pidió Anwar.

El polaco revolvió los papeles que tenían ante sí y empezó a señalar distintos puntos mientras hablaba.

—A ver, simplificando, cuando uno de los pilotos hace una transmisión por radio siempre escuchamos su voz por dos canales distintos: el que graba las transmisiones por radio y el que graba el ambiente de la cabina de mando, ¿entiendes?

—Sí, creo que sí, no es tan difícil.

—Exacto, pues bien, en este caso no está. Falta.

—Stanislaw, no lo cojo. ¿Cómo que no está? ¿Qué no está?

—No se oye su voz en la grabación de ambiente. Solo en la radio, como dijiste… Se hizo la transmisión, pero no se oye la voz del piloto haciéndola… No tiene sentido.

—Será un fallo —aventuró Anwar, que empezaba a dudar si había entendido bien lo de los canales de grabación.

Stanislaw tardó unos segundos en contestar mientras iba de atrás adelante, releyendo.

—Mira, da igual, eso ya lo resolveremos si es que averiguamos lo que dice. Se me ocurre una idea, vente conmigo. A lo mejor si lo oyes…

Les llevó unos minutos atravesar los largos pasillos de suelo gris y escasa luz. Cuando llegaron a la mesa de trabajo del polaco a Anwar le maravilló la pulcritud enfermiza que pudo ver. Estaba impecable. Todo parecía haber sido colocado como si se hubiera dispuesto sobre un papel milimetrado.

Stanislaw recuperó un archivo de audio.

—Lo he editado y cortado. Son apenas unos segundos —mientras hablaba, revolvía de nuevo las hojas grapadas y se las tendía a Anwar por donde correspondía a la transcripción de lo que iban a escuchar—. ¿Listo?

El egipcio afirmó con la cabeza mientras miraba los papeles que le habían tendido.

Stanislaw guardó silencio en tanto el archivo se reproducía.

—Otra vez —pidió Anwar.

Volvió a sonar.

—No, eso no es árabe, aunque…

—Aunque ¿qué? —preguntó el polaco, ansioso.

—Bueno, una de las palabras, no sé, me recuerda a algo. No me di cuenta al ver la transcripción, pero… ¿cuándo lo escribiste lo hiciste pensando en polaco o en inglés?

Stanislaw, perplejo por la pregunta, tardó en reaccionar.

—Y yo qué sé, ¿qué más da? En inglés supongo, ya solo hablo polaco cuando llamo a mi madre.

—Si lo digo por saber cómo se supone que tengo que leer lo que has escrito. Es que a mí no me ha sonado exactamente igual.

—A mí tampoco, la verdad, pero me parece que da lo mismo en polaco, inglés o japonés, para mí que es una simple interferencia que de puñetera casualidad ha sonado como una voz.

—Puede ser, puede ser… —asintió el egipcio mientras miraba las hojas que tenía ante sí.

«…

Eman cso e un anko.

Zo… ankou.

Ankou.

…»

2012

A pesar de lo cansado que estaba por el largo trayecto en avión, lo primero que hizo en cuanto salió del aeropuerto fue tomar un taxi que lo condujese hasta quien había ido a ver. Acercarse al hotel a descansar un poco era la última de sus prioridades. La primera era convencerlo de que no estaba loco y de que solo necesitaba unos minutos de su tiempo.

Aunque hubo de reconocerse que iba a ser difícil, especialmente después de la conversación telefónica que habían mantenido.

En cuanto llegó a la dirección que había conseguido no pudo evitar sorprenderse ante el magnífico jardín. Flores de todos los colores punteaban tonos verdes de cualquier densidad imaginable. Incluso para él resultó evidente que aquella coqueta propiedad tenía encima infinitas horas de mimoso trabajo.

Tras despedir al taxi tardó casi diez minutos en decidirse a cruzar el sendero que atravesaba los coloridos parterres y llamar al timbre. Se fumó tres cigarrillos, encendiendo cada uno con la colilla del anterior, y echó de menos un buen café cargado.

Cuando por fin se atrevió, se encontró frente a una vivaracha muchachita que lo miraba con dulces ojos castaños tras la puerta abierta.

—¡Carlota! —se oyó desde el interior de la casa—. ¿Quién es? ¿Se ha olvidado mamá otra vez de las llaves?

La niña permanecía callada, y pronto entró en su campo visual un hombre gigantesco ante el que Germán, de tan pobre constitución como era, se sintió ridículo.

—Y ¿puede saberse quién es usted?

Le costó unos segundos arrancar con el discurso que había ensayado en las largas horas de vuelo.

—Supongo que es usted el señor Kadden, Günther Kadden ¿no?

—Sí, yo soy, ¿en qué puedo servirle? —preguntó el aludido acercándose a la entrada y poniendo una de sus enormes manazas sobre el hombro derecho de la niña.

—Verá, soy el que le llamó anteayer… Mi nombre es Germán Amorós —al oírlo, Günther hizo un gesto de disgusto, tirando de la chiquilla hacia atrás al tiempo que levantaba la mano libre hasta el pomo de la puerta. Germán, temeroso de perder la oportunidad, aceleró sus palabras—. Sé que no me cree, pero tengo que hablar con usted. Desde que mi padre murió no he podido hacer otra cosa que preguntarme qué había sucedido, como le dije, el informe oficial del accidente aéreo no resolvía mucho… —Germán intentó decir algo impactante para captar la atención de Günther

—. Creo que no lo saben, pero lo que grabó el registrador de voz de la cabina fue una psicofonía, ¿entiende? Una psicofonía…

—¿De qué demonios está hablando? Mire joven —le interrumpió Günther con un enfado que delataba lo poco importantes que le parecían las últimas palabras de su visitante—, ya le dije el otro día por teléfono que no me molestase más. Soy un hombre ocupado. Y, sinceramente, me parece una desfachatez que se haya presentado aquí, sin más —su tono era firme y severo, y ya había empezado a cerrar la puerta.

—Espere, por favor. Creo que tengo información que le puede interesar sobre el caso de Xyomara Morales —la puerta se detuvo—. ¿Le dice algo el nombre de Thomas Rye? —La puerta se quedó donde estaba y Germán, entendiendo que al investigador no le sonaría el nombre del piloto, decidió jugar otra carta—. Y Takeda Kawo ¿le suena?

Günther vacilaba, echando hacia atrás a Carlota y dudando si dar un portazo y mandar a aquel atrevido al infierno.

Sin embargo, aquel nombre…

—¿Kawo? ¿El *caníbal japonés*?, ¿lo de París?

Germán aprovechó para dar un tímido paso al frente y apoyar su mano derecha en la puerta.

—Sí, exacto —respondió rápidamente mientras repasaba todo lo que sabía con frenesí. Buscaba las palabras adecuadas.

—¿Y eso qué tiene que ver con el caso de Xyomara Morales? —acotó Günther sin darle tiempo a Germán para buscar argumentos.

—Mucho… O eso creo… Sé que parece una locura, pero Rye y Kawo son…, eran, el mismo asesino. Bueno, no exactamente… —Germán dudaba—. Por favor, déjeme explicarle. ¡No pierde nada!

El jefe de investigación repitió su pregunta cerrando la puerta unos centímetros más.

—¿Y eso qué tiene que ver con el caso de Xyomara Morales?

No sabía por dónde empezar.

—Mucho, en serio. Y con la masacre de aquel pesquero senegalés hace cinco años… Y con la tragedia del Spirit de hace tres, y con lo que sucedió el mes pasado en ese centro de radioastronomía de Nuevo México… Y con la muerte de mi padre en ese accidente de avión… —Germán quería decir tantas cosas en tan poco tiempo que no encontraba el modo de enlazar ideas coherentes—. Es el Ankou, creo que es el Ankou, estaba en todos ellos… —Günther miraba con suspicacia a su inesperado visitante, cerrando aún más la puerta y terminando de colocar a la niña a su espalda —. Es el enviado de la muerte, su emisario. El recogedor de almas en el que creían los celtas… Por favor, escúcheme…

Ya solo quedaba un escaso resquicio, Günther empujaba la hoja de madera, venciendo la leve resistencia de la mano del hijo de Sinesio. Y este, lleno de desesperación, inclinó la cabeza derrotado, escondiendo unas lágrimas que pugnaban

por salir.

—Tiene que ayudarme, por favor, usted fue el único que llegó a intuirlo… Al menos en parte, se dio cuenta de que el asesino viajaba, leí el informe, y fue una pista excelente… Thomas Rye, y también Kawo, y también… He encontrado más, ¡muchos más…! Por favor, ayúdeme, tengo que pararlo, ¿no se da cuenta…?

»Todas esas muertes…, fue culpa de mi padre, ¡él lo liberó! —Germán buscaba ansiosamente las palabras adecuadas, las que convenciesen al germano—. Mi padre no lo sabía, no se dio cuenta de lo que hizo, pero lo liberó… ¡Lo leí en su diario, fue su culpa… Y yo tengo que pararlo, ¡hay que detenerlo…! Todo fue culpa de mi padre.

Germán cayó de rodillas, cansado, angustiado y dándose por vencido. Y siguió hablando. Repitiéndose.

Diciendo frases apenas inteligibles.

—Al principio no me di cuenta, lo leí y no le di importancia. Yo solo quería atesorar sus recuerdos, pensaba en transcribir sus diarios y luego, lo leí; el Ankou, el Ankou de los celtas… Y después el informe del accidente, la transcripción de la caja negra… Tuve la intuición y seguí la pista… Hay huecos, pero no muchos, marinos, pilotos, ¡hay de todo! ¡Cualquiera con una radio cerca! —El tono del hijo de Sinesio fue decayendo más y más, sus palabras eran ya susurros—. Esa era la clave, la radio… Por eso se escapó de aquel pozo maldito… Por eso, por la radio de mi padre… Aquella Bajazzo renegrida…

»Él tuvo la culpa… Todas esas muertes… ¡Él lo liberó… Y yo tengo que pararlo…

Germán sollozaba.

Günther no entendía nada de lo que aquel hombrecillo enclenque le decía, pero, se apiadó de él.

La puerta se abrió.

Günther se arrepentiría de esa decisión el resto de su vida.

EPÍLOGO

Aunque esta novela es por completo una historia de ficción, hija bastarda de esa parte de mi mente que yo suelo llamar *las tierras baldías* (bendito Elliot), tengo que confesar que, tanto de lo bueno como de lo malo (sobre todo de lo malo), yo soy enteramente responsable. Y si en alguna de las muchas referencias que existen al mundo fuera de la ficción existe algún error, también de ellos soy el único responsable.

Sin embargo, es necesario decir que en esta novela hay algunas cosas que merecen aclararse por falsas o por ciertas.

En primer lugar, quédese tranquilo estimado lector, la aviación comercial de transporte no es como se describe en estas páginas. Por simplificar, podría decirse que entender la aviación comercial a través de las páginas de esta novela sería lo mismo que juzgar a alguien por el contenido de su basura; es cierto que se pueden saber ciertas cosas, pero no es justo ni razonable pretender conocer a alguien a través de sus desperdicios.

Entiéndase que esta es una novela que pretende que dormir resulte una actividad dudosa tras leer sus páginas. Nada más. Ocean Skies (a la que mi amigo Jesús puso nombre), con todas sus deficiencias y escasos márgenes sobre la legalidad, es solo un deleznable fruto de mi imaginación.

Además, para el lector interesado en el mundo aeronáutico, permítame aclararle que los procedimientos, métodos, rutas, altitudes y demás zarandajas son básicamente ciertas, aunque parcialmente simplificadas o no del todo exactas en ciertos puntos, a fin de que la narración fuese fluida.

Por cierto, en relación con la aviación; gracias Brian por los datos de Bahrein y Bangkok, gracias Jesús por la ayuda con el aeropuerto de San José, y gracias a Iván y César, que además de inspiradores, han sido los que en todo este tiempo me han prestado carruaje en la antigua marca franca del imperio carolingio.

Y ahora, y sin orden concreto, ya que su referencia en la novela es cruzada, algunos datos curiosos más.

En lo que se refiere a las psicofonías (hay quien les dice parafonías) y otros asuntos parapsicológicos, hay que aclarar que la presentación que se hace del

fenómeno denominado como *las caras de Bélmez* se ha hecho de una manera no objetiva (como en el caso anterior de la aviación), exagerando un tanto la cuestión para justificar al personaje Sinesio Amorós; nombre que, dicho sea de paso, es la contracción, a modo de homenaje, de Sinesio Darnell y Pedro Amorós, dos verdaderas eminencias en estas cuestiones de la denominada transcomunicación.

Como el lector puede sentir curiosidad sobre mi postura al respecto, espero no defraudar al decir que yo no soy capaz de pronunciarme en uno u otro sentido. He escuchado multitud de psicofonías, y debo reconocer que muchas me han resultado inquietantes. Punto este en el que me permito recomendar al lector interesado que se acerque hasta la maravillosa ciudad de Toledo para que Julio y Gonzalo, buenos amigos de la Orden del Toledo Oculto (OTO), lo guíen en un emocionante paseo por las calles de la vieja capital. En una de sus rutas, Julio y Gonzalo incluyen algunas psicofonías especialmente impactantes.

En cualquier caso, en este, como en tantos otros temas, no soy más que un ignorante con ansia de conocer, por lo que, repito, no soy quién para emitir un juicio u opinión sobre su origen o causa (supongo que el matemático que hay en mí sigue siendo reacio a aceptar lo oscuro del misterio sin pruebas que lo avalen).

Casi todo lo que se cuenta de Jürgenson y de Raudive es cierto, y cabe aclarar que en el caso de Jürgenson, y usando un receptor de radio Bajazzo Telefunken conectado a un magnetófono UHER Report 4000L, este grabó psicofonías que se atribuyeron al accidente aéreo de un Vickers 838 Viscount operado por Linjeflyg que se precipitó al suelo (los 19 pasajeros y los 3 ocupantes murieron) y se destruyó por completo a pocos kilómetros al noroeste del aeropuerto Stockholm-Bromma durante la aproximación.

Según Jurgensön:

«…

Pongo en funcionamiento el grabador, indico fecha y hora y enseguida pregunto por la catástrofe aérea: de inmediato se produce la injerencia de la onda portadora y de pronto escucho dos voces femeninas y una masculina. La lengua es políglota, sueco, alemán, italiano y otra lengua que no conozco. También puede oírse el ruido del radar. Después de un momento resuena la voz clara y límpida de un niño. De entrada la voz dice:

«Friedel… Hablé mucho…» (entiendo que se tradujo del sueco original)

En ese preciso instante se interrumpe la frase. Mi asistente radiofónica Lena interviene y me dice:

«Escucha, una víctima» (en italiano)

Y luego una voz femenina, agitada, exclama:

«Horrible…» (en italiano)

La voz masculina vuelve a intervenir y dice:

«Friedel sabes…» (entiendo que se tradujo del sueco original)

…»

Por último, los montajes y sistemas de grabación de psicofonías presentados en la novela son prácticamente reales, solo se han obviado detalles concretos (para, como en la aviación, evitar que la narración se volviese poco fluida).

En lo que respecta a los lugares sagrados celtas y su influencia mágica y oscura merece la pena incluir aquí un pequeño extracto del *Farsalia* de Lucano, en el que describe un pequeño bosque sagrado cercano a Marsella y el miedo que invadió a los leñadores de las legiones romanas (está referido en el primer siglo después de Cristo).

«…

Los leñadores llegaron hasta un antiguo bosquecillo sagrado. Sus ramas entrelazadas rodeaban un frío espacio central en el que nunca brillaba el sol, pero donde abundante agua manaba de oscuros manantiales… Los dioses bárbaros que aquí eran adorados tenían sus altares colmados de horribles ofrendas, y los árboles estaban salpicados de sangre humana… Nadie se atrevía a entrar en este bosquecillo excepto el druida; e incluso él permanecía fuera al mediodía, y entre el crepúsculo y el alba

…»

Además, y en el sentido de la permanencia del alma después de la muerte, es significativa la siguiente frase del mismísimo Julio César en su obra *La guerra de las Galias*:

«Los druidas concedían especial importancia a la creencia de que el alma no perece sino que, tras la muerte, pasa de un cuerpo a otro.»

Que puede servir de base para establecer la relación entre los personajes (asesinos) que se siguen en los años más contemporáneos de la novela.

Dúbriga, como tal, no existe, aunque bien podría ser no uno, sino multitud de pueblos de incierto origen celta en la mágica Galicia. Por eso en la novela se habla sin más de la ciudad, para que Dúbriga (que, por cierto, es un nombre de evidente acervo celta) estuviese tan cerca como se quisiese de donde se desease. Sin embargo, sí existen sepulcros santos con sus rituales (como el de Trasmonte, en Friol) y multitud de fuentes curativas (como la de Ermo en Carlín, o la del santuario de Santo André de Teixido). Y en Finisterre existe la iglesia de Santa María, no lejos del llamado sepulcro de San Guillermo. Son lugares mágicos de tradición y leyenda que incluso entroncan con las tradiciones artúricas y donde se supone que se convirtió en ermitaño el caballero Georg Grissaphan.

Thomas, como habrán notado muchos lectores, es una versión pervertida del más novelesco James Bond de las páginas de Ian Fleming, con las que tanto me entretuve

de niño. En este sentido me gustaría proponerle al lector inquieto que piense por un momento en la multitud de referencias cruzadas que hay entre las historias del espía inglés y el propio Thomas Rye. Por cierto, respecto al abuelo de Thomas, José María tendrá que perdonarme por haberme apropiado con saña del terrible tópico de aburrido catedrático de filosofía del derecho (no he podido evitarlo, lo siento).

El diario *Pueblo*, José Antonio Alés y sus programas de radio, y la revista *Mundo Desconocido* existieron realmente. Y el ilustre Germán de Argumosa ganó el prestigioso premio suizo de parapsicología, lo que no sé es si Alés dio o no la noticia, aunque es muy probable que así fuese. Eso sí, debo reconocer que la cronología está un poco amañada, a conveniencia del relato.

Los *escritos* y las concesiones del arzobispado de Santiago existieron y existen de verdad, y curioso es pensar en su relación con los *mezuzout* egipcios, las *mezuzas* judías y los *talexos* gallegos de los que ya hablo en mi primera novela. Ya que siendo lugares y creencias tan distintos resulta evidente que tienen alguna conexión. De hecho, gente mucho más sesuda que yo opina que en el caso de los *escritos*, estos no son más que una versión cristianizada de los *talexos* protectores que las meigas de mi Galicia natal usaban como salvaguarda contra los maleficios y aojamientos.

En la Costa de la Muerte gallega se pescaron ballenas hasta entrado el siglo XVIII, lo que hacía lógico sus avistamientos. Aunque en tiempos más cercanos, además del fantástico marisco, la sardina ha supuesto un eje fundamental de la flota de menor calado.

Es cierto que el apellido *Castro* está, en Galicia, ligado a la que sería casa de Trastámara, y es cierto que su escudo llevaba seis roeles de plata. Y también es verdad que ese mismo escudo puede verse en muchas capillas y edificios en los que dicha familia tuvo patrocinio, incluyendo la iglesia del convento de San Francisco en Noia, que existe realmente.

El caso denominado *el psicópata* es, por desgracia, real; como también lo son la OIJ y los cargos de los personajes de la novela (aunque en algún momento se dice jefe de grupo y no de investigación para evitar redundancias), y ciertamente es un triste recuerdo para la nación costarricense. También hay que aclarar que los modismos y la manera de hablar de Osvaldo han sido un tanto internacionalizados,

para evitar que las expresiones más costarricenses pudiesen entorpecer la lectura. *Pura vida*…

Los capítulos en los que Takeda Kawo es el protagonista están, parcialmente, basados en unos terribles hechos reales que tuvieron como protagonista (real) a Issei Sagawa, que mató y se comió a una compañera de estudios en 1981 en su pequeño apartamento de París. El caso fue malsanamente conocido como el del *caníbal japonés* y, desafortunadamente, Sagawa no pagó por su terrible crimen, ya que tras ser declarado mentalmente insano fue extraditado a Japón, donde actualmente y desde hace años reside con total libertad y sin vigilancia alguna. De hecho, Issei ha plasmado, de forma deleznable, su experiencia antropofágica en varios libros. E incluso ha sido protagonista de varias películas pornográficas de muy dudosa calidad en las que se hacía acompañar de altas y voluptuosas mujeres europeas.

La llamada casa Matusita existe, y aún es posible acercarse hasta esa esquina formada por las grandes avenidas de la populosa y contradictoria Lima. Y su oscura leyenda de muerte y locura es cierta, o al menos habría que decir que la población la cree cierta.

El periódico *La república* ha recogido en numerosas ocasiones extravagantes artículos, y también es cierto que el presentador de televisión Humberto Vílchez escribió en *El cazador de fantasmas* las experiencias de una noche que pasó allí. Sin embargo, en ninguna de ambas fuentes se aclara con precisión el inicio de todo el misterio, a pesar de que casi cualquier taxista complaciente de Lima está dispuesto a contar su propia versión de lo ocurrido. Así pues, en lo que se cuenta en la novela hay partes de pura ficción y otras que toman como referencia hechos reales concretos a los que sí puede darse fe.

En cuanto a los extraños vocablos que conectan las inclusiones psicofónicas recogidas por Sinesio y lo averiguado por el *investigador de cajas negras*, hay algo que debo decir: QUE ME PERDONEN LOS LINGÜISTAS. Espero que sepan entender que el rigor se me escapaba de las manos como granos de arena. Tengo que reconocer mi ignorancia, así como la inutilidad de todos mis esfuerzos por echarle algo de luz al asunto.

Yendo por partes, como se habrán dado cuenta muchos lectores, se pretende dejar intuir que se trata de palabras y frases construidas en la lengua celta de los ancestros que habitaron el noroeste de la península ibérica. Ahora bien, aquí la literatura ha tenido que ganarle a la lingüística, pues no era este el foro, a mi modo de ver, para aclarar las enconadas diatribas que al respecto se traen y traerán los expertos. Hasta

donde yo he podido averiguar, hay mucho de oscuro y mucho por definir en lo que se hablaba o dejaba de hablar por esos lares hace dos mil años.

Ahora bien, dejando a un lado las dudas razonables de los sesudos estudiosos, yo debo reconocer que, en las palabras que deseaba usar, no encontraba consenso ni en su significado ni empleo.

Y, siguiendo con las aclaraciones, permítaseme decir que en la mayoría de las escasas palabras la ortografía no es la correcta. Esto es debido a que se suponen transcripciones de aquello que escuchan los personajes, por lo que ellos, desconocedores de esa lengua arcaica, no tendrían motivos para saber escribirlas correctamente.

Ahora, despedazando cada uno de los distintos términos y, de nuevo, pido disculpas a los lingüistas:

— El sustantivo celta *vidu* o *widu* podría tomarse como árbol, y *németon*, de similar origen, puede asumirse como santuario. El resultado, y a decir solo por algunos expertos, no por todos, es que la posible traducción de **Vidunemeton* *'santuario del árbol', 'santuario del bosque'* o *'bosque sagrado'*.
— Del antiguo irlandés se puede tomar *roib* como el pasado del verbo ser.
— De modo análogo, del protocelta **Brigantînos 'rey'*
— Del protocelta **Kôwer-ikos/*Kêwer-ikos 'Del norte'*
— En cuanto a **ank* se puede tomar como *'doblar'* o *'curvar'*, aunque en otras expresiones se entiende como la raíz celta *'muerte'* (en gaélico *éag*, gracias, Brian), si bien no usado como sufijo. Aun debiendo reconocer que tales discernimientos se me escapan.
— Por último, el Ankou es una versión celta, para más señas, típicamente bretona, del emisario o enviado de la muerte. Ente que, según la leyenda y la versión, puede llevar a las almas de los finados al modo de Breogán, de Hércules o de Ogmios. O bien puede cargarlas en un carro tirado por dos o cuatro caballos. O bien puede pasearse anunciando la muerte con el chirriar de las ruedas de ese mismo carro. Y, en este novela, se ha tomado, obviamente, de manera literal. Aprovechándose el sonoro nombre para servir de conexión entre las psicofonías que obtiene Sinesio en su magnetófono y a las que se refiere Stanislaw con respecto al registrador de voz.

María Rodríguez, de Ponte de Lima, fue juzgada como reincidente por delitos de hechicería y brujería:

«Trújose —se le dice a los inquisidores en la información original que se dirigió al consejo— a este Santo Oficio, y confesó lo mismo en el tormento que se le volvió a repetir, y de haberse apartado de nuestra Santa Fe Cathólica y fue votada a relajar en persona a la justicia y brazo seglar, en 30 de noviembre de 1579.»

A la desdichada mujer la quemaron en hoguera pública, incluido escarnio y burla de los asistentes, en la llamada plaza do Campo, actualmente de Cervantes, en Santiago de Compostela.

Y así lo registra Bernardo Barreiro de W. en su relación de autos inquisitoriales gallegos, de donde se obtuvo esta información.

En cuanto a la investigación que se acomete con los registros de las cajas negras de un reactor comercial dedicado al transporte de pasajeros, hay que aclarar que la versión presentada en esta novela es prácticamente ficción en todos sus puntos. Y aunque es cierto que el fabricante de la aeronave suele usar dicha información (que en muchos casos se obtiene porque el Estado del suceso y fabricante trabajan juntos para esclarecer las causas del accidente), en general, solo lo hará tras haberse resuelto los informes oficiales y una vez que se haya obtenido permiso del Estado. Esta suele enfocarse en beneficio propio, para analizar los sistemas de la aeronave y buscar posibles mejoras; además, también suele emplearse para discernir la conveniencia o no de determinados procedimientos. Y en ocasiones, con datos anónimos, es una información que se filtra a los operadores aéreos para mejorar el entrenamiento de sus tripulantes técnicos.

El análisis de los datos almacenados por los registradores de voz y de datos de vuelo es mucho más complejo de lo que se ha presentado aquí, y requiere instrumentos electrónicos específicos; sin embargo, espero que se comprenda que en la novela se ha simplificado para permitir un enfoque más literario y de mayor interés para el lector.

Además, las instalaciones de Airbus que se describen en la novela no son así en cuanto a sus dependencias, aunque sí en su estética general.

Y, como curiosidad, la palabra en la que piensa Anwar el egipcio, y ante la que duda por la transcripción de su compañero polaco, es *Ankh*, la conocida como cruz egipcia.

Por cierto, que yo sepa, jamás se ha registrado una psicofonía en un grabador de voz, CVR.

Por último, el 27 de marzo de 1977, en cuya noche Sinesio Amorós obtiene su segunda serie de inclusiones psicofónicas, se produjo el accidente aéreo del aeropuerto de Los Rodeos, el más trágico de la historia de la aviación. Aquel terrible día, dos Boeing 747, uno de la compañía holandesa KLM y otro de la estadounidense Pan Am, chocaron en la pista del aeropuerto del norte de la isla de Tenerife. 585 personas perdieron la vida.

Y, por supuesto, si alguno de ustedes tiene alguna duda sobre estas u otras referencias, o quiere sugerir alguna corrección (o si los lingüistas quieren recriminar mi ignorancia), siéntase libre de comunicarse conmigo a través de las redes sociales o las direcciones de correo habilitadas en mi portal de internet. No puedo prometer que la respuesta sea pronta, pero sí puedo dar mi palabra de que responderé.

Y, querido lector, si ha llegado usted hasta aquí, gracias, muchas gracias. Con o sin tópico, pero, de todo corazón, gracias.